

HISTORIA DE HUNGRÍA



Ministerio
de Educación
y Formación
Profesional

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
DE HISTORIA
Y GEOGRAFÍA



Ministerio
de Cultura

Académico Papp László

Dr. Fodor Judit

Rendek Eva

Féreyes Emília

Sergio Sánchez Cuatrecasas

HISTORIA DE HUNGRÍA

HISTORIA DE HUNGRÍA

Coordinación y edición:
Timea Bánki, Editio Mediterranea

Diseño de la portada:
Roland Kasek

NIPO: 651-07-377-3

ISBN: 978-963-06-4190-6

INDICE

PRESENTACIÓN	9
INTRODUCCIÓN	11
DE LOS ORÍGENES DE LOS HÚNGAROS A LA BATALLA DE MOHÁCS	13
<i>HISTORIA DE LOS HÚNGAROS HASTA LA FUNDACIÓN DEL ESTADO</i>	13
El origen y la migración de los húngaros	13
La cultura tradicional	17
La cuenca de los Cárpatos antes de la llegada de los húngaros	18
La conquista de la Patria de los húngaros	20
Las correrías	22
El principado de Géza	25
<i>ESPLENDOR Y EXTINCIÓN DE LA CASA DE ÁRPÁD</i>	26
LA FUNDACIÓN DEL ESTADO DE SAN ESTEBAN	26
LUCHAS POR EL ESTABLECIMIENTO DEL NUEVO ORDEN	31
El reinado de Pedro Orseolo (1038-1041, 1041-1046)	31
Los reinados de Andrés I (1046-1060) y Béla I (1060-1063)	32
Los reinados de Salomón (1063-1074) y Géza I (1074-1077)	33
El reinado de Ladislao I (1077-1095)	33
El reinado de Colomán el Bibliófilo (1095-1116)	35
LA DESMEMBRACIÓN FEUDAL	36
El conflictivo siglo XII	36
Economía y sociedad en el siglo XII	38
Andrés II y el movimiento por la Bula de Oro	39
LA INVASIÓN DE LOS TÁRTAROS Y LA EXTINCIÓN DE LOS ÁRPÁD	43
La política de Béla IV (1235-1270) antes de la invasión de los tártaros	43
La invasión	43
La reconstrucción del país	45
La extinción de la Casa de Árpád	47

LA ÉPOCA DE LOS ANJOU Y LUXEMBURGO	49
EL REINADO DE CARLOS ROBERTO	49
El interregno (1301-1308)	49
Medidas de Carlos Roberto	50
LUIS EL GRANDE (1342-1382)	52
SEGISMUNDO DE LUXEMBURGO (1387-1437)	54
Acceso al trono	54
Batalla de Nicópolis	55
Política interior de Segismundo	56
Política exterior de Segismundo	58
La sublevación campesina de Transilvania	59
LOS HUNYADI Y LOS JAGUELLÓN	59
EL GOBIERNO DE JUAN HUNYADI	59
MATÍAS CORVINO	63
Reformas financieras y administrativas de Matías	63
Política exterior de Matías	65
El Humanismo en Hungría	66
LA ÉPOCA DE LOS JAGUELLÓN	67
Vladislao II	67
La sublevación campesina de 1514	68
Luis II y la batalla de Mohács	69
HUNGRÍA EN LA EDAD MODERNA	73
<i>EL DOMINIO TURCO EN LOS SIGLOS XVI-XVII</i>	73
LA DESMEMBRACIÓN DEL REINO HÚNGARO EN TRES PARTES	73
EL GOBIERNO DE LAS PARTES DEL REINO HÚNGARO	76
El Dominio turco	76
El principado de Transilvania	77
La Hungría real	77
La economía de Hungría en el periodo del Dominio turco	79
LA GUERRA DE LOS QUINCE AÑOS Y LA LUCHA DE LOS ESTAMENTOS HÚNGAROS CONTRA LOS HABSBURGO	79
Las causas de la insurrección de Esteban Bocskai	80
La insurrección de Esteban Bocskai	81
El florecimiento del principado de Transilvania	83
La caída del principado de Transilvania	86
HUNGRÍA ENTRE DOS IMPERIOS	87
La actividad de Miklós Zrínyi	89
Las consecuencias de la paz de Vasvár	89
El intento absolutista de Leopoldo I	90
LA EXPULSIÓN DE LOS TURCOS DE HUNGRÍA	91

<i>HUNGRÍA EN EL SIGLO XVIII</i>	95
EL PODER ABSOLUTISTA DE LOS HABSBURGO	95
LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE FRANCISCO II RÁKÓCZI	96
LA CONSOLIDACIÓN DEL PODER DE LOS HABSBURGO	102
La repoblación de las regiones devastadas	102
La Pragmática Sanción	103
El reinado de María Teresa	106
El reinado de José II	109
El reinado de Leopoldo II	112
Los jacobinos húngaros	113
LA FORMACIÓN DEL ESTADO BURGUÉS EN HUNGRÍA (SIGLO XIX)	115
LA EDAD DE LAS REFORMAS	115
Los problemas principales de la Edad de las Reformas	115
El programa de Széchenyi	118
La lucha por los cambios en los años 1830. Las Dietas de las reformas	121
El programa de Kossuth	124
La cuestión de los comitados	126
La formación de los partidos políticos y la última Dieta estamental (1847-48)	127
Los logros del desarrollo económico	128
La formación de la nación húngara y la cuestión de las nacionalidades	129
LA REVOLUCIÓN Y GUERRA DE INDEPENDENCIA	130
La revolución del 15 de marzo de 1848	130
Las Leyes de Abril	132
La actividad del gobierno de Lajos Batthyány	135
Ataque general contra Hungría	136
Los acontecimientos militares del comienzo de 1849 y la campaña de primavera	138
La proclamación de la independencia	140
La intervención rusa y la derrota de la guerra de independencia	141
LA ÉPOCA DEL DUALISMO	142
La represión y el sistema del neoabsolutismo	142
El Compromiso austro-húngaro	146
El sistema del Dualismo	147
La formación del estado burgués	148
El desarrollo económico	151
La sociedad de la época del Dualismo	153
La cuestión de las nacionalidades	156
El nacimiento del antisemitismo moderno	157
La política interior	157
La política exterior	161

EL SIGLO XX	165
HUNGRÍA EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL	165
La participación húngara en la guerra	165
LAS REVOLUCIONES DE 1918 Y 1919	166
La victoria de la Revolución de los Crisantemos	166
Intento de creación de la República burguesa	167
La toma del poder por los comunistas	169
La República de los Consejos (A Magyarországi Tanácsköztársaság)	170
HUNGRÍA ENTRE LAS DOS GUERRAS MUNDIALES	172
La transición	172
El tratado de paz de Trianón	173
El primer gobierno de Pál Teleki	174
El gobierno de István Bethlen	177
La consolidación interior	177
La consolidación económica	180
La política exterior	182
La ideología del régimen contrarrevolucionario	182
La sociedad húngara en el periodo de entreguerras	183
Las repercusiones de la crisis mundial en Hungría	184
El viraje hacia la derecha: el gobierno de Gyula Gömbös	186
El gobierno de Kálmán Darányi	188
El gobierno de Béla Imrédy	189
El segundo gobierno de Pál Teleki	191
Las fuerzas antifascistas y democráticas	192
HUNGRÍA EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	193
El periodo de la neutralidad armada	193
La participación húngara en la guerra	194
La resistencia húngara	198
El intento de salir de la guerra. El terror de los cruz-flechados. El fin de la guerra	198
HUNGRÍA DESPUÉS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	200
Los años del gobierno de coalición (1945-1946)	200
El tratado de paz de París	205
La soviétización del país	205
La era Rákosi (1949-1956)	206
La revolución de 1956	210
La era Kádár (1956-1989)	217
La Hungría de la transición y del cambio del sistema (1987-2000)	223
BIBLIOGRAFÍA	229

PRESENTACIÓN

El principal objetivo del Ministerio de Educación y Ciencia de España, a través de la Agregaduría de Educación de la Embajada de España en Hungría, es apoyar el aprendizaje de la lengua y cultura española en la enseñanza secundaria, colaborando con el Ministerio de Educación y Cultura de Hungría.

El programa estrella de esta colaboración son las secciones bilingües húngaro-españolas en institutos de bachillerato húngaros. En este momento la enseñanza bilingüe en español está funcionando en seis institutos de bachillerato en Hungría: un instituto bilingüe húngaro-español en Budapest y las secciones bilingües de español en institutos de Debrecen, Pécs, Miskolc, Szeged y Kecskemét. En el curso 2008-2009 una nueva sección española empezará a funcionar en un instituto de la ciudad de Veszprém.

Los alumnos inician los estudios bilingües con un año preparatorio de inmersión en la lengua española y luego continúan los cuatro años de bachillerato húngaro con al menos dos asignaturas, además de la lengua española como primer idioma extranjero, impartidas en español. Una de las asignaturas, que a la vez es obligatoria en el examen de bachillerato y que se ofrece en español en todos los centros es la asignatura de Historia. A partir del curso 2008-2009, todos los alumnos que elijan esta asignatura tendrán que estudiar en español no sólo la Historia Universal, como hasta ahora, sino también la de Hungría. Esta asignatura es impartida o bien por profesores húngaros de historia que son también licenciados en español o bien por profesores españoles contratados por los institutos húngaros en virtud del Convenio Bilateral de Cooperación Educativa suscrito entre España y Hungría. Tanto unos como otros se encontraron con el problema de que no existe actualmente en el mercado ninguna Historia de Hungría en español en la que basarse para organizar sus clases. Es cierto que la Editorial Corvina publicó en español en 1976 el libro de Zoltán Halász *Hungría* y en España Alianza Editorial publicó en 1967 la *Historia de Hungría* de Miguel de Ferdinandy, pero ambos libros hace tiempo que están agotados y descatalogados.

Conscientes de esta dificultad, el Ministerio de Educación y Cultura de Hungría y la Agregaduría de Educación de la Embajada de España en Budapest apoyan, con la edición de este libro, fruto de la colaboración de cuatro hispanistas húngaras, profesoras de historia y un profesor de historia español, todos profesores del instituto

bilingüe Károlyi Mihály de Budapest, una iniciativa que será provechosa para el estudio del español en Hungría.

Creemos que esta obra, además de ayudar a alumnos y profesores de las secciones bilingües a preparar en español los temas de Historia de Hungría servirá para estrechar los lazos educativos y culturales entre los dos países al brindar a los hispanohablantes la posibilidad de acceder en su lengua al conocimiento de los principales momentos de la historia de Hungría, tan específica y singular por una parte y tan sujeta y unida a la vez a los avatares y transformaciones de la historia común europea.

Károly Darida

Consejero de Relaciones Internacionales.
Ministerio de Educación y Cultura de Hungría

Marta Cerezales Laforet

Agregada de Educación de la
Embajada de España en Budapest

INTRODUCCIÓN

Este libro de Historia de Hungría pretende ser un instrumento de apoyo que facilite la enseñanza de la materia a los profesores que deban impartirla en lengua española para un nivel no universitario. Pero también quiere servir a todas aquellas personas que deseen acercarse a la historia milenaria del pueblo magiar por medio de un idioma que día a día se extiende y gana mayor presencia en Hungría.

Los autores hemos pretendido conjugar el rigor de una obra histórica con la forma que permita un uso y consulta cómodos y accesibles para un amplio público. De acuerdo con estos criterios hemos organizado la materia cronológicamente y atendiendo con mayor o menor extensión a todos los apartados propios de este tipo de libros: historia política, económica y social, pero también abundantes noticias de tipo etnográfico, artístico y cultural en general.

No hemos querido presentar un trabajo de investigación ni tampoco interpretaciones de los hechos que no sean las más habitualmente estudiadas y aceptadas para la historia de Hungría, aunque en ocasiones ha sido necesario explicar que existen diferentes teorías, análisis y juicios no cerrados sobre algunos de los periodos y acontecimientos que la conforman.

El lenguaje es sencillo pero exigente en la utilización de aquellos términos y expresiones de la ciencia histórica que deben conocerse por estudiantes pre-universitarios o por un público de formación media familiarizado con la historia. Sin embargo se ha prescindido de las notas a pie de página, que entorpecen en cierto modo la lectura, y se ha optado por remitir a los lectores interesados en conocer el origen de la información y ampliar la misma a un listado bibliográfico final.

Para facilitar la comprensión se han intercalado algunos mapas y cuadros, aunque pocos, ya que éramos conscientes de la existencia de atlas específicos de historia que reúnen un amplio y bien presentado conjunto de imágenes de todo tipo, los cuales podrán servir como material complementario y de fácil acceso. También se incluyen en los lugares adecuados fragmentos de textos originales traducidos que permiten aproximarse a las fuentes originales y sus características.

La traducción al español de algunos conceptos técnicos específicos de la historiografía húngara sólo ha sido posible por medio de un conjunto de palabras que los explican. El motivo se debe a que su propia especificidad dentro del ámbito magiar no permiten encontrar una palabra o expresión equivalentes en la lengua española.

En algún caso no era problemático utilizar un término de significado muy parecido, pero en otros hubiera supuesto generar confusión.

Otros aspectos formales que hemos procurado cuidar son los siguientes: Las palabras húngaras que no tienen traducción al español, o que por diversos motivos conviene presentar en su forma original, se han escrito en cursiva, al igual que otras extranjeras en igual situación. Los fragmentos de fuentes aparecen en el mismo tipo de letra. Los nombres propios de los monarcas húngaros se han traducido al español, no así el del resto de protagonistas mencionados. Las ciudades con nombres en distintos idiomas se presentan en la forma húngara, si bien cuando aparecen por primera vez y actualmente están fuera del territorio magiar se escriben entre paréntesis con su denominación oficial a día de hoy. Si alguna población citada poseía en mapas antiguos otro nombre, también se indica la evolución. En el caso de partidos políticos, organizaciones sindicales y similares, hemos optado por escribir la primera vez que aparecen las siglas habituales y todas las palabras desarrolladas, tanto en húngaro como en español, después la mención se ha simplificado. Los nombres de cargos oficiales, instituciones y unidades políticas o administrativas no aparecen en mayúsculas salvo en los títulos o si ya están muy aceptados por la historiografía. Somos conscientes de que algunas de estas decisiones podrían discutirse, pero en todo caso hemos procurado al menos la máxima coherencia y claridad.

La división de tareas ha quedado de la siguiente manera: Zsuzsanna Papp se ha encargado de la primera parte, que abarca desde las noticias más remotas sobre los antepasados de los húngaros hasta el final del reino húngaro independiente con la batalla de Mohács de 1526. Emőke Péntzes ha trabajado la segunda parte, desde las consecuencias de dicha derrota y la partición de Hungría hasta los años finales del siglo XVIII en el contexto de la Revolución Francesa. La doctora Judit Fodor ha elaborado la parte tercera, básicamente centrada en el siglo XIX y en el desarrollo y consecuencias para Hungría de las dos ideologías del siglo, el liberalismo y el nacionalismo. La cuarta parte, en manos de Éva Rendek, ha presentado el tormentoso siglo XX húngaro desde la Primera Guerra Mundial hasta nuestros días. Finalmente Sergio Sánchez ha revisado la redacción de todo el conjunto procurando que el estilo de los textos y los términos técnicos se adecúen a las exigencias del discurso histórico en lengua española.

Los cinco autores han sido o son actualmente profesores del Instituto Bilingüe Húngaro-Español *Károlyi Mihály*, de Budapest, al que quieren recordar y agradecer sus facilidades para esta tarea en la persona de su directora, doctora Ágnes Cselik. Nuestro agradecimiento se extiende igualmente a la Agregaduría de Educación de la Embajada de España en Hungría, en la persona de Marta Cerezales, por la receptividad mostrada hacia la idea de este libro y sus esfuerzos en múltiples direcciones para impulsarlo. Y por último damos las gracias al Ministerio de Educación Húngaro, en la figura de Károly Darida, por el apoyo y esforzada búsqueda de medios con los que sacar adelante este trabajo.

Los autores

DE LOS ORÍGENES DE LOS HÚNGAROS A LA BATALLA DE MOHÁCS

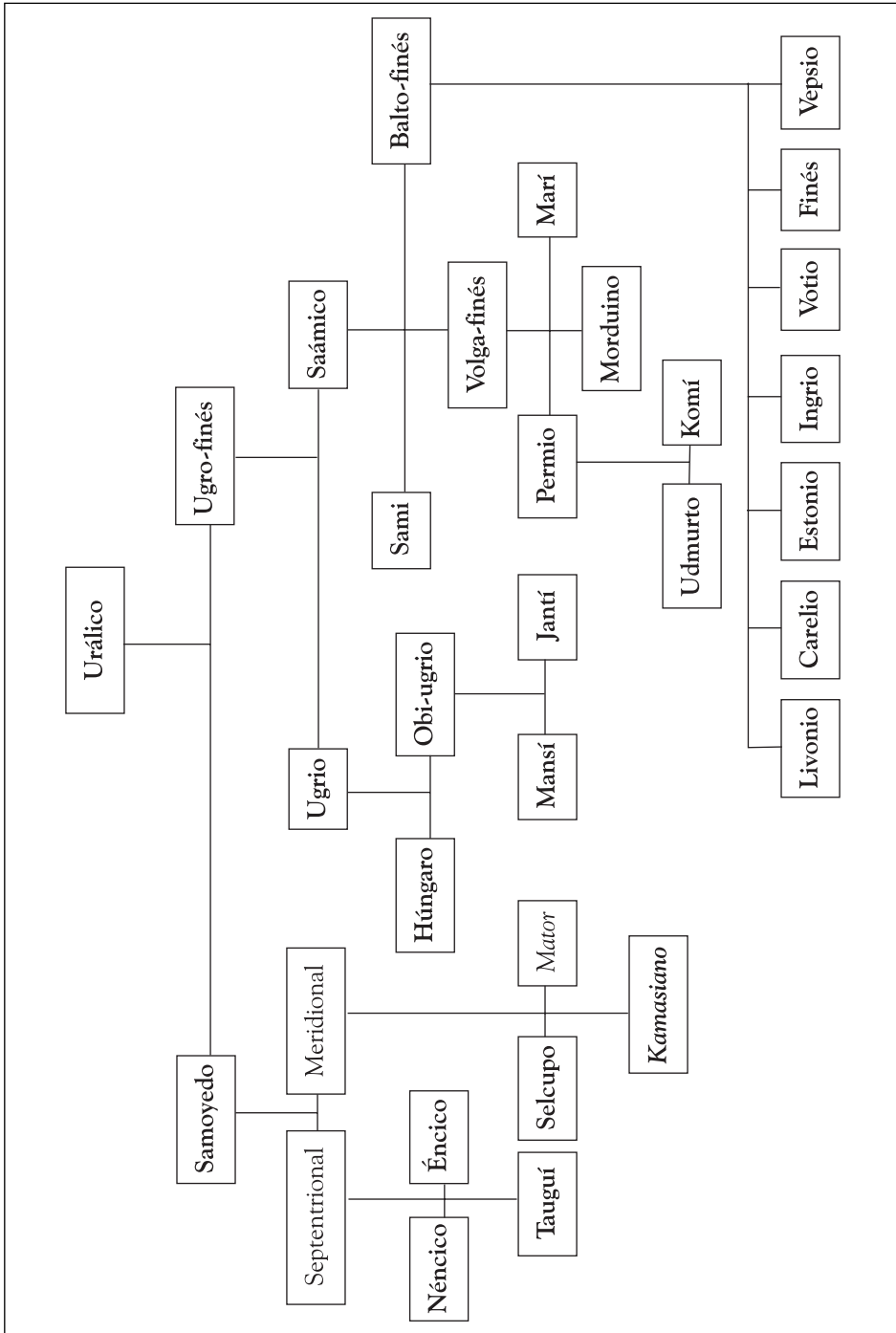
Historia de los húngaros hasta la fundación del Estado

EL ORIGEN Y LA MIGRACIÓN DE LOS HÚNGAROS

Pocos son los temas que han generado discusiones tan fervorosas como el del surgimiento de los húngaros. Además de la teoría del origen ugrofinés, se han formulado otras: pueblos como los hunos, sumerios, escitas, japoneses, turcos, drávidas, etruscos, vascos y algunos más han sido considerados familiares de los húngaros. Debido a la falta de documentos históricos, los estudios sobre esta cuestión pueden apoyarse solamente en las ciencias auxiliares de la Historia: la arqueología, la antropología, la etnografía y sobre todo la paleolingüística.

La teoría actualmente más aceptada entre los historiadores, la del origen ugrofinés, apareció en círculos científicos en el siglo XVIII y se basó en investigaciones de la lingüística comparativa, siendo sus representantes más destacados Pál Hunfalvy y József Budenz. Estudiaron la estructura de los idiomas y el vocabulario, comparando las palabras más antiguas, tales como los verbos principales de la vida cotidiana, los números, términos referentes a las partes del cuerpo, relaciones familiares, nombres de animales, etc. Según los resultados de estos estudios los húngaros pertenecen al grupo ugrofinés de la familia de los idiomas urálicos, en concreto a la rama ugría de este grupo. Las características estructurales consideradas típicas de dicha familia son las siguientes: se trata de lenguas aglutinantes, que significa el uso constante de sufijos independientes; usan una extensa declinación, procuran la armonía vocálica y carecen de género gramatical.

La patria urálica ancestral de los húngaros en la época prehistórica se encontraba entre los montes Urales y el río Ob. La población usaba utensilios de piedra tallada y se dedicaba a la caza y pesca. Alrededor del IV milenio a. de C. la familia urálica se dividió en dos grandes grupos, la ugrofinesa y la samoyeda, supuestamente por el crecimiento demográfico. Una parte de los ugrofineses, los fino-pérmicos, empezaron una migración hacia occidente, mientras los ugrios se quedaron en el lugar acostumbrado. Tiene gran importancia, desde el punto de vista de la historia húngara, el destino de estos últimos, que reemplazaron los utensilios de piedra tallada por los de piedra pulimentada. Alrededor del II milenio a. de C., como consecuencia de cambios climáticos, continuó el proceso de división del grupo étnico de los ugrios, quienes debido a la migración llegaron a las cercanías de pueblos agrarios y adoptaron las nuevas formas de producción: agricultura y ganadería. Según los hallazgos se dedicaron al cultivo de trigo y mijo, así como a la crianza de ovejas, cabras, vacas y



Clasificación de las lenguas urálicas (*en cursiva las extinguidas*)

(<http://www.proel.org/mundo/uraloyu.htm>)

caballos. Los utensilios de piedra fueron reemplazados por útiles de cobre y bronce, y hay pruebas evidentes de la existencia de un comercio con regiones orientales y occidentales. La economía productora exigió una vida sedentaria, se establecieron en las cercanías de agua y vivieron en casas cavadas en la tierra y con techo construido en la superficie. La nueva forma de vida produjo una diferenciación por la posesión de bienes: una capa se enriqueció, básicamente las familias de los jefes de clanes, mientras otras obviamente se empobrecieron.

La comunidad ugría se descompuso –según los cálculos estimados– entre 1000 y 500 a. de C., cuando un calentamiento climático causó que las tribus asentadas en la región del sur tuvieran que cambiar su forma de vida. Comenzó el nomadismo y la agricultura, por el constante cambio de lugar, pasó a un segundo plano. Ese movimiento permanente, y el hecho de que los animales en cada época del año estuvieran al aire libre, permitió criar ejemplares más resistentes a las condiciones desfavorables, como por ejemplo el caballo y la oveja (la raza del caballo que criaban los antepasados de los húngaros era apta para la vida esteparia, de tamaño más pequeño que la actual y cubierta con más pelo, parecida a las razas que se crían hoy en día en las estepas de Mongolia). No es de extrañar que la equitación fuera una de las actividades típicas.

Los protohúngaros empezaron a desarrollarse independientemente, y de este modo a identificarse como unidad étnica en la primera mitad del I milenio a. de C., después de la disolución de la unidad lingüística ugría entre las tribus húngaras, que migraron hacia el sur, y los pueblos jantí y mansí (antiguamente llamados también vogul y ostyak respectivamente), que migraron hacia el norte. Los húngaros desde entonces se identifican con el nombre “magyar”, que etimológicamente es una palabra compuesta, cuyas dos partes (mogy + er) significan “hablar” y “hombre”. El hábitat primitivo de esta población se encontraba al sur de los Urales y en su cercanía vivían escitas y sármatas. El parentesco de la forma de vida, de los útiles y las armas, así como la falta de documentos escritos dificultan la identificación indudable de los hallazgos, lo que ha llevado incluso a suponer un parentesco legendario entre húngaros y escitas.

Los húngaros, al abandonar la región del sur de los Urales, siguieron su migración hacia los ríos Volga y Kama, en Magna Hungaria, región que más tarde, con el establecimiento de los bashkiros, tomó el nombre de Bashkiria, en territorio de la Rusia actual. Permanecieron en aquellas tierras entre 500 a. de C. y 550 d. de C. En aquella época el pueblo húngaro estaba formado por siete u ocho tribus: Megyer, que dio el nombre a todo el conjunto, Nyék, Tarján, Jenő, Kér, Keszi y Kürt-Gyarmat, esta última al parecer formada con la unión de dos grupos, de ahí la inseguridad sobre el número total de las tribus húngaras. Se dedicaron principalmente a la ganadería nómada, pero también existió indiscutiblemente agricultura de cierto nivel, que ejercieron en la cercanía de los establecimientos de invierno.

En el siglo VIII la mayor parte de esta población se desplazó a un área entre los ríos Volga, Don y Donets, que llamaron Levedia. El recuerdo de los que se quedaron en Magna Hungaria no se apagó, lo que explica que en 1235 el rey Béla IV encargara al fraile dominico Julián y a sus cuatro compañeros buscar a los húngaros de Bashkiria e

invitarlos a Hungría. El primer viaje del fraile Julián fue exitoso y volvió a la Corte con dos noticias: que había encontrado a húngaros en la región del Volga, y que se acercaban las hordas tártaras. El segundo intento de contacto fracasó, ya que fueron dispersados por la invasión tártara y nunca más llegaron noticias de los supervivientes.

Levedia formaba la parte septentrional del Kanato Jázaro, que contaba con un sistema estatal desarrollado (era el único Estado organizado de aquella región de Europa del este entre 567 y 965), y los húngaros establecidos allí vivieron bajo el dominio del kan jázaro, según las descripciones del viajero árabe Ibn Rusta y del emperador bizantino Constantino Porfirogéneta. Según este último lucharon al lado de los jázaros, y su dirigente en los combates era Levedi, de ahí el nombre de este lugar.

“Y los húngaros son un tipo de turcos. Su jefe cabalga con 20.000 guerreros. El nombre de su jefe: Kende. Pero éste es solamente título nominal de su rey, puesto que al hombre que realmente les domina como rey le llaman Gyula. Cada húngaro sigue las órdenes del jefe llamado Gyula en cosas de guerra, defensa y otros asuntos.

Tienen carpas, cabalgan donde hay pasto en brote y vegetación verde. Vayan donde vayan, viajan junto con todo su equipamiento y almacén, con los acompañantes [del rey] y el trono, las carpas y los animales.” (Ibn Rusta, siglo X)

Durante la alianza con los jázaros, los húngaros les debían servicio militar y tributación. También admitieron el sistema de gobierno del principado doble: los dos jefes eran el *kende* y el *gyula*. El primero era un título honorífico, un príncipe sacro venerado durante su vida pero sin ninguna influencia política, que en situación crítica podía ser sacrificado. El poder verdadero estaba en manos del jefe militar, del *gyula*. La tercera persona ilustre era el *horka*, que ejercía las tareas de juez supremo.

Entre los años 750 y 840 d. de C. los jázaros, los alanos y los turco-búlgaros influyeron positivamente en el desarrollo de los húngaros. En la agricultura empezaron a usar el arado con vertedera y aprendieron la horticultura: el cultivo de manzanas, peras, uvas. Tuvieron su propia escritura de runas, conocieron el islam, el judaísmo y probablemente el cristianismo.

Las tribus húngaras se separaron del imperio jázaro alrededor de los años 830 y 840, y se adhieron a ellos tres tribus cabardias. La mayor parte de esta agrupación siguió su ruta hasta el último establecimiento anterior a la cuenca de los Cárpatos: Etekköz, región al noreste del mar Negro, entre los ríos Dniéper, Dniéster y Prut. Aquí los húngaros establecieron contactos con los pueblos eslavos, que vivían en la orilla del Dniéper. También por entonces nació la alianza entre las siete tribus húngaras, la llamada alianza de sangre. Según la leyenda los siete jefes hicieron chorrear un poco de su propia sangre en un cáliz de vino, del que los siete bebieron simbolizando una alianza fraternal que evitaría de esta manera los desacuerdos internos y formaría una unidad más estable y una dirección más centralizada. En cuanto al sistema de mando, seguía existiendo el heredado de la época del Kanato Jázaro: el *kende* (príncipe sacro) era Álmos, y el cargo de *gyula* era desempeñado en aquel entonces por Kurszán.

Además de las siete tribus y algunos cabardios, también convivían poblaciones de otras etnias, por ejemplo alanos y cumanos. Las tribus húngaras participaron por entonces en distintas guerras tras acuerdos con otros Estados, por ejemplo en la guerra entre francos y moravos en 892, y en la lucha entre búlgaros y bizantinos en 894. Durante estas campañas militares y otras incursiones y correrías lograron conocer bien Europa oriental, y seguramente también llegaron a la cuenca de los Cárpatos.

LA CULTURA TRADICIONAL

La de los húngaros es una de las culturas esteparias más antiguas. Las dificultades que tuvieron que superar y las migraciones constantes generaron el sentimiento de que todo era temporal e inseguro. Por eso trataban de conseguir el apoyo de las fuerzas sobrenaturales. El animismo era fundamental en sus creencias, según el cual todo tiene espíritu, tanto los objetos como los seres vivos, o los fenómenos naturales. El totemismo era el otro componente principal, de ahí la veneración a algunos animales como supuestos antepasados y dirigentes espirituales, es el caso del Venado Mágico, del Caballo Blanco o del ave legendaria que en húngaro llamaron *turul*. Esta última probablemente era el alcaudón, ave de vistoso aspecto, de pico ganchudo y comportamiento muy similar al de un halcón.

Según las creencias tradicionales el mundo se dividía en varias esferas: la esfera media era el mundo real; la esfera superior, dividida en siete capas, era la morada de los dioses y los espíritus; la esfera baja era la morada de los espíritus malvados. El símbolo del mundo era algo que unía y dividía a la vez: un árbol cuyas raíces llegaban a la esfera baja, y la fronda que alcanzaba el mundo superior y contenía entre sus ramas el Sol y la Luna. Los símbolos de la mitología y leyendas de los tiempos remotos han sobrevivido en los cuentos infantiles y en el arte popular.

La persona que era capaz de contactar con los espíritus era el chamán (en húngaro *táltos*), un intermediario entre el mundo natural y espiritual. Se le atribuía la capacidad de modificar la realidad, sanar, comunicarse con los espíritus y poseer habilidades visionarias y adivinatorias, así como ejercer de intermediario entre las distintas esferas del mundo. Tenía que tener desde su nacimiento señales corporales claras de ser el elegido: nacer con dientes o con seis dedos, por ejemplo. Durante los ritos el chamán, con el sonido de su tambor y sus cascabeles, y con la ingestión de materiales alucinógenos llegaba al éxtasis e iniciaba un viaje entre las esferas, durante el cual podía comunicarse con las entidades que apoyarían al pueblo. No existía una capa sacerdotal, todo estaba en manos del chamán que, además de ser el dirigente religioso era ayudante espiritual y curandero de su tribu. Hoy en día el chamanismo pervive en sociedades cazadoras y recolectoras de Asia, África, América y Oceanía.

En el arte y la artesanía aparecieron los símbolos de las creencias y de la mitología, y en el trabajo del cuero, la metalurgia y la orfebrería alcanzaron un nivel artístico. Elaboraron placas metálicas como decoración para las armas, la ropa y los útiles, los flecheros y los bolsos de cinturón. Las ramas típicas de la artesanía fueron

la hilandería, la tejeduría y la fabricación de fieltro, que era el material principal para cubrir sus yurtas, es decir casas-tienda fácilmente desarmables y transportables, muy útiles para los constantes desplazamientos. Conocieron la alfarería y eran muy buenos en la fabricación de armas y arneses con estribos para los arcos de caballos.

Tuvieron una forma de escribir, las runas húngaras, pero de uso muy reducido. Los mitos, leyendas y cantos se transmitían oralmente a las generaciones siguientes, y algunos de ellos fueron escritos solamente en la Edad Media.

LA CUENCA DE LOS CÁRPATOS ANTES DE LA LLEGADA DE LOS HÚNGAROS

El territorio del Transdanubio de la cuenca de los Cárpatos fue conquistado por los romanos e incorporado al Imperio con el nombre de Panonia durante el gobierno de Augusto, probablemente en el año 9 a. de C. La provincia recibió su nombre de un pueblo de origen ilírico que entonces habitaba en la región: los panonios; y tuvo importancia por dos aspectos: el Danubio servía de frontera natural y protegía a la península itálica por el norte, y además por Panonia pasaba una vía comercial muy relevante para Roma, la Ruta del Ámbar. Las primeras ciudades también fueron construidas en base a estas dos funciones: Emona (actual Liubliana), Sala (actual Zalalövő), Savaria (actual Szombathely) y Scarbantia (actual Sopron) por la Ruta del Ámbar; Aquincum (actual Óbuda) por el limes danubiano, que tuvo que defender la provincia de los ataques de los pueblos germánicos. Se construyeron fortalezas por toda la línea del Danubio, así como ciudades con una estructura básica o incluso dotadas de baños y anfiteatros para las diversiones; y en las orillas del lago Pelso (actual Balaton) se formaron caseríos y villas provincianas, siguiendo en las construcciones el modelo de la *domus* romana. Las capas dirigentes de la provincia fueron romanizadas y creció el número de inmigrantes, y con ellos nuevas costumbres y nuevas religiones: en Hungría se han encontrado restos de santuarios a Isis y Mitra y noticias sobre la aparición de los primeros cristianos.

El debilitamiento del poder central del Imperio romano no pudo resistir las migraciones y en la cuenca aparecieron vándalos, godos, gépidos y longobardos, quienes provocaron luchas y saqueos que destruyeron las ciudades.

En el siglo V, con la aparición de los hunos terminó el dominio romano. La región del río Tisza se convirtió en el centro del imperio nómada de Atila, pero después de su muerte se dividió y desapareció, sobre todo a causa de conflictos internos (según la tradición Atila murió en la región del Tisza en el año 453 y fue enterrado bajo el cauce del río en tres ataúdes: de hierro, de plata y de oro; de acuerdo con la costumbre de los nómadas esteparios sus siervos fueron sacrificados y enterrados para que sirvieran a su amo en el mundo del más allá).

Después de desaparecer Atila la cuenca de los Cárpatos quedó bajo el dominio de pueblos germánicos: al este del Tisza se establecieron los gépidos; los ostrogodos también entraron en Panonia, aunque poco después y bajo la dirección de Teodorico siguieron su ruta hacia Italia; quienes sí se asentaron fueron los lombardos. Estos

últimos, en el siglo VI, pidieron la ayuda de los ávaros contra los gépidos, y juntos los destruyeron en 567 y establecieron un Estado en el área del Danubio. A continuación los recién llegados comenzaron a hostigar a los lombardos, quienes se vieron obligados a emigrar hacia el norte de Italia. Los ávaros eran un pueblo cuyo comportamiento mostraba rasgos de parentesco con la cultura de los húngaros: existía el sistema de gobierno del doble principado, tenían alojamiento de invierno y de verano, se dedicaban a la crianza de animales y la artesanía estaba desarrollada, sobre todo la orfebrería.

A comienzos del siglo IX las discordias internas y las presiones exteriores comenzaron a deteriorar el Estado ávaro, que fue completamente destruido en la primera década del siglo IX por los francos de Carlomagno y los búlgaros mandados por Krum. Se sabe que todavía se encontraban en Panonia en el año 871, pero desde entonces su nombre no vuelve a ser mencionado por los cronistas. Parece que se mezclaron con otros pueblos de la región.

Durante el estudio de los hallazgos ávaros nació la teoría de Gyula László sobre la doble conquista de la patria de los húngaros, según la cual la segunda oleada de los ávaros, que llegaron a la cuenca de los Cárpatos en 680, fue realizada en realidad por húngaros. Además del parentesco de la cultura material que se observa en los objetos encontrados en las excavaciones, con esta teoría pueden explicarse algunos detalles problemáticos de la historia húngara, por ejemplo el origen de los *székely* que viven en Transilvania. Según la tradición ellos serían los descendientes de los seguidores del príncipe Csaba, hijo de Atila, que después de la caída del imperio huno se establecieron en aquella región. La otra explicación a que los *székely* estuvieran establecidos en la cuenca de los Cárpatos antes de la llegada de Árpád, es que ellos fueran los descendientes de los húngaros que llegaron con la migración de la segunda oleada de los ávaros. Entre las pruebas se mencionan los nombres geográficos indiscutiblemente húngaros de la región y la falta de resistencia ante el establecimiento de los húngaros en el siglo IX. Según Anonymus los *székely* ya estaban en la cuenca de los Cárpatos cuando llegaron aquéllos, y aceptaron su dominio sin que haya mención de ninguna oposición (otras teorías de menor solidez histórica identifican a los *székely* como descendientes de los escitas, gépidos, cabardios de origen turco, o como búlgaros). Dado que los hallazgos arqueológicos no indican el idioma hablado por sus poseedores originarios, y las descripciones existentes de origen árabe o bizantino pueden ser interpretadas de maneras diferentes, en el círculo de los historiadores sigue la discusión sobre la teoría de la doble Conquista de la Patria.

Después de la caída del imperio ávaro llegaron eslavos en gran número al territorio de la cuenca. Los de la región transdanubiana quedaron bajo dominio y vasallaje de los francos (de Carlomagno y luego de su nieto, Luis el Germánico), que dominaron el territorio como feudo. Uno de los pueblos eslavos que vivieron en esta región fueron los moravos. A principios del siglo IX Moimir creó el Reino de Moravia, que se convertiría bajo su sucesor, Svatopluk (rey entre 870–894), en el Gran Imperio Moravo o Gran Moravia, incluyendo Moravia, Bohemia, Eslovaquia, el sur de

Polonia y el oeste de Hungría (en ese período se produjo la conversión al cristianismo del territorio). Durante el siglo IX hubo varias luchas en la cuenca de los Cárpatos: las más importantes fueron entre los moravos y otros eslavos dirigidos por Pribina; y por otra parte entre los moravos dirigidos por Svatopluk y los francos orientales de Arnulfo en 892. En cada conflicto los participantes pidieron ayuda a los húngaros que vivían en aquella época en Etelköz, y ellos, con la esperanza de obtener saqueos valiosos, aceptaron ayudarles y de paso tuvieron la posibilidad de conocer la región. Después de la muerte de Svatopluk Moravia decayó, así que no existió ningún estado fuerte que hubiera podido obstaculizar la Conquista de la Patria.

En el año 894 los húngaros también intervinieron en otro conflicto, la guerra entre León el Sabio, emperador bizantino, y Simeón, rey de Bulgaria. La diplomacia de Bizancio los sobornó para que atacasen a los búlgaros, pero esta medida fue hábilmente contrarrestada por Simeón, quien recurrió a su vez al soborno de los pechenegos para que atacasen a los húngaros.

“Después de que Simeón de nuevo hizo las paces con el emperador de los romanos [bizantinos], se sintió con valentía, mandó buscar a los pechenegos y llegó a un acuerdo con ellos, para que derrotaran y aniquilaran a los turcos [húngaros]. Y cuando los turcos fueron a una campaña, los pechenegos con Simeón atacaron a los turcos, exterminaron a sus familias por completo y desalojaron cruelmente a los turcos que fueron dejados atrás para cuidar sus tierras. Los turcos, después de haber regresado y encontrado su tierra tan desierta y devastada, se establecieron en la tierra donde hoy también viven [...]” (Constantino Porfirogéneta: Del gobierno del Imperio, alrededor de 952)

LA CONQUISTA DE LA PATRIA DE LOS HÚNGAROS

En el año 895 el príncipe Árpád emprendió la ocupación de la cuenca de los Cárpatos. Las tropas húngaras entraron en la misma por el paso de Verecke y por los desfiladeros de Transilvania sin encontrar resistencia considerable. Sobre el motivo de este liderazgo hay dos versiones. Según la explicación del historiador Gyula Kristó, el príncipe Álmos no pudo entrar en la nueva patria porque siendo él el *kende* fue víctima de un asesinato sacro, quizás por la derrota que sufrieron los que se quedaron en Etelköz, o como sacrificio humano ofrendado por el éxito de la conquista. Su seguidor en el cargo fue su hijo, Árpád, mientras el *gyula* era Kurszán. Según otro historiador, György Gyórfy, la división de poderes era al revés, Álmos y luego Árpád llevaron el cargo de *gyula* y Kurszán fue el *kende*.

La conquista fue una acción política y militar planificada, para la cual los jefes fueron preparándose conscientemente, mientras una oleada de migraciones perturbaba el plan. Los árabes derrotaron a los uzos en la región del lago Aral, quienes al ser desplazados de su lugar de residencia se enfrentaron a los pechenegos, y éstos aprovecharon la ausencia de los guerreros húngaros para atacar a la población que se quedó en Etelköz: mujeres, ancianos, niños y siervos, causando grandes pérdidas.

Este ataque inesperado no permitió mantener el ritmo previsto de la conquista, ya que los supervivientes rápidamente partieron detrás de las tropas en busca de protección. El ataque de los pechenegos demostró las dificultades de la defensa de un territorio tan abierto como Etekköz, y justificó a los dirigentes húngaros que buscaban otro territorio más cerrado, donde fuera más fácil protegerse por medio de barreras naturales. Más tarde una parte de los pechenegos fue aniquilada por el mismo motivo, y otra parte sobrevivió asimilada con otros pueblos.

En Transilvania y en la región del Tisza se experimentó una débil resistencia por parte de guarniciones búlgaras. Mientras, las tropas húngaras que habían guerreado con mucho éxito en el territorio de Italia, en alianza con el rey franco Arnulfo y en contra del rey Berengario, saquearon los lugares hallados en su camino de regreso. Aprovecharon la muerte de Arnulfo y se apropiaron del Transdanubio y Alta Hungría en el año 900, fijando dos años después las fronteras occidentales. También en 902 lograron derrotar al Estado moravo y toda la cuenca quedó en manos de los húngaros.

En 904 el rey bávaro Luis IV invitó a Kurszán a negociar, pero aprovechó su venida para ordenar el asesinato del príncipe y sus acompañantes. Con esta muerte se acabó el sistema del doble principado, quedando Árpád como príncipe único de su pueblo. En el año 907 los bávaros atacaron con numerosas fuerzas, pero los guerreros húngaros los rechazaron y con esta victoria aseguraron definitivamente su dominio en la cuenca de los Cárpatos, su nueva patria. Se establecieron en el país, sobre todo en las llanuras, según clanes (esta división territorial por clanes sería más tarde la base de la formación de los comitados). Los pueblos o tribus aliados que se unieron a ellos (cabardios, cumanos, alanos, uzos, etc.) tenían la obligación de defender las fronteras.

LA SOCIEDAD HÚNGARA EN EL SIGLO X		
Forma de vida nómada	Forma de vida seminómada	
Príncipe y jefes de las tribus	Señores (príncipe, <i>gyula</i> , <i>horka</i> , jefes de las tribus)	LIBRES
guerreros	séquito del príncipe libres de los ordenes comunes	
pueblos al servicio de los libres (agricultores, pastores, herreros, cocineros, halconeros, etc.)	siervos (y esclavos)	SIERVOS

La sociedad húngara en la época de la conquista de la Patria se agrupaba en tribus y clanes. En la cumbre se situaban el príncipe, ayudado en el mando por el *horka*, dirigente espiritual y religioso, y los jefes de las tribus. La siguiente capa social la constituía el séquito del príncipe, y estaba formada por los jefes de los clanes apoyados

por sus guerreros, que les aseguraban el poder. El trabajo productivo era obra de los hombres libres comunes y de los esclavos, dedicados al pastoreo, la agricultura y la artesanía. Tras el establecimiento en la cuenca, creció el número de las personas dedicadas a la producción agraria, especialmente trigo, cebada y mijo. En la ganadería, junto con la crianza tradicional de caballos y ovejas, de nuevo tuvo cada vez más importancia el ganado vacuno. También siguieron existiendo las ramas tradicionales de la artesanía y se mantuvieron las anteriores relaciones comerciales.

LAS CORRERÍAS

Los húngaros nómadas, desde sus anteriores asentamientos, solían emprender correrías e incursiones con el único objetivo de saquear y convertir los lugares atacados en tributarios. También en ocasiones estos actos se hicieron por encargo de algún aliado.

Durante la época de la conquista de la Patria húngara, Europa occidental vivía fragmentada, debilitada por la anarquía feudal. Después de la desmembración del imperio franco se estaban empezando a formar nuevos estados, por eso uno de los objetivos preferidos de los húngaros era atacar los territorios de los francos orientales (Baviera, Sajonia), aunque también llegaron a territorios occidentales del Imperio franco, a Hispania e Italia. Hacia el sureste siguieron luchando contra Bizancio y el Estado búlgaro (reyes y príncipes varias veces recurrieron a la ayuda de las tropas húngaras). El objetivo central de las correrías fueron los lugares donde esperaban encontrar objetos de mucho valor: palacios, iglesias y monasterios, de ahí que en el siglo X naciera una nueva plegaria: “De las flechas de los húngaros, protégenos Señor”. Las riquezas que obtuvieron de esta manera no se conservaron: los húngaros fundieron los metales preciosos y sus orfebres hicieron nuevos objetos, joyas o decoraciones a su gusto. Además de piezas de valor y telas lujosas, hicieron muchos prisioneros. Algunos fueron utilizados en trabajos de producción, y otros vendidos en los mercados de esclavos en Asia.

El éxito de las correrías húngaras se debía a la inusual táctica militar utilizada. En aquellas luchas se enfrentaban las tropas de caballería ligera húngara, muy hábil y disciplinada, con las tropas de armadura pesada de los occidentales, acostumbrados a las formaciones cerradas. Los jinetes húngaros realizaban ataques fulminantes contra el enemigo, después simulaban una retirada general separándose en dos alas, las líneas del enemigo que les perseguía se deshacían con la esperanza de la victoria, y a una señal definida los húngaros se volvían, cercaban al enemigo con las dos alas y arrojaban sobre ellos una fuerte e intensa lluvia de flechas. Una de las habilidades de los húngaros era saber tirar flechas hacia atrás, mientras cabalgaban hacia adelante. Y utilizaban además el llamado arco de reflejo, que era apto para lanzarlas con más fuerza y a mayor distancia.



“Hábilmente atisban la ocasión conveniente y vencen a sus enemigos, no tanto con su espada y la fuerza militar sino por medio de la astucia, con ataques sorpresa e interrupciones en los abastos [...] Su armamento es: espada, chaleco de cuero, arco y chuzo, de esta manera en la lucha la mayor parte de ellos utiliza dos tipos de armas, en sus hombros llevan un chuzo, en las manos sostienen un arco y utilizan uno u otro según la necesidad. En caso de ser perseguidos obtienen ventaja gracias a sus arcos. [...] En la mayoría de los casos disfrutaban con la lucha a distancia, la emboscada, el cerco al enemigo, la vuelta atrás fingida y la distribución en unidades militares dispersas.” (León VI el Sabio: Táctica)

Las correrías, además de para obtener riquezas, sirvieron también como válvula de escape a las tensiones que empezaban a surgir en la sociedad húngara. El nuevo territorio no ofrecía tanto espacio como las anchas estepas, no era apto para seguir el método de la ganadería transhumante. Durante el proceso de establecimiento las mejores tierras y las praderas más ricas fueron ocupadas por los más poderosos (jefes de los clanes), aumentando las diferencias económicas ya existentes, mientras los húngaros comunes libres, siguiendo los valores tradicionales de los guerreros esteparios, trataban de enriquecerse por medio de los saqueos, consiguiendo valiosos botines. Otro medio para superar esta situación era convertirse en agricultores.

Durante varias décadas las correrías tuvieron éxito, pero después de la segunda década del siglo X las cosas cambiaron. Enrique I el Pajarero, monarca sajón que aseguró nueve años de paz con el pago de tributos a los húngaros, consiguió tiempo suficiente para recuperarse y reorganizar sus fuerzas, así como para asegurar la unidad política agrupando a los señores feudales alemanes en torno a la dinastía de Sajonia,

indispensable para poder contraatacar. Con la experiencia lograron conocer la táctica militar y los trucos de los húngaros, y cuando Enrique se sintió preparado para la lucha se negó a seguir pagando el tributo, sabiendo que la respuesta de los húngaros sería un ataque militar. Calculó bien, su plan resultó, y con la caballería alemana reorganizada y disciplinada, luchando en formación militar cerrada, en Merseburgo (933) logró obtener una victoria aplastante sobre las tropas húngaras que seguían su táctica de siempre. En el año 955, formados en dos columnas, bajo la dirección de Lehel y Bulcsu, los húngaros intentaron otra vez un ataque contra las tierras alemanas. Mientras ellos estaban ocupados con el asedio de Augsburgo, Otón I el Grande les sorprendió y derrotó en el campo de Lech. La formación del Imperio Romano-Germánico en 962 acabó con la época de las correrías húngaras en Europa occidental. En cuanto al Imperio Bizantino, en el año 958 Botond exigió tributos a Constantinopla, pero en 970, en Arcadiópolis, la coalición del Principado de Kíev, pechenegos, búlgaros y húngaros fue derrotada por el ejército bizantino y se acabaron definitivamente las correrías. El interés de la nación exigía la pacificación, ya que contra dos imperios tan poderosos como el Romano-Germánico y el Bizantino, Hungría no podía seguir atacando.

Las correrías ayudaron al fortalecimiento de la tribu del príncipe por dos motivos principalmente: el hecho de que la tribu principesca no participase en las campañas militares, conservando así sus fuerzas; y también por haber ocupado un lugar estratégico, la región central de la cuenca de los Cárpatos, desde donde paulatinamente se apoderaron de los territorios de otras tribus. Este proceso se aceleró por las correrías fracasadas, ya que las tribus militarmente debilitadas no fueron capaces de resistir. De este modo empezó la unificación territorial y el fortalecimiento de Magyar, la tribu dirigente. Se estaba formando el sistema de las poblaciones al servicio del príncipe, cuyo poder se fortaleció aún más cuando consiguió dominar la población eslava del Transdanubio e influir en las tribus húngaras de la Gran Llanura.

Al mismo tiempo, en la parte oriental del país aumentaba el poder del voivoda Gyula, señor de Transilvania, otro dirigente poderoso en la cuenca, donde en la segunda mitad del siglo X aparecieron misioneros de Bizancio y comenzó a propagarse el cristianismo oriental. La familia de Gyula también se convirtió al catolicismo oriental, pero finalmente prevaleció la forma occidental del cristianismo. En la fundación del Estado fue determinante la política del príncipe Géza y de Esteban I, descendientes de la familia Árpád, aunque fue el príncipe Taksony quien, al acabar con las correrías, realmente favoreció el desarrollo pacífico del pueblo húngaro. En esta línea, la normalización del sistema de herencia del poder del príncipe fue un paso importante en el camino que condujo a la fundación del Estado húngaro. Según las costumbres tradicionales del seniorato, el poder del príncipe debía ser heredado por el miembro de mayor edad entre los aptos para ejercerlo, y el heredero tenía el derecho y la obligación de casarse con la viuda del anterior (levirato), evitando de este modo que el patrimonio pasara a propiedad de otro clan (entre los jefes la monogamia no era un principio obligatorio). Alrededor del año 955, en la época de la mayor derrota de los húngaros, el príncipe Taksony decidió nombrar a su propio

hijo, Géza, como heredero, pero se discute si este acto fue propiamente o no la introducción de la primogenitura, dado que en el seniorato no se excluía al hijo mayor de la posibilidad de heredar.

EL PRINCIPADO DE GÉZA

El príncipe Géza siguió la obra política de su padre. Reconoció que la nación húngara no podía seguir siendo un pueblo pagano destructor. Como prueba de su disposición a que el país se integrase en el mundo cristiano, en 973 envió una delegación de doce personas a la dieta imperial de Quedlinburgo para negociar la paz y la cooperación con el emperador Otón I, y solicitar también el envío de misioneros cristianos que ayudasen a la evangelización del país y caballeros feudales que le apoyasen militarmente.

Para asegurar el dominio de la cuenca necesitaba ocupar lugares estratégicos, que eran a la vez posesiones de los jefes tribales, por eso tuvo que luchar contra ellos y así avanzar en la centralización del poder. Convirtió Esztergom (llamada Gran en mapas antiguos) en su sede principal. Se casó con Sarolt, hija de Gyula, y de esta manera consiguió el apoyo de la parte oriental del país.

Géza también fue bautizado y el nombre que adoptó fue Esteban, pero en sus sentimientos siempre se mantuvo pagano y tampoco utilizó su nombre cristiano. Con sus actos hizo posible la propagación de la fe cristiana, fundando por ejemplo la abadía benedictina de Pannonhalma, pero el dominio del cristianismo occidental no era exclusivo, dado que Sarolt creó un claustro de rito bizantino en el valle de Veszprém. A sus hijos, entre ellos Vajk, futuro rey Esteban I, los mandó educar rigurosamente en la fe cristiana por el obispo Adalberto y el abad Astrik; y para reforzar las relaciones con occidente, casó a dicho hijo con Gisela, princesa bávara, hija de Enrique II el Pendenciero y hermana de Enrique II, emperador romano-germánico. Con ella llegaron más misioneros y más caballeros feudales a la cuenca de los Cárpatos.

Las dos fuentes que siguen muestran la evolución histórica de la opinión acerca de Géza:

“Enormemente cruel, en su furia repentina asesinó a muchos. Trató a su pueblo duramente y abusando de su autoridad [...] a los que encontró en una ruta diferente, les subyugó con amenazas e intimidación. [...] De burla presentó sacrificios al Dios Todopoderoso y a otros varios dioses. Cuando su prelado le reprochó por eso, respondió que era suficientemente rico y poderoso como para hacerlo.” (Thietmar, obispo de Merseburgo)

“Hubo entonces un príncipe de nombre Géza quien, aunque se hundió en la forma de vida pagana, al acercarse la luz de la gracia espiritual atentamente empezó a negociar la paz que antes nunca apreció con todas las comarcas a su alrededor; permitió a los sacerdotes y monjes que se presentaran delante de él, les escuchó con gozo, encontró gusto en que la semilla de la fe verdadera plantada en su alma germinase. [...] junto

con su Corte creyó y se bautizó jurando poner a cada súbdito suyo al servicio de la fe cristiana.” (De la leyenda mayor del rey Esteban)

Después de haber acabado con los saqueos, una parte de los húngaros libres que hasta entonces habían servido como guerreros se vieron obligados a participar en la producción; sus señores empezaron a exigirles tributos y aumentó el círculo de las poblaciones al servicio del príncipe cerca de las haciendas principescas. En suma, empezó el proceso de desaparición de los húngaros comunes libres.

Antes de morir, Géza nombró heredero a su hijo Esteban, siguiendo claramente el principio de la primogenitura, ya que según el seniorato en vigor, hubiera tenido que suceder Koppány, pariente de Géza y de sentimientos paganos.

Esplendor y extinción de la Casa de Árpád

La fundación del Estado de San Esteban

Después de la muerte de Géza en 997, Esteban fue elegido príncipe en el castillo de Gran. La principal tarea era estabilizar su poder, hacerse aceptar por los dirigentes y fundar la monarquía cristiana. Como primer paso se enfrentó a Koppány, que exigía el liderazgo que le correspondía según las costumbres tradicionales del seniorato, y a Sarolt como esposa y sus bienes, según las del levirato. Atacó Veszprém, dominio de la viuda de Géza, pero Esteban, con ayuda de los caballeros extranjeros, obtuvo una victoria entre Veszprém y Várpalota sobre el ejército de Koppány, quien probablemente murió en la batalla. Después su cuerpo fue descuartizado y sus partes clavadas en los cuatro castillos más importantes de la cuenca: Veszprém, Győr, Esztergom y Alba Iulia (Gyulafehérvár), esta última en Transilvania, todo para servir de advertencia a Gyula. No sirvió y Esteban tuvo que enfrentarse a él en 1003; y a Ajtony, señor de las regiones del sur, en 1008.

Con la victoria sobre Koppány Esteban consiguió la superioridad de fuerzas en el país. Además, las circunstancias internacionales eran favorables para la fundación de un verdadero reino cristiano. El Papa Silvestre II y el emperador romano-germánico Otón III gobernaban en un acuerdo pacífico. El Papa envió la corona a Esteban con el abad Astrik (conocido también como Anastasius, Astricus o Astericus), y con el consentimiento de Otón III. Esteban fue coronado en la Navidad de 1000, o el 1 de enero de 1001. El acto se realizó en Esztergom, según el rito de Maguncia (Mainz) y siguiendo el modelo carolingio. Las partes principales de dicho rito eran:

- elección simbólica por aclamación,
- juramento de proteger la fe, la Iglesia y el país,
- unción con el óleo sagrado (el crisma simbolizaba que su portador era el elegido de Dios que gobernaba el país en su nombre),

- entrega de los símbolos de la coronación (corona, espada, bastón, anillo y cetro; la Santa Corona que existe hoy es de época más tardía).

Con el establecimiento de la organización estatal Esteban continuó y completó las labores iniciadas por su padre, el príncipe Géza, siguiendo el ejemplo del Imperio franco en la creación de un estado feudal cristiano.

Las tierras que habían pertenecido a los jefes derrotados fueron expropiadas e incorporadas a las posesiones del rey. La preponderancia del poder centralizado se vio garantizada por la circunstancia de que dos terceras partes de las antiguas posesiones de los clanes pasaron a la Casa de Árpád: esto explica el concepto de reino patrimonial.

En sustitución del consejo del príncipe se creó el Consejo Real de prelados y *comes*, entre ellos el palatino. Posteriormente este Consejo se amplió con otros funcionarios, como el juez mayor, el tesorero mayor, el caballero mayor, el montero mayor, el repostero mayor y el copero mayor.

El poder del rey estaba asegurado gracias a las fortificaciones rodeadas de muros de tierra o de empalizadas. El comandante en jefe era el *comes* (ispán) del castillo, y le ayudaban en la tarea los oficiales (*várjobbágyok*) que, además de la defensa del castillo, tenían como obligación dirigir la recaudación de los tributos, mientras los soldados se encargaban de las tareas militares. La producción estaba asegurada por otro grupo de población: a cada castillo estaba asignada cierta cantidad de siervos que trabajaban en los dominios pertenecientes a los castillos, a veces dispersos, no formando una unidad geográfica compacta.

Esteban I creó el sistema de los comitados reales como unidad territorial en vez de los asentamientos tribales, que antes eran ocupados por los linajes. El centro de cada uno era un castillo fuerte, cuyo *comes* lo era a la vez de todo el comitado, y como tal jefe militar de la provincia. Recaudaba y administraba los tributos, aduanas y otros ingresos reales; y era el juez de los súbditos que habitaban en este territorio. Dos tercios de los ingresos pertenecían al rey y un tercio quedaba para cubrir los gastos provinciales.

También existieron en todo el país haciendas reales, con el deber de asegurar el abastecimiento del rey y de su Corte, que constantemente cambiaba su lugar de residencia. La dirección y administración estaban encomendadas al mayordomo de la hacienda real (*udvarispán*), y el trabajo lo realizaban los siervos de la hacienda real (*udvarmokok*). Las poblaciones al servicio del rey se encargaban de abastecer la Corte con productos artesanales y ciertos servicios. Los nombres de aquellos pueblos que hasta hoy llevan el de alguna profesión (por ejemplo Kovácsi: herreros, Szakácsi: cocineros, Halászi: pescadores, etc.) indican claramente a qué se dedicó su población medieval.

La defensa de las fronteras, asunto de vital importancia, fue encomendada a los pueblos asentados en las regiones fronterizas (*gyepű*), donde diferentes obstáculos naturales o artificiales servían para impedir el paso de los intrusos. Estas poblaciones

aliadas, por ejemplo los *székely*, cabardios, cumanos, jazonos, uzos y pechenegos, habían pedido en varias ocasiones, desde la conquista de la Patria, establecerse bajo la protección húngara.

Desde el punto de vista social empezó a formarse la capa de los grandes propietarios de latifundios: descendientes de los anteriores jefes tribales y caballeros feudales de origen extranjero. En sus leyes Esteban reconoció tanto la propiedad privada obtenida recientemente como la heredada. A lo largo del siglo XI la proporción de los grandes propietarios aumentó a causa de las donaciones.

La capa media de la sociedad húngara estaba formada por los *milites*, dueños de pequeños dominios que trabajaban con sus siervos. Los libres que perdían sus tierras tenían dos opciones: mudarse a las regiones fronterizas para conseguir otras, o solicitar el amparo de un señor a cambio de servicios feudales, pero conservando su libertad personal, ya que en el siglo XI la línea divisoria más importante estaba entre los libres y los siervos. Estos últimos trabajaban en los latifundios de los señores completamente subordinados a ellos, pero desde finales del siglo XI se empezó a observar un cambio en su situación: una parte de ellos recibió un manso a cambio de servicios feudales. La equiparación entre los libertos (esclavos liberados que siguieron viviendo bajo dependencia de sus señores) y los libres que acabaron bajo dependencia de un señor feudal empezó en el siglo XII.



Esteban I, al ser Rey Apostólico de Hungría, tuvo el derecho de crear el sistema eclesiástico del reino. Fundó diez diócesis: dos arzobispados (Esztergom y Kalocsa) y ocho obispados (Veszprém, Vác, Győr, Eger, Pécs, Csanád, Bihar –más tarde se trasladó a Várad–, y Gyulaféhevár). Posteriormente se fundaron otros dos obispados: Nitra y Zagreb. La autoridad principal de la Iglesia húngara era el príncipe-arzobispo de Esztergom, subordinado únicamente al Papa, y coronar a los reyes húngaros era privilegio suyo. Un resultado importante de la política de Géza y San Esteban fue evitar que el sistema eclesiástico húngaro estuviera subordinado a la jerarquía alemana.

Se fundaron por esta época varios monasterios de la orden benedictina, los más conocidos son Pannonhalma, Zalavár y Pécsvárad, cuyos monjes se relacionaban con el Papa por medio del abad de Pannonhalma. En la tarea de convertir a los húngaros al cristianismo tuvieron papel muy importante el abad Astriik, de origen checo, y San Gerardo, monje veneciano y arzobispo de Csanád. Esteban I aseguró el funcionamiento de la Iglesia con grandes donaciones de tierras y con la recaudación del diezmo. Probablemente ya en la época de este rey comenzó también la formación de cabildos de canónigos que ayudaran en la administración de los obispados.

San Esteban obligó a la población con la fuerza de la ley a convertirse al cristianismo y respetar las nuevas reglas. Además de pagar el diezmo a la Iglesia, también exigió a cada diez aldeas la construcción de un templo. Eran pequeños y de forma circular, apenas cabían el altar, el sacerdote y algunos notables del lugar, los fieles escuchaban la misa al aire libre y en latín, que ellos no entendían, pero estaban obligados a asistir, y sólo podían quedarse en casa los enfermos y los guardianes del fuego para evitar incendios. Existieron leyes para regular el comportamiento de los creyentes durante la misa; se prohibió rigurosamente adorar a los dioses y entidades de la religión pagana y ofrecerles sacrificios; se prohibió también el trabajo los domingos, ya que era obligatorio guardar las fiestas religiosas y respetar los ayunos; y se introdujo la institución del matrimonio cristiano.

“8. Los sacerdotes y los comes encarguen a los jueces de aldea que ordenen a todo el mundo ir a la iglesia los domingos: ancianos, jóvenes, hombres y mujeres, excepto los que guardan el fuego. Si por su dejadez alguien, que no cuida el fuego, se queda en casa, al que se quedó en casa, se le azotará y se le cortará el cabello. [...]

10. Si alguien, al comer carne, falta a las cuatro épocas de ayuno, conocidas por todos, debe guardar ayuno encerrado durante una semana. [...]

14. Si el siervo de alguno mata al siervo de otro, el siervo asesino debe reemplazar al siervo asesinado, o su amo que pague indemnización por él, y el asesino debe hacer penitencia como hemos dicho.

15. Si alguno de los comes con corazón endurecido, olvidándose de su alma –cosa que quede lejos del corazón de los fieles– se ensucia asesinando a su mujer, según la decisión del Consejo Real debe llegar a un acuerdo con los familiares de la mujer pagándoles 50 terneros, y debe hacer penitencia según órdenes de las leyes de la Iglesia.

Si un oficial o un hombre rico comete el mismo pecado, según la decisión del mismo Consejo, debe pagar 10 terneros y hacer penitencia como hemos dicho. Si un hombre del pueblo comete el mismo pecado, que llegue a un acuerdo con los familiares pagándoles 5 terneros y se someta al ayuno antes mencionado.” (Primer Código de San Esteban, alrededor de 1001)

“1. Cada diez pueblos deben construir una iglesia y proporcionarle dos parcelas, esclavos en igual cantidad, con caballos y yeguas, seis bueyes y dos vacas, 30 aves de corral. De la ropa y manteles del altar se encargará el rey, del sacerdote y libros se encargará el obispo. [...]

18. Si a alguien Dios le dio diez en un año, la décima parte la debe dar a Dios, y si alguien esconde la décima parte, que pague las nueve partes. Y si alguien roba del diezmo apartado para el obispo, debe ser juzgado como ladrón y la indemnización por este acto le corresponde por completo al obispo.” (Segundo Código de San Esteban, entre 1030–1038)

En los dos códigos de la época de San Esteban que se han conservado aparecen leyes que ayudaron a respetar la propiedad privada, la vida humana, el orden en las herencias y el orden jerárquico.

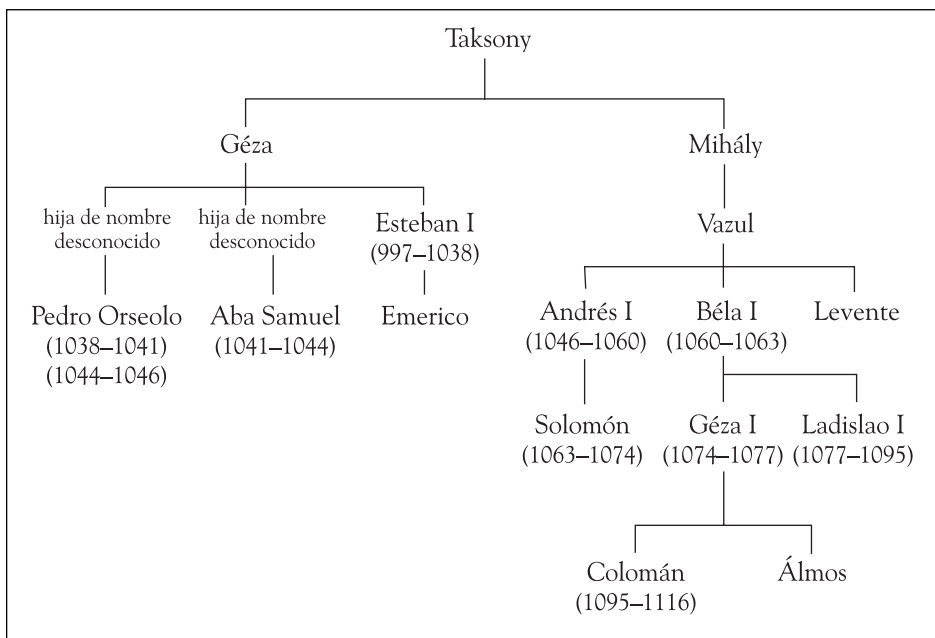
Por lo que se refiere a las relaciones externas, el rey se esforzó porque fueran pacíficas. Con el Imperio Romano-Germánico lo logró al principio, sobre todo durante el gobierno de Enrique II, su cuñado, pero en la época de Conrado II, en 1030, tropas alemanas atacaron Hungría. Fueron rechazadas rápidamente siguiendo la táctica de la tierra quemada y el conflicto terminó con un tratado de paz en 1031. Con el Imperio Bizantino, al comienzo del gobierno de Esteban, que había vencido a Ajtony, aliado de Bizancio, las relaciones fueron tensas, pero después de 1018 se normalizaron. Con Yaroslav el Sabio, príncipe de Kíev, también mantuvo buenas relaciones, asegurando la paz con enlaces familiares.

A principios del siglo XI se abrió una nueva ruta de peregrinaje hacia Jerusalén, una ruta que pasaba por el territorio húngaro. Se construyeron casas de albergue, nuevos castillos y fortificaciones para proteger a los peregrinos. Este camino impulsó la formación de nuevas relaciones comerciales y culturales.

Sabemos de la existencia de varios hijos de Esteban, entre ellos dos varones, Otón, que murió muy joven, y Emerico, que llegó a la edad adulta. Esteban educó y preparó a su hijo para continuar la obra de organización estatal de Hungría, como se ve en “Instrucciones”, un documento valioso para la historia húngara porque recoge los consejos escritos de San Esteban a su hijo. También San Gerardo, obispo de Csanád estuvo encargado de la educación de Emerico, quien desgraciadamente murió en 1031 en un accidente de caza, convirtiendo la sucesión en un problema angustioso. Como descendiente de mayor edad de la dinastía Árpád, Vazul (o Vászoly), posiblemente primo de Esteban, reclamó su derecho al trono, pero él se apoyaba en los grupos descontentos con las reformas y el cristianismo occidental, y su

acceso al poder hubiera significado el restablecimiento del orden antiguo, cosa que el rey no consintió. Encarceló a Vazul en el castillo de Nitra y designó como sucesor a su sobrino Pedro Orseolo, hijo de su hermana y del dogo de Venecia. Vazul y sus partidarios no se conformaron con esta decisión y organizaron una conjura contra el rey. Ésta fue descubierta y Esteban castigó a Vazul: le hizo cegar y mandó verter plomo derretido en sus oídos, con lo que incapacitarlo para el gobierno. Además expulsó del país a sus hijos, Andrés, Béla y Levente, que encontraron refugio en las cortes de Polonia y de Kíev.

Según la tradición, San Esteban en su lecho de muerte ofreció Hungría a la protección de la Virgen, por eso María es considerada Patrona de Hungría.



Luchas por el establecimiento del nuevo orden

EL REINADO DE PEDRO ORSEOLO (1038–1041, 1044–1046)

Pedro siguió la política de su tío, pero de una forma autoritaria e impaciente. Quizás por temor a una conjura como la de Vazul se rodeó de extranjeros: italianos y alemanes. Los dirigentes húngaros, como respuesta al desaire, derrocaron a Pedro y eligieron como rey a Aba Samuel, cuñado de Esteban y anterior palatino, que tampoco consiguió el apoyo unánime del pueblo y de los dirigentes. Mientras, el destronado pidió ayuda a Enrique III, ofreciéndose a cambio como vasallo, regresó al país con tropas alemanas, y en 1044 ganó la batalla de Ménfő, capturando al huido Aba Samuel, ejecutado poco después. Pedro, de nuevo en el trono, volvió a gobernar

como anteriormente, buscando la compañía de extranjeros, y como vasallo del emperador. Por eso los preladados y aristócratas llamaron a los hijos de Vazul –Andrés, Béla y Levente–, exiliados en el principado de Kíev.

En este contexto, en 1045 y 1046 se produjo un movimiento popular para restablecer el orden anterior y la fe pagana, sobre todo porque se identificaron los disturbios y la situación anárquica con la evangelización. El dirigente era Vata, *comes* de Békés. Incendiaron iglesias y asesinaron a monjes y sacerdotes, siendo una de las víctimas San Gerardo, que según la tradición murió en Buda, lapidado y lanzado al Danubio desde el monte que hasta hoy lleva su nombre.

Los príncipes que regresaron del extranjero aprovecharon la situación y se aliaron con los insurrectos, derrotaron al rey en 1046 y lo cegaron con el fin de incapacitarlo para el trono, muriendo a causa de la herida infectada.

LOS REINADOS DE ANDRÉS I (1046–1060) Y BÉLA I (1060–1063)

Después de haber vencido a Pedro, los príncipes se deshicieron del resto de los sublevados y Andrés subió al trono en 1046. Continuó la obra de San Esteban, restableciendo y confirmando la validez de las leyes promulgadas por aquél. Durante su reinado tuvo que luchar en dos frentes: contra Enrique III, que quiso hacer valer sus derechos señoriales y seguir tratando a Hungría como su feudo; y en defensa de la fe católica contra los paganos y el Cisma de Oriente. Llamó a su hermano Béla y le asignó el ducado que según la tradición correspondía al heredero del trono, lo que significó el control de la región norteña y oriental del país, un tercio del territorio. Desde esta posición ejerció derechos reales y pudo acuñar su propia moneda, pero no desarrollar una política exterior independiente.

Béla era buen estratega y pronto tuvo la posibilidad de demostrarlo, porque en 1051 Enrique III atacó Hungría y su ejército llegó hasta Székesfehérvár, pero los húngaros emplearon de nuevo la táctica de la tierra quemada y los alemanes tuvieron que retroceder, siendo atacados cuando estaban debilitados en una región montañosa. En su huida dejaron atrás tantas armas, escudos y armaduras que cubrieron las laderas de un monte, por lo que aquel lugar desde entonces se denomina “Vértes”, palabra cuya raíz significa “armadura”. Al año siguiente, en 1052, Enrique atacó de nuevo, sitiando Pozsony (Presburgo), pero un guerrero húngaro, Zotmund, barrenó los barcos con los víveres y el ejército tuvo que levantar el sitio y retirarse. El emperador abandonó sus planes de lucha contra Hungría, hizo las paces con Andrés I y como garantía de paz casaron a Salomón, hijo de éste, con Judit, hija de aquél, ambos menores de edad.

Andrés coronó a Salomón privando de la herencia a su hermano Béla quien, con aliados rusos y polacos atacó al rey y lo venció, quedando éste gravemente herido y muriendo pocos días después, lo que obligó a su hijo Salomón a refugiarse en la corte de Enrique III. La herencia más valiosa de Andrés I para la cultura húngara fue la fundación de la abadía benedictina de Tihany, en cuyo templo bajo se encuentra su

tumba, ya que la carta fundacional de esta abadía es el primer documento que contiene palabras húngaras escritas, intercaladas en el texto latino.

Béla I reinó entre 1060 y 1063. En 1061 tuvo que enfrentarse a una nueva rebelión pagana, encabezada por Juan, hijo de Vata, jefe de la anterior sublevación. Los participantes en esta rebelión fueron campesinos empobrecidos y privados de su libertad, a quienes, malarmados, el ejército real derrotó fácilmente. El siguiente conflicto le costó la vida, ya que Salomón, rey coronado de Hungría, quiso hacer valer su derecho al trono e hizo preparativos para atacar Hungría. Béla, que también se estaba preparando, sufrió un accidente, quedó malherido y murió. Sus hijos Géza, Ladislao y Lamberto abandonaron el país y se refugiaron en Polonia.

LOS REINADOS DE SALOMÓN (1063–1074) Y GÉZA I (1074–1077)

Salomón consiguió el trono con ayuda alemana y gobernó entre 1063 y 1074. En Győr hizo las paces con Géza y Ladislao: los príncipes recibieron el ducado y con esto la promesa del trono. Todos juntos ganaron en Kerlés a los pechenegos en 1068, y tres años después dirigieron una campaña militar contra Belgrado, bajo dominio bizantino. Según la tradición, la disputa entre ellos empezó por el reparto del botín y culminó en otro conflicto armado. Los príncipes Géza y Ladislao vencieron a Salomón en la batalla de Mogyoród, en 1074, y éste huyó del país llevándose la corona. Géza solicitó una nueva al Papa, pero Gregorio VII le consideró usurpador y denegó la petición. El emperador bizantino Miguel VII Ducas sí se la envió, y actualmente es la base de la Santa Corona húngara. Durante el breve tiempo de su gobierno fundó una abadía benedictina en Garamszentbenedek y la basílica de Vác. También traspasó el día de feria del domingo al sábado, para excluir a los comerciantes judíos del mercado húngaro. Al morir Géza en 1077 sus hijos eran menores de edad, y le sucedió en el trono su hermano Ladislao.

EL REINADO DE LADISLAO I (1077–1095)

Cuando Ladislao llegó al trono, en Europa ya habían empezado las luchas por la investidura de los obispos entre el emperador Enrique IV y el Papa Gregorio VII. Puesto que Salomón era apoyado por Enrique, el Papa reconoció a Ladislao como rey legítimo de Hungría. Aquél no se resignó y varias veces intentó recuperar su trono perdido, pero no lo logró. Ladislao lo capturó y encarceló en el castillo de Visegrád, por eso una torre se llama “Torre de Salomón”, aunque fue construida en la época de Béla IV. Liberado del cautiverio se refugió en los Balcanes, donde murió guerreando contra los pechenegos.

Con el gobierno de Ladislao I empezó la consolidación del régimen feudal en Hungría por medio de severas medidas en su defensa. Sus leyes castigaron cruel y severamente a los que atentaban contra la propiedad privada, y se adoptaron medidas contra los libres que vagabundeando intentaban huir de la dependencia feudal y se

mantenían de robos y asaltos. En su legislación castigó más los errores de indulgencia de los jueces que los de excesiva severidad.

“Antes que nada decidimos con juramento que si familiares de nobles se encuentran culpables de un robo por un valor mayor al de una gallina, [...] que lo ahorquen y que pierda todos sus bienes. Si encuentran robando a un libre o a un esclavo, que lo ahorquen. En el caso de que para salvarse de la horca, se refugie en una iglesia, sacándolo de la iglesia, que lo cieguen. El libre o esclavo que robe un ganso o una gallina, que pierda un ojo y devuelva lo que ha robado. [...]

Si un hombre libre roba por el valor de diez denarios, que lo ahorquen, si roba por un valor menor de diez denarios, que devuelva el valor de lo robado doce veces y que pague un buey [...] Si después de esto toda la aldea considera ladrón a alguien, que lo examinen con ordalía [...]

Si el juez no corta la nariz del esclavo o no ahorca al libre, que pierda todo, salvo sus hijos e hijas y que sea vendido. Y si ahorca a un inocente que pague 110 monedas y que devuelva todos los bienes de la persona ahorcada.

Los que ofrezcan sacrificios según las tradiciones paganas al lado de pozos, o si llevan regalos a los árboles, fuentes o piedras, por su pecado paguen un buey.” (Código de San Ladislao)

El rey protegía el poder de la Iglesia, pero la existencia de leyes contra el paganismo demuestra que la religión cristiana todavía no se había asentado lo suficiente. En su gobierno fundó el obispado de Agram (Zagreb) y las abadías de Somogyvár y de Kolozsmonostor. Propagó el espíritu de la reforma cluniacense y ayudó a la formación del sistema de cabildos para ayudar a la administración de la Iglesia. Para aumentar el prestigio del catolicismo húngaro, logró del Papa Gregorio VII la canonización del rey Esteban I, de su hijo el príncipe Emerico y del obispo Gerardo el 20 de agosto de 1083. La mano derecha momificada con el anillo de Esteban se convirtió en la reliquia más importante del país, y hoy en día se guarda en Budapest en la Capilla de la Diestra Sagrada de la Basílica de San Esteban.

En el exterior, con la muerte del rey Zvonimir empezaron de nuevo las luchas dinásticas en Croacia, y Elena, su viuda y hermana de Ladislao, solicitó la ayuda de éste. A raíz de esta petición, el monarca húngaro penetró en Eslavonia en 1089 y la declaró provincia de su reino. En 1091, en una nueva campaña militar, ocupó Croacia hasta la frontera con Dalmacia y consiguió una salida al mar Adriático para Hungría. Encargó el gobierno del territorio a Álmos, sobrino suyo, hijo de Géza I. Políticamente se formó una unión dinástica que chocaba con los intereses de Bizancio y Venecia, y por estímulo bizantino los cumanos atacaron Hungría, si bien Ladislao los rechazó fácilmente. El Papa también se opuso al avance magiar, por eso el rey temporalmente se acercó a Enrique IV, emperador romano-germánico, aunque en la última época de su gobierno se situó de nuevo cerca del Papado, muriendo cuando se disponía a participar en la Primera Cruzada. Ladislao fue canonizado en

1192, y hasta hoy la tradición histórica húngara lo respeta como rey paladín, protector del país y de la Iglesia.

EL REINADO DE COLOMÁN EL BIBLIÓFILO (1095–1116)

Entre los dos hijos de Géza I y sobrinos de Ladislao, Álmos, el menor, estaba destinado a heredar el trono, como lo demuestran las tareas de gobierno que le encargó su tío. Colomán, según descripciones de crónicas cuya objetividad es dudosa, tenía una deformidad física y se le dedicó a un alto cargo eclesiástico. Para prepararlo lo enviaron a un monasterio, donde él consiguió convertirse en un hombre de enorme cultura. Se desconoce cómo llegó a convertirse en rey en detrimento de su hermano, pero pudo ascender al poder sin impedimentos y discordias en torno a la sucesión. Álmos, que originalmente fue nominado como heredero del trono, recibió el ducado.

Colomán aprovechó el gran ejército formado por su tío con el deseo de acudir a las Cruzadas para guerrear contra Halych (en el territorio de la actual Ucrania), con poco resultado, y luego para subyugar Croacia. Extendió su autoridad a las ciudades de Dalmacia (Trau, Zara, Spalato, Ragusa), confirmando al mismo tiempo los privilegios de éstas y ofreciendo protección contra Venecia, que amenazaba con una mayor opresión. El monarca consiguió el apoyo del Papado, aliado de Venecia, al renunciar a su derecho de investidura en favor del Papa. Los reyes húngaros mantuvieron el título de rey de Croacia hasta 1918. Al principio encargaron del gobierno a un miembro de la familia real, pero desde finales del siglo XIII nombraron a un ban (gobernador provincial) para dirigir el territorio.

Durante los primeros años del reinado atravesaron el territorio las tropas de la Primera Cruzada. El abastecimiento de tal cantidad de personas no estaba asegurado y fueron expulsadas del país. Sin embargo, en la siguiente campaña las tropas de Godofredo de Bouillon pasaron sin graves problemas.

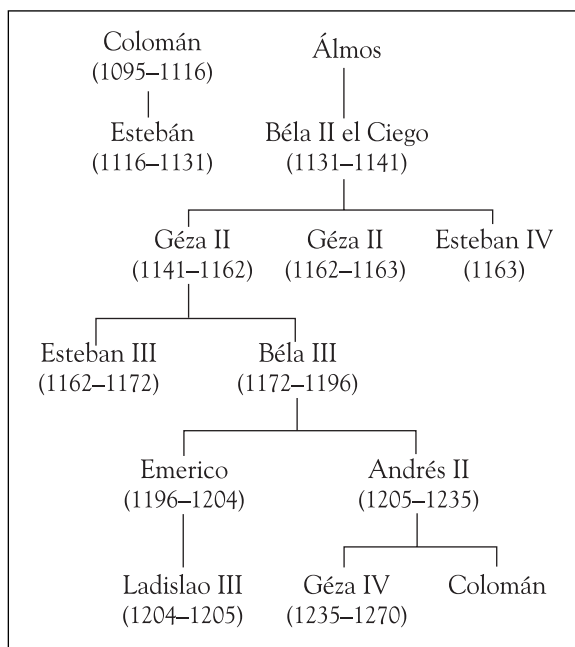
Colomán siguió la obra legislativa iniciada por Esteban I y Ladislao I, y redactó cinco códigos con la ayuda del Consejo Real y de los concilios. Sus leyes ya no tuvieron que ser tan severas como las de San Ladislao, prueba de que las normas católicas y el respeto de la propiedad privada estaban consolidándose en Hungría. Sí agravó la disciplina eclesiástica en cuestiones como el celibato, la regulación de la vida monacal y el nivel cultural del sacerdocio.

Coronó a su hijo, futuro Esteban II, privando a Álmos, su hermano menor, de la esperanza de ser rey de Hungría. Éste se rebeló y durante la última década de su reinado Colomán tuvo que luchar contra él, vencéndole en el primer choque, por lo que Álmos, como penitencia, hizo un viaje de peregrinaje a Jerusalén, mientras su hermano lo privaba también del ducado. Se rebeló una segunda vez y tampoco pudo vencer, pero el rey lo mandó cegar y también a su hijo de cinco años, Béla, para incapacitarlos, práctica bien conocida de la Edad Media. Luego los hizo internar en un monasterio.

La desmembración feudal

EL CONFLICTIVO SIGLO XII

El sucesor de Colomán fue su hijo Esteban II (1116–1131). Su gobierno constituyó una serie de fracasos en política exterior en Halych, también perdió el dominio de Dalmacia, y además tuvo que luchar contra los señores que apoyaban a Álmos, quien recibió protección de Bizancio. Esteban atacó, pero pronto tuvo que defenderse del contraataque griego. Después de la muerte de Álmos el rey logró finalmente normalizar su relación con Béla, a quien casó con Elena, hija de Urus, gran príncipe de Serbia.



Esteban II murió sin tener hijos y el heredero del trono fue Béla II el Ciego (1131–1141). Al iniciar su gobierno convocó una asamblea en Arad, donde masacraron a 68 señores partidarios de Colomán. Puesto que este modo de solucionar los conflictos era ajeno a la política húngara, se sospecha que la venganza fue idea de Elena. Otro detalle que sostiene la teoría es que, al parecer, en vez de Béla II gobernó su esposa. El rey murió joven y dejó el trono a su hijo mayor, Géza II, durante cuya minoría de edad la madre siguió detentando el poder.

Géza II (1141–1162) se enfrentó a varios problemas militares, sobre todo con Bizancio, que vivió una época expansionista durante el reinado de Manuel I Comneno e intentó situar Hungría bajo su influencia. Las campañas militares húngaras contra Halych, los principados rusos y Bizancio fracasaron. Estos sucesos reforzaron a la oposición de Géza II, quienes apoyaban a Esteban, hermano del rey.

Éste, para deshacerse de posibles pretendientes al trono, exilió a sus hermanos Esteban y Ladislao, quienes se refugiaron en la Corte del emperador Manuel.

A Géza II le sucedió en el trono su hijo, llamado Esteban al igual que uno de sus tíos desterrados. Esteban III (1162–1172) se defendió de sus ataques, ya que éstos reclamaban el trono apoyados por el emperador Manuel. Finalmente ambos tíos consiguieron coronarse, con los nombres de Ladislao II y Esteban IV, pero por tiempo breve y siendo considerados como usurpadores.

Esteban III se afianzó en el trono húngaro y alcanzó un acuerdo con Manuel, pero éste, según las costumbres y para asegurarse de que el rey húngaro no actuaría contra lo acordado, llevó a Constantinopla como rehén a su hermano, llamado Béla. Al carecer de hijos propios el emperador bizantino planeó casar a este personaje con su hija y nombrarlo heredero bajo el nombre de Alexios. Existía además un lazo familiar entre ellos porque la madre de Manuel había sido Piroska, hija de San Ladislao. Cuando inesperadamente nació un hijo varón de Manuel, Béla tuvo que regresar a Hungría, donde ocupó el trono después de Esteban III y sacó provecho de todo lo aprendido en Bizancio.

Béla III (1173–1196) estableció una alianza con el emperador bizantino evitando que Hungría fuera vasallo, si bien se comprometió a que su política no amenazara los intereses de aquél. Consiguió también el apoyo del Papa, puso fin a las luchas entre facciones y pudo reagrupar en torno a su persona a la clase feudal dominante. Después de la consolidación de su poder, y aprovechando la situación creada tras la muerte de Manuel (1180), recuperó Croacia, Dalmacia, Bosnia y Sirmia, que hasta entonces habían estado bajo la autoridad de Bizancio. Más tarde intervino en las discordias por el poder en tierras rusas y ocupó Halych, dejando aquí al frente del gobierno a su hijo Andrés, si bien el joven príncipe fue derrocado poco tiempo después.

El monarca también mantuvo buenas relaciones con Federico Barbarroja, a quien recibió en Hungría durante la cruzada de 1189. Y creó lazos dinásticos con la Corte francesa al casarse en primeras nupcias con Inés de Chatillon, y a la muerte de ésta con Margarita Capeto, hermana de Felipe II Augusto.

Una de las medidas más importantes del rey fue la fundación de la Cancillería, que se dedicó a editar diplomas, cartas y otros documentos bajo la dirección del canciller. La redacción era el trabajo de los notarios, y los escribanos hacían las transcripciones y copias. La burocracia laica empezó a separarse de la Iglesia. Ayudó mucho en la formación de la documentación oficial un decreto de Béla, según el cual las transacciones de carácter jurídico, por ejemplo los pleitos, donaciones de tierras y compraventas importantes debían ser establecidas por escrito. Para reforzar la formación de profesionales se enviaron eclesiásticos a estudiar en el extranjero. En París estudió su notario, cronista relevante que, según la costumbre, no firmó su obra. Sabemos solamente que era “P llamado maestro”, notario del rey Béla. En la historia húngara se habla de él como Anonymus. En su obra, la *Gesta Hungarorum*, describió la conquista de la Patria, y aunque según los historiadores no es una historia fidedigna en cada detalle, reúne informaciones valiosas.

La situación de paz interna alcanzada hizo posible un notable desarrollo económico. Además de los ingresos tributarios de los comitados reales, que todavía siguió siendo la mayor entrada de la tesorería real, los de tipo pecuniario tenían cada vez mayor importancia: el peaje, el pontaje, las tarifas de las ferias, las regalías de la sal, la explotación de las minas de metales preciosos y los ingresos obtenidos durante la acuñación de monedas (el monedaje o *lucrum camerae*). Del año 1185 se conserva un informe sobre las entradas reales según el cual Hungría era uno de los países más ricos de Europa. Se pueden discutir las cantidades descritas, pero las informaciones sobre las proporciones de las distintas ramas de los ingresos reales son muy interesantes.

INFORME SOBRE LOS INGRESOS DE BÉLA III (EN MARCOS DE PLATA)	
1. monedaje	60 000
2. regalías de la sal	16 000
3. peaje, pontaje, tarifas de feria	30 000
4. tributos de los <i>hospes</i> en Transilvania	15 000
5. ingresos tributarios de los 72 comitados reales	25 000
6. regalos de los <i>comes</i> de los comitados reales	10 000

ECONOMÍA Y SOCIEDAD EN EL SIGLO XII

La mayor parte de la población húngara vivía de forma sedentaria, pero conservando algunas costumbres de origen nómada. Por ejemplo en el verano muchas familias preferían vivir en yurtas, ocupando sus cabañas construidas de madera y adobe sólo en el invierno. La actividad de producción más importante era la agricultura, ya que la ganadería pasó a segundo plano. Labraron las tierras con el sistema de alternancia de pastos: roturaban una parte de la pradera para el cultivo, la usaban hasta el agotamiento de la tierra, luego volvía a ser pradera para que recuperara sus fuerzas y roturaban otro pedazo para labrar. Movían las tierras con arado ligero, tirado por bueyes, y producían trigo, cebada y mijo. La viticultura tenía una importancia cada vez mayor, y pronto el vino sería uno de los artículos más importantes de exportación. Los espacios cultivables fueron utilizados por los habitantes de los pueblos en común, ya que las comunidades campesinas dividían las parcelas, al principio anualmente y luego con menor frecuencia. En la ganadería se dedicaron a la cría del ganado bovino, ovino, porcino y de aves de corral. Criar caballos sin embargo era casi un privilegio de los más ricos.

La producción en los siglos XI–XII se realizó en los predios de propiedad eclesiástica o laica, siendo el trabajo productivo deber de los siervos del señor. Desde fines del siglo XII, un número cada vez mayor de estos siervos obtuvo de su señor feudal una parcela de uso, llamada manso. La familia campesina pagaba tributo a cambio de usarla, pero disponía de una parte del producto y la cultivaba a su criterio, obteniendo

lo necesario para su subsistencia. Otra parte del predio quedaba como reserva del señor, para su uso exclusivo, y era trabajada por medio de la corvea (prestación laboral de los siervos). La producción artesanal seguía a cargo de las poblaciones al servicio del rey, puesto que las comunidades campesinas eran autosuficientes.

La llegada de colonos (*hospes*) de Europa occidental ayudó mucho en el desarrollo de la agricultura y artesanía, al igual que la invitación y establecimiento de monjes de la Orden del Císter, que propagaron conocimientos sobre cultivos de alto nivel en Zirc, Pilisszentkereszt y Pásztó (en esta época también aparecieron en Hungría los monjes premonstratenses). Los colonos italianos, valones y franceses que llegaron a Hungría ayudaron a transformar dos lugares importantes en verdaderas ciudades según los criterios occidentales, con municipio propio: Esztergom y Székesfehérvár. Los sajones que llegaron desde la región del Rin en la época de Géza II, estableciéndose en la Alta Hungría y Transilvania, facilitaron notablemente el desarrollo de la minería.

El intercambio de productos se realizaba en las ferias organizadas en la cercanía de centros políticos. El comercio exterior y el cambio de monedas estaban en manos de comerciantes judíos, musulmanes e ismaelitas (musulmanes de Asia Central).

El rey seguía disponiendo de la mayor parte de las tierras, un tercio más o menos, pero durante el siglo XII, sobre todo a causa de las luchas por el trono, aumentó la cantidad de los feudos eclesiásticos y laicos: Béla III fue el primero que entregó como donación un comitado entero.

Los miembros de las familias más poderosas se quedaron con los cargos más altos del país. Se hicieron llamar *maiores* o *nobiles*, y su importancia era notable también en el ejército, puesto que conducían sus tropas, llamadas banderías, en el ejército del rey bajo su propia bandera. La situación de las capas medias no era homogénea: una parte de la población, propietarios de pequeños dominios, conservó su independencia considerándose servidores únicamente del rey, a quien le debían prestación militar. Tenían incluso posibilidades de ascenso social si con sus hazañas se hacían merecedores de privilegios reales.

ANDRÉS II Y EL MOVIMIENTO POR LA BULA DE ORO

La muerte de Béla III produjo nuevas luchas por el trono entre sus dos hijos. El mayor, Emerico, heredó la corona real y fue rey de Hungría entre 1196 y 1204. El menor, Andrés, heredó castillos, latifundios y una gran cantidad de dinero con la tarea de dirigir una cruzada a Tierra Santa, pero invirtió la suma en iniciar una lucha contra su hermano por el poder. En el enfrentamiento por el trono los dos hermanos trataron de reforzar sus bandos por medio de donaciones a los señores feudales, disminuyendo así el área de los comitados reales. Andrés se hizo con el gobierno en Dalmacia y Croacia, y desde entonces en Hungría prácticamente existieron dos Cortes. Finalmente consiguió su objetivo, ya que después de la muerte de Emerico y del fallecimiento precoz de Ladislao III (1204–1205) fue coronado rey en 1205 y se mantuvo en el gobierno hasta 1235. Su reinado fue una época de campañas militares fracasadas que

exigieron grandes sacrificios. Varias veces emprendió expediciones para obtener el gobierno de Halych, quizás para compensar el fracaso que sufrió en su juventud. Durante los años 1217 y 1218 emprendió una cruzada a Tierra Santa, con el objetivo de conseguir el Imperio Latino. Con la expedición no obtuvo nada, pero costó una suma enorme y la ausencia del rey perturbó el orden interno. Como recuerdo de este acto Andrés II recibió el sobrenombre de Hierosolimitano (de Jerusalén).

También intentó conseguir el territorio de Valaquia y Moldavia para poder rechazar los ataques de los pueblos nómadas desde oriente, y por eso invitó a la Orden Teutónica a establecerse en el Burzenland (*Barcaság*) transilvano, con la tarea de evangelizar a los cumanos paganos. Cuando los teutones solicitaron al Papa Honorio III quedar situados directamente bajo su autoridad, antes que bajo la del rey de Hungría, éste respondió expulsándolos del país en 1225.

Para asegurarse el apoyo de los barones, es decir de la aristocracia terrateniente, Andrés II les donó gran extensión de tierras; tal como decía: “la medida de las donaciones es la desmedida”. Con la disminución de los comitados reales se estaba derrumbando el sistema del poder real establecido desde San Esteban. Para recuperar los ingresos perdidos, el rey tuvo que aumentar las cantidades procedentes de las regalías: aumentó los impuestos y las aduanas, y deterioró la moneda. Creó nuevas cámaras acuñadoras de monedas –cecas– y concedió en arriendo tanto el derecho a acuñar como las regalías de la sal. Estos ingresos pasaron principalmente a manos de comerciantes ismaelitas y de judíos. Otro detalle que provocó el descontento de los barones fue el favoritismo de la Corte: los familiares y acompañantes alemanes de la reina, Gertrudis de Merania, consiguieron posiciones muy elevadas del país, lógicamente para obtener los ingresos que pertenecían a aquellos cargos. Tanta fue la desesperación y la indignación de los barones que se formó una conjura bajo la dirección del ban Bánk, palatino y como tal lugarteniente del rey, y del ban Pedro, *comes* de Csanád. En 1213, mientras Andrés II guerreaba en Halych, el grupo de los insurrectos asesinó a la reina en Pilis. Demuestra la incapacidad del rey el hecho de que no pudo castigar la muerte de su esposa como se hubiera esperado de las costumbres de la época: por lo que se sabe sólo mandó ejecutar a Pedro y Bánk perdió su cargo temporalmente.

Prácticamente toda la población se enfrentó al rey con distintos motivos de queja. Una parte de los grandes terratenientes (sobre todo los partidarios de Emerico en las luchas anteriores por el trono) se quejaba de no obtener más donaciones de Andrés II. Además, la presencia de los caballeros extranjeros les privaba de los mejores cargos estatales. Los servidores del rey (*serviens*) que eran pequeños propietarios libres que vivían en el territorio de los ex-comitados reales corrían el peligro de ser sometidos por los señores feudales, dueños de enormes posesiones. Los oficiales de los castillos reales corrían el mismo riesgo con las donaciones de los castillos, ya que no deseaban formar parte del ejército privado de un señor feudal. Los pueblos al servicio de los castillos estaban sometidos a una opresión mayor bajo la autoridad de un señor feudal que bajo la del rey. Los descontentos, en primer lugar los servidores

del rey, obligaron a éste en 1222 en Székesfehérvár a otorgar la Bula de Oro, que puede considerarse de igual importancia que la Magna Charta Libertatum de 1215 de Inglaterra (debe su nombre a que siendo documento de mucha importancia, llevaba un sello colgante de oro). Las medidas más importantes de la Bula reflejan las demandas de los privilegiados: prohibió la donación de provincias enteras, la acumulación de cargos estatales y la posibilidad para los extranjeros de obtener feudos y cumplir funciones estatales sin el consentimiento del Consejo Real. Once puntos de los treinta y uno aseguraron los derechos de los servidores del rey: exención de tributos, obligación del rey –o del palatino como sustituto– de permanecer en Székesfehérvár cada 20 de agosto, día de San Esteban, para que los servidores pudieran comparecer ante él libremente y exponer sus peticiones. El rey no detendría sin previo proceso judicial a ningún servidor, aunque los jueces en tales procesos podían ser incluso el rey o el palatino. En sus propiedades no se hospedaría ni siquiera el rey, sin permiso previo. Tenían la obligación de apoyar militarmente con sus propios medios al monarca sólo en caso de guerra defensiva; en caso de conflicto fuera de las fronteras del país, solamente por una remuneración pagada por el rey. La Bula de Oro aseguró el derecho de los servidores a hacer testamento. Los privilegios confirmados en esta ocasión –privilegios judiciales, libertad personal, exención de tributos, obligaciones militares reguladas legalmente, etc.– constituyeron después el contenido principal de los privilegios nobiliarios. Al servicio de los grandes terratenientes estaba el párrafo 31 de la Bula, que declaraba que si el rey violaba las disposiciones contenidas en la misma, los nobles podrían oponerle resistencia sin ser acusados de deslealtad.

“2. No queremos que ni Nos ni nuestros sucesores capturen jamás a los servidores, [...] salvo en el caso de que el servidor haya estado citado ante el tribunal y sancionado por vía judicial.

3. Tampoco cobraremos ningún tributo [...] por los dominios de los servidores [...]

4. En caso de que el servidor muera sin heredero varón, la cuarta parte del dominio, que corresponda a su hija, y del resto disponga como quiera. [...]

7. En cuanto el rey quiera librar guerra fuera del país los servidores no deberán irse con él, sólo si están pagados por el rey, y después de su retorno el rey no podrá imponerles una multa militar [...]

8. El comes palatino debe juzgar en el caso de cualquier hombre que sea de nuestro país, sin diferencia alguna. Pero en el caso de juicio que pueda conllevar la pena de muerte o la pérdida de sus bienes a nobles, que no pueda hacerlo sin noticia del rey.

10. Si algún vasallo noble (entiéndase: aristócrata) que tenga cargo, muere guerreando, para su hijo o familiar merecerá el regalo de algún oficio conveniente. Y si muere un hombre libre, el rey regalará a su hijo lo que le plazca.

11. Si vienen gentes ilustres al país, no se les concederán dignidades sin la consulta previa al Consejo del país. [...]

16. Los comitados de pleno dominio real, [...] no los donaremos como propiedad o posesión hereditaria. [...]

24. Los comes chambelanes cambistas de moneda, los chambelanes de la sal y de las aduanas deben ser nobles de nuestro país, ismaelitas y judíos no puedan ser. [...]

26. No se regalarán dominios a [personas] de fuera de nuestro país o si esto sucediere, hay que permitir a los habitantes del país que lo recuperen.

31. Ordenamos que, si Nos o algún otro descendiente nuestro obrare en contra de estas disposiciones, con la fuerza de la presente carta, tanto los obispos, como los demás vasallos y gentes nobles (entiéndase: aristócratas) de nuestro país, estarán en la libertad de resistirnos y contradecirnos, así como a nuestros descendientes, ya conjuntamente o por separado, ahora o en el futuro, sin que caigan en el pecado de la infidelidad.”
(Fragmento de la Bula de Oro, 1222)

En el terreno económico se prohibió exigir el pago del diezmo en metálico, que perjudicaba los intereses de la Iglesia, y además reguló el comercio de la sal, prohibió el arriendo de las regalías a judíos e ismaelitas y limitó el deterioro de la moneda, fijando que cada una debía circular un año como mínimo.

Más tarde los prelados ejercieron presión sobre el rey para lograr que fueran cambiadas las disposiciones de la Bula de Oro que afectaban a los intereses de la Iglesia. Bajo su influencia Andrés II promulgó en 1231 la renovación de la Bula, cuyas disposiciones les fueron mucho más favorables, ya que el derecho a la resistencia legal de los barones pasó a serlo exclusivamente del arzobispo de Esztergom, que podría ejercerlo por medio de la excomunión. También en 1233 la Iglesia consiguió el derecho a la exención de la tributación y recuperó el de comercializar la sal.

Los servidores del rey consiguieron a su vez en 1232, en el Diploma de Kehida, reforzar los privilegios obtenidos en 1222 con un cambio importante desde el punto de vista de la jurisdicción: obtuvieron el derecho de elegir a dos jueces de servidores (*szolgabíró*) en cada comitado, que ejercerían la administración de justicia sobre ellos, librándose así de la poseída por el *comes*. Con este paso sentaron las bases de los comitados nobiliarios, que asegurarían la autonomía de la nobleza.

La hija de Andrés II y Gertrudis de Merania se casó con el landgrave Luis de Turingia-Hesse. Isabel repartió gran parte de sus riquezas –con el consentimiento de su marido– entre los pobres, construyó hospitales, asilos, atendió a enfermos y necesitados, y visitó a los prisioneros para atenderlos. El matrimonio parecía feliz, pero Luis murió muy joven. Después de enviudar Isabel se dedicó únicamente a actos caritativos, falleciendo muy joven, a los 24 años de edad en Marburgo, bien debido a agotamiento físico o a una enfermedad. Fue canonizada por el Papa Gregorio IX en 1235, y la Orden Teutónica, que estableció su centro en Marburgo, adoptó a Santa Isabel de Hungría como su segunda patrona.

La invasión de los tártaros y la extinción de los Árpád

LA POLÍTICA DE BÉLA IV (1235–1270) ANTES DE LA INVASIÓN DE LOS TÁRTAROS

Ya en vida de su padre, Béla IV como “rey joven” trató de frenar la anarquía feudal y restablecer la autoridad real al nivel de la época de su abuelo Béla III, política que siguió con toda su energía después de ascender al trono. Para conseguir este objetivo tuvo que introducir medidas impopulares entre los terratenientes: intentó restablecer la mayoría de los comitados reales y envió comisiones para supervisar el origen de los feudos, y si consideraban sin fundamento la donación, la confiscaban. Supervisó el cumplimiento de las obligaciones de los altos cargos, y depuso a varias personas que consideró inconvenientes o ineptos. Asimismo, denegó el derecho de los nobles a tener audiencias personales y sólo aceptó peticiones por escrito en su Cancillería. Incluso ordenó quemar las sillas de la sala del Consejo para obligar a todo el mundo a que estuviera de pie en su presencia, detalle que causó gran indignación entre la nobleza.

En estos años partió el fraile Julián en búsqueda de los húngaros de Bashkiria, regresando con la noticia del acercamiento de las hordas mongoles. Béla IV había logrado con sus medidas que aumentara el descontento en las diferentes capas de la sociedad cuando se acercaba el peligro más grave de aquellos siglos. Pidió ayuda al Papa y al emperador, pero ellos estaban ocupados con sus luchas por el poder universal. En 1223 el Imperio mongol en expansión derrotó al ejército conjunto ruso-cumano en el río Kalka. Los cumanos se retiraron a Hungría, país que llevaba intentando convertirlos al cristianismo y expandir su influencia sobre esas tribus desde hacía décadas. Béla IV dio permiso a los cumanos en 1239 para establecerse, y así defenderse juntos contra los tártaros. La entrada de aquel pueblo generó tensiones, ya que por su condición nómada tradicional se dedicaba al pastoreo y no conocía todavía las relaciones feudales, con lo que sus costumbres resultaron incompatibles para lograr convivir con los húngaros, ya sedentarios. Sus migraciones y rebaños dañaron los campos de cultivo de la población y los nobles se sintieron humillados cuando advirtieron que el rey apoyaba a los recién llegados y no a ellos.

LA INVASIÓN

Los mongoles atacaron a los húngaros con tres ejércitos. El primero penetró en Polonia para contrarrestar cualquier apoyo polaco, derrotando de paso a Enrique II el Piadoso, duque de Silesia, y a los Caballeros Teutónicos. El segundo ejército atacó por el sur, en Transilvania, derrotando a los voivodas y aplastando al ejército húngaro de ese territorio. El tercer ejército, que reunía las fuerzas principales conducidas por los kanes Batu y Subotai, atacaron la propia Hungría por el paso fortificado de Verecke, aniquilando al ejército dirigido por Dénes Tomaj, conde palatino, el 12 de marzo de 1241.

Béla IV comenzó a movilizar a sus huestes y envió tropas, incluidas las cumanas, a Pest. Federico Babenberg también llegó con la idea de apoyar a los húngaros, pero una discordia con Béla IV le hizo marcharse ofendido mucho antes de la batalla decisiva. Justo entonces el conflicto entre cumanos y húngaros dio lugar también a numerosos disturbios: acusaron a los cumanos de ser espías de los tártaros y el kan cumano, Kuthen, quien había permanecido bajo la protección personal del rey, fue asesinado. Los cumanos creyeron que habían sido traicionados y abandonaron el país en dirección sur saqueando todo a su paso.

La movilización realizada por el rey fue un completo desastre. Muchos contingentes no llegaron nunca a Pest y otros fueron masacrados por los cumanos renegados o por los mongoles antes de llegar. Numerosos nobles rehusaron tomar parte en la campaña, porque odiaban al rey y deseaban su caída. Apenas unos pocos creían que el ataque tártaro fuera una seria amenaza para la seguridad del reino.

La vanguardia mongol alcanzó la ciudad de Pest el 15 de marzo y comenzó a realizar pillajes en el área circundante. El rey decidió ofrecer batalla a los tártaros, pero éstos comenzaron su retirada, lo que pareció confirmar la opinión de los nobles de que aquellos no suponían una amenaza. Tras una semana de marchas forzadas y ataques enemigos, el ejército húngaro alcanzó el río Sajó, entonces desbordado. Cerca de Muhi pararon a descansar y esperar refuerzos. El precavido rey ordenó construir un campamento fuertemente fortificado con carretas. Pero él y sus aliados todavía no sabían que el grueso del ejército enemigo, que contaba entre 20.000-30.000 hombres frente a los aproximadamente 15.000 del húngaro, estaba situado en el terreno boscoso de la orilla más alejada del Sajó. El grueso del ejército mongol consiguió cruzar el río cerca de las 8 de la mañana del 11 de abril de 1241. El príncipe Colomán, hermano de Béla y duque de Eslovenia y el arzobispo Ugrin Csák salieron con un grupo para enfrentarse, pero pronto se dieron cuenta de que no era un ataque menor, sino el verdadero de las fuerzas de choque del ejército asiático, y volvieron al campamento para reforzar las posiciones y unirse al grueso de las tropas. El ejército húngaro quedó prácticamente encerrado en su propia fortaleza de carretas y pereció a manos de las flechas mongoles. El arzobispo Ugrin murió en el combate, pero Béla y Colomán pudieron escapar, aunque las heridas del príncipe eran tan serias que falleció poco después. Los húngaros perdieron cerca de 10.000 hombres y no fueron capaces de reunir otro ejército con el que contener el resto de la horda.

Tras la victoria, los tártaros se reagruparon y comenzaron el asalto sistemático del resto del país, ya que además el Danubio se heló totalmente en enero de 1242 y fácilmente pudieron cruzarlo. La familia real escapó hacia Austria buscando la ayuda de Federico Babenberg, pero en vez de esto los arrestó y solamente los liberó tras el pago de un enorme rescate en oro y la cesión de tres comitados occidentales de Hungría. El rey siguió su huída hacia la costa adriática, llegando al castillo de Trau en una isla, donde permaneció hasta que los mongoles se hubieron retirado.

La población civil huyó a refugios inaccesibles para la caballería mongol: a las escarpadas montañas del norte y del este, a las zonas pantanosas y a los viejos

terraplenes fortificados, que eran atalayas naturales o artificiales hechas de barro en lo alto de un monte, colina o loma. Los castillos y ciudades o monasterios con muros de piedra resistieron con éxito los ataques.

Inesperadamente en 1242 el Gran Kan Ogoidei murió, lo que obligó a que los mongoles se retiraran, puesto que los príncipes de sangre real debían presentarse para la elección del nuevo Gran Kan. Esta marcha coincidía también con la táctica mongol practicada en otros territorios invadidos: retirarse después de un ataque feroz y volver más tarde exigiendo tributos de la población atemorizada. En el caso de Hungría lo impidieron las discordias internas del imperio mongol.

LA RECONSTRUCCIÓN DEL PAÍS

Después de la retirada de los mongoles el país estaba en ruinas. Casi la mitad de los lugares habitados habían sido destruidos, un tercio de la población había perecido, especialmente en la Gran Llanura húngara, donde apenas quedaron supervivientes, en el Banato y en el sur de Transilvania. La desolación también causó hambrunas y epidemias en todo el país.

Con el regreso de Béla IV empezó la reconstrucción, una obra tan grandiosa que se le considera segundo fundador de la Patria. Tuvo la fuerza y el valor de cambiar su concepción política y renunciar a sus planes de recuperar las donaciones anteriores. Más aún, él mismo empezó a donar feudos con la condición de construir en ellos fortalezas o castillos de piedra, dado que las experiencias de la invasión demostraron que los castillos modernos y las ciudades fortificadas pudieron resistir mejor los ataques de la caballería mongol.

“Hace tiempo, después de que la crueldad de los mongoles despobló nuestro país, [...] convocamos el Consejo de los barones de nuestro país y ordenamos que en todo el territorio perteneciente a nuestra corona, en los lugares adecuados, se hagan fortalezas y se construyan castillos donde el pueblo podrá refugiarse, si algún peligro amenaza. [...] Si cualquier persona particular posee un lugar apto por su posición para una fortaleza, por medio de cambio u otra solución debe entregarlo a las comunidades para fortificarlo; y si dichos lugares están en la posesión del Rey, de igual manera se entreguen al uso de personas privadas, la Iglesia o prelados para que de este modo, empleando esta ley, los lugares aptos para fortalezas siempre estén en manos de personas por medio de cuya atención las construcciones puedan servir de refugio para muchos.” (Diploma de Béla IV del año 1260)

“Todos los nobles de Hungría, los llamado servidores del Rey, acudiendo nos pidieron humildemente que les mantengamos en las libertades establecidas y otorgadas por el rey San Esteban, para que sirvan a Nos y a la Corona más fielmente y con más fervor en cuanto reciban libertades más generosas.” (Fragmento del decreto de Béla IV del año 1267)

Él mismo mandó construir castillos con muros de piedra, por ejemplo en Buda, Visegrád y Sárospatak. Al año de la retirada de los mongoles, los tres comitados occidentales perdidos como pago del rescate al duque Federico fueron recuperados. Para fomentar el desarrollo de las ciudades, la burguesía urbana obtuvo varios privilegios: elegir entre ellos a sus propios jueces, guardar sus propias costumbres jurídicas y pagar en una sola suma los impuestos correspondientes. Gracias al desarrollo económico del siglo XIII, los artesanos a domicilio y los trabajadores errantes se establecieron en las ciudades, donde fueron acogidos, convirtiéndose en verdaderos artesanos progresivamente agremiados.

Béla IV invitó a varios pueblos a establecerse en las regiones que quedaron deshabitadas después de la invasión: llegaron colonos checos y moravos a Alta Hungría, alemanes a las regiones occidentales, los cumanos fueron acogidos de nuevo y también llegaron los jzones para establecerse en la Gran Llanura. Como refuerzo de la nueva alianza entre los dos pueblos, Esteban, hijo de Béla IV, casó con Isabel, hija del príncipe cumano.

Como consecuencia de la política de Béla IV siguió creciendo el poder de los terratenientes, y algunas familias se convirtieron en señores de territorios enormes, especialmente las familias de los Csák, Kőszegi y Kán. Con los señores de los territorios menores que quedaron bajo su influencia, los barones organizaron la administración de sus pertenencias, y aquéllos fueron los oficiales de la hueste feudal del barón. De esta manera se formó el fenómeno de la familiaridad, que no es equivalente al sistema del vasallaje de Europa occidental porque en Hungría el “familiar” no recibía un feudo de su señor, por tanto era una dependencia menos estrecha, y tampoco era hereditaria.

En los años 60 del siglo XIII estallaron luchas entre Béla y su hijo Esteban, que de nuevo dividieron a la nobleza en dos bandos. Esteban venció a su padre por las armas y le obligó a dividir el país en dos partes, reinando él soberanamente, como “rey joven”, en Transilvania y Valaquia.

Los servidores del rey, desde la época de Andrés II habían obtenido el derecho de elegir a sus propios jueces, y prácticamente alcanzaron los derechos fundamentales de la nobleza, por lo que en los años 60 del siglo XIII también se les llamó nobles y empezaron a formar un nuevo estamento. Desde 1267 tuvieron el derecho de delegar a dos servidores elegidos por cada comitado a las sesiones del Juicio presididas por el rey en la ciudad de Székesfehérvár, y participar de esta manera en los asuntos importantes del país.

Las consecuencias de la invasión de los mongoles supusieron también un cambio en la situación de los siervos, ya que la disminución drástica de mano de obra hizo su trabajo más valioso, y los terratenientes intentaron mantenerlos otorgándoles facilidades. Recibieron el derecho de tránsito libre, es decir el de encomendarse a otro señor feudal después de haber cumplido con las obligaciones señoriales al anterior. Las parcelas se heredaban, aunque seguían siendo propiedad del señor feudal y los asuntos jurídicos de los siervos tuvieron que solucionarse en el tribunal señorial.

Al final de su vida, Béla IV estableció relaciones dinásticas con los Anjou de Nápoles: sus nietos María y Ladislao contrajeron matrimonio con miembros de esta familia, y estas alianzas constituyeron más tarde los fundamentos para el derecho de sucesión de la Casa de Anjou de Nápoles al trono húngaro.

En el modo de pensar del hombre medieval cada tragedia era castigo de Dios por alguna mala obra, por la ruptura de la armonía entre el hombre y la divinidad, y sólo se podía restablecer con una ofrenda valiosa (en el pensamiento pagano también existió una idea similar, por ejemplo el asesinato ritual de Álmos). Béla IV y su esposa, María Lascaris, hija del emperador bizantino, ofrecieron a su hija antes de nacer, en 1242, para lograr la liberación de Hungría de las hordas tártaras. Margarita nació durante el exilio de Béla IV, a los tres años fue confiada a las monjas dominicas de Veszprém y a los doce años se trasladó al nuevo monasterio edificado por su padre en la isla del Danubio, frente a Buda, que hoy lleva el nombre de Margarita. Consciente de su extraordinaria misión, la joven vivió una vida de constante ascesis, oración y penitencia, cumpliendo las tareas más humildes en su convento. Murió el 18 de enero de 1270, a la edad de 28 años. Fue canonizada por el Papa Pío XII en 1943, durante la época de la Segunda Guerra Mundial, como mediadora de “tranquilidad y de paz fundadas en la justicia y la caridad de Cristo, no solo para su patria, sino para todo el mundo”.

LA EXTINCIÓN DE LA CASA DE ÁRPÁD

Después del breve gobierno de Esteban V (1270–1272), hijo de Béla IV, fue coronado su hijo Ladislao IV, tenido con Isabel la Cumana. Siendo el rey menor de edad, al principio de su reinado gobernaron en la práctica dos grupos de barones, la familia Kőszegi-Gutkeled y los Csák, por lo que el país sufrió rivalidades y luchas internas. Por otra parte Ladislao solamente se sentía seguro entre los cumanos, se vestía como ellos y seguía sus tradiciones -por eso fue llamado “el Cumano” como signo de desprecio por parte de los húngaros-, perjudicando con ello su capacidad para gobernar.

El monarca era sin embargo un buen militar, como lo demuestra su participación en la batalla de Marchfeld (Dürnkrut, Morvamező) al lado de Rodolfo I de Habsburgo contra Otokar II, rey de Bohemia, donde desempeñó un papel muy importante en la victoria que permitió el ascenso de la familia Habsburgo.

A consecuencia de la división del país, los Csák apoyaron a Andrés, tío de Ladislao, como pretendiente al trono, y finalmente el rey murió a manos de un grupo de cumanos, al parecer asesinos a sueldo, sin dejar heredero.

El sucesor fue Andrés III (1490–1301), supuesto nieto de Andrés II, que hasta entonces vivía en Venecia y de quien se discutían sus derechos al trono por proceder de una rama lateral. De ahí que otras familias, los Anjou de Nápoles apoyados por el Papa, y los Habsburgo, declararan también sus pretensiones a la sucesión.

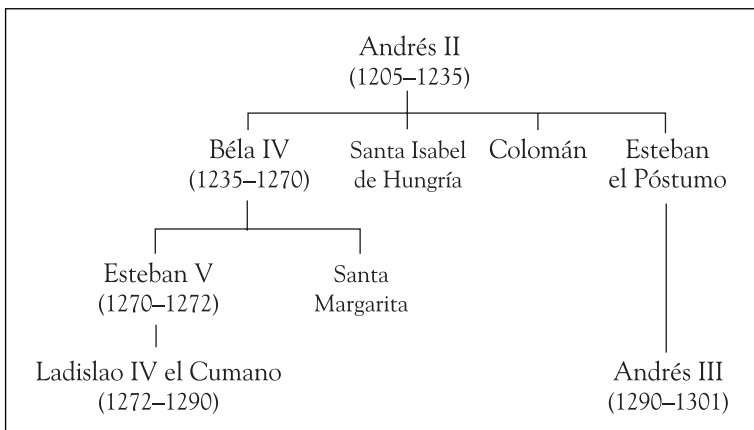
El objetivo principal de Andrés fue restablecer el orden interno y externo del país, y para lograr este objetivo, después de haber sido coronado, juró en la asamblea de Óbuda respetar las leyes del país y las libertades nobiliarias, y garantizó los

anteriores privilegios del clero. Este juramento se puede considerar típico de un Estado estamental, así como el sistema de gobierno que practicó, experimentado en el norte de Italia, según el cual el rey gobernaba junto con la Iglesia (alto clero) y con representantes de la nobleza, tratando de excluir del poder al Consejo Real y a la aristocracia. En esta línea de reformas también impulsó la unificación jurídica de los colonos, quienes obtuvieron el derecho al libre traslado de residencia.

Otro objetivo urgente de Andrés III era restaurar la integridad del país, a lo que le ayudó la victoria cerca de Viena sobre el pretendiente Alberto de Habsburgo, quien tuvo que devolver gran parte de los castillos. Para más seguridad ordenó derruir otros, pero esto le enfrentó a la familia de los Kőszegi, propietarios de la mayor parte de los mismos. Ofendidos, se pasaron al campo de los Anjou de Nápoles y provocaron una sublevación contra el rey en occidente (1292). Los Borsa al este del Tisza (1294) y los Csák, antes partidarios del rey, también le dieron la espalda (1297).

En las Cortes del reino celebradas en 1298 en el campo de Rákos, los prelados, los nobles y los sajones, las capas en las cuales Andrés III basaba su poder, introdujeron nuevas leyes en ausencia del rey y editaron un diploma sellado con el sello real (aunque las medidas no se pudieron llevar a cabo por el fortalecimiento de los barones).

En los últimos años del siglo cristalizó el poder de los barones más poderosos, los oligarcas que dominaban territorios inmensos, provincias enteras. Mientras László Kán y Amadé Aba apoyaron a Andrés III; Máté Csák, los hermanos Kőszegi, Kopasz Borsa y los Frangepán se pusieron en su contra. En el año 1300 los Anjou de Nápoles desembarcaron en Dalmacia trayendo a Carlos Roberto como pretendiente al trono, pero ya no hubo lugar para el enfrentamiento, porque Andrés III murió inesperadamente el 14 de enero de 1301, sin dejar heredero. Con su muerte se extinguió la rama masculina de la Casa de Árpád.



La época de los Anjou y Luxemburgo

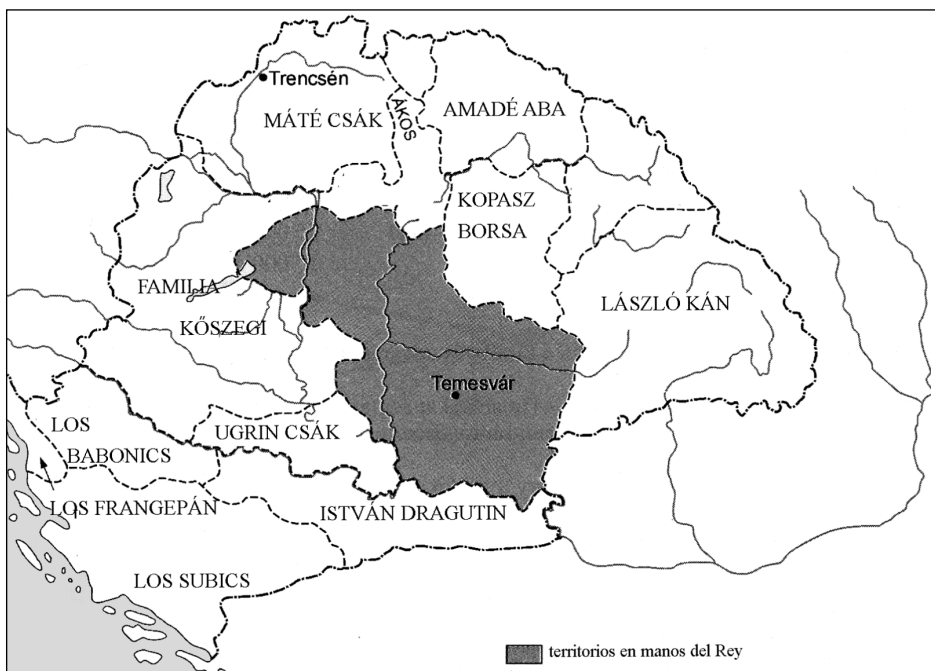
El reinado de Carlos Roberto

EL INTERREGNO (1301–1308)

Después de la extinción de la familia Árpád, y hasta la llegada al trono de Carlos Roberto, la unidad política del país estuvo en serio peligro. Los barones reforzados en las décadas anteriores aprovecharon la falta de un poder central y se comportaron como verdaderos monarcas de sus dominios: se independizaron por completo del poder real y lo ejercieron ellos mismos, acuñaron su propia moneda, recaudaron tributos, exigieron el pago de tarifas aduaneras, organizaron ejércitos propios, ejercieron como jueces supremos de su provincia, e incluso a veces desarrollaron una política exterior independiente de la del rey.

En esta ocasión “interregno” no se debe entender como época sin reyes, sino como época entre reinados, ya que había tres pretendientes al trono húngaro, incluso coronados, pero para que la coronación se considerase legal en la Edad Media debían cumplirse tres requisitos: ser coronado con la Santa Corona, en Székesfehérvár y por el arzobispo de Esztergom; y ninguno de los tres los cumplía en un primer momento.

Cada uno de los aspirantes tenía ascendientes femeninas en la Casa de Árpád y como tales, los tres podían considerarse herederos legítimos del trono. Carlos Roberto “Le Charolet” de Anjou, llamado también Caroberto (1308–1342), fue apoyado por el reino de Nápoles, y sobre todo por el Papa Bonifacio VIII, de lo que se



derivó el apoyo del clero húngaro y de la aristocracia croata, territorio desde donde pretendió ocupar el resto del país. El segundo fue Wenceslao, de la familia Prsemysl, un joven de 12 años que fue coronado con la Santa Corona y tuvo el apoyo de los burgueses de Buda, pero pronto abdicó y entregó su poder al tercero, Otón Wittelsbach, príncipe bávaro quien sin apoyo notable en Hungría no pudo hacer valer sus derechos. László Kán lo detuvo en Transilvania, le arrebató la Corona y las insignias y Otón huyó del país. En esta situación las Cortes húngaras de Rákos aceptaron a Carlos Roberto como rey de Hungría en 1307, desde el año siguiente gobernó efectivamente, y la coronación legal en sus tres aspectos se efectuó en 1310.

Para consolidar su poder tuvo que vencer a los oligarcas en varias ocasiones por medio de enfrentamientos armados. En 1312, en la batalla de Rozgony sometió a los Aba. Después, con una táctica efectiva a los demás (los Kőszegi, los Borsa, los Kán), uno tras otro, ya que ellos no fueron capaces de unir sus fuerzas para formar algún tipo de alianza contra el rey. Pero nunca pudo vencer al oligarca más poderoso de Alta Hungría: Máté Csák. El conflicto concluyó cuando en 1321 el rebelde murió sin dejar herederos. Carlos Roberto repartió las propiedades confiscadas entre sus partidarios y de esta manera surgieron nuevos miembros en la aristocracia húngara, que desempeñarían un importante papel histórico en el futuro: por ejemplo las familias Széchenyi, Garai, Újlaki, Lackfi. La cantidad de nuevas donaciones nunca alcanzó el territorio que dominaban los oligarcas anteriores, y en su mayor parte estaban vinculadas al cumplimiento de algún cargo estatal, *un honor*, que aseguraban al rey el apoyo incondicional de la nueva aristocracia.

Con la consolidación de su poder la sede real pudo trasladarse a Visegrád, que se convirtió en el nuevo centro del país.

MEDIDAS DE CARLOS ROBERTO

La mayor parte de los ingresos reales en los tiempos de los reyes de la Casa de Árpád procedían de los comitados, y las regalías, por ejemplo el *lucrum camerae*, eran ingresos secundarios. Carlos Roberto se dedicó a los asuntos financieros de una forma prioritaria y situó las finanzas del Estado sobre nuevas bases (en la elaboración de la nueva política económica tuvo un papel fundamental Demeter Nekcsei, tesorero real). La vida económica en esta época se basó en la producción de mercancías, y la mayor parte de los ingresos reales terminó procediendo del sistema de regalías.

La parte fundamental de la reforma monetaria se apoyaba en el nuevo sistema de explotación de las minas de metales preciosos. El territorio de la Hungría histórica era rico en ellas, hasta el punto de que aseguraron un tercio de la producción mundial del Medioevo, pero de acuerdo con la práctica anterior se situaban casi exclusivamente en dominios del rey. La nueva legislación hizo posible que cualquier propietario abriera minas, si bien con la obligación de cambiar los metales explotados en las casas de acuñación de monedas por un precio fijado por la cámara regia, puesto que la compra de los metales preciosos en bruto era monopolio del monarca. También tenían que

pagar la *urbura* (la décima parte del oro, y la octava de la plata) a la tesorería real, pero para aumentar el interés de los propietarios, se les ofreció un tercio de la misma. La nueva medida dio resultado: se pusieron en marcha varias minas con producción importante, se fundó la ciudad de Kremnica (en húngaro Kőrmöcbánya), futuro centro de las ciudades mineras de Alta Hungría, y el rey otorgó privilegios a dichas ciudades.

“Nos, Carlos, Rey de Hungría por la Gracia de Dios [...] De acuerdo con el consejo esmerado y considerado de nuestros preladados y barones decidimos, propiciamente y con valor perpetuo que, si se encuentran yacimientos de oro o de plata en las tierras de cualquiera de los preladados, monjes, sacerdotes laicos o nobles, en cuanto no nieguen su existencia y explotación, ellos mismos dispongan y gocen de la propiedad inamovible de las tierras donde se hallan los yacimientos de oro y de plata, más aún, que recauden para dominio perpetuo un tercio completo de las ganancias reales de los yacimientos de oro y de plata encontrados en sus tierras.” (Fragmento del Diploma de Carlos Roberto)

El derecho de acuñar moneda permaneció como privilegio del rey, quien lo ejerció por medio de las Cámaras reales de finanzas. Carlos Roberto mandó acuñar una nueva moneda, el florín de oro, basado en el modelo florentino, permanente y con el mismo contenido de oro (3,25 gramos), y como monedas de cambio el denario y el gros de plata. Con esta medida fundó una divisa estable que favoreció el desarrollo del comercio, pero se privó de un ingreso: las ganancias del deterioro de la moneda y del cambio anual de la moneda (*lucrum camerae*). Para recuperarlo introdujo un nuevo impuesto, el tributo por puertas, que se tenía que pagar por cada portal por donde pudiera entrar y salir una carreta cargada de heno, es decir por parcela, sin tener en cuenta cuántas familias habitaban en el manso.

“Ordenamos que por cada portal en el cual puede entrar un carro cargado con heno o paja, o salir por el mismo, vivan detrás de él o mejor dicho en el manso que tiene el portal tres, cuatro o más hombres, o permanezca un solo hombre en la misma, [...] como tributo para la Cámara, se deben pagar 18 denarios a la Cámara antes mencionada.” (Del decreto de Carlos Roberto del año 1342)

Se introdujo una nueva tarifa aduanera, el trigésimo, al principio el 1%, aunque más tarde evolucionó hasta el 3,33% del valor de los productos que cruzaban la frontera de Hungría para su venta, si bien se concedieron garantías y mayor seguridad a los comerciantes.

“[...] (mandamos) saludos universales con complacencia a cada uno y a la totalidad de los comerciantes que pasan por Nuestro reino. Con el contenido de esta Nuestra carta os proclamamos que, pasando por Nuestro reino con vuestros bienes y mercancías pagando las aduanas obligatorias [...] transitéis libre y seguramente [...]” (Diploma de Carlos Roberto)

El monarca reorganizó el sistema administrativo y creó la Tesorería real, principal institución para la dirección de los asuntos financieros. El país quedó dividido económicamente en diez Cámaras reales de finanzas entregadas a arrendatarios. Nombró a un maestro tesorero cuyo deber era supervisar las ciudades, y los burgueses tuvieron que dirigirse a él con sus quejas y apelaciones.

Para mejorar la jurisdicción creó tribunales reales, pero entre tantos cambios varias instituciones se conservaron y funcionaron como antes: el Consejo Real (formado por los familiares del rey, los oficiales más importantes del reino y los representantes de la alta nobleza), o las Cortes. Se desarrolló notablemente la Cancillería real, encabezada por el canciller real, y en esta época de Carlos Roberto dedicada también a la organización de los asuntos diplomáticos.

Los ejércitos privados de los terratenientes fueron organizados como banderías, y los señores feudales eclesiásticos y laicos tuvieron el derecho de dirigir su hueste feudal –constituida por sus *familiares*– bajo su propia bandera dentro del ejército del rey.

En la segunda mitad de su gobierno pudo realizar una política exterior más activa. Sus campañas militares no fueron exitosas, ya que quiso aprovechar el debilitamiento de Bizancio y ocupar Valaquia, pero el principado, con la dirección de Basarab, se liberó del vasallaje a Hungría en 1330.

En el campo diplomático tuvo mayores éxitos. Carlos Roberto entabló –a través de su esposa, Isabel Lokietek– estrechas relaciones dinásticas con Vladislao Lokietek, gracias a las cuales logró la reconciliación entre los reyes polaco y bohemio y organizó el encuentro de reyes en 1335 en Visegrád. Junto con Carlos Roberto firmaron un pacto defensivo Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia y Casimiro III de Polonia, ante las amenazas del Imperio Romano-Germánico, enemigo tradicional de los Anjou. También acordaron establecer una nueva ruta comercial evitando la que pasaba por Viena, ya que su derecho a la detención de mercancías obstaculizaba el desarrollo del comercio exterior de los tres países. Al poco tiempo comenzaron los frutos de este convenio: se intensificó el movimiento comercial a través de Cracovia, Lemberg, Brno, Esztergom y Buda.

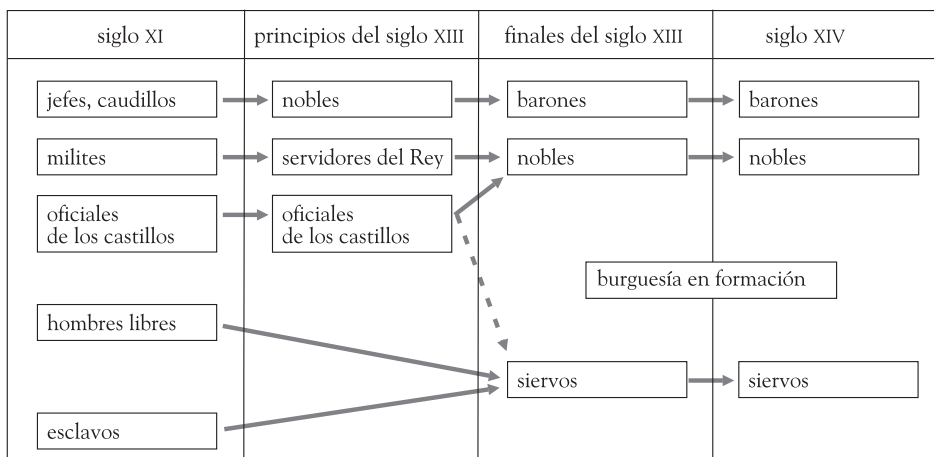
Al final de su reinado logró que su hijo menor, Andrés, contrajera matrimonio con Juana de Nápoles, nieta del rey napolitano Roberto; y en el segundo encuentro de reyes en Visegrád, en 1339, Carlos Roberto pactó con Casimiro III el Grande que Luis, hijo del monarca húngaro, heredaría el trono polaco.

Luis el Grande (1342–1382)

Luis, en su política económica, mantuvo el sistema elaborado por su padre. Desarrolló el comercio exterior ofreciendo facilidades aduaneras a los comerciantes alemanes y checos, intentó debilitar el monopolio de Venecia y fomentó el desarrollo de las ciudades concediéndoles privilegios.

Durante su gobierno, en parte por los botines obtenidos en las campañas, en parte por las donaciones que recibieron como recompensa por los servicios a la monarquía, los barones se enriquecieron demasiado. Por eso los nobles se convirtieron en aliados naturales del rey frente a los barones. Para favorecerles, en 1351 convocó las Cortes del reino y les otorgó facilidades importantes. Renovaron la Bula de Oro de Andrés II con algunos cambios, por ejemplo se introdujo la ley de *Aviticitas* según la cual los dominios de la nobleza no podían ser ni vendidos ni donados a otra persona; y en caso de extinción de la línea masculina, la propiedad ya no pasaba a manos del rey, sino que los herederos debían ser descendientes de un antepasado común, por orden de proximidad a la línea testadora. Si se extinguía el linaje se haría valer la ley de Fisco y el derecho de propiedad recaería sobre el rey. Proclamaron también que el noveno de las cosechas, renta señorial en especie, debía ser recaudado obligatoriamente en todo el país. Así, la nobleza media se libró del peligro de que el siervo pudiera encontrar condiciones más favorables en las posesiones de los grandes señores. También una ley confirmó que la libertad de la nobleza era una y la misma (*una eademque libertas*), es decir todos los nobles, tanto los barones como la pequeña nobleza, gozaban de las mismas libertades nobiliarias, desde la exención de impuestos hasta el derecho de administrar justicia sobre sus siervos. Estas disposiciones jurídicas supusieron para Hungría un paso importante en el desarrollo de los estamentos. De todas maneras, durante cierto tiempo continuó predominando la influencia de los barones y de las altas dignidades eclesiásticas en el gobierno del país, por ello no fue satisfecha la reivindicación de la nobleza media de que se eliminara el derecho de libre mudanza de los siervos, y continuó la migración del campesinado a los latifundios y villas que aseguraban condiciones de vida más favorables.

Carlos Roberto había considerado como objetivo fundamental aumentar los recursos internos del país, pero su sucesor puso los recursos del mismo al servicio de



guerras dinásticas y de conquista. Después de la muerte de Roberto de Nápoles, Andrés, hermano menor de Luis y marido de la heredera Juana, murió asesinado, probablemente con el consentimiento de su esposa. Este hecho sirvió como pretexto para iniciar campañas militares contra Nápoles, de acuerdo con las costumbres de la época caballeresca. Juana tuvo que huir con sus partidarios, mientras el rey húngaro devastaba y saqueaba la ciudad, aunque después de su retirada los huidos regresaron y en 1352, por la intermediación del Papa, Luis renunció a los territorios anteriormente conquistados.

Por medio de prolongadas guerras reconquistó Dalmacia, todo el litoral del Adriático. Obligó a la región del norte de Serbia a pagar tributos y convirtió Bosnia en su vasallo. Luchó contra Valaquia y contra el principado búlgaro, pero sus victorias no fueron duraderas. Valaquia pidió ayuda a los turcos contra Hungría, lo que provocó el primer choque entre turcos y húngaros en 1375. Aunque de Luis I se habla en la Historia como del “rey caballero”, sus continuas guerras contra los países balcánicos trajeron consecuencias muy perjudiciales: en vísperas de la lucha contra el poder turco en proceso de expansión, empeoraron las relaciones entre Hungría y sus vecinos del sur, y los Estados que podrían servir en el futuro como tapón en su defensa, se debilitaron.

En 1370, según lo pactado por su padre con Casimiro III, Luis recibió la corona polaca al morir aquél, formalizándose la unión dinástica entre los dos países. A la corte envió a su madre, Isabel Lokietek, pero ella no pudo hacerse aceptar por la nobleza polaca. Con Carlos IV, emperador romano-germánico y rey de Bohemia mantuvo buenas relaciones, hasta el punto que prometió la mano de su hija María a Segismundo, hijo de Carlos.

Segismundo de Luxemburgo (1387–1437)

ACCESO AL TRONO

Luis I no tuvo heredero varón. Después de su muerte en 1382, las dos coronas fueron heredadas por sus hijas, acabando la unión dinástica entre Hungría y Polonia.

Eduvigis sucedió a su padre en el trono polaco, en una época en la que los Caballeros Teutónicos amenazaban Polonia, lo que favoreció una alianza con Lituania para procurar una defensa más eficaz. Los resultados de las negociaciones fueron el Acta de Unión de ambos países, firmada en Kreva en 1385 y el matrimonio de Eduvigis, aún menor de edad pero coronada como reina de Polonia, con Ladislao Jaguellón, gran duque de Lituania, siendo ella así la progenitora de toda la dinastía de los Jaguellones en Polonia. María era la designada como heredera del reino húngaro, pero debido a su minoría de edad gobernó Isabel, reina viuda, en nombre de su hija.

Ya durante el reinado de Luis I se estaban reforzando los barones, y después de su muerte siguió el mismo proceso. Para poder actuar con mayor eficacia en los asuntos de importancia formaron alianzas entre ellos, las llamadas ligas. Éstas no fueron

estables, ya que los miembros cambiaban según sus intereses momentáneos. Sabiendo que el esposo de María sería el rey de Hungría, hubo disputas y luchas alrededor de este matrimonio, incluyendo intrigas y asesinatos, a veces con serio peligro de una guerra civil. Finalmente María en 1385 se casó con Segismundo de Luxemburgo, hijo de Carlos IV, emperador romano-germánico. Pero por entonces Isabel, reina viuda, mandó asesinar a Carlos de Anjou, rey de Nápoles, venido a Hungría como pretendiente al trono, hecho que provocó que los partidarios de Carlos mataran al palatino Miklós Garai, y encarcelaran y ahorcaran a Isabel.

Segismundo accedió al trono del país en 1387, formalmente como co-rey, puesto que María fue coronada reina de Hungría en 1382, aunque en realidad gobernó solo. A cambio del apoyo de la liga que le ayudó a conseguir el poder, estuvo obligado a aliarse con ellos y a entregarles dominios y cargos importantes. Como contrapeso, Segismundo intentó distribuir puestos de influencia entre sus propios partidarios: las familias Báthori, Rozgonyi, Perényi; y también algunas personas de origen extranjero: Herman de Celje (en húngaro Cillei), Stibor de Stiboric o Filippo Scolari (más conocido como Pipo de Ozora).

BATALLA DE NICÓPOLIS

Después de haberse asegurado el poder, Segismundo tuvo que enfrentarse a los turcos. El sultán Murad en 1389 derrotó al rey serbio en Kosovo, y en los siguientes años territorios de Sirmia y del Banato sufrieron las incursiones constantes de tropas otomanas. El rey quiso restablecer el poder del reino húngaro en los Balcanes y organizó una cruzada en 1396. El plan original de los caballeros era llegar a Jerusalén, pero en el camino se vieron obligados a enfrentarse al sultán turco, Bayaceto I. En el ejército que se organizó también participaron caballeros extranjeros, pero a pesar de ser numerosos y muy autosuficientes de acuerdo con su lema: “Si se derrumbara el cielo, igual lo sostendríamos con los picos de nuestras lanzas”, sufrieron una derrota en Nicópolis, en territorio de la actual Bulgaria, hasta el punto que el propio Segismundo por poco cayó preso en manos turcas. Con esta pérdida se demostró que la táctica militar de los caballeros occidentales no podía resistir el avance turco, y para Hungría se hizo evidente que una de sus tareas más importantes en el futuro sería la defensa contra esa expansión. Afortunadamente, en 1402 el sultán Bayaceto I fue vencido y capturado en la batalla de Ankara por el legendario Tamerlán, jefe turco-mongol, hecho que detuvo el avance turco y dio tiempo a Segismundo para fortalecer las fronteras sureñas del país y renovar la organización militar. En 1397, en la Dieta de Temesvár consiguió que se aceptara el cambio del ejército de banderías para dar paso a un ejército organizado según el número de los mansos, la llamada “milicia portalis”. De este modo los señores feudales, que se aferraban a su exención de impuestos, lograron traspasar a la servidumbre la carga de levantar el ejército; y mantuvieron uno privado pagado con los recursos públicos.

“[...]cada noble feudal nuestro que vive en el país [...] por cada 20 siervos está obligado a armar como guerrero a un arquero y está obligado a llevarlos con él durante la guerra contra los paganos. [...]” (Decreto de Segismundo del año 1397)

POLÍTICA INTERIOR DE SEGISMUNDO

La derrota de Nicópolis, y sobre todo la política de Segismundo que favorecía a sus partidarios, provocaron en 1401 la resistencia de los barones, hasta el punto que los miembros de la liga de los Lackfi arrestaron al rey y gobernaron ellos mismos en nombre de la Santa Corona. El rey logró liberarse con el apoyo de la liga de Garai, a quienes como agradecimiento distribuyó las altas dignidades: Miklós Garai, hijo del anterior palatino asesinado, recibió este cargo, Stibor fue nombrado voivoda de Transilvania y Pipo de Ozora ban de Temes. El poder se concentró en manos de una élite que, para estrechar más su alianza, fundó la Orden Caballeresca del Dragón. Además Segismundo, viudo por entonces, se casó con Bárbara de Celje, hija de Herman.

El rey gobernó con los barones agrupados a su alrededor, pero también se apoyó en otros grupos sociales. Fomentó la organización de la nobleza como estamento, incluyendo a sus representantes en el trabajo de la Dieta. Los tribunales de los comitados nobiliarios se convirtieron en Tribunal de Apelación de los tribunales de los señores feudales y así aumentó la posibilidad de contrarrestar los abusos de los grandes terratenientes.

En relación con las ciudades Segismundo realizó una política doble. Por un lado las trató como fuentes de ingresos, y por otro lado fomentó su desarrollo político y económico. Exigió que le prestaran grandes cantidades de dinero, aumentó sus impuestos, las entregó como hipoteca (por ejemplo trece ciudades del comitado de Szepes para Polonia); pero también les otorgó privilegios, y en 1405 invitó a los representantes de las ciudades y de las villas libres a una conferencia, reconociéndolas de esta manera como estamento.

“[...] llamamos a diputados de cada provincia y distrito de nuestro país, de las ciudades, villas urbanas y aldeas libres [...] escuchamos las peticiones, deseos, interpretación, opiniones y quejas, y lo entendimos exactamente, [...] y después de la entrevista hecha en este asunto, por el bien y el beneficio de todo el país, y por su estado pacífico [...] decidimos y ordenamos, que se deben cercar algunas ciudades con murallas de defensa, algunas aldeas libres y villas urbanas deben recibir el rango de ciudad y algunas costumbres que parecen más bien abusos, se deben anular [...], y otras se deben establecer de nuevo [...]” (Segismundo, 1405)

El decreto real promulgado después de la reunión reafirmó el derecho de los siervos a trasladarse a las ciudades y proclamó que las que construyeran muros de protección ascenderían al rango de ciudades reales libres. Las ciudades hicieron valer sus derechos agrupándose en alianzas, y como juez de apelación del grupo más

desarrollado de aquéllas se nombró al maestro tesorero. Este grupo estaba formado por Buda, Kassa, Pozsony, Eperjes, Bártfa, Sopron y Nagyszombat. Otras alianzas importantes fueron la de las ciudades mineras: Besztercebánya, Körmöcbánya, Selmecebánya; y la de las ciudades sajonas: Brassó, Szeben.

Una disposición real reguló también las actividades de los comerciantes y fijó para todo el país la obligatoriedad de las medidas de peso y longitud de Buda, medida que junto con las facilidades de pago de las aduanas internas fomentó el desarrollo del comercio.

“1. Y que la medición con libra, balanza, braza, la medición del vino y de los cereales, y en general cada cosa que se pueda medir y pesar, en cada ciudad, las villas urbanas y en general dentro de las fronteras de nuestro país, que se haga según las medidas de Buda, nuestra ciudad [...]

2. Ordenamos además que a los comerciantes extranjeros en ninguna ciudad les esté permitido cortar el paño y venderlo por varas, tampoco les esté permitido vender menos de seis piezas a la vez, en ningún tiempo, ni siquiera los domingos; si es que dichos comerciantes tienen seis piezas de paño como mínimo. Si se atrevieran a actuar de otra manera, cada pieza que vendan, cambien o enajenen en sentido contrario a esta orden, y el dinero recibido por ellas se les quitará [...]

12. Además, los ciudadanos de las ciudades fundadas nuevamente, a las cuales otorgamos las libertades de otras ciudades, que no quieran resignarse a la sentencia y decisión de sus jueces y jurados, todos ellos puedan interponer el recurso de apelación o a la ciudad, de cuyas libertades gozan, o a nuestro camarero.” (Fragmento de los decretos sobre las ciudades del año 1405)

“De las ferias de la ciudad y sus números

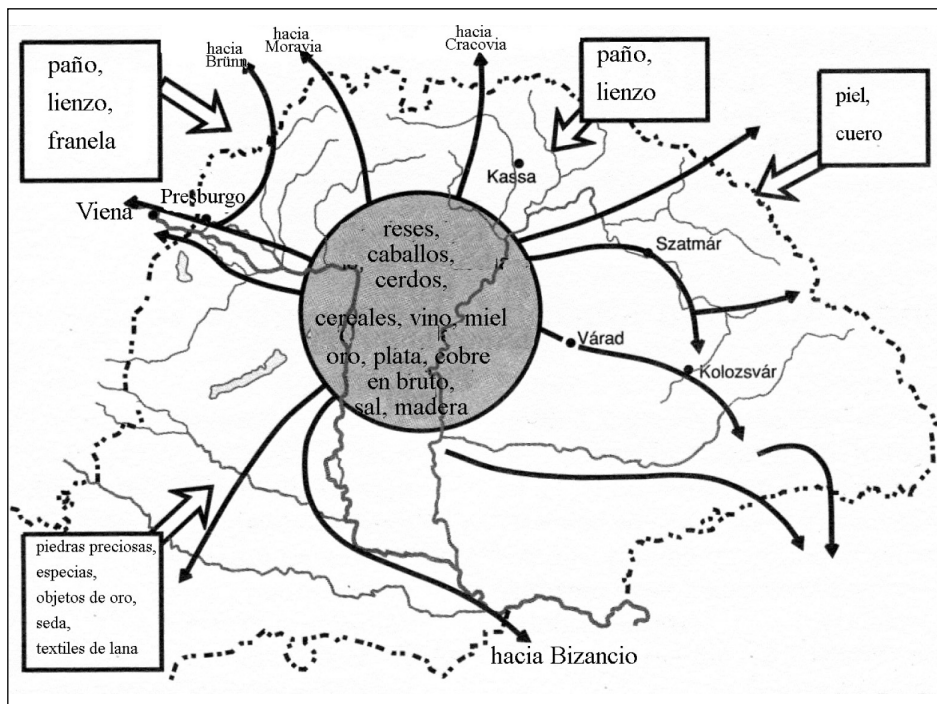
En esta ciudad [en Buda] hay dos días de feria legítimos: el miércoles para los alemanes alrededor de la iglesia de Nuestra Señora [la iglesia de Matías] y el viernes para los húngaros alrededor de la iglesia de Santa María Magdalena; el tercer día, el sábado se formó por costumbre. Pero hay que saber que en la fiesta patronal y cerca de la Navidad no se debe hacer en otra parte que donde los alemanes, alrededor de la iglesia de Nuestra Señora y de la iglesia de San Jorge. [...]

Sobre los derechos de los vendedores

[...] Los vendedores llamados vendedores de queso, que sean nueve [...] de acuerdo con este número, dos tercios deben ser alemanes, el tercer tercio, húngaro. Su lugar de ventas debe empezar delante de los boticarios, donde la casa del maestro Miklós, el médico, y llegar hasta la esquina, hasta la farmacia que está al lado de los puestos de los panaderos. Y ellos pueden vender los siguientes productos: queso, requesón, mantequilla, nata, suero de manteca, leche, nata agria, huevos [...]

Los vendedores llamados verduleros que sean seis, de acuerdo con este número, dos tercios de ellos alemanes, un tercio, húngaro. Su lugar de ventas debe ser detrás de los

carniceros, junto al muro de la ciudad, empezando desde los vendedores de carne de caza hasta la cocina antigua de la ciudad. Y pueden vender col verde, col encurtida, perejil, remolacha, calabaza, nabos, rábano picante [...] y todo tipo de plantas verdes [...]" (Código de Buda, 1244–1421)



POLÍTICA EXTERIOR DE SEGISMUNDO

Debido a que el pretendiente al trono Ladislao de Nápoles, hijo del asesinado Carlos de Anjou, estaba apoyado por el Pontífice, y aprovechando el debilitamiento del poder papal, Segismundo proclamó que el rey asumía el derecho de otorgar todas las rentas que correspondiesen a las dignidades eclesiásticas. Además, en 1404, en su edicto sobre el Derecho del Placet, afirmó que todos los decretos papales sólo podrían publicarse ante los fieles con el consentimiento del rey. También se reservó el derecho de nombrar a las altas jerarquías eclesiásticas, lo que fue reconocido en 1417 por el propio Papa en el concilio de Constanza. Sin embargo Segismundo luchó contra el movimiento husita, que reunía las fuerzas que deseaban reformar la religión y la sociedad.

Después de haber asentado su poder en Hungría, quiso renovar el prestigio europeo de la familia de los Luxemburgo. El reinado de Wenceslao, su hermano, en tanto que rey de Romanos como rey de Bohemia, se caracterizó por conflictos reiterados debido a su incompetencia. Después de la deposición de Wenceslao como rey de Romanos, los príncipes electores en 1400 eligieron a Ruperto del Palatinado,

pero en 1410 optaron por Segismundo. Siendo ya verdadero dirigente del Imperio convocó un concilio universal en Constanza para poner fin al Cisma de Occidente. El encuentro se prolongó desde 1414 hasta 1418, con la participación de embajadores, prelados y príncipes de todos los países. Lograron renovar la unión de la Iglesia católica eligiendo Papa a Martín V, que fue aceptado por todos, previa deposición de los tres que existían en aquel momento. Al concilio también acudió Juan Hus, confiando en el salvoconducto de Segismundo, pero los obispos lo declararon hereje y mandaron quemarlo en la hoguera en 1415.

En 1419, después de la muerte de Wenceslao, Segismundo hubiera podido ocupar el trono de Bohemia, pero los seguidores de Juan Hus se rebelaron contra él. Tras varias batallas fracasadas, el monarca dividió las fuerzas husitas y en Lipany, en el año 1434 obtuvo la victoria decisiva y pudo ocupar dicho trono.

Como mayor éxito de su gobierno, después de muchas décadas de esfuerzos, en 1433 Segismundo fue coronado emperador romano-germánico por el Papa.

LA SUBLEVACIÓN CAMPESINA DE TRANSILVANIA

El gobierno de Segismundo siempre padeció la falta de dinero, por eso varias veces deterioró la moneda, acuñándola con menor contenido de metal precioso. Este hecho hizo que el obispo György Lépés no recaudara el diezmo durante tres años, y después, justamente cuando empezaba a circular una moneda de buen contenido, quiso recaudar también los atrasos. Esto se convirtió en la chispa incendiaria para una masa de campesinos desesperados por problemas económicos y sociales. En la sublevación participó la población transilvana, húngara y rumana, bajo la dirección de Antal Nagy, de Buda. Después de las victorias de las tropas campesinas, los nobles se vieron obligados a negociar en Kolozsmonostor y temporalmente abolir el pago del noveno a los señores feudales, y permitir el libre traslado. El objetivo verdadero de la nobleza con el acuerdo era ganar tiempo para reorganizar sus fuerzas. En 1437 los nobles húngaros, los ilustres *székely* y los patricios sajones contrajeron una “alianza eterna” para apoyarse mutuamente en Kápolna, alianza que fue la base de la formación de los tres estamentos tradicionales de Transilvania que determinó la vida política de la región. El objetivo era derrotar la sublevación, lo que realmente lograron al aniquilar el movimiento a principios de 1438.

Los Hunyadi y los Jaguellón

El gobierno de Juan Hunyadi

Después de la muerte de Segismundo en 1438, el trono húngaro fue heredado por su yerno, Alberto, príncipe Habsburgo, a quien los electores imperiales también dieron sus votos –por lo que desde entonces la Casa de Austria reinó sin interrupción en

Alemania—, si bien sólo ocupó el trono poco más de un año, pues habiendo salido en campaña contra los turcos, que se preparaban para invadir Hungría, falleció a causa de una enfermedad epidémica en Neszmély, junto a Esztergom. Después de su muerte empezaron de nuevo en el país las luchas por el trono entre dos pretendientes: Ladislao, hijo póstumo de Alberto, y Vladislao Jaguellón, rey de Polonia, con el apoyo de las ligas de barones que les ayudaban respectivamente. El conflicto llegó a ser una guerra civil, donde las fuerzas de Miklós Újlaki y Juan Hunyadi vencieron a las tropas de Isabel, madre de Ladislao y aliada con la liga Garai-Celje. Desde aquel entonces Juan Hunyadi se convirtió en uno de los personajes más importantes de Hungría, confidente del rey Vladislao y protector de las fronteras sureñas de Hungría. El objetivo principal de su vida fue la lucha antiturca.

Juan Hunyadi se elevó hasta las filas de los grandes señores del país desde una familia de la nobleza media. En su juventud fue primero paje y luego oficial de cuerpo del ejército, capitán de mercenarios. Recorrió Italia y Bohemia, y así tuvo la posibilidad de aprender en la práctica las estrategias militares propias de Europa occidental y de los husitas, conoció la estructura de las tropas mercenarias modernas, así como la importancia de la infantería y de la artillería. Debido a su genio estratégico y político hizo una carrera vertiginosa, llegando a ser uno de los mayores terratenientes del país, barón, ban de Szörény, voivoda de Transilvania y comandante en jefe de las campañas militares contra los turcos.

En los años 40 del siglo XV luchó con gran éxito contra las incursiones en el sur del país. Primeramente se enfrentó al ejército del bey Mezid en 1442, y después de haber sufrido una derrota reorganizó sus fuerzas, llamó a los habitantes de la región a sus filas y de esta manera lograron vencer al bey y liberar a miles de prisioneros húngaros que iban a ser vendidos como esclavos en Oriente. En el mismo año derrotó al beylerbey (jefe de los beyes) de Rumelia, que era el comandante de las fuerzas militares europeas de los turcos. Hunyadi con estas hazañas obtuvo prestigio y reconocimiento entre los nobles de Hungría, y animó al rey a iniciar una campaña ofensiva contra las fuerzas otomanas aprovechando dos debilidades: que gran parte de su ejército estaba en los territorios orientales y que las campañas invernales no les favorecían. En el otoño de 1443, en la llamada “campaña larga”, las tropas húngaras, polacas y de eslavos del sur empezaron su avance hacia Adrianópolis (actualmente Edirne), como objetivo final, pero desde Sofía se vieron obligados a retroceder a causa de la falta de víveres, el invierno, los pasos muy altos y la cercanía de las fuerzas principales del sultán. Aun así, el ejército en retirada rechazó los contraataques turcos, lograron alcanzar dos victorias más y obligar al sultán en la paz de Adrianópolis a evacuar Serbia, entregando los castillos y fortalezas ocupadas. La “campaña larga” no alcanzó su objetivo final: la expulsión de los turcos de Europa. No obstante, puso de manifiesto que podía lograrse el éxito si las fuerzas internacionales actuaban unidas y por medio de planes de operaciones adecuados.

En 1444 el rey Vladislao y Hunyadi, por iniciativa del Papa, empezaron otra campaña militar por el curso del Danubio, violando la paz de diez años de Adrianó-

polis que habían firmado en el mismo año; ocuparon Vidin y Nicópolis, pero llegando a Varna tuvieron que enfrentarse a fuerzas turcas superiores. No se produjo una sublevación popular, como esperaba Hunyadi, la flota del Papa y de Venecia era mucho menor de lo esperado, Bizancio se mantuvo pasivo y la flota naval de Génova, en vez de impedir el transporte marítimo de las tropas turcas, les ayudó a cambio de una buena cantidad. Bajo estas circunstancias la batalla fue un fracaso, el propio Vladislao murió en el combate, desatendiendo los consejos de sus allegados, ya que se lanzó a la lucha sin respaldo suficiente contra los jenizaros que defendían al sultán. Muerto el rey, cortaron y clavaron su cabeza en una lanza, el ejército en desbandada fue derrotado y las conquistas anteriores se perdieron. Hungría de nuevo quedó sin monarca, puesto que Ladislao V, hijo póstumo de Alberto de Habsburgo era menor de edad y permanecía en la Corte de Federico III, su tutor, que también guardaba la Santa Corona húngara.

Los estamentos húngaros convocaron una asamblea en el año 1445 y reconocieron a Ladislao V como rey legítimo, con las condiciones de que el joven rey debería permanecer en Hungría y Federico III tendría que devolver la corona. Este último no cumplió los requisitos, por eso durante la ausencia del rey y de la corona el gobierno del país fue encargado a siete capitanes generales, entre ellos a Miklós Újlaki y a Jan Giskra, jefe de los husitas checos que tuvo bajo su control la región de Alta Hungría, y naturalmente a Juan Hunyadi. A él le tocó la tarea quizás más difícil, encargarse de la defensa del país en las fronteras orientales y del sudeste.

Hunyadi, aprovechando su prestigio, consiguió que en 1446 le eligiesen regente de Hungría hasta la mayoría de edad del rey. Trató de estabilizar el país económicamente: recaudar los impuestos y recuperar las ciudades y castillos reales; también procuró conseguir el apoyo de la nobleza y de las ciudades, y siempre pudo apoyarse en sus enormes posesiones.

En estas circunstancias se realizó otra ofensiva contra los turcos en 1448, pero Hunyadi no pudo actuar con suficientes fuerzas. El serbio Jorge Brankovich, en vez de apoyarle y ayudar a las tropas húngaras a unirse con el ejército del albanés Jorge Castriota (más conocido como Iskander bey), reveló los planes al sultán Murad y gracias a ello sus tropas vencieron por completo a los húngaros en la batalla de Kosovo. Esta derrota debilitó la situación del partido de los Hunyadi, y cuando en 1452 Federico III permitió que Ladislao V volviera a Hungría, el regente debió renunciar a su cargo, puesto que el rey apoyó a la liga Garai-Celje, antiguos contrincantes de los Hunyadi.

Los turcos ocuparon Constantinopla en 1453 y se prepararon para invadir Hungría por orden del conquistador Mehmet II. En 1455 consiguieron entrar en Serbia y se pudo prever que uno de los siguientes objetivos de la ofensiva turca sería Belgrado, castillo estratégico en la desembocadura del Sava en el Danubio, ya que por la situación geográfica, después de su caída se abriría el camino hacia el interior de Hungría. A pesar de los problemas personales, nadie dudaba del talento de Juan Hunyadi en las luchas antiturcas, por eso el rey le nombró comandante en jefe del

ejército. También el Papa Calixto III predicó una cruzada para defenderse del ataque otomano en el este de Europa. A pesar de este llamamiento, no llegaron fuerzas serias para apoyar a los húngaros, pero sí Juan de Capistrano, un fraile franciscano (canonizado más tarde por la Iglesia) que con sus discursos fervorosos logró animar al pueblo y reunió un ejército de insurrectos populares, malarmados pero muy entusiastas, sobre todo en las regiones del sur que sentían más cercano el peligro turco. Los barones, muchos de ellos contrincantes de Hunyadi, a pesar de ser convocados a participar, no se movieron. Pudo contar solamente con su propio ejército mercenario, más los insurrectos de Juan de Capistrano y los defensores del castillo de Belgrado, dirigidos por su cuñado Mihály Szilágyi. La situación parecía tan desesperada que el propio rey huyó con su corte a Viena.

Hunyadi organizó muy bien la defensa, sus lancharos rompieron el bloqueo que levantaron los turcos en el Danubio y establecieron contacto con la Belgrado sitiada, lo que hizo de nuevo posible transportar tropas y provisiones al castillo. El asedio finalmente se convirtió en una gran batalla, durante la cual Hunyadi dirigió un repentino contraataque: se apropió de los cañones que los turcos habían dejado sin suficiente vigilancia y los volvió contra ellos mismos, arrasando su campamento y obligando al derrotado sultán Mehmed II a levantar el asedio y retirarse el 23 de julio de 1456. La ruptura del cerco de Belgrado “decidió el destino de la Cristiandad”. Durante el mismo, el Papa Calixto III ordenó que sonasen las campanas a mediodía para llamar a los creyentes a rezar por los defensores. Sin embargo, dado que las noticias de la victoria tardaron más en llegar a unos lugares que a otros, se transformó en una conmemoración de la victoria, y el Papa no retiró la orden. Así siguen sonando hasta hoy las campanas a mediodía. Esta victoria representó la derrota más grave de los sultanes conquistadores y salvó Hungría durante medio siglo de ataques de igual importancia por parte de las fuerzas otomanas.

Después de la batalla se propagó una epidemia de peste en el campamento húngaro, contándose entre sus víctimas Juan de Capistrano y Juan Hunyadi. Éste había entendido que la supervivencia y desarrollo posterior de Hungría dependían de que lograra unir a las fuerzas del país y fortalecer el poder central. Cumplir esta tarea quedó en manos de su hijo, Matías.

Tras la muerte de Juan Hunyadi el heredero de los altos cargos estatales y de la inmensa fortuna hubiera tenido que ser su hijo mayor, Ladislao, pero la liga Garai-Celje, apoyada por el joven rey Ladislao V, concentró sus fuerzas en romper el poderío del partido de Hunyadi. Los dos grupos se encontraron en el castillo de Belgrado para que Ladislao Hunyadi entregara las fortalezas e ingresos reales al nuevo capitán general, Ulrico de Celje. En el castillo estalló un conflicto armado entre los partidarios de los Hunyadi y los de Ulrico de Celje, a consecuencia del cual este último, tío del rey, cayó muerto con todo su séquito. El monarca al principio prometió amnistía a los hermanos Hunyadi, Ladislao y su hermano menor, Matías, pero en marzo de 1457, en Buda, rompiendo su promesa, mandó arrestarlos. Al mayor lo decapitaron por alta traición, y a Matías lo llevaron a Praga, donde, inesperadamente, el joven rey murió.

Matías Corvino

En aquel entonces el patrimonio de los Hunyadi era el más grande de Hungría. El dirigente de la familia era Mihály Szilágyi, hermano de Erzsébet Szilágyi, madre de Matías. Enseguida empezaron las negociaciones para conseguir que eligieran a Matías como rey. Juan Vitéz acordó con Jorge Podiebrad que aquél se casaría con Catalina, hija del rey checo, si le permitían abandonar Praga libremente; mientras, en Hungría Mihály Szilágyi también ofreció a Matías en matrimonio a la hija de László Garai a cambio de apoyo político. En enero de 1458 empezó la reunión para elegir al nuevo rey y Mihály Szilágyi, como “último argumento” a favor, llegó a Pest acompañado de 15.000 soldados armados. El 24 de enero de 1458 Matías fue elegido rey y elevado al trono de Hungría.

El nuevo monarca era un joven educado, instruido y de cultura humanista: sabía leer, escribir y dominaba varios idiomas. Acompañando a su padre en sus viajes y campañas había tenido la posibilidad de obtener experiencias en los campos de la diplomacia y de la estrategia militar.

No pudieron coronarlo después de la elección, puesto que la corona estaba en la Corte de Federico III. Este detalle no impidió a Matías establecer su poder y empezar la política centralizada con una firmeza y decisión que es de admirar, teniendo en cuenta que sólo contaba con quince años de edad. En primer lugar demostró a todo el mundo su poder absoluto de soberano: depuso al conde palatino László Garai y rechazó el matrimonio con su hija que habían prometido en su nombre, y prefirió casarse con Catalina, hija de Jorge Podiebrad. También ordenó arrestar a su tío Mihály Szilágyi, que quería gobernar en su lugar. Reconquistó los territorios en Alta Hungría que había ocupado Jan Giskra y recibió a los guerreros husitas en su ejército. En 1463, en Wiener Neustadt llegó a un acuerdo con Federico III: éste le devolvería la corona y lo reconocería como aliado, a cambio, si Matías moría sin heredero, Federico heredaría el trono húngaro. Con este acuerdo no terminaron los conflictos, dado que el objetivo principal del emperador era conseguir el trono húngaro, y el de Matías el del Imperio Romano-Germánico.

El joven rey, quizás para incrementar su prestigio, se enfrentó a los turcos, emprendiendo una campaña en Bosnia. Liberó el castillo de Jajce y de Srebernik, quedando la región del norte de Bosnia en manos húngaras. La región del sur siguió en manos otomanas y en medio de Bosnia se estableció una nueva línea de presidios fronterizos.

Matías finalmente fue coronado en 1464 en Székesfehérvár, y juró conservar las leyes de 1351, pero después de haber asentado su poder tuvo en cuenta cada vez menos los intereses de la nobleza y del clero.

REFORMAS FINANCIERAS Y ADMINISTRATIVAS DE MATÍAS

Aspiró a establecer una monarquía centralizada, basada en el poder autoritario del soberano. Se alió con la nobleza media y con los burgueses de las ciudades, que por sus

intereses estaban enfrentados con los grandes señores. Pero dicho apoyo nobiliario se limitó solamente a la actuación conjunta contra los barones, ya que se enfrentaron a todas las medidas centralizadoras que perjudicaban sus privilegios.

Para lograr sus objetivos Matías pudo basarse económicamente en las posesiones reales, en su patrimonio familiar y en los tributos. Uno de los objetivos de las reformas del rey fue liberar los ingresos reales del control de la nobleza. Por eso nombró varios funcionarios de bajo origen, que se convirtieron en sus partidarios incondicionales. Además consiguió aumentar la influencia de los funcionarios profesionales.

Con una política financiera consecuente consiguió que los ingresos aumentaran de 250.000 florines de oro anuales a más de 700.000. Para poder anular las exenciones obtenidas durante el gobierno de sus antecesores, cambió el sistema de tributación. En vez del tributo por puertas, el impuesto estatal establecido por Carlos Roberto, introdujo uno nuevo: el fogaje, que no se debía pagar por parcelas, sino por familias. A menudo –en realidad varias veces al año– ordenó recaudar un subsidio extraordinario, con lo que la mayor parte de las cargas estatales recayeron en la servidumbre.

“De igual manera: el pago del [tributo estatal] debe ser por hogar, y de tal forma que si en toda la parcela o en el solar, comprendiendo las tierras que pertenecen a esta parcela, y en el hogar vive una sola familia, deben pagar 20 denarios.

Y si dos familias reciben una parcela y las tierras dentro de la misma, los dos juntos paguen por un hogar más una mitad.

Si viven más todavía (entiéndase tres), igualmente paguen por un hogar y medio, si cuatro, paguen por dos, y así en adelante, de cualquier manera que esté dividida la tierra. El que solo disponga de dos o más parcelas, pague por dos o más hogares.”
(Decreto del rey Matías, 1467)

El sector agrario experimentó un lento desarrollo, aunque por entonces en Hungría se propagó el cultivo con el sistema de la rotación trienal, quedando la producción de mercancías agrarias principalmente a cargo de las villas. La artesanía –aunque se desarrollaron algunas ramas industriales y se establecieron otras–, no lo

Ingresos del rey Matías (en florines de oro)	
1. subsidios extraordinarios	250 000
2. monopolios de la sal	80 000
3. monedaje y regalía minera	60 000
4. aranceles del rey	50 000
5. tributos de las ciudades y de los sajones	47 000
6. mediocentésimo de los judíos y válacos	6 000

hizo tanto como para abastecer la demanda nacional, pero a cambio la extracción minera de metales preciosos y la exportación de productos agrarios y ganaderos cubrieron el pago de los productos importados. El trigésimo se convirtió en “aranceles de la corona” para poder así anular las exenciones anteriores.

Otro campo reformado fue la cancillería: unificó la cancillería secreta y la general, nombrando como dirigente de la nueva Cancillería real a János Vitéz. Simplificó la administración de justicia, en vez de los cuatro tribunales anteriores introdujo el tribunal con presencia personal del rey, con jueces cualificados y partidarios incondicionales de Matías bajo la dirección del juez *personalis*.

Finalmente para asegurar el orden interno y la defensa del país Matías organizó un ejército de mercenarios, el llamado Ejército Negro.

“En nuestro caso el ejército se divide en tres cuerpos: el principal es la caballería pesada, ellos piden 15 monedas de oro después de cada trimestre. El segundo cuerpo es la caballería ligera, los llamamos húsares: ellos piden 10 monedas por trimestre y por cada caballo. Toda la infantería, los arcabuceros también, están rodeados por [hombres] acorazados y escuderos igualmente, como si estuvieran parados detrás de un bastión”
(Carta del rey Matías al obispo Gábor Veronai, 1481)

Todas estas reformas, las intenciones centralizadoras y las cargas impositivas, provocaron movimientos organizados de oposición en 1467 y en 1471. En este último figuraban entre los dirigentes dos personalidades importantes: János Vitéz y el poeta humanista Janus Pannonius. Sin embargo Matías, con promesas y donaciones dividió las fuerzas de los insurrectos y una vez divididos los pudo vencer fácilmente.

POLÍTICA EXTERIOR DE MATÍAS

Siguió una política exterior activa y expansionista hacia occidente. Quizás abrigó el propósito de establecer contra los turcos una fuerte monarquía en Europa central por medio de la unificación de las coronas húngara y bohemia y de la corona imperial romano-germánica. Por entonces el Papa Pío II excomulgó a Jorge Podiebrad por haber profesado ideas husitas y organizó una cruzada contra él, lo que aprovechó Matías para ocupar con sus tropas Moravia y Silesia, siendo elegido rey bohemio por los católicos de Bohemia en 1469. Este hecho fue solamente una victoria parcial, ya que mientras tanto los husitas eligieron como rey a Vladislao Jaguellón.

Matías no organizó campañas militares contra los turcos con la intensidad que Europa esperaba de él, ya que era consciente de que sin el apoyo de Europa occidental Hungría por sí sola no sería capaz de rechazarlos. El monarca procuró la formación y mantenimiento de la doble línea fronteriza de presidios. Si en ocasiones los turcos intentaron avanzar, por ejemplo en 1476 en Sabach, en la orilla del Sava; o en 1479 en el campo de Kener (hoy Sibot, Rumania), cerca de Gyulaféhevár de Transilvania, se respondió con contraataques apoyado por el legendario general Pál

Kinizsi. Finalmente, y para poder concentrarse en sus objetivos occidentales, firmó en 1483 un tratado de paz con los turcos.

Habiendo asegurado las fronteras del sur, Matías continuó con su objetivo principal: conseguir la corona del Imperio Romano-Germánico. El Ejército Negro, moderno y con gran fuerza de choque, apoyado por una poderosa artillería, una flotilla danubiana y las tropas de los barones, hizo retroceder en continuos combates a las fuerzas de Federico III. Después de ocupar Viena en 1485 trasladó allí la sede real, pero su objetivo de ser elegido emperador romano-germánico fracasó, ya que en 1486 los electores eligieron rey de Romanos a Maximiliano, hijo de Federico. Poco después, en 1490, repentina e inesperadamente, Matías murió en Viena.

No tuvo hijos legítimos, por lo que en los últimos periodos de su vida quiso hacer reconocer como heredero a Juan Corvino, ilegítimo. Aunque recibió muchas promesas de parte de los señores feudales, después de su muerte los barones faltaron a su palabra y Juan Corvino no pudo suceder a su padre en el poder, aunque era el heredero de la mayor parte del patrimonio familiar y de una fortuna inmensa. La imagen y valoración de este monarca se desarrolló después de su muerte –al seguir tiempos de muchos disturbios-, hasta el punto de nacer la figura legendaria de Matías el Justo, que defendía a los pobres y humillaba a los señores que abusaban de su poder.

“Durante su vida todo el país gritó al rey Matías que [...] era muy insaciable; despellejaría y comería al país con las aduanas [...] hizo tributar al país cuatro veces [...] Pero cuando murió, todo el mundo empezó a alabarle. Porque enseguida empezó a descomponerse la paz. Entonces revivieron los turcos también, y el país, de un mal cayó en otro. Entonces cada uno empezó a conocer qué gran príncipe fue el rey Matías. Y entonces la gente empezó a decir: Ojalá viviera el rey Matías, ojalá hiciera tributar al país siete veces al año.” (Gáspár Heltai, 1575)

“Un rey así hace paladines también a sus propios súbditos; estimula a los dormidos con su propio ejemplo y despierta a los que dormitan; bajo tal rey se crían los buenos y son paladines las gentes de cualquier rango [...] Estas cosas no se dan a cada rey y sobre todo nunca se dan a los que no quieren con el corazón limpio a su propio país y nación y no lo contemplan con placer, como el rey Matías.” (Miklós Zrínyi, siglo XVII)

EL HUMANISMO EN HUNGRÍA

El renacimiento italiano apareció en la corte de Juan Hunyadi con el círculo espiritual de János Vitéz, con cuya ayuda Matías consiguió su formación humanista. El rey culto apoyó las artes y la cultura y se realizaron grandes construcciones, las más importantes en Buda y Visegrád. La biblioteca del monarca era digna de mención, ya que contenía más de dos mil tomos, entre ellos las obras más conocidas en la época de escritores de la Antigüedad, eclesiásticos y humanistas. Su famoso bibliotecario fue Galeotto Marzio, y su cronista Antonio Bonfini. En este ambiente, en 1473 András Hess abrió la primera imprenta en Buda. Matías estuvo secundado en la

propagación de las nuevas artes, estilos y costumbres por su segunda esposa, Beatriz, de la casa de Aragón de Nápoles.

“La reina que llegó introdujo costumbres elegantes en la comida y en toda la forma de vida. Despreció las casas bajas, organizó comidas espléndidas, amuebló espléndidamente los comedores y los dormitorios. Detuvo la espontaneidad del rey; mandó situar vigilantes permanentes en las puertas, puso fin a la entrada libre; convenció a su real Majestad de que valorara más su dignidad y le convenció de que hiciera audiencias y justicia solamente en el tiempo establecido. Introdujo costumbres italianas entre las escitas, hizo querer la comida italiana. Con grandes gastos mandó traer a excelentes maestros italianos e introdujo artes antes desconocidos. Contrató a pintores, escultores, grabadores, plateros, tallistas de madera y piedra, constructores con una paga inmensa. [...]” (Antonio Bonfini, siglo XV)

“En Visegrád engrandeció tanto la ciudadela alta de los reyes anteriores y el palacio inferior, decoró tanto jardines, con cotos, lagos de peces que el esplendor de esta construcción pareció superar al de las demás. El mobiliario es lujoso, los comedores amplios, los corredores decorados con estucos, las ventanas magníficas. Había aquí jardines colgantes y fuentes de mármol rojo decoradas con asientos de bronce.” (Antonio Bonfini, siglo XV)

La época de los Jaguellón

VLADISLAO II

Después de la muerte de Matías la aristocracia no reconoció los derechos de Juan Corvino al trono. Además de él había otros pretendientes: Beatriz, la viuda; Maximiliano, rey de Romanos que apelaba al tratado de Matías con Federico; Vladislao, rey de Bohemia; y Juan Alberto, miembro de la rama polaca de los Jaguellones. La aristocracia húngara, deseosa de acabar con la monarquía centralizada, prefería tener en el trono a un monarca débil y fácil de manejar. Por eso en 1490, en la reunión de las Cortes de Rákos, y por simple conveniencia política, los estamentos eligieron como rey a Vladislao, monarca checo. También es cierto que el Consejo Real y algunos nobles esperaban de este candidato que –consiguiendo también el trono polaco– formara una unión dinástica húngaro-checo-polaca capaz de hacer frente a los turcos. Por su parte, Juan Corvino aceptó la decisión de las Cortes, se retiró a sus dominios de Eslavonia y no jugó ningún papel importante en la vida política de Hungría, aunque siguió luchando contra las incursiones turcas en el sur.

La aristocracia húngara puso condiciones severas a Vladislao II: no introducir más innovaciones administrativas o económicas, anular el pago del subsidio extraordinario, nombrar a aristócratas húngaros para los puestos principales y gobernar consultando con los estamentos. El Ejército Negro en poco tiempo se desmoralizó, y por falta de pagas llevaron a cabo asaltos y robos, hasta que finalmente el mismo Pál

Kinizsi, secreto partidario del hijo de Matías, tuvo que derrotar a los restos desbandados del dicho ejército.

Los dirigentes verdaderos del país eran Juan Szapolyai, conde palatino; István Báthori, juez mayor; y Tamás Bakócz, arzobispo de Esztergom y canciller real. En 1505, después de un derrame cerebral de Vladislao II, en la Resolución de Rákos las Cortes acordaron que en el futuro elegirían a un rey nacional. Esto servía sobre todo a los intereses de Szapolyai, que aspiraba al trono, pero inesperadamente Vladislao se recuperó e incluso tuvo un hijo varón, Luis, lo que hizo disminuir las esperanzas del palatino. Poco después el rey tomó una decisión con importantes consecuencias para la historia posterior: acordó con los Habsburgo los futuros matrimonios de sus hijos, Ana Jaguellón con Fernando de Habsburgo, y Luis Jaguellón con María de Habsburgo.

LA SUBLEVACIÓN CAMPESINA DE 1514

Uno de los hechos más relevantes durante el gobierno de Vladislao fue la sublevación campesina dirigida por György Dózsa. Los motivos de la misma fueron diversos: la revocación de los privilegios de las villas, la limitación del derecho de los siervos al libre cambio de domicilio, y la prohibición de la caza, pesca y tala de árboles en los bosques. Pero las condiciones para la misma se presentaron cuando, ante las destrucciones causadas por los ataques de los turcos en 1514, una parte de los dirigentes del país, entre ellos Tamás Bakócz, arzobispo de Esztergom trató de aligerar la grave situación organizando una cruzada. Gran parte de los barones y de la nobleza se oponían a entregar armas a los campesinos, y cuando comenzaron a reunirse desde todas partes del país hombres armados para participar en la lucha contra los turcos, bendecida por el Papa, muchos terratenientes recurrieron a la violencia para retener a sus siervos. Incluso maltrataron a los familiares de los que se habían incorporado a la guerra y les impusieron las cargas señoriales de los ausentes. El ejército de cruzados, integrado por masas descontentas ya desde un principio, se convirtió rápidamente en una fuerza armada antifeudal, y a su frente se situó György Dózsa, oficial de caballería *székely*. Los terratenientes convencieron al arzobispo Bakócz de que era necesario suspender la cruzada, pero las masas no cumplieron la orden de disolución y empezaron las luchas armadas contra los señores feudales. Las tropas, desesperadas, fueron derrotadas y a continuación siguió una represión cruel. Ejecutaron a los dirigentes, y las leyes relativas al campesinado se hicieron más rigurosas, de acuerdo con los intereses de los terratenientes. Los siervos debían ser vinculados a la gleba y se declaró que no podían llevar armas. El principal documento sobre esta nueva situación es el Tripartito de István Werbőczy, que reunió todas las costumbres y leyes importantes de su época, y se convirtió en el código más importante de la Hungría estamental.

LUIS II Y LA BATALLA DE MOHÁCS

A la muerte de Vladislao II heredó el trono su hijo Luis, menor de edad. El gobierno lo ejercía en esta situación el Consejo Real, sobre el que influyeron alternativamente dos grandes poderes rivales: el partido de la Corte y el de la nobleza media, paralizando la acción gubernativa. Mientras tanto los ingresos eran cada día más insuficientes para mantener la capacidad defensiva del país.

Como contrapunto de esta situación, en 1520 ascendió al trono otomano el talentoso y ambicioso Solimán el Magnífico (también llamado el Legislador). El joven sultán ofreció un tratado de paz a Hungría y a cambio pidió permiso de paso con su ejército hacia las provincias perpetuas de la Casa de Austria. La diplomacia húngara, teniendo en cuenta las relaciones familiares del rey, rechazó la propuesta, lo que seguramente decidió a Solimán a emprender nuevas conquistas militares. Después de la derrota de los serbios, búlgaros y bizantinos, los húngaros eran la única fuerza de importancia que podía bloquear su expansión por Europa. El sultán dividió sus fuerzas militares: al frente de una parte, Kara Ahmed ocupó el castillo de Sabach en la orilla del Sava en un sólo ataque. La otra parte, bajo el mando de Piri Mehmed, ocupó Zimony (Zemun) y rodeó Nándorfehérvár (Belgrado), punto clave de la línea protectora de presidios húngara, con una guarnición de apenas setecientos hombres. En vano esperó las tropas de socorro del rey húngaro, y después de dos meses de asedio capituló en agosto de 1521. Las noticias de la conquista de una de las grandes fortalezas de la Cristiandad se difundieron rápidamente por Europa, pero ni siquiera así llegaron fuerzas militares de otros países, solamente algún apoyo económico del Papa, con lo que Hungría, sola, era incapaz de organizar una campaña para reconquistar las posiciones perdidas.

La situación interna de Hungría tampoco era favorable. Luis II, después de 1523 y por impulso de su esposa María de Habsburgo, intentó reducir el poder de los barones, pero le faltó firmeza para realizar sus planes. Este hecho, en vez de fortalecer el país dio lugar a nuevas intrigas entre los aristócratas, en una situación política externa de peligro creciente. Pál Tomori, arzobispo de Kalocsa, fue nombrado capitán mayor de Hungría del Sur y empezó la reorganización del sistema de la línea protectora de presidios interior, frente a Belgrado, pero no recibió ni financiación, ni tropas suficientes. Mientras, los turcos iban ocupando varias fortalezas de la línea complementaria exterior. Las tropas de Juan Szapolyai obtuvieron dos victorias en Valaquia y Pál Tomori una en Sirmia (Szerémség), pero estos éxitos no eran suficientes para detener la ofensiva. El Imperio otomano de aquel entonces era una gran potencia, con un territorio de millón y medio de km² (sólo el Imperio Romano-Germánico tenía un área semejante), y 12-13 millones de habitantes (según otras estimaciones 15-17), frente a los 3-3,5 millones de habitantes de Hungría. En este punto de nuevo era el Imperio Romano-Germánico el único que podía competir con los otomanos. Disponía de grandes fuerzas y una dirección gubernamental y aparato burocrático capaces de movilizarlas y ponerlas al servicio de los objetivos estatales. Estos eran los fundamentos del temible ejército de Solimán.

Luis II, a pesar de las relaciones familiares que tenía con grandes dinastías europeas, en vano esperó su ayuda. Polonia estaba preocupada por el peligro tártaro y en 1525 firmó un armisticio de tres años con la Sublime Puerta. La dinastía Habsburgo estaba ocupada con los problemas internos e internacionales del Imperio. El estallido de la guerra de la Liga de Cognac (alianza que incluía Francia, el Papa Clemente VII, la república de Venecia, los ducados de Milán y Florencia con el objetivo de eliminar la hegemonía imperial en las tierras italianas) contra dicha dinastía, terminó de alejar a Hungría de cualquier esperanza de recibir ayuda internacional en un probable conflicto con Turquía. No sólo eso, el rey francés Francisco I llegó a animar a los turcos al ataque para perjudicar indirectamente a Carlos V, a quien él atacaría. Así respondió Solimán:

“El (Dios) es el elevado, el rico, el generoso, el compasivo.

Yo, que soy, por la gracia de Aquel cuyo poder es glorificado y cuya palabra es exaltada, por los milagros sagrados de Mahoma –que sobre él sea la bendición de Dios y la salud–, sol del cielo de la profecía, estrella de la constelación del apostolado, jefe del ejército de los profetas, guía de la cohorte de los elegidos, por la cooperación de las almas santas y de sus cuatro amigos Abubequer, Omar, Osmán y Alí –que la satisfacción de Dios sea sobre todos ellos–, así como de todos los favoritos de Dios; yo, digo, que soy el sultán de los sultanes, el soberano de los soberanos, el distribuidor de las coronas a los monarcas de toda la superficie del globo, la Sombra de Dios sobre la tierra, el sultán y el padichah de la mar Blanca, de la mar Negra, de la Rumelia, de Anatolia, de Caramania, del país de Rum, de Zulkadir, de Diarbeckr, de Kurdistán, de Azerbaiyán, de Persia, de Damasco, de Alepo, del Cairo, de La Meca, de Medina, de Jerusalén, de toda Arabia, del Yemen y de muchas otras comarcas que mis nobles abuelos y mis ilustres ancestros -que Dios ilumine sus sepulcros- conquistaron por la fuerza de las armas y que mi augusta majestad ha conquistado igualmente, con mi espada resplandeciente y mi sable victorioso, sultán Suleiman-Kan, hijo del sultán Selim-Kan, hijo del sultán Bayaceto-Kan. [...] Nuestros gloriosos ancestros y nuestros ilustres abuelos –que Dios ilumine su sepulcro– no han dejado nunca de hacer la guerra para rechazar al enemigo y conquistar países. Nos también hemos ido tras su huella. Hemos conquistado en todo tiempo provincias y ciudades fuertes y de difícil acceso. Noche y día nuestro caballo está ensillado y nuestro sable al cinto.”

En 1526 se pudieron prever las intenciones de Solimán. Luis II anunció la movilización del país, pero no pudo unir ni siquiera las fuerzas internas, acudiendo muy poca gente a Tolna, lugar de encuentro, ya que muchos señores feudales ignoraron la llamada del rey. Él mismo, por falta de dinero, retrasó su salida del 2 al 20 de julio.

En el verano los turcos iniciaron la ofensiva contra Hungría, venciendo fácilmente la poca resistencia dirigida por György Alapi y Pál Tomori planteada en Pétervárad, Újlak y Eszék. El camino hacia las regiones interiores de Hungría estaba abierto ante Solimán.

Las tropas húngaras que finalmente se reunieron en la región de Mohács, aproximadamente 25.000 soldados, hicieron frente al ejército del sultán, constituido por 60-80.000 soldados.

“En este momento percibimos una inmensa tropa enemiga [...] Entonces pusieron el casco en la cabeza del rey, la cara de su majestad estaba cubierta con palidez mortal, como si hubiera presenciado la tragedia venidera.” (István Brodarics, cronista contemporáneo, sobre el 29 de agosto de 1526)

La batalla del 29 de agosto se decidió en apenas dos horas. La tardanza de las tropas húngaras y la táctica militar mal escogida decidió el destino de la misma. Los húngaros sufrieron una derrota aniquiladora mientras Juan Szapolyai, con un ejército de 40.000 hombres en la región del Tisza, no logró llegar a tiempo debido a las órdenes contradictorias que había recibido.

En la batalla cayeron más de 10.000 hombres, así como la flor y nata de la capa dirigente del país, en primer lugar el rey, ahogado en un arroyo mientras huía, además de siete obispos y veintiocho aristócratas.

HUNGRÍA EN LA EDAD MODERNA

El Dominio turco en los siglos XVI–XVII

La desmembración del reino húngaro en tres partes

Después de la decisiva batalla de Mohács murió el rey Luis II Jaguellón y el reino perdió a la mayoría de los magnates, los dirigentes políticos del Estado. El ejército otomano, sin encontrar resistencia, penetró en el interior del país y el 12 de septiembre de 1526 entraron en Buda, la capital. Sin embargo, a pesar del rápido avance, al llegar el otoño tuvieron que retroceder al sur.

Tras la retirada de los turcos, la principal prioridad en el reino era restablecer el gobierno y reorganizar el ejército. Los dos candidatos al trono eran Juan Szapolyai y Fernando de Habsburgo, ya que Luis II no había tenido descendencia legítima.

Juan Szapolyai, voivoda de Transilvania, podía contar con el apoyo de la nobleza del estado llano y legalizar su candidatura con la Resolución de Rákos, aprobada en 1505. Esta decisión, diseñada a su favor, había prohibido la elección de un rey de origen extranjero en caso de extinción de la dinastía Jaguellón. Amparado por la misma fue coronado en Székesfehérvár el 11 de noviembre de 1526, reinando hasta 1540.

Fernando de Habsburgo, nieto de los Reyes Católicos y hermano del emperador Carlos V, era el candidato de los magnates, de acuerdo con el tratado familiar de sucesión mutua firmado en 1515. Según la opinión de los colaboradores húngaros de Fernando, después de la derrota de Mohács sólo con la fuerza política y económica del Imperio Romano-Germánico podrían detener el avance del Imperio turco. La elección de Fernando de Habsburgo se efectuó en Pozsony, el 17 de diciembre de 1526, y gobernó hasta 1564.

Con la presencia simultánea de dos reyes la crisis política del reino húngaro se agravó, ya que fracasaron las negociaciones de paz realizadas entre los enviados de ambos en junio de 1527. Esto provocó el ataque de las tropas de Fernando en julio de ese mismo año y su entrada en Hungría, iniciando la guerra civil en un periodo de constante amenaza turca. Juan I ordenó la evacuación de Buda y se retiró a la región del Tisza. Las tropas del Habsburgo ocuparon la capital del reino y poco después vencieron en la batalla de Tokaj, gracias a lo cual pudo coronarse en Székesfehérvár. Otro efecto fue la huida de Juan a Polonia y el tratado de Estambul. Por este último, firmado con la Sublime Puerta el 27 de enero de 1528, el sultán Solimán el Magnífico lo reconoció como rey vasallo de Hungría y le ofreció apoyo militar. Con la firma del tratado Szapolyai aceptó la tutela turca y legalizó las campañas otomanas de los años siguientes.

Dos años después, en mayo de 1529, los turcos iniciaron una nueva ofensiva para apoderarse de Buda, objetivo realizado en septiembre de ese mismo año. El ejército mandado por Solimán avanzó hasta Viena, que era el principal punto de mira de sus conquistas. El primer asedio turco duró un mes, pero el sultán tuvo que levantarlo el 14 de octubre sin haber tomado la ciudad.

En 1532 las fuerzas otomanas iniciaron la cuarta campaña en territorio húngaro. Debido a la nueva amenaza Carlos V, emperador romano-germánico y hermano de Fernando, se vio obligado a reunir un ejército en Viena. Sin embargo las tropas del sultán no llegaron ante las murallas de la capital austríaca porque se entretuvieron en la ciudad de Kőszeg cuya guarnición, mandada por Miklós Jurisics, defendió heroicamente la fortaleza. Al año siguiente las dos potencias firmaron una paz que reconocía la división del reino húngaro entre Fernando y Juan I, y permitió a Solimán volver sus armas contra Persia.

En el periodo de tregua que siguió, debido a la presión de la nobleza húngara y las devastaciones de las luchas, Fernando y Szapolyai empezaron a negociar la reunificación. En 1538 firmaron el tratado secreto de Várad, según el cual los dos reyes rivales reconocían mutuamente los dominios que poseían, aunque a la muerte de Juan I, Fernando podría reunificar los territorios húngaros bajo su corona, previa indemnización al heredero de Szapolyai si lo había. Precisamente lo hubo en 1540 y fue llamado Juan Segismundo, por cuya sucesión trabajó su padre en sus últimos días. Muerto Juan I, la Dieta eligió al hijo como Juan II, aunque la coronación no se realizó. Fernando protestó por el incumplimiento del tratado de Várad pero la Sublime Puerta sí reconoció la sucesión y las dos potencias reanudaron las hostilidades.

En mayo de 1541 las tropas de Fernando pusieron sitio a Buda, provocando la intervención de Solimán en favor de Juan Segismundo. El ejército de Fernando se retiró y el 29 de agosto de 1541, aniversario de la batalla de Mohács, el ejército turco entró en Buda y ocupó definitivamente la sede real. El sultán colocó a Juan Segismundo bajo su protección y le entregó el gobierno de Transilvania, las Partes y la zona de Temes pero fue obligado a pagar un tributo anual de 10.000 florines de oro.

De hecho, la ocupación de Buda señala el comienzo de la anexión de Hungría por los turcos y la división del país en tres partes: una Hungría real, al norte y al oeste, que incluía las actuales Eslovaquia y Croacia, además de una franja cada vez más estrecha de la Gran Llanura. En segundo lugar el Dominio turco (Hódoltság), provincia fronteriza del Imperio otomano, dependiente del pachá de Buda y que incluía la mayor parte de la Gran Llanura: una especie de cuña hundida entre la Hungría real y Transilvania. Por último el principado de Transilvania, que conseguiría poco a poco su independencia y desempeñaría un papel muy importante en la evolución de la nación húngara.

En 1542 Fernando intentó reconquistar Pest. Este hecho y las negociaciones realizadas entre sus representantes y los de Isabel Jaguella, viuda de Juan I, sobre la reunificación de Hungría (tratado de Gyalu) causaron las siguientes campañas de Solimán entre 1543 y 1545, con las que quiso ampliar la zona defensiva de Buda

y asegurar la vía de suministros por el Danubio, apoderándose de Pécs, Esztergom y Székesfehérvár. Debido a estos éxitos turcos Fernando tuvo que firmar en 1547 una tregua de cinco años y pagar un tributo anual de 30.000 florines de oro.

En este nuevo periodo de tregua el fraile Jorge Martinuzzi, gobernador de Transilvania en nombre de Juan Segismundo, protagonizó un nuevo intento de unión. Quiso entregar los territorios a su cargo con la condición de que Fernando mandara tropas para defenderlos contra los turcos. En septiembre de 1549 se firmó el tratado de Nyírbátor, según el cual Juan Segismundo renunciaba a sus derechos a cambio de 100.000 florines de oro y dos principados de Silesia, mientras Transilvania y las Partes (Partium) pasarían al dominio de Fernando bajo el gobierno del fraile Jorge. A pesar del tratado Isabel Jaguella no quiso abdicar, provocando una guerra civil en Transilvania con los partidarios del fraile Jorge. Tras su derrota la viuda debió retirarse con su hijo a Silesia.

Mientras tanto, la activa diplomacia del fraile Jorge trataba de ocultar a la Sublime Puerta este intento, aunque Solimán realizó una campaña para asegurar la tutela turca en Transilvania ocupando varias fortalezas. Finalmente el general Castaldo, comandante en jefe del contingente imperial en la zona, ante la desconfianza que le producía la actitud del fraile Jorge, mandó asesinarlo en 1551.

Al año siguiente los turcos se apoderaron de Veszprém, Drégely, Temesvár y Szolnok, pero fracasaron en Eger, gracias a la heroica resistencia de la guarnición mandada por István Dobó. Continuaron las escaramuzas con operaciones aisladas hasta 1556, pero su fracaso ante Szigetvár detuvo las hostilidades durante diez años.

La dinastía Habsburgo no tenía fuerza suficiente para consolidar su poder en Transilvania y por eso los estamentos hicieron volver a Juan Segismundo y él accedió a este trono en 1556, fecha desde la que existió como principado, independiente en sus asuntos interiores, pero dependiente de la Sublime Puerta en su política exterior.

En 1566 Solimán dirigió su última campaña en Hungría hacia Viena y puso sitio a Szigetvár. Esta fortaleza fue defendida por las tropas mandadas por Miklós Zrínyi, capitán general de la frontera transdanubiana al servicio del emperador. La guarnición resistió durante un mes y finalmente hicieron una salida desesperada en la cual murieron con las armas en la mano (un siglo más tarde el bisnieto del capitán general, el ban croata llamado también Miklós Zrínyi, escribió una epopeya barroca sobre la hazaña de los soldados de Szigetvár: *La derrota de Sziget*). El sultán murió durante el asedio y los turcos, desalentados, se batieron en retirada.

Esa muerte señaló el fin de las grandes conquistas turcas durante dos décadas. Su sucesor, Selim II, siguió una política pacifista y firmó en 1568 la paz de Adrianópolis. En este tratado Maximiliano I, heredero de Fernando I desde 1564, reconoció las conquistas turcas de los años 1552 y 1566 y se comprometió a pagar anualmente un tributo de 30.000 florines de oro. Con dicho acuerdo se conservó la división del reino húngaro en tres partes y se consolidó una frontera militar entre los dos imperios.

El último acontecimiento que completó la división fue el tratado de Espira, ratificado en 1570 por Maximiliano I y Juan Segismundo. Este último renunció al

título de rey y reconoció a Maximiliano como rey de Hungría, si bien quedó como príncipe de Transilvania y de las Partes, aunque estas regiones formaban parte del reino húngaro y en caso de extinción de su familia pasarían al dominio del dicho rey. Sin embargo, Juan Segismundo murió al año siguiente y el trono de Transilvania pasó a manos de Esteban Báthory, quien más tarde accedió al trono de Polonia, formando una unión dinástica. Las siguientes dos décadas fueron un periodo de paz, con aislados enfrentamientos locales en la frontera militar.

El gobierno de las partes del reino húngaro

EL DOMINIO TURCO

El sultán era el soberano omnipotente del Imperio otomano. Su consejo asesor era el diwán, compuesto del gran visir, del tesorero y del juez supremo. El soberano controlaba completamente la actividad de esta institución y tomaba las decisiones.

El estado otomano estaba organizado en función de la guerra y el sultán era ante todo un jefe militar que llevaba cada año sus tropas a la victoria, fuente de botín y de riqueza. Un imperio así estaba condenado a la guerra permanente y a la expansión sin fin. Los jenízaros (janicsár) formaban el núcleo del ejército. Cada cinco años se reunía a los niños de los súbditos no musulmanes (sistema del *devshirme* o diezmo de los niños). Éstos, educados en la fe islámica, se convertían en musulmanes fanáticos, vivían en campamentos militares y no podían casarse. La caballería estaba formada por los espahíes (szpáhi). Cada uno recibía un dominio, el timar, que el sultán le concedía por un tiempo limitado, pudiendo disfrutar de su rendimiento pero sin convertirse en su propiedad por lo que el timariota quería extraer el máximo beneficio de estas tierras. El ejército se completaba con tropas auxiliares como los tártaros, que se encargaban de los saqueos y de aterrorizar al enemigo.

Las campañas se realizaban entre mayo y septiembre porque los espahíes exigían volver a casa al final de las mismas, con lo cual la movilización de las tropas era muy lenta. El carácter estacional de sus campañas impedía una explotación completa de las victorias y el funcionamiento de su ejército no permitía al sultán luchar simultáneamente en dos frentes, por ejemplo en Persia y Hungría.

Los territorios conquistados quedaban divididos en provincias llamadas *vilayet*, dirigidas por un pachá (en el *vilayet* de Buda gobernaron 99 pachás durante 145 años). Las provincias a su vez se dividían en varios *sanjacatos*, gobernados por un bey. Todos los funcionarios dependían directamente del soberano y la administración estaba fuertemente centralizada. El sultán asignaba a los funcionarios un dominio, el *ziamet*, y ellos gozaban de los beneficios de estas haciendas. El sultán poseía todas las tierras y cedía el usufructo a sus guerreros y funcionarios por un tiempo determinado, aunque las tierras más fértiles y las regiones más rentables (minas, puertos, ciudades) formaban parte del dominio *khas*, bajo la dirección del Tesoro. El súbdito no musulmán, el *raiye*, pagaba al estado una capitación (*kharadj*), aproximadamente un florín anual, y estaba obligado a una prestación personal no regular destinada a las

construcciones de fortalezas o al transporte para las tropas. A su señor, por ejemplo al timariota, pagaba también un florín anual y el diezmo, pero no estaba obligado a trabajo gratuito.

EL PRINCIPADO DE TRANSILVANIA

El soberano de Transilvania llevaba el título de príncipe y era elegido por la Dieta. Esta elección era ratificada por el sultán, que enviaba al príncipe el diploma de nombramiento y los atributos de su poder: un bastón y una bandera. El principado pagaba a la Sublime Puerta un tributo anual de 10.000 florines. El príncipe gozaba de todas las prerrogativas reales, excepto en política exterior, donde sus iniciativas tenían que ser aprobadas por el sultán.

El Tesoro administraba haciendas muy extensas y los beneficios extraídos de estos dominios hacían posible las tentativas de concentración del poder por parte de los príncipes e impedían la acumulación de dominios en manos de la aristocracia transilvana.

Políticamente el príncipe estaba asistido por un consejo de doce miembros dirigido por el canciller. La Dieta de Transilvania, que se convocaba cada año en localidades diferentes, tenía una cámara y estaba compuesta por tres naciones: los húngaros, los sajones y los *székelys*. Las reuniones las controlaban los hombres del príncipe, de tal manera que esta asamblea apenas desempeñaba otro papel que el consultivo, sancionando las decisiones del príncipe.

Las unidades administrativas en las regiones habitadas por húngaros eran los comitados, como en la Hungría real. En las regiones habitadas por los sajones y los *székelys* se organizaron los departamentos llamados *szék*, gobernados por un juez real.

En el principado, tras el compromiso de Torda (1568), se admitieron cuatro religiones: Iglesia católica, Iglesia calvinista o reformada, Iglesia luterana e Iglesia unitaria.

LA HUNGRÍA REAL

Fernando I quiso crear una jurisdicción, finanzas y administración comunes para los tres territorios (países hereditarios de los Habsburgos, Bohemia y Hungría).

A partir del siglo XVI el Consejo Áulico (Udvari Tanács), antes omnipotente, tuvo una competencia esencialmente judicial, era el tribunal de apelación de la monarquía. Las decisiones importantes nacieron en el Consejo Privado. Más tarde este consejo multiplicó sus efectivos, lo que obstaculizó el trabajo eficaz de las reuniones. Por este motivo la Reunión Secreta, procedente del Consejo Privado, desempeñó después de 1665 el papel de órgano director de la política general de los Habsburgo.

Fue en el ámbito militar donde el soberano pudo llevar a cabo una cierta centralización, creando en 1556 un Consejo Áulico de Guerra (Udvari Haditanács), encargado del reclutamiento, armamento, avituallamiento de las tropas y buen funcionamiento del material, por lo que gozaba de autonomía financiera.

En Hungría el rey encontró un gobierno de carácter medieval compuesto

por altos funcionarios procedentes de la corporación de los señores o de la de los prelados. El oficio más temible para un monarca extranjero era el del palatino. Éste era elegido de entre los candidatos del rey por la Dieta húngara, y tenía un papel intermediario entre los estamentos y el soberano. Él dirigía de hecho el gobierno en ausencia del rey, era el jefe del ejército y poseía amplios poderes judiciales. Fernando I procuró que el puesto quedara vacante y organizó el Consejo de la Lugartenencia bajo la autoridad de un gobernador. El cargo del palatino fue restaurado después de la rebelión de Bocskai y desempeñó el oficio de presidente del Consejo de la Lugartenencia (Helytartótanács).

Fernando suprimió el oficio de tesorero reemplazándolo por una Cámara húngara cuya competencia alcanzaba a todos los asuntos relativos a los ingresos reales. Pero como el capítulo de contribuciones era aún más reducido en Hungría que en los demás países, debía esencialmente administrar los ingresos ordinarios: las rentas del dominio real, peajes y aduanas, moneda y minas. La Cámara tenía autoridad sobre las ciudades reales libres y juzgaba en apelación los procesos de los magistrados municipales. Con estas funciones de administración de ingresos ordinarios y control de gastos civiles no se puede asemejar en ningún caso a las funciones de un ministerio de economía en sentido moderno.

En este periodo la Cancillería desempeñó un papel intermediario entre el gobierno de Viena y el de Hungría. El canciller siempre fue un clérigo y la lengua de trabajo continuó siendo el latín durante todo el periodo moderno.

La administración judicial permaneció intacta. El Tribunal Real continuaba siendo la última instancia y desempeñaba el papel de tribunal de apelación para todos los tribunales de los comitados.

La institución representativa de los estamentos fue la Dieta, cuyas competencias alcanzaban a la legislación, votación de tributos, de la leva y elección del palatino, y a partir de 1608 funcionó según reglas fijas. Se componía de dos cámaras: la alta integraban los aristócratas y los prelados con una invitación personal; en la baja se reunían los representantes de los comitados, de las ciudades reales libres y del bajo clero. Los diputados de ambas negociaban en salas separadas, y para poder formar una decisión común mantenían correspondencia. Luego enviaban una petición común al rey, quien comunicaba su respuesta en una resolución y como acto final él sancionaba la ley.

Otro órgano estamental eran los comitados. La administración de los mismos quedó casi completamente fuera del control de los Habsburgo. Si el *comes* era un magnate nombrado por el rey a título vitalicio, al *vicecomes* (alispán) lo elegía la nobleza del comitado. Las asambleas de los comitados fueron un fundamento de la vida política húngara, donde los nobles del territorio se reunían dos veces al año. En ellas los presentes elegían a los diputados y a los funcionarios del comitado, decidían sobre el reclutamiento de la tropa y sobre la recaudación de las contribuciones, ambos votados por la Dieta húngara. Finalmente los cuatro jueces de servidores libres del rey y los jurados formaban parte del tribunal del comitado.

LA ECONOMÍA DE HUNGRÍA EN EL PERIODO DEL DOMINIO TURCO

La conquista de la región central de Hungría por los turcos provocó la partición política del reino, pero no causó la ruptura de las relaciones económicas entre las partes. Esta época, después de los grandes descubrimientos, fue la del nacimiento del capitalismo y la transformación de la economía de Europa, un continente donde progresivamente se estableció una división entre dos zonas: en la parte occidental se inició el desarrollo del sector industrial, mientras que en la oriental se mantuvo el dominio de la agricultura.

En Hungría se vivió una coyuntura agraria favorable, convirtiéndose en la gran proveedora de carne del mercado europeo con la exportación de ganado mayor. El desarrollo de la ganadería bovina se debió a la despoblación de la zona central causada por la guerra turca. La escasa densidad demográfica ofrecía en esta región abundantes pastos para la cría de ganado, y en tiempo de guerra podían conducir las manadas a zonas más lejanas. Los rebaños se vendían en las ferias de Debrecen y Pest a mercaderes encargados de su exportación a los mercados alemanes y de Viena. Las reses recorrían alrededor de veinte km diarios bajo la defensa de los haiducos (hajdú). En 1580 Hungría exportó doscientas mil cabezas.

También se desarrolló la producción de cereales, pero en este caso no se puede hablar de exportación del grano ya que los productores podían venderlo a las tropas establecidas en el territorio del reino húngaro. La consecuencia del alza del precio de los granos fue la ampliación de las tierras de la reserva señorial, el aumento de la prestación personal del campesinado y la aparición de la segunda servidumbre.

La explotación vitícola era otra fuente de beneficios, ya que Hungría exportaba vino sobre todo a Polonia, Bohemia y Silesia. De estos dos últimos territorios se importaban a cambio tejidos, de tierras alemanas herramientas y de Venecia especias.

*La guerra de los Quince Años y la lucha
de los estamentos húngaros contra los Habsburgo*

Siguieron a la paz de Adrianópolis veinte años de tregua, salvo enfrentamientos locales junto a la frontera entre el Dominio turco y la Hungría real, ya que las dos potencias luchaban en otros frentes, concretamente los otomanos realizaron una serie de campañas contra Persia hasta 1590.

A su vez el entorno del emperador Rodolfo (1576–1608) quería formar un imperio fuerte, renovar el prestigio de la dinastía de los Habsburgo, proteger a la cristiandad del peligro turco y reanudar la guerra contra ellos para reconquistar Hungría.

A comienzos de la última década del siglo XVI el pachá de Bosnia realizó una serie de incursiones en Croacia, que formaba parte del reino húngaro, pero en el verano de 1593, junto a Sziszek, fue derrotado por las tropas del ban croata. La Sublime Puerta consideró este incidente como *casus belli* y declaró la guerra. Su ejército inició muy tarde la campaña, pero a pesar de ello tomó las fortificaciones de Veszprém y

Várpalota, si bien sufrió una derrota en la batalla de Pákozd. Esta victoria provocó gran entusiasmo en el mundo cristiano y los soberanos europeos ofrecieron apoyo financiero a Rodolfo en contra de los turcos.

El comandante imperial Miklós Pálffy renovó el plan de campaña de invierno porque el ejército enemigo se retiró en octubre al sur dejando sólo guarniciones en Hungría. Gracias a esta ofensiva los húngaros reconquistaron varias fortalezas en el comitado de Nógrád, que no era una región de gran extensión, pero esta victoria tuvo una importante influencia psicológica al demostrar que los turcos ya no eran enemigos invencibles. La toma de Esztergom y de Visegrád por los Habsburgo pudo hacer pensar que muy pronto se recuperaría Buda pero el sitio de la antigua capital fracasó.

Las victorias del ejército imperial empujaron a Murat III a la ofensiva en Hungría y en 1594 la guarnición de Győr capituló, y dos años más tarde los soldados de Eger también se rindieron. En este mismo año ocurrió la única batalla campal, en Mezőkeresztes, que a pesar de iniciarse victoriosamente se perdió por la indisciplina de los mercenarios. Sin embargo, en la batalla de Gyurgyevo las tropas transilvanas aliadas con las rumanas vencieron a los turcos, causando graves pérdidas en sus filas. Pero éstos en 1600 tomaron la fortaleza de Kanizsa, dejando sin defensa las zonas del sur. Los beligerantes alcanzaban éxitos pero nadie podía obtener una victoria decisiva y obligar así a su rival a firmar una paz. Las escaramuzas se alargaban y con el correr del tiempo los soberanos europeos detuvieron el apoyo financiero.

Mientras tanto, en 1598 Segismundo Báthory, príncipe de Transilvania, renunció a su poder ayudando así a la restauración del dominio de los Habsburgos en este principado. Rodolfo envió tropas imperiales bajo el mando del general Basta pero él, al desconocer la situación del territorio, estableció una dictadura, creyendo asegurar de este modo el dominio imperial. La situación de Transilvania se agravó porque Segismundo Báthory varias veces revocó su abdicación provocando un periodo de guerra civil, terror y anarquía.

LAS CAUSAS DE LA INSURRECCIÓN DE ESTEBAN BOCSKAI

Las luchas prolongadas provocaron una crisis financiera en el Imperio de los Habsburgo: el fin de los socorros extranjeros y el mantenimiento de un ejército permanente vaciaron el tesoro. La Corte adoptó una serie de medidas para rellenar las arcas, entre ellas recuperar las antiguas fuentes de beneficios que habían pasado a manos de señores particulares. El proceso de alta traición más llamativo fue el de István Illésházy, magnate poderoso que fue condenado a muerte y sus inmensos dominios confiscados. Illésházy recurrió en vano a la Dieta, pero la clase de los grandes propietarios terratenientes se sintió amenazada. Además los altos oficios no fueron encomendados a húngaros.

Otra fuente de conflictos con el soberano fue su intento de recatolización. Con el restablecimiento de la religión católica en todo el territorio del reino húngaro

la dinastía no quería sólo el fortalecimiento de la Iglesia católica, sino tener un arma en la mano para realizar también la centralización política. En 1604 Matías, hermano de Rodolfo, ordenó a Belgiojoso, capitán general de Alta Hungría, que se apoderara de la gran iglesia de Kassa y la devolviera al culto católico, hecho que provocó las protestas de la Dieta húngara. Puesto que Rodolfo tampoco quería negociar con las corporaciones, que eran hostiles debido a los procesos fiscales, decidió la clausura de las sesiones. Después del cierre el rey ratificó las decisiones tomadas y aprobó una más, no tratada por los estamentos, que prohibió en el futuro las negociaciones sobre temas de religión en sesiones de la Dieta.

La tercera causa del descontento de los húngaros eran las luchas permanentes en el territorio del país, que causaban grandes destrucciones. Ellos querían poner fin a la guerra, pero la corte, por cuestiones de prestigio, no quería pactar con el Imperio otomano.

LA INSURRECCIÓN DE ESTEBAN BOCSKAI

En octubre de 1604 Belgiojoso, capitán general de Alta Hungría, quiso apoderarse de las tierras de Esteban Bocskai, un señor de la zona al este del Tisza que se había enriquecido y hecho una carrera política en Transilvania. El 15 de octubre de 1604, en la batalla de Álmosd, las tropas imperiales fueron derrotadas por el organizado ejército de haiducos de Bocskai. Éstos, con el correr del tiempo se habían convertido en guerreros y quisieron obtener tierras en propiedad y no estar sujetos al dominio del señor, por lo que desertaron del ejército imperial y se pasaron al campo de Bocskai, con la esperanza de gozar de un estatus de hombres libres. Después de la derrota las tropas mandadas por el general Basta intentaron detener el avance de las fuerzas de Bocskai, pero a pesar de algunas victorias las fortalezas y las ciudades de Alta Hungría, una tras otra, abrieron sus puertas al ejército insurrecto obligando a los imperiales a retirarse.

En atención a estos éxitos militares los estamentos de Transilvania eligieron a Bocskai como príncipe en febrero de 1605, quien encargó a Segismundo Rákóczi el gobierno de Transilvania ya que el 20 de abril de 1605 la Dieta de Szerencs también le ofreció el título de príncipe de Hungría. Bocskai pidió la corona y el reconocimiento al sultán, lo que significaba transformarse en un estado vasallo del Imperio Otomano. A partir de este momento en el campo de batalla colaboraban los turcos y los rebeldes húngaros. La Sublime Puerta aprovechó la ocasión y reconquistó la fortaleza de Esztergom y exigió a Bocskai la entrega de las que habían ocupado sus tropas y que antiguamente habían estado en manos turcas.

Esas exigencias y la oposición de la nobleza húngara, que temía el protectorado otomano y solo quería obligar a los Habsburgo a hacerles concesiones y respetar sus libertades, impidieron que el proyecto se llevara a cabo. Además los Habsburgo, ante una amenaza doble, estaban dispuestos a pactar. Por todas estas razones Bocskai, al encontrarse con el gran visir, aceptó la corona enviada por el sultán como un regalo precioso y no como el símbolo del reconocimiento de la tutela turca.

La negociación húngaro-austríaca tuvo lugar en Viena. Las delegaciones elaboraron varios pactos y por fin el compromiso conocido como la paz de Viena fue ratificado el 23 de septiembre de 1606. Este acuerdo recogía las libertades confesionales y políticas de las corporaciones. Las dos religiones protestantes (luterana y reformada) conseguían al fin la legitimidad en el reino húngaro. La dignidad del palatino quedó restablecida, y sería elegido por la Dieta de entre cuatro magnates húngaros presentados por el rey. También el monarca se comprometió a poner fin a los procesos fiscales ilegales, y los oficios serían confiados a húngaros. Por otra parte se ratificaba la elección de Bocskai como príncipe de Transilvania y a cambio él renunciaba al título de rey húngaro, si bien recibió el dominio sobre tres comitados orientales. A los haiducos Bocskai les concedió tierras en sus propios dominios y gozaron del estatus de hombres libres, pero a cambio fueron obligados a prestar servicio militar por dos meses al año gratuitamente y luego por dinero.

“Y que nuestros soldados mencionados [...] no se pierdan [...] dispersos, [...] sino que en cada tiempo [...] en un domicilio permanente en una comunidad –según costumbres de nuestros székelys– nos puedan servir de manera más apropiada, útil y fructífera, que estén a nuestra disposición y que estén preparados; las partes de nuestras posesiones en Szabolcs las damos a los 9.254 soldados mencionados, a sus herederos y a todos sus descendientes de los dos géneros con la condición de que [...] según las costumbres de otros vasallos con beneficios a nuestras órdenes o a las de nuestros sucesores, con buenas armas equipados deban estar presentes y servir fielmente en todo tipo de levantamiento armado, general o parcial.” (Carta de privilegio de István Bocskai)

“En cuanto al asunto de la religión: sobre estas resoluciones generales, [...] Su Sagrada Majestad Imperial y Real [...] a los brazos y estamentos, a todos los que viven entre las fronteras de Hungría, en común y a cada uno, tanto a los magnates y nobles como a las ciudades libres y privilegiadas que no pertenecen directamente a la Corona; además, a los soldados que prestan servicios en las fortalezas fronterizas, nunca y en ninguna parte les molestará en su religión y fe, tampoco permitirá molestarlos y limitarlos por otros [...]

Al palatino hay que elegirlo en la próxima Dieta conservando su dignidad, según las costumbres tradicionales [...]

Los habitantes del país piden también de Su Majestad que con la llegada de épocas más pacíficas la corona (según las tradiciones de otros países) la traigan a Hungría, a Pozsony [...]

Además, tanto las magistraturas mayores como las menores, igualmente las extranjeras, y también las comandancias de las fortalezas fronterizas [el rey] otorgará a personas del consejo húngaro, sin diferencias por religión, a húngaros y originarios de otras nacionalidades asimilados a ellos [...]

Por lo que se refiere a los títulos: [a Bocskai] le corresponde el mismo título que a Segismundo Báthory; es decir, que se haga llamar “príncipe imperial y transilvano, comes de los székely de Transilvania y señor de las Partes húngaras” [...]

Y si con los turcos fuera imposible firmar un tratado de paz respetable y los turcos mismos se aferraran u ofrecieran condiciones que fueran dañinas y peligrosas para Hungría y las provincias vecinas; que entonces en su contra, frente al enemigo común de la Cristiandad y la Patria, por demostrar su fidelidad, actúen de acuerdo con los decretos y resoluciones, con fuerzas unidas y junto con las tropas de Su Majestad Gloriosísima, con igual ímpetu, disposición y libres de todo pretexto.” (Del texto de la paz de Viena, 1606)

Otro artículo de la paz de Viena exigía iniciar negociaciones con el Imperio Turco para terminar la guerra. Bocskai desempeñó un papel de intermediario en las negociaciones entre los imperios y el resultado fue la ratificación de la paz de Zsitvatorok el 11 de noviembre de 1606. Los firmantes reconocieron el statu quo, el sultán renunció al tributo anual a cambio de un obsequio de 200.000 florines de oro y reconoció la estricta igualdad entre los dos soberanos. El pacto muestra la situación de equilibrio de fuerzas entre las dos potencias.

En diciembre de 1606 Esteban Bocskai murió, pero antes de su muerte publicó su testamento político:

“Mientras la Corona Húngara esté con una dinastía más fuerte, los alemanes, y el reino también esté dominado por los alemanes, siempre será necesario y útil tener un príncipe húngaro en Transilvania, porque servirá para su protección y beneficio. Y si Dios decide que la Corona Húngara llegue a manos húngaras en Hungría, en un rey coronado, advertimos a los transilvanos que no se opongan o se separen de ella, más bien que la ayuden según sus posibilidades y por la misma razón se sometan a la Corona según las tradiciones.” (Del Testamento de István Bocskai, 1606)

El éxito de la insurrección de Bocskai fortaleció el derecho de los estamentos frente al poder central y agravó la crisis de los Habsburgo. Los estamentos de Austria, Moravia y Hungría formaron una confederación para provocar la abdicación de Rodolfo. Los archiduques reconocieron a Matías como cabeza de la dinastía, quien organizó un ejército de haiducos y obligó al emperador a renunciar. El 19 de noviembre de 1608 Matías II fue coronado rey de Hungría en Pozsony. Realizó un golpe de estado apoyándose en los estamentos húngaros y así ellos fueron recompensados con el fortalecimiento del sistema estamental. Matías, antes de su coronación, firmó la Carta real que reafirmó los puntos de la paz de Viena, determinó el funcionamiento de la Dieta húngara y la elección del palatino. A partir de 1608 la firma de la Carta real fue obligatoria para los reyes y sirvió para defender los privilegios alcanzados.

EL FLORECIMIENTO DEL PRINCIPADO DE TRANSILVANIA

Después de la muerte de Bocskai su antiguo lugarteniente, Segismundo Rákóczi, intentó acceder al trono pero la Sublime Puerta no reconoció su autoridad. Poco

después, en 1608 fue elegido Gabriel Báthory gracias al prestigio de su familia. Él reinó hasta 1613 pero durante este breve periodo se enfrentó a todo el mundo: sajones, válacos, polacos, turcos, húngaros. Era un joven inmaduro, que llevaba una vida de placeres y entendía mal los acontecimientos políticos. Se organizaron varias conspiraciones contra él y por fin la Dieta transilvana obligó al príncipe a renunciar a su poder, y unos días después murió asesinado.

El mismo día de la abdicación de Gabriel Báthory la Dieta eligió a Gabriel Bethlen, antiguo consejero de Báthory, como príncipe, quien pudo contar con el apoyo del sultán y acceder al trono. Para asegurar la benevolencia otomana entregó dos fortalezas, Lippa y Borosjenő, que antes habían pertenecido al Dominio turco. Este acto del príncipe provocó las protestas de varios grupos políticos, que intentaron destronarlo. Sin embargo el programa político de Bethlen era restablecer el orden y la paz en Transilvania, destruida completamente durante la Guerra de los Quince Años y el reinado de Báthory. Quiso centralizar el poder en sus manos y pudo realizar este plan con una diplomacia pacífica.

Las primeras medidas del príncipe sirvieron para recuperar los antiguos dominios reales que en tiempo de guerra y anarquía habían pasado a manos de señores particulares. Estableció un sistema tributario bien controlado por la Cámara y así pudo rellenar las arcas. Con el aumento de los ingresos pudo organizar y mantener un ejército mercenario (de haiducos y *székelys*) que utilizaba independientemente, según sus intereses, y con el que restableció el orden en el país. Otra fuente de ingresos estatales fue el comercio. El Tesoro obtuvo beneficios de las aduanas y estableció monopolios reales sobre el intercambio de ganado bovino, sal, cera, miel, etc.

En 1618, con la sublevación de los estamentos checos, se inició la guerra de los Treinta Años. En un principio las corporaciones húngaras desempeñaron un papel intermediario entre los checos y la dinastía Habsburgo pero luego, por el desarrollo e internacionalización del conflicto, quisieron aprovechar la ocasión para asegurar sus libertades y colaboraron con el príncipe transilvano. Además los estamentos checos habían ofrecido a Gabriel Bethlen, un príncipe protestante, la corona de Bohemia a cambio de apoyo militar.

En septiembre de 1619 las tropas de Bethlen penetraron en Alta Hungría y rápidamente avanzaron hasta Érsekújvár. En octubre tomaron Pozsony e iniciaron el asedio de Viena, que tuvo que ser levantado debido al ataque de su antiguo rival, György Homonnay, y por la falta de palabra de los estamentos checos, que coronaron a Federico V, conde del Palatinado.

Gracias a sus victorias, en enero de 1620 la Dieta de Pozsony eligió a Bethlen como príncipe de Hungría y el 25 de agosto del mismo año la Dieta convocada en Besztercebánya le ofreció la corona húngara. Sin embargo él renunció. El motivo de esta decisión fue que la Sublime Puerta exigió, para reconocer su reinado en Hungría, que renunciara al título de príncipe transilvano, siendo que la base militar y financiera de sus victorias procedía de este territorio. Además de esto, los estamentos húngaros, antes de la coronación del nuevo rey, le exigían que firmara un juramento

que respetara sus libertades. En esta situación, limitada su autoridad real, sin la colaboración militar y financiera de la nobleza húngara y sin el apoyo de Transilvania era desesperado seguir la lucha contra la dinastía Habsburgo.

“Si yo me hubiera hecho coronar, nunca hubiera sido monarca más tonto y miserable, porque el turco enseguida me hubiera querido quitar las fortalezas fronterizas y si no se las hubiera entregado, me habría amenazado con atacarme junto con los alemanes.”
(De la carta de Gábor Bethlen, 1620)

Las tropas imperiales el 8 de noviembre de 1620 vencieron en la batalla de la Montaña Blanca, entraron en Praga e implantaron la sujeción completa de Bohemia. Después del fracaso del levantamiento checo todo el mundo esperaba la retirada del ejército de Bethlen, pero él no quiso firmar una paz con condiciones desfavorables. Inesperadamente realizó una contraofensiva que conllevó varias victorias, lo cual, junto con las luchas en el frente alemán obligaron a Fernando II a pactar. El 31 de diciembre de 1621 fue ratificada la paz de Nikolsburgo. En este tratado Bethlen renunció al título real pero conservó, además del principado de Transilvania, siete comitados en Alta Hungría, a título personal. Fue convertido en príncipe del Sacro Imperio y obtuvo además los principados de Oppeln y Ratibor en Silesia. El rey a su vez reconoció de nuevo las disposiciones recogidas en la paz de Viena de 1606. Finalmente y poco después Bethlen dirigió otras dos campañas en la Hungría real y alcanzó la confirmación de la paz de Nikolsburgo.

“[...] Estamos muy lejos del emperador alemán, en realidad estamos en la garganta del león y el león fácilmente nos puede despedazar y destrozar, mientras su Majestad el emperador negocia sobre nosotros [...] Sin embargo, no somos turcos, a los que deseamos que ojalá mueran y desaparezcan enseguida, mienta lo que mienta la gente sobre nosotros.” (Gábor Bethlen, 1623)

Gabriel Bethlen murió el 15 de noviembre de 1629 en Gyulafehérvár (Alba Iulia). Dejó a su sucesor un Estado fuerte y próspero. Según el pacto matrimonial su esposa Catalina de Brandenburgo heredó el trono de Transilvania y en su nombre gobernaría el hermano del rey difunto, Esteban Bethlen. Sin embargo, los estamentos transilvanos no respetaron el reinado de una mujer y así pudo acceder al trono Jorge I Rákóczi (1630-1648).

Jorge I no quiso poner en peligro los resultados alcanzados por Bethlen, y durante su reinado Transilvania siguió siendo un principado próspero. Durante el periodo de la guerra de los Treinta Años, los estados rivales de los Habsburgo varias veces trataron de empujar a Rákóczi a una alianza antiaustriaca, quien sólo después de consolidar su poder se alió con Francia y Suecia en 1643. Sus tropas avanzaron en Alta Hungría, pero no para conquistar esta zona sino para alcanzar condiciones favorables en las negociaciones de paz. Y como en 1645 el sultán revocó su permiso

de campaña, en diciembre del mismo año debió firmar la paz de Linz con Fernando III. El príncipe consiguió los siete comitados otorgados a Bethlen con la paz de Nikolsburgo, pero con la posibilidad de transmitirlos en herencia. El tratado extendió el culto libre a los campesinos y reconoció de nuevo las disposiciones recogidas en la paz de Viena de 1606, protegiendo así las libertades de la nobleza húngara.

Cercana la muerte de Jorge I Rákóczi, Transilvania alcanzó su mayor prestigio internacional. Fue invitada a las negociaciones de paz de Westfalia como potencia victoriosa y en los tratados se garantizaron las paces firmadas entre los príncipes transilvanos y los monarcas Habsburgo.

LA CAÍDA DEL PRINCIPADO DE TRANSILVANIA

Al morir Jorge I en 1648 dejó en herencia a su hijo mayor un principado estable y fuerte. Muestra su aceptación el hecho de que los estamentos reconocieron a su hijo como príncipe. Jorge II Rákóczi (1648-1660) estaba educado para acceder al trono, creía mucho en sí mismo y en la fuerza de Transilvania.

En 1655 Suecia empezó una guerra contra Polonia que causó la formación de una liga para intentar impedir el nacimiento de una potencia peligrosa en el norte de Europa. Así, el rey sueco buscó un nuevo aliado y ofreció la corona polaca a Jorge II. Él quiso seguir el ejemplo de Esteban Báthory, príncipe de Transilvania y rey de Polonia, y en enero de 1657 su ejército penetró en el reino polaco. Militarmente se preparó para la campaña, pero su diplomacia no fue muy eficaz y no consiguió el consentimiento de la Sublime Puerta. Como vasallo del Imperio Turco no poseía la plena soberanía y no podía tomar iniciativas en política internacional sin el acuerdo previo del sultán. No había pedido tal autorización y éste, en guerra con Venecia, no deseaba ampliar el conflicto a Europa del este. La situación cambió radicalmente con el gran visir Mehmed Köprülü, quien restableció con medidas muy radicales y con ejecuciones la autoridad del sultán. No quería permitir que un vasallo en la periferia del Imperio la pusiera en peligro.

Mientras, las tropas de Rákóczi avanzaron en Polonia a pesar de la retirada del ejército sueco, tomaron Cracovia y poco después entraron en Varsovia. Paralelamente tropas polacas atacaron directamente el territorio de Transilvania y su príncipe debió regresar y firmar un armisticio en el que renunció a los territorios ocupados, se comprometió a pagar un rescate de 1.200.000 florines de oro y a retirarse por el camino prescrito por los polacos. Regresó a Transilvania sin su ejército mientras los agentes polacos condujeron a la mayoría del ejército a brazos de los tártaros, que los llevaron a la península de Crimea esperando un rescate considerable por los prisioneros. Al mismo tiempo, por órdenes del sultán, escuadras tártaras penetraron en Transilvania, la saquearon y obligaron a pagar tributo. El gran visir Köprülü castigó la desobediencia de Jorge II y nombró a un nuevo príncipe, Ákos Barcsay. Rákóczi no renunció a su trono, provocando una guerra civil y nuevos ataques turcos en el principado, completamente saqueado y destruido. En mayo de 1660 sus tropas fueron

derrotadas por el ejército turco en la batalla de Szászfenés y él mismo murió en junio a causa de sus heridas.

La muerte de Rákóczi no resolvió la situación de Transilvania. El ejército otomano tomó la considerable fortificación de Várad y organizó el quinto *vilayet* en Hungría. Esta ampliación del Dominio turco causó la intervención de los Habsburgo en el conflicto. Leopoldo I envió tropas al mando de Montecuccoli para ayudar a la subida de Juan Kemény al trono. Esta campaña de otoño fue desastrosa, las tropas quedaron diezmadas por la disentería y pocos llegaron a su destino. Pero Kemény venció en la batalla de Örményes y Barcsay fue capturado y ejecutado.

Después de la muerte de Barcsay el sultán hizo elegir a un candidato a su medida, Miguel Apafi. Al llegar la noticia de este nombramiento las tropas imperiales se retiraron de Transilvania, porque su elección señaló para la Corte de Viena que el Imperio turco no quería incorporar el principado de Transilvania. Kemény sin embargo rechazó el compromiso ofrecido por Apafi, pero en enero de 1662 murió en la batalla de Nagyszöllös.

Apafi llegó a ser el único príncipe transilvano y empezó a reconstruir su Estado, menos extenso que en el periodo de Bethlen o de los Rákóczi. Como castigo por la desobediencia Transilvania, mutilada y destruida, fue obligada a pagar un tributo anual más elevado, de 40.000 florines de oro (antes pagaba 15.000 florines al año). La imprudencia de Jorge II Rákóczi causó el debilitamiento del principado y el nuevo soberano necesitó varios años para consolidar su autoridad y restablecer el orden. Además, la intervención de los imperiales significó la ruptura entre el emperador y la Sublime Puerta, es decir la reanudación de la guerra abierta, interrumpida desde 1606.

Hungría entre dos imperios

LA ACTIVIDAD DE MIKLÓS ZRÍNYI

La paz de Zsitvatorok ratificada en 1606 fue renovada varias veces porque la dinastía de los Habsburgo siempre estaba ocupada en diferentes conflictos internacionales y la guerra de los Treinta Años la dejó completamente agotada. Así, su política turca se caracterizaba por la diplomacia, por el mantenimiento de la paz. Mientras tanto, la opinión pública húngara, sobre todo la nobleza, esperaba la expulsión de los otomanos y la recuperación de sus antiguos dominios señoriales.

En esta época surgió la figura de Miklós Zrínyi, ban de Croacia, estadista, escritor y estratega excelente, que traía consigo como herencia familiar la idea de luchar contra los turcos, ya que su bisabuelo fue el héroe de Szigetvár y los dominios de la familia se encontraban al sur de Hungría, en una región fronteriza.

Zrínyi quería modificar la política tradicional de la nobleza húngara, que esperaba la reconquista del centro del país por medio de la dinastía Habsburgo. En sus obras el ban croata elaboró un programa político y militar para concentrar las fuerzas húngaras y crear una unidad nacional en favor de la expulsión. Esperaba que la nobleza hiciera

sacrificios por la patria y por ello la base de su programa era la organización de un ejército nacional, independiente de la dinastía. Estas tropas regulares habrían formado el núcleo, porque Zrínyi no confiaba en las escuadras indisciplinadas y no profesionales de la nobleza. Para ampliar las fuerzas húngaras planeaba la regulación de las guarniciones húngaras asentadas en los presidios, que en tiempo de paz y por falta de sueldo muchas veces se dedicaban a otras actividades y no al entrenamiento, con lo cual su moral disminuía. En tiempo de paz propuso mantener un ejército regular de 12.000 soldados y en caso de guerra uno de 24.000, que podía completarse con la movilización de las masas. También quería renovar el plan de la campaña de invierno. Después de las victorias militares había pensado en la elección de un rey nacional. Su candidato fue Jorge II Rákóczi, evidentemente antes del fracaso de la expedición polaca. Miklós Zínyi propagó sus ideas en cuatro obras: *Meditación sobre la vida del rey Matías*, *El remedio al desafío turco*, *Pequeño tratado castrense* y *Teniente paladín*.

En 1662 Leopoldo I convocó la Dieta húngara y Zrínyi quiso exponer su programa ante los estamentos reunidos, pero las corporaciones, divididas por cuestiones religiosas, iniciaron disputas incesantes y los diputados protestantes abandonaron la sesión. Aunque incompleta, la Dieta aprobó una ley sobre la organización de tropas regulares, otra sobre los tratados elaborados entre los dos imperios que debían ser ratificados por consejeros húngaros para no causar perjuicios a la nación, y la tercera sobre el envío de un embajador húngaro a la Sublime Puerta para representar los intereses del reino. Sin embargo, la reanudación de la guerra hizo que estas leyes no entraran en vigor.

En 1663 el gran visir Ahmed Köprülü empezó una nueva campaña a causa de la intervención de los imperiales en Transilvania. En la batalla de Párkány los turcos vencieron y luego pusieron asedio a Érsekújvár, en las cercanías de Pozsony y de Viena. La guarnición, después de una lucha de 39 días, agotada en espera de la llegada de las tropas de socorro reunidas en la zona de Pozsony, capituló. Los atacantes se apoderaron de varias fortalezas y se organizó el sexto y último *vilayet* en Hungría. Un verdadero pánico surgió en Viena, donde se temió en cierto momento la repetición de la escena de 1529, el asedio de la ciudad. Debido a lo cual nombraron a Miklós Zrínyi comandante en jefe.

El avance de los turcos puso de acuerdo a la aristocracia húngara, que empezó la organización de un ejército bajo el mando de Zrínyi en alianza con la Liga del Rin. Después de la retirada del ejército otomano al sur, la nueva fuerza creada empezó la campaña de invierno y reconquistó algunas fortalezas en el comitado de Somogy. En febrero de 1664 incendió el puente de Eszék, importante vía para el desarrollo de las campañas enemigas. Esta hazaña provocó gran entusiasmo en la Europa cristiana porque desorganizaba la retaguardia de los turcos y retrasaba los preparativos.

También en abril de 1664 Zrínyi puso asedio a Kanizsa, pero un mes más tarde y debido a un contraataque se retiró a Új-Zrínyivár, fortaleza construida para la defensa de sus dominios tras la toma de Kanizsa. El Consejo Áulico de Guerra decidió después la retirada de las tropas y la defensa de la línea del Danubio y de la ciudad de Viena.

Por fin los dos ejércitos se enfrentaron en la batalla de San Gotardo, el 1 de agosto de 1664. El ejército turco sufrió una derrota considerable, por primera vez en campo abierto, y los jenízaros abandonaron el terreno. Sin embargo, el éxito táctico no se pudo explotar en el aspecto militar ni en el diplomático. Por la falta de caballería cristiana, los vencidos pudieron retirarse ordenadamente. Y sobre todo, el 10 de agosto de 1664, el representante imperial firmó el tratado de Vasvár, conocido como el tratado de paz “chapucero”. Los turcos consiguieron renovar la tregua por un periodo de veinte años y conservar todas sus conquistas. Leopoldo I se comprometió a retirar las fuerzas imperiales de Transilvania y destruir la fortaleza de Székelyhíd, que había asumido el papel de la de Várad en esta región. El emperador firmó la paz como si la victoria de San Gotardo no hubiera existido. Los grandes perdedores fueron los húngaros.

LAS CONSECUENCIAS DE LA PAZ DE VASVÁR

La paz era desastrosa para el emperador sólo en apariencia, porque los contendientes podían obtener de ella ventajas. Los turcos salían bien parados de un aprieto, ratificaban su dominio sobre Transilvania y modificaban el equilibrio de Europa en provecho propio. Ahora ya podían reanudar la guerra en Creta.

El emperador, por su parte quedaba con las manos libres en Europa occidental, cuando Felipe IV de España, anciano y enfermo, podía morir en cualquier momento dejando el trono a un niño enfermo. En este asunto estaban en juego los intereses de la Casa de Austria y éstos eran más importantes que la reconquista de algunas fortalezas en el reino húngaro. Además, Leopoldo I no confiaba en Francia ni en la política de su rey Luis XIV.

En Hungría la paz tuvo lamentables consecuencias, porque la nación húngara se sintió traicionada por su rey Habsburgo y buscó desde entonces la recuperación de su independencia, aunque fuera con la ayuda del Imperio turco.

Zrínyi también quedó desilusionado, pero empezó a elaborar un nuevo programa y a buscar aliados para realizarlo, manteniendo correspondencia con el rey francés. También estableció contacto con los estamentos alemanes y con Venecia. Pero antes de realizar estas alianzas el ban croata murió en un accidente de caza en noviembre de 1664.

A pesar de esta muerte inesperada, los magnates húngaros continuaron la organización de una conjura bajo la dirección del palatino, Ferenc Wesselényi. Católicos y protestantes, reconciliados en un movimiento unánime contra la dinastía Habsburgo, soñaban con restablecer la unidad del país y recuperar su independencia. Los conjurados en vano esperaban la ayuda de Luis XIV, y por eso el palatino, con la mediación del príncipe de Transilvania, entabló negociaciones con la Sublime Puerta. La oferta húngara era que si el sultán garantizaba las libertades de la nobleza y las leyes del reino, y para sus campañas no exigía tropas auxiliares húngaras, en ese caso Hungría reconocería el protectorado turco y pagaría tributo anual. Sin embargo el sultán rechazó la oferta húngara porque no quería provocar la guerra con el Imperio de los Habsburgo.

En 1667 murió Wesselényi y el nuevo jefe del movimiento fue el ban de Croacia, Péter Zrínyi, hermano de Miklós Zrínyi. La nobleza de Alta Hungría se preparaba para la sublevación bajo el mando de Ferenc Rákóczi. La sublevación se inició en abril de 1670 pero fracasó muy pronto por falta de ayuda extranjera, y los líderes de la conjura fueron capturados. Leopoldo I aprovechó esta situación inesperada para doblegar el protestantismo y el poder político de los estamentos. El soberano rechazó el arrepentimiento de los dirigentes, los condenó a muerte y mandó ejecutarlos. En abril de 1671 murieron Péter Zrínyi, Ferenc Nádasdy y Ferenc Frangepán en Bécs-újhely. Ferenc Rákóczi pudo salvarse con el pago de un rescate muy considerable.

EL INTENTO ABSOLUTISTA DE LEOPOLDO I

Con las ejecuciones y confiscaciones la Corte de Viena quiso eliminar los deseos de sublevación de la nobleza húngara, y con las medidas de los años siguientes intentó llevar a cabo la centralización del poder también en la Hungría real. Según los consejeros del soberano, los húngaros, por el hecho de rebelarse, habían roto el contrato existente entre ellos y el rey, y perdido su derecho al autogobierno. Leopoldo, gracias a la ocupación militar del país, se encontraba en una situación ventajosa. Hasta entonces había tenido que respetar la constitución del reino, especialmente la Carta Real que había aceptado antes de su coronación. Después del fracaso de la sublevación el soberano pudo gobernar con decretos sin convocar la Dieta.

En 1671 publicó un decreto sobre la tributación según el cual la población húngara pagaría el 40% de los gastos de mantenimiento del ejército extranjero establecido en el territorio del reino. Esta medida provocó un aumento insoportable de los impuestos, ya que los campesinos deberían pagar veinte veces más. La mayoría del ejército imperial estaba estacionado en Hungría y se comportaba como un ejército de ocupación. Al año siguiente el rey decretó el licenciamiento de los soldados húngaros de los presidios, quienes buscaron refugio en Transilvania y desde allí realizaron incursiones poniendo en peligro las comunicaciones.

Finalmente en 1673 se organizó un Consejo de siete miembros para el gobierno de la Hungría real. Con esta nueva institución se trató de desplazar a los altos funcionarios tradicionales.

Simultáneamente a la centralización política se realizó la recatolización del país. Leopoldo I acusó a los predicadores protestantes de complicidad en la revuelta. Nombró un tribunal de excepción presidido por el arzobispo de Esztergom, que condenó a veintiséis pastores a galeras. En total, 733 intelectuales protestantes (pastores, profesores e instructores) fueron privados del ejercicio de su ministerio, ya fuera mediante el exilio o la cárcel. Era una victoria innegable para la Iglesia católica.

Pero estos actos de violencia produjeron la unánime irritación de los húngaros. A partir de 1672 grupos armados formados por fugitivos (soldados licenciados y nobles cuyos bienes fueron confiscados por la Cámara Real) se convirtieron en guerrilleros. Se organizaron poco a poco y con sus incursiones en la región de Alta

Hungría alcanzaron algunas victorias, pero por carecer de una dirección unánime no pudieron consolidar sus ocupaciones y siempre tuvieron que retirarse a Transilvania. A partir de 1676 la diplomacia de Francia, gran rival de los Habsburgo, empezó a trabajar en la formación de una alianza en Europa del este en contra de la Casa de Austria, para así dividir las fuerzas imperiales. El tratado de Varsovia fue ratificado en 1677 por Polonia, Francia y Transilvania. Luis XIV ofreció a Miguel Apafi un apoyo de 100.000 escudos para nombrar a un estratega a la cabeza del ejército de los rebeldes y realizar una campaña en Alta Hungría.

El conde Emerico Thököly, yerno del ejecutado Péter Zrínyi, llegó a ser el jefe del ejército formado por los fugitivos, llamados *kuruc* en este periodo. En los años siguientes realizaron varias acciones y llegaron hasta Moravia, pero no pudieron establecer un dominio estable en Alta Hungría. Las campañas de Thököly no obtuvieron un resultado militar pero sí político, ya que estas victorias hicieron que el entorno de Leopoldo se diera cuenta de que la táctica practicada no daba los resultados previstos y era necesario encontrar un compromiso con los húngaros.

La primera medida de apaciguamiento fue la convocatoria por el monarca, después de diecinueve años de interrupción, de la Dieta húngara en Sopron en abril de 1681. En ella se aprobó la ley que mantenía el artículo primero de la paz de Viena y concedió la libertad religiosa. El rey disolvió el Consejo Gubernamental y nombró palatino a Pál Esterházy, yerno de Thököly. Además quedó anulado el sistema tributario introducido en 1671. El compromiso de Sopron señalaba el restablecimiento de la constitución tradicional y el reconocimiento por el rey de que tenía que contar con la opinión de los estamentos.

Los *kuruc* también fueron invitados a la Dieta de Sopron y se les ofreció amnistía, pero ellos no la aceptaron y no se presentaron en las sesiones. En 1681 Thököly podía contar con el apoyo francés y del Imperio turco porque el gran visir, después de terminar la guerra con Rusia, planeó una campaña decisiva para tomar Viena. En 1682 las tropas turcas mandadas por el pachá de Buda ocuparon Kassa y Fülek. Luego entregaron a Thököly el diploma en el que el sultán lo nombraba príncipe de los territorios recién conquistados. Así se formó el cuarto estado en Hungría: el Principado de Alta Hungría, estado-vasallo del Imperio otomano.

Leopoldo I mandó una delegación a la Sublime Puerta para prolongar el plazo de la paz de Vasvár. Esta embajada notó las señales de los preparativos de guerra. El gran visir Kara Mustafa consideró las victorias de Thököly y los éxitos de las campañas de 1681 y 1682 como señales del debilitamiento del Imperio de los Habsburgo y quiso realizar el sueño de Solimán el Magnífico, la toma de Viena.

La expulsión de los turcos de Hungría

El entorno de Leopoldo tomó en serio los informes enviados por la delegación sobre la concentración de fuerzas turcas. Se reconstruyeron las defensas de Viena, la Corte procuró recaudar contribuciones extraordinarias y la diplomacia imperial también fue

muy activa. En marzo de 1683 el emperador firmó un tratado de ayuda mutua con Juan III, rey de Polonia. Mientras, el Papa Inocencio XI intentó neutralizar la diplomacia francesa y buscó fondos para ayudar al Imperio. Los electores Maximiliano Manuel de Baviera y Juan Jorge III de Sajonia también se pusieron de su parte.

En la primavera de 1683 el ejército imperial contaba con 60.000 soldados y con jefes capaces como Carlos V de Lorena. Por fin el ejército turco, de 150.000 soldados, salió de Adrianópolis en marzo de dicho año. Su misión no consistía en tomar Viena, sino las plazas de frontera, especialmente Győr, para garantizar la seguridad del principado vasallo de Thököly.

Carlos de Lorena quiso desviar la atención de Kara Mustafa con el cerco de Érsekújvár, pero tuvo que retirarse ante el ejército otomano. El 25 de junio el gran visir decidió marchar inmediatamente sobre Viena, llegando el 14 de julio ante la residencia imperial. Leopoldo I y la Corte ya se habían trasladado a Linz, pero el jefe de la guarnición vienesa se negó a capitular al primer requerimiento del gran visir y administró sus fuerzas para resistir todo lo posible, esperando el ejército de socorro de Carlos de Lorena.

El 3 de septiembre la línea de fortificaciones estaba a punto de romperse y la tropa aguantaba al límite de sus fuerzas, pero el 12 de septiembre llegaron socorros compuestos por los imperiales, el cuerpo bávaro, el cuerpo sajón y los polacos, todos mandados por Juan Sobieski, el rey polaco. El ataque de estas nuevas fuerzas barrió la resistencia de los turcos y el gran visir tuvo que huir con sus tropas dejando un rico botín. Perdieron más de 10.000 hombres, los aliados 1.500.

El emperador mandó una oferta de paz que el gran visir rechazó, y los aliados empezaron a avanzar hacia el este. En la batalla de Párkány los turcos sufrieron una derrota decisiva y poco después los vencedores reconquistaron la fortaleza de Esztergom, tras lo cual las tropas quedaron acuarteladas durante el invierno.

Leopoldo I quería negociar con la Sublime Puerta, pero sus aliados, sobre todo la Santa Sede, le exigieron proseguir la guerra. En la primavera de 1684 la diplomacia papal, con pactos bilaterales, consiguió la formación de una Santa Liga que comprendía el Papado, el emperador, la república de Venecia y Polonia. Simultáneamente el emperador y Luis XIV firmaron la tregua de Ratisbona, de veinte años, que permitió a Leopoldo orientarse hacia Europa del este.

En 1684 el ejército aliado quiso recuperar Buda, la capital histórica de Hungría. El asedio se inició en julio, pero al estar situada la ciudad en un lugar elevado y fuertemente defendido, los imperiales, diezmados por las enfermedades, se vieron obligados a levantarlo a finales de octubre, perdiendo miles de soldados.

Al año siguiente el Consejo de Áulico de Guerra planeó de nuevo el sitio de Buda pero Carlos de Lorena pudo imponer su criterio y se le encargó la toma de Érsekújvár, hecho que consiguió después de haber derrotado un ejército turco que vino en ayuda de la plaza.

Los aliados reconquistaron grandes territorios pertenecientes al principado de Thököly y él fue capturado por orden del pachá de Várad. Sus seguidores se pasaron

al bando imperial, y sólo la fortaleza de Munkács permaneció bajo el mando de Ilona Zrínyi, casada en segundas nupcias con Thököly.

En 1686 Carlos de Lorena decidió que Buda sería el objetivo de su campaña. Los turcos estaban decididos a defender la capital histórica puesto que la ciudad, además de su carácter prestigioso, desempeñaba un importante papel estratégico por su situación central. El ejército de la Santa Liga, que contaba con 65.000 soldados, entre ellos 15.000 húngaro. Inició el asedio a Buda el 18 de junio de 1686. Los tres primeros asaltos fracasaron y el 1 de septiembre Carlos de Lorena decidió lanzar uno más. Al día siguiente, después de luchas sangrientas cayó la ciudad y el pachá también murió en el combate. Después de 145 años de ocupación turca, Buda era liberada.

“El 2 del mismo mes (septiembre) el cañoneo empezó con más fuerza que en cualquier ocasión, porque 40 cañones de 9 baterías dispararon a las brechas y a la ciudad casi sin cesar: esto tuvo su efecto muy excelente, por eso lo continuaron hasta el momento del ataque. Mandaron al ataque a un ejército de 12.000 soldados [...] Al mismo tiempo mandaron adelante al regimiento imperial de caballería más cercana con la orden de que ocupase las brechas a pie; para esto vinieron 4 batallones de Brandenburgo. En la ciudad se generalizó el saqueo, y el enemigo era dueño solamente del castillo, donde se defendió: [...] El botín era grande y casi todos, hasta los niños corrieron a la ciudad para tener parte de él...” (Enrique, príncipe sajón, del asedio de Buda, 1686)

A comienzos de 1687 el sultán hizo una oferta de paz con las condiciones de la paz de Vasvár. Por supuesto la oferta quedó rechazada por la Corte de Viena. Con la nueva campaña Carlos de Lorena se dirigió hacia Eslavonia y Transilvania. El 12 de agosto chocó con el ejército turco en la batalla de Nagyharsány, que terminó con una sangrienta derrota de éste. La victoria dejó vía libre al ejército de la Santa Liga hacia Belgrado, pero primero se dirigieron a Transilvania. El principado, sin la ayuda de los turcos no pudo resistir a los imperiales. El 27 de octubre de 1687 el príncipe Apafi firmó el tratado de Balázsfalva. En este convenio se comprometió a entregar doce fortalezas y pagar 700.000 florines de oro. A cambio, Carlos de Lorena garantizaba la libertad religiosa y los privilegios de los estamentos transilvanos, así como la seguridad del príncipe.

Simultáneamente Leopoldo I convocó la Dieta húngara en Pozsony. Las corporaciones se alegraron mucho de la recuperación de Buda. Como la victoria militar era el resultado de la colaboración de fuerzas internacionales y las tropas húngaras no habían tenido mucho papel en estas campañas, la dinastía de los Habsburgo se encontraba en una situación muy favorable en el momento de la apertura de la Dieta y podía contar con su gratitud.

En esta reunión de 1687 los estamentos húngaros renunciaron al derecho a la elección libre del rey y reconocieron la sucesión masculina de la dinastía de los Habsburgo. Otra decisión muy importante fue la anulación del derecho de resistencia

legal, ratificado en la Bula de Oro de 1222, carta de privilegio de la nobleza de Hungría. Así la nobleza perdió importantes privilegios y la dinastía pudo explotar políticamente las victorias militares.

“Art. I. En memoria de estos beneficios tan grandes que se deben mencionar siempre con gratitud, y como señal del agradecimiento reconocible para siempre que ofrece nuestra alma sumisamente, todos los brazos y estamentos de Hungría y las Partes, que desde ahora y para tiempos eternos reconocerán como rey legítimo y su Señor al primogénito... de los herederos varones de la estirpe de Su Majestad Imperial y Real susodicho, siempre y cada vez que esto suceda.... le coronarán después de haber prestado el juramento, con el acuerdo de la Dieta, dentro de Hungría. [...]

Art. IV. [...] acordaron, con alma sumisa y de homenaje, que la cláusula [...] sobre la libertad de oposición del artículo [...] 31 del decreto del rey Andrés II [...], y como consecuencia del texto del juramento de la coronación descrito anteriormente, con el presente decreto la excluyen y la quitan.” (De los artículos de los decretos de la Dieta de 1687)

En 1688 el ejército imperial, bajo la dirección de Maximiliano Manuel de Baviera reconquistó Belgrado. Varias fortalezas dominadas por los turcos quedaron bloqueadas por tropas húngaras y por fin una tras otra se rindieron. Los aliados no pudieron completar la expulsión de los otomanos porque Luis XIV rescindió la tregua y reanudó la guerra en el frente occidental. Los Habsburgo carecían de los medios suficientes para mantener la guerra en dos frentes simultáneamente, por este motivo en 1690 el ejército turco llevó a cabo una contraofensiva y tomó Belgrado, y en los años siguientes los aliados pasaron a la defensiva.

También en ese año murió el príncipe de Transilvania, Miguel Apafi y Leopoldo I no reconoció la sucesión de Miguel II Apafi, hijo del fallecido. El 16 de octubre de 1690 el emperador publicó el Diploma Leopoldinum, según el cual Transilvania quedaba bajo el dominio de la Casa de Austria como parte de la Corona húngara, pero en forma de una provincia separada gobernada desde Viena, por una cancillería distinta de la de Hungría. Se conservaron las antiguas instituciones de la autonomía estamental, se respetaron las leyes y el pluralismo confesional. Esta separación establecida por el Diploma Leopoldinum se mantuvo hasta 1848.

En 1697 el frente occidental se apaciguó y esto influyó en el frente oriental. El sultán quiso reconquistar Alta Hungría o Transilvania. El nuevo jefe del ejército imperial era Eugenio de Saboya, que ya había alcanzado gran fama en el frente oeste. Sus tropas no detuvieron el avance de las turcas, sino que siguieron su marcha junto al río Tisza. Estas últimas, al llegar a Zenta intentaron cruzar el río el 11 de septiembre de 1697, pero fueron atacadas por los imperiales, que así pudieron aprovechar la división de las fuerzas turcas y obtener una victoria decisiva. La batalla de Zenta fue la más sangrienta del siglo, ya que el ejército turco perdió veinticinco mil hombres. Tras la misma, Eugenio de Saboya pasó al ataque y condujo sus tropas hasta Sarajevo.

Las pérdidas sufridas llevaron a la Sublime Puerta a negociar con la Santa Liga. El 26 de enero de 1699 quedó ratificada la paz de Karlowitz (Karlóca). Este tratado produjo un giro de la situación en favor de los Habsburgo y les devolvió la plena soberanía sobre el reino de Hungría, con la excepción del banato de Temesvár.

En esta época el Imperio turco vivía un periodo de decadencia, con una crisis económica y dificultades del tesoro que crearon el descontento de los jenízaros, produciendo una serie de golpes de estado. Los grandes visires Köprülü trataron de realizar una política de reformas pero no pudieron superar la crisis y seguir el progreso de Europa occidental en los aspectos económico y militar: organización del ejército regular provisto de armamento más moderno, establecimiento del sistema capitalista de crédito, transformación de la agricultura para asegurar suministros regulares, etc. Estos fenómenos influyeron en la caída del Dominio turco en Hungría.

Hungría en el siglo XVIII

El poder absolutista de los Habsburgo

A principios de 1699 se firmó la paz de Karlowitz, y veintiún meses más tarde sucedió el acontecimiento que la Corte vienesa venía esperando desde 1664, la extinción de la rama española de la dinastía Habsburgo. La muerte del rey Carlos II en noviembre de 1700 causó una guerra que movilizó casi toda Europa: la Guerra de Sucesión Española. Este conflicto no impidió la expulsión de los turcos y ofreció un contexto internacional favorable a la guerra de liberación de Rákóczi.

Con los éxitos del ejército de la Santa Liga se deshizo el equilibrio existente entre el rey y las corporaciones húngaras desde 1681, la condición necesaria de la Dieta de Sopron. El estado vasallo de Thököly desapareció, el principado de Transilvania quedó bajo el dominio de los Habsburgo y el Imperio turco pasó a los Balcanes, por lo que las corporaciones ya no estaban respaldadas por estas fuerzas, y el soberano aprovechó la ocasión. Además de las decisiones de la Dieta de 1687 –reconocimiento de la sucesión masculina de los Habsburgo en el trono de Hungría y anulación del derecho a la resistencia legal de la Bula de Oro–, en los restantes dieciocho años de su reinado Leopoldo no convocó la Dieta húngara y gobernó con decretos.

Los territorios recuperados del Dominio turco fueron considerados como tierras conquistadas por armas de la dinastía y se constituyó la Comisión de Nuevas Adquisiciones (Újszerzemény Bizottság) en Viena para controlarlas. Según este sistema los antiguos propietarios de estos bienes no pudieron recuperarlos automáticamente. Los terratenientes tenían que certificar su derecho a la propiedad con documentos auténticos que en muchos casos se habían perdido o destruido en tiempo de luchas. Después de un procedimiento largo y complicado el señor tenía que pagar un “rescate” equivalente al diez por ciento del valor de sus bienes y la comisión también examinaba su fidelidad. Fueron pocos los que pudieron cumplir estas condiciones,

y así una parte considerable de las tierras reconquistadas no fue devuelta a sus antiguos dueños sino que pasó a manos de aristócratas austríacos, militares o altos funcionarios como donación real. Evidentemente este proceso provocó las protestas de la nobleza húngara, privada de la práctica de sus derechos políticos y de sus bienes.

Además el soberano introdujo nuevos tributos no votados por la Dieta que aumentaron notablemente las cargas del campesinado. El tributo llamado *portio* servía para el alojamiento en casas particulares y el abastecimiento de las tropas estacionadas en Hungría, el *forspont* era una prestación personal para el transporte militar. Con estas medidas se puso en peligro también la inmunidad fiscal de la nobleza, porque quiso aplicar un impuesto regular a la misma. Finalmente los húngaros tuvieron que soportar la presencia del ejército imperial, que actuaba como conquistador.

Paralelamente al establecimiento del absolutismo, el comportamiento de la Corte en varios aspectos generó un descontento creciente: por una parte de nuevo trató de forzar la unidad religiosa en Hungría. Y tampoco agradó la decisión sobre Transilvania y la franja fronteriza defendida por serbios, ya que estas provincias no pasaron a la administración de las instituciones húngaras sino que quedaron bajo el gobierno directo de Viena. Después de unos años de entusiasmo la política del entorno del soberano provocó desilusión primero y descontento general más tarde.

La primera señal fue el levantamiento realizado en las cercanías de Tokaj en 1697, muy pronto derrotado a cargo de las tropas enviadas por Eugenio de Saboya. Con el estallido de la Guerra de Sucesión Española surgió un vacío militar en Hungría, hecho que, unido al descontento que caracterizaba a todos los sectores sociales desembocaron en la guerra de independencia de Rákóczi.

La guerra de independencia de Francisco II Rákóczi

El movimiento se inició en Alta Hungría en abril de 1703. Al principio estaba integrado por soldados licenciados y siervos fugitivos, encabezados por un ex-oficial de Thököly, Albert Kis, y por un líder del levantamiento de 1697, Tamás Esze. La ampliación del movimiento y la atracción de la nobleza requerían un líder prestigioso, por lo que los rebeldes enviaron una delegación a Polonia, a Francisco II Rákóczi.

Francisco II era el hijo de Francisco I Rákóczi e Ilona Zrínyi (hija de Péter Zrínyi ejecutado en 1671) y su padraastro fue Emerico Thököly. Se puede decir que por sus lazos familiares estaba predestinado a la dirección de un movimiento antihabsbúrgico. Era un magnate inmensamente rico. Después de la capitulación de Munkács (fortaleza defendida bajo el mando de Ilona Zrínyi), el soberano mandó separar a Rákóczi de su madre y a partir de ese momento fue educado por jesuitas bajo el control de la Corte vienesa para fomentar su fidelidad a la dinastía. Gracias a esta educación llegó a ser un hombre muy culto con amplio conocimiento de la realidad europea. Así, sabía que un movimiento aislado era incapaz de obtener la victoria sobre el Imperio de los Habsburgo. Por eso no aceptó la dirección del levantamiento de Hegyalja de 1697,

aunque luego entabló negociaciones con Luis XIV, el gran rival de Leopoldo I. Su correspondencia fue descubierta por la Corte y el soberano mandó encarcelarlo, si bien con la ayuda de su esposa escapó de la cárcel de Wiener-Neustadt y buscó refugio en Polonia. Allí, en la fortaleza de Brezán recibió la petición de los rebeldes.

Francisco II, conociendo la situación internacional y confiando en la ayuda francesa, decidió dirigir la guerra de independencia. Entregó una proclama a la delegación para llamar a todos los húngaros a la guerra antihabsbúrgica y envió una bandera con la inscripción “Cum Deo pro patria et libertate” (Con Dios por la patria y la libertad) para poder organizar el ejército. Muy pronto los “descontentos” húngaros se reunieron bajo esta bandera.

El primer encuentro bélico tuvo lugar el 7 de junio de 1703 junto a Dolha, y la tropa *kuruc* fue derrotada por el ejército del comitado mandado por Sándor Károlyi. Es indicativo del descontento general el hecho de que este magnate, unos meses después, también pasase a las filas de los *kuruc*.

El 16 de junio Rákóczi cruzó la frontera húngaro-polaca. La guerra de independencia húngara se inició en un momento oportuno porque en esta fase de la Guerra de Sucesión Española, Francia y sus aliados contaban con superioridad militar y dominaban en el campo de batalla. Luis XIV estableció una alianza secreta con él para inmovilizar a una parte de los imperiales en Hungría. Sin embargo, el rey de Francia jamás prestó a los *kuruc* toda la ayuda que hubieran deseado, debido a los costos elevados de la guerra y a que desconfiaba de los levantamientos populares. Francisco II Rákóczi fue reconocido oficialmente como príncipe de Transilvania, ya que era sucesor legítimo de su abuelo Jorge II y había sido injustamente despojado de su patrimonio por Leopoldo I. Así, era fácil renovar una alianza con un príncipe que luchaba por recuperar sus derechos. Sin embargo, con los *kuruc* el gobierno de Versalles fue siempre más reservado y nunca fue más allá del reconocimiento de facto. La ayuda francesa se tradujo en concesiones de créditos: 200.000 libras tornesas en 1703 y después 10.000 escudos mensuales.

Al principio se diseñó un plan estratégico: atenazar Viena y obligar al emperador a pactar; para ello los franco-bávaros invadirían Austria y a la vez los húngaros marcharían sobre Viena.

Para acelerar la organización del ejército *kuruc* el 28 de agosto de 1703 Rákóczi promulgó la Patente (Decreto) de Vetés según la cual los siervos que se alistaran en el ejército *kuruc* se liberarían de las cargas públicas y de las prestaciones señoriales, junto con su familia. Unos días después de esta publicación, que perjudicaba los intereses de la nobleza, para conseguir la simpatía y el apoyo de ésta y mantener la unidad nacional en la lucha, Rákóczi emitió el Edictum Militare, ofreciendo protección a los bienes señoriales e intentando formar un ejército regular con los escuadrones de siervos. Durante toda la guerra de independencia el problema militar fue el más grave. En el punto culminante de la lucha Hungría mantuvo un ejército de setenta mil hombres, que era una fuerza considerable, pero estas tropas no estaban bien provistas de armas y no tenían conocimientos del arte de la guerra. Los *kuruc* ejercían muy bien la táctica

de guerrilla, pero en las batallas a campo abierto sufrían derrotas a pesar de contar con superioridad numérica. Rákóczi intentó mejorar el estado de las tropas pero la incultura de los soldados-siervos y la falta de industria de armas lo impidieron.

Inglaterra temía que Francia alcanzase la hegemonía en el continente europeo, y ofreció ayuda a Leopoldo I. En agosto de 1704 tuvo lugar la batalla de Höchstädt, que fue un choque decisivo desde el punto de vista de los húngaros. Allí las fuerzas anglo-imperiales derrotaron a las tropas francesas, lo que no puso fin a la Guerra de Sucesión Española, ya que los beligerantes lucharon una década más, pero puso en tela de juicio el destino de la guerra de independencia húngara, puesto que la colaboración entre los franceses y los húngaros se hizo imposible. A partir de este hecho Rákóczi quiso alcanzar un compromiso político, máxime cuando el 26 de diciembre de 1704 su ejército sufrió una derrota en la batalla de Nagyszombat.

A pesar de todo, durante 1704 y 1705 las tropas *kuruc* realizaron una serie de expediciones militares y dominaron gran parte del reino húngaro hasta 1708. Su dominio se extendió por Alta Hungría, la región al este del Tisza, y la zona entre los ríos Danubio y Tisza. En Transilvania y en la región transdanubiana el dominio se alternaba.

El 8 de julio de 1704 la Dieta transilvana eligió a Francisco II Rákóczi como príncipe. Meses después, el 5 de mayo de 1705 Leopoldo I murió en Viena, sucediéndole su hijo José I, coronado ya en 1687, quien publicó un manifiesto prometiendo la revisión de las quejas húngaras y amenazando con represalias a los resistentes.

Francisco II convocó la Dieta húngara, iniciando sus sesiones en Szécsény el 12 de septiembre de 1705. Las corporaciones lo eligieron como príncipe comandante, sin decidirse por la ruptura con la dinastía Habsburgo. Los estamentos formaron una confederación y encargaron el gobierno a un Senado de 24 miembros. La Dieta dio poderes a Rákóczi para entablar negociaciones con el soberano sobre la paz, pero sólo podría firmarla con el consentimiento de la confederación. Miklós Bercsényi fue el presidente del Senado y el comandante en jefe del ejército *kuruc*.

El príncipe mandó formar un Consejo Económico para los asuntos del tesoro y para asegurar los suministros necesarios al ejército. La confederación acuñó moneda de cobre para superar la crisis financiera, pero paulatinamente perdía su valor. Durante toda la guerra sufrió apuros financieros porque la exención de los siervos beligerantes hizo decrecer los ingresos estatales.

En cuanto al principado de Transilvania, Rákóczi lo gobernó separadamente a través de un Consejo para el territorio.

En mayo de 1707 el príncipe comandante convocó la Dieta en Ónod. Para salir del aislamiento diplomático las corporaciones ratificaron el destronamiento de la dinastía de los Habsburgo. Rákóczi no quiso acceder al trono húngaro y los confederados prefirieron elegir al nuevo rey entre los miembros de una dinastía extranjera cuya fuerza fuese suficiente para luchar contra los depuestos. El primer candidato fue Maximiliano Manuel, príncipe elector de Baviera, quien rechazó la oferta húngara por no poder contar con la ayuda de Francia. Luego los húngaros ofrecieron la corona al

heredero del trono prusiano, Federico Guillermo, mientras Rákóczi realizaba una campaña hacia el norte, hacia Silesia, para así unir las fuerzas prusianas y húngaras. Pero el ejército *kuruc* no llegó al encuentro porque en la batalla de Trencsén, el 3 de agosto de 1708, el ejército imperial obtuvo una victoria decisiva. Con esta derrota se inició la desintegración del ejército *kuruc*, desertando miles de soldados.

Después del destronamiento de los Habsburgo Rákóczi buscó nuevos aliados. En septiembre de 1707 firmó el tratado de Varsovia con Pedro el Grande, zar ruso, quien ayudaría a Rákóczi a alcanzar el electivo trono polaco, ofreciendo apoyo militar y labor de intermediario entre los *kuruc* y el emperador. Finalmente los húngaros no pudieron contar con el apoyo ruso porque las luchas de la Guerra del Norte agotaron completamente las fuerzas del Imperio ruso.

En 1708 José I convocó la Dieta húngara en Pozsony para buscar líneas de compromiso con los estamentos. El rey prometió la abolición de la Comisión de Nuevas Adquisiciones y amnistió a los rebeldes, con la excepción de Francisco II Rákóczi y Miklós Bercsényi. Los *kuruc* no capitularon, siguieron la lucha para pactar con condiciones más favorables. En enero de 1710 tuvo lugar la batalla de Romhány cuyas ventajas militares los *kuruc* no pudieron explotar. En esta fase de la guerra sus tropas se retiraban en varios frentes. Por si fuera poco, una epidemia de peste asoló al pueblo húngaro. Procedente como de costumbre del Próximo Oriente, azotó a la población castigada por la guerra y las privaciones, y provocó más víctimas que los imperiales y los otomanos juntos. Había llegado la hora de negociar.

János Pálffy era el comandante en jefe del ejército imperial estacionado en Hungría. En el momento de las negociaciones tuvo gran importancia que un magnate húngaro negociara por parte de la Corte de Viena. Él no quiso consumar la destrucción definitiva del ejército *kuruc* para respaldar los intereses del estado estamental. La otra parte fue encabezada por Sándor Károlyi, otro representante de la aristocracia húngara. Finalmente, en enero de 1711 Francisco II Rákóczi viajó a Polonia a un encuentro con el zar ruso y encargó a Sándor Károlyi negociar con Pálffy.

El 25 de abril de 1711 los estamentos confederados aceptaron las condiciones elaboradas en las negociaciones, y el 30 de abril firmaron con los representantes del soberano la paz de Szatmár, lugar de reunión. El tratado confirmó los privilegios confesionales, las libertades de la nobleza (por ejemplo la inmunidad fiscal) y de los grupos privilegiados (por ejemplo los cumanos y haiducos). La nobleza logró el mantenimiento del estatuto particular de Hungría dentro de la monarquía austríaca, pero Transilvania y la frontera militar serbia quedaron fuera de su control. El soberano declaró la amnistía general para todos los rebeldes, entre ellos Rákóczi, si dentro de tres semanas prestaban juramento de fidelidad al rey, con lo cual podrían también recuperar sus bienes. El monarca también prometió negociaciones sobre los agravios expuestos por vía legal.

Al día siguiente, 1 de mayo de 1711, en la llanura de Majtény las tropas *kuruc* depusieron las armas ante el ejército imperial y juraron ser fieles al rey Carlos III, único varón vivo de la dinastía de los Habsburgo, ya que José I había muerto el 17 de abril.

No todos los rebeldes aceptaron la amnistía, optando por la emigración. Rákóczi vivió exiliado en Polonia, luego en Francia y por último en el Imperio turco. Los húngaros emigrados a Francia organizaron los primeros regimientos húsar, que luego alcanzaron gran fama. Los emigrados primero confiaron en la salida del aislamiento diplomático y así en la continuación de la guerra de independencia. Pero la situación internacional no mejoraba desde el punto de vista del problema húngaro.

En resumen, la paz de Szatmár fue un compromiso. La expulsión de los turcos por el ejército imperial modificó el equilibrio existente entre el soberano y los estamentos en los siglos XVI–XVII. El rey intentó aprovechar las condiciones favorables y establecer el absolutismo en Hungría. Con la lucha no se logró la independencia pero se reconstruyó el estatus antes vigente y no se llegó a la situación de Bohemia.

Proclama de Francisco II Rákóczi:

(La redacción de este documento, fechado el 7 de junio de 1703, tuvo lugar realmente a comienzos de 1704. Su autor, Pál Ráday, era el secretario personal del príncipe y con la publicación de la misma quisieron explicar las causas y objetivos de la Guerra de Independencia).

“Nuevamente se abren las heridas de la célebre nación húngara, esas heridas tantas veces maltratadas de la agraviada libertad de la nación, y ahora nos acecha el peligro de que en medio de la lenta consunción de sus miembros, la Casa de la Austria hunda también en una definitiva desolación mortal el tronco saludable de la nación, exigiéndonos que lo tumbemos con espada. Muchos están conmovidos y aterrados, viendo la reiterada ebullición de la alborotada nación, mientras el mundo contempla con asombro que esa nación, que durante largos siglos vivía con un decoro inquebrantable, en una próspera paz y en una floreciente tranquilidad, ahora cómo la arrastran el acelerado tiempo y el funesto destino de cambios! Sin embargo, muchos evaluarán equívocamente la situación, atribuyendo todo esto a la infidelidad al rey y a nuestra inclinación congénita a la subversión. Perdonad el dolor y las querellas legítimas, aflojad un poco la cerrazón de vuestros honrados espíritus, vosotros, a quienes os había informado falsamente el prejuicio de la razón, o en quienes había despertado emociones indignas el calor de las adversidades particulares; sed nuestros árbitros imparciales mientras nosotros expongamos las justas causas de nuestra marcha a la guerra...

La causa principal de los numerosos y grandes movimientos estriba ahora –y como siempre– en la vergonzosa abolición de las leyes ancestrales... ya que impusieron a la fuerza el consenso, transformando servilmente a imagen de un reino hereditario la más valiosa libertad del país, consistente en haber elegido sin menoscabo su propio rey durante largos siglos. Para robustecer aún más su poder, obtuvieron por la fuerza el consenso de los magnates del país y en pro de su propio dominio abolieron vilmente la ley de gran envergadura de aquel magno rey Andrés de Jerusalén (Hierosolimitano), la cual había contenido para decoro de la nación las libertades cardinales de todos los

Órdenes, con vigencia hasta nuestros días, habiendo otorgado para siempre el derecho de resistir a los reyes, en caso de infracción a las leyes...

Es triste ver que a esta nación, la cual es tan adepta a Marte, y que durante su historia ha defendido decorosamente la cristiandad entera, frente a todos los enemigos, con grandes esfuerzos, a costa de sacrificios y de su propia sangre derramada, ahora quieran privarla de sus méritos de guerra y, burlando sin parangones la audacia de los paladines húngaros, y arrojándola tan abiertamente a los forasteros como una presa, ya que apenas se pueden encontrar húngaros al frente de una u otra fortaleza...

Y, puesto que de esta manera se ha quitado a nuestra nación la posibilidad de ascender, quienes son desterrados en la tierra de sus padres ancestrales no tienen otro remedio que gemir de vez en cuando por el yugo ajeno (pero, ¿quién podría tolerarlo?). El alboroto es general en el país, han aparecido nuevas formas de gobierno: el Consejo Áulico usurpa ávido la administración de todo asunto para poder disponer arbitrariamente con meras órdenes; excluyen a los nobles de todas las asambleas del país y resuelven todos los asuntos públicos sin nuestra participación. Prueba de este proceder es la celebración de la Paz de Karlowitz sin nuestra intervención...

En cambio, ¿quién no ve el despotismo de la Cámara Áulica? Las fechorías claman al cielo, los huérfanos y las viudas dirigen sus plegarias a la divina Providencia, pidiendo la venganza. Se estremece nuestra alma por la mera mención del derecho de la nueva adquisición, esa obra de las aspiraciones despóticas; ...gran parte del territorio del país fue quitada a sus propietarios legítimos e, ignorando a los hijos eméritos de la patria, fue conferida a extranjeros. Es indiscutible que no habría podido suceder nada más ilegítimo que esto, nada que fuera más idóneo para lograr que los húngaros pongan su alma en contra de los austríacos, nada que fuera más ajeno a la justicia universal, como el privar a los propietarios legítimos de sus bienes, preservados continuamente y sin dificultad incluso bajo el dominio de los turcos -y todo esto lo están haciendo con el pretexto de haber expulsado del país a los turcos ... Entre tanto siguen invadiendo nuestro país los inmigrantes alemanes y sólo falta que nos digan la locución de los antiguos: "Veretes migrate coloni!" [¡Váyanse los nativos!]

Es una vergüenza relatar cuán grande es la exasperación de un pueblo que ha perdido totalmente su solvencia. Indiscutiblemente, puede servir como ejemplo inusitado que muchos hayan puesto fin a sus vidas con soga, otros facilitaron su suerte poniéndose al servicio del turco, y otros hipotecaron a sus propios cónyuges e hijos ante el turco, para poder pagar el subsidio de guerra. ¡Oh, servidumbre cruel e insoportable para un pueblo libre! El pueblo sigue manifestando a lo largo y ancho del país que bajo el dominio de la media luna tuvo una mejor suerte; se puede comprobar con documentos que los chantajes anuales de los austríacos alcanzan con creces las prestaciones cumplidas durante medio siglo de dominación otomana...

Los austríacos mostraron claramente sus intenciones en relación a nuestro pueblo cuando, hace cuatro años, convocaron a los magnates fuera de la frontera del país para que fueran definidos anticipadamente, entre otros aspectos, los tributos e impuestos en una especie de Cortes de titeres; para que la pequeña nobleza fuera relegada al status

jurídico de los solariegos; para que se limitara la libertad de los magnates (si bien esto, ya en sí es una discriminación que obra en detrimento de las libertades fundamentales del país, puesto que éstas determinan para todos los Órdenes una misma e igual libertad, la cual no puede otorgarse en una medida mayor o menor); finalmente, este proceder no sirvió sino para que la legislación del país fuera sujeta en la práctica al derecho consuetudinario austríaco, en detrimento de la libertad de nuestra patria.”

La consolidación del poder de los Habsburgo

LA REPOBLACIÓN DE LAS REGIONES DEVASTADAS

Tras medio siglo de luchas encarnizadas la reconstrucción era necesaria y posible. Las guerras y la peste habían causado el descenso de la población, sobre todo en la Gran Llanura, la zona central del país. La repoblación se practicó de tres formas: la migración interna, la inmigración espontánea y la colonización estatal. La migración interna fue característica de las regiones menos azotadas por las luchas, por ejemplo la región transdanubiana, hacia la Gran Llanura. La alta densidad de población y las cargas señoriales exageradas provocaban el traslado de masas buscando mejores posibilidades y la disminución de las prestaciones señoriales. En la zona occidental del país los latifundistas ampliaron las tierras de reserva para poder producir hacia el mercado de los países hereditarios, ya que eran cultivadas con el trabajo gratuito de los siervos. En las regiones centrales los terratenientes ofrecieron exención fiscal durante diez años para atraer a los siervos a sus dominios.

“El Consejo Áulico de Guerra conoce bastante, sin duda, que los azotes de Dios [...] afligieron tanto las regiones altas de Hungría que sufrieron daños de proporciones increíbles en habitantes y en cualquier tipo de ganado, y así llegaron a ser insuficientes para cumplir con las cargas públicas y las obligaciones. Con la llegada de la ocasión favorable, aplicadamente y con todas mis energías me esfuerzo, no solamente por mi propio bien, sino también por los intereses del bien común, en poblar las aldeas vacías con los suabos que a consecuencia de su situación actual, están obligados a abandonar sus hogares y ganarse el bocado en otras regiones, sobre todo en esta patria fuertemente deshabitada, e igualar de este modo, al menos en parte, dicha falta de habitantes y encargarme a la vez del cumplimiento de las cargas públicas y de las obligaciones; y el asunto más importante: que pueda aumentarse mejor la religión católica.

Puesto que veo claramente que este propósito mío no puede realizarse sin el apoyo, la gracia extraordinaria y la benevolencia del alto Consejo Áulico, por eso pido sumisamente en mi propio nombre y en el nombre de los demás, que los suabos mencionados [...] viajen libremente y sin retrasarlos, exentos de los pagos venideros y libres de las vejaciones de los recaudadores del trigésimo y de las tasas aduaneras; y además, en su lugar de establecimiento que estén absueltos de las cargas públicas durante algunos años y que queden liberados del censo o del reclutamiento ejercido por

oficiales de regimientos; y de la manera mencionada, que se digne encargarse del bien del Rey y del país.” (Petición de Sándor Károlyi al Consejo Áulico de Guerra, 1712)

“Artículo 103

Sobre la repoblación del país.

Su Sagrada Majestad, con benevolencia, permitirá que llamen al país a cualquier hombre libre, con la condición de la exención del pago de los impuestos públicos durante seis años, y que esta libertad se proclame en todo el país [...]

Artículo 117

Sobre la invitación al país de distintos artesanos.

Su Sagrada Majestad ordenará, con clemencia, que llamen a distintos artesanos al país, asegurándoles la exención completa de las cargas públicas durante 15 años.” (Fragmentos de los artículos CIII y CXVII del año 1723)

La inmigración se asentó sobre todo en el sur de Hungría. Campesinos serbios y rumanos se establecieron en esta zona para huir del dominio turco de los Balcanes y por los privilegios otorgados.

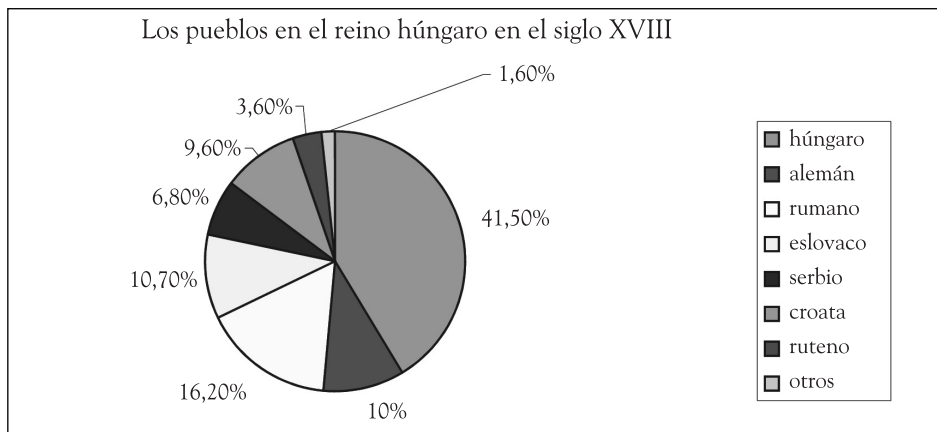
La colonización fue sin embargo programada por la Corte de Viena. Con el fin de acelerar la reconstrucción, los Habsburgo alentaron la entrada ordenada de colonos alemanes. Con el asentamiento de éstos querían construir aldeas heterogéneas desde el punto de vista étnico para controlar mejor a los húngaros “rebeldes”. Y alentaron sobre todo el establecimiento de colonos católicos para fortalecer la Iglesia católica, siguiendo la política tradicional de la dinastía.

“Mientras que a los demás les consideramos iguales, siempre los alemanes, sobre todo los procedentes de las provincias perpetuas, deben anteponerse a los demás, y así el reino, o gran parte de él debe ser paulatinamente germanizado, y la sangre húngara, inclinada a las revoluciones y agitaciones, debe apaciguarse con la alemana para la fidelidad y amor hacia su señor natural y rey de siempre.” (Leopoldo Kollonich, arzobispo de Kalocsa, 1689)

Con la repoblación el reino húngaro se convirtió en un país heterogéneo desde el punto de vista etnolingüístico, y la población húngara pasó a ser minoría étnica.

LA PRAGMÁTICA SANCIÓN

A principios del siglo XVIII la principal preocupación de la dinastía de los Habsburgo era la sucesión. Y no sólo por la extinción de la rama española sino también por falta de sucesores masculinos en la rama austríaca. Ya en 1703 Leopoldo I impuso a sus dos hijos (José y Carlos) un primer reglamento en forma de pacto de sucesión mutua que aseguraba al que sobreviviera toda la herencia, en el caso de que uno de los dos



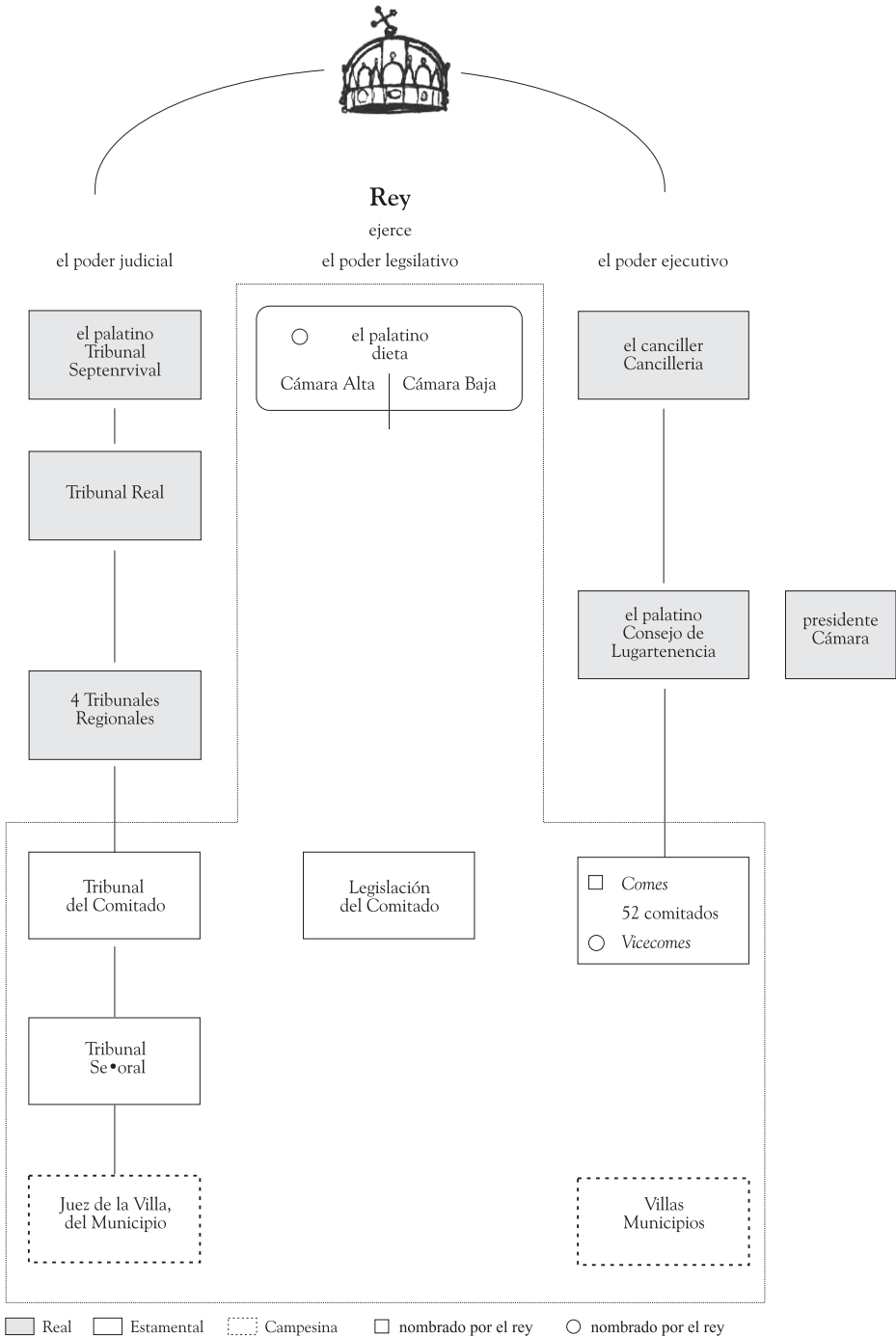
hermanos muriera sin heredero varón. Por entonces surgió a su vez la idea de la sucesión femenina. En 1713 Carlos añadió una cláusula capital al pacto de 1703: los países de la monarquía “indivisibles e inseparables” no podrían repartirse. Introducía así el principio de la primogenitura en línea masculina y después en línea femenina; si él moría sin descendencia, la herencia pasaría a las hijas de José I; pero si él tenía descendencia, sus sobrinas no tendrían ningún derecho a la sucesión, las desheredaba en beneficio de sus propias hijas. Esta declaración quedó solemnemente registrada. En adelante se la llamaría Pragmática Sanción. Su reconocimiento sería una de las principales preocupaciones de Carlos. Si era lógico querer verla reconocida por los diferentes países que conformaban la monarquía, era mucho más problemático hacer que las potencias europeas la aceptaran.

Después de la guerra de independencia y la paz de Szatmár, Carlos III no expuso inmediatamente la Pragmática Sanción ante las corporaciones húngaras, ya que intentaba desarrollar buenas relaciones con las mismas y restaurar el prestigio de la dinastía. En 1715 sancionó las leyes de la Dieta de Pozsony, entre ellas el derecho a la elección libre del rey en caso de extinción de la dinastía Habsburgo. Y más tarde el soberano hizo organizar comisiones para trabajar en programas de reforma sobre temas de derecho, de administración, etc., y anuló la subordinación de la Cámara húngara a la Cámara Áulica.

Otro fenómeno que influyó mucho en la opinión pública fue la victoria del ejército imperial en la guerra turca y la paz de Passarowitz (Pozsarevác) firmada en 1718. En este tratado la Sublime Puerta cedió al Imperio de los Habsburgo el banato de Temesvár, Belgrado y la mayor parte de Serbia. Con la recuperación del banato se concluía la reconquista de Hungría y el prestigio de la Casa de Austria llegó a ser muy considerable.

Con este estado de cosas llegó el tiempo de exponer la Pragmática Sanción ante los estamentos húngaros. En 1722 Carlos III convocó la Dieta en Pozsony y las dos cámaras aprobaron la Pragmática Sanción por unanimidad en 1723, convirtiéndola en ley del reino y en una de las bases más seguras para la legitimidad de los Habsburgo en Hungría hasta 1918. Según la Pragmática Sanción los países de la corona de San

Las instituciones del reino húngaro en el siglo XVIII



Esteban estaban indivisible e inseparablemente relacionados con los países hereditarios y con las provincias del Imperio de los Habsburgo, si bien el artículo tercero confirmaba el respeto de las libertades de los estamentos y del gobierno de Hungría por medio de leyes propias. Así, el reino húngaro no estaba gobernado con la forma de los países hereditarios, y por último se reconocía la posibilidad de la sucesión femenina.

“Con la extinción de la semilla de Su Sagrada Majestad Imperial y Real ... se traspasan indivisible e inseparablemente, mutua y conjuntamente ... a la rama femenina de la magnífica Casa de Austria la sucesión por derecho de herencia en las partes, países y provincias ya obtenidos y por obtener con la ayuda de Dios ... para reinar y gobernar. Su Sagrada Majestad con benevolencia refuerza y guarda las leyes hechas y las tradiciones aceptadas, los derechos, libertades, privilegios de los cuerpos y de los estamentos.

1§ Y que al hombre que goza de privilegios nobiliarios, no le perjudiquen ni en su persona, ni en sus bienes sin comparecer y sin condena por el procedimiento correcto de la ley: lo deciden los cuerpos y los estamentos del país y de las Partes relacionadas, con el consentimiento de Su Sagrada Majestad.” (Artículo V del año 1723 sobre los privilegios especiales de la nobleza)

EL REINADO DE MARÍA TERESA

En 1740 murió Carlos III, lleno de confianza tras las garantías que las grandes potencias le habían dado al conocer la Pragmática Sanción. Pero algunos príncipes del Sacro Imperio Romano-Germánico alzaron inmediatamente su voz, formulando sus reivindicaciones: Federico II de Prusia quería obtener Silesia, mientras Carlos Alberto de Baviera se negaba a reconocer la Pragmática Sanción y reclamaba la corona de Bohemia, todo lo cual llevó al inicio de la Guerra de Sucesión Austríaca.

Debido al ataque prusiano la soberana convocó la Dieta húngara para mayo de 1741. Después de la apertura de las sesiones las corporaciones seguían la política tradicional de quejas, por eso fueron invitadas por la reina a la fortaleza de Pozsony y en un escenario bien diseñado una mujer indefensa pidió ayuda a los caballeros húngaros. Los nobles presentes inmediatamente ofrecieron su vida y sangre a la reina. De este modo la soberana obtuvo sin dificultad una leva que hasta entonces sólo se había votado para la defensa del territorio nacional. María Teresa se mostró en lo sucesivo dispuesta a respetar los privilegios del reino y las libertades de la nobleza (exención fiscal y autonomía administrativa).

A pesar de la movilización de los regimientos húngaros el Imperio perdió Silesia, la provincia con la economía más desarrollada. Esta pérdida obligó a plantear un programa de reformas en temas de administración, de justicia y de economía; en este último tomando en consideración las ideas del mercantilismo. Con esta nueva política María Teresa y su entorno querían establecer un imperio unido y económicamente fuerte. Para sustituir la fuerza de la provincia de Silesia el gobierno quería desarrollar

el sector manufacturero, sobre todo la industria textil en los países hereditarios y en Bohemia. Para lograrlo necesitaba materia prima y mercado, lo cual llevó a la división del trabajo entre los países que formaban el Imperio Habsburgo, acentuándose así el papel agrario de Hungría. ¿Cómo se podían asegurar los artículos agrícolas, por una parte, y el mercado de Hungría para el sector manufacturero de los países hereditarios, por otra, sin provocar un conflicto con los estamentos húngaros? En 1754 se publicó el decreto que estableció una frontera aduanera doble. De acuerdo con el nuevo sistema una frontera se situaba alrededor de todo el Imperio y la otra rodeaba el reino húngaro. Las tarifas arancelarias quedaban determinadas según los intereses económicos de los países hereditarios. Esta medida ofrecía un mercado para los productos de la agricultura húngara pero impedía el desarrollo de su sector manufacturero.

Ante los estamentos la reina justificó esta discriminación con la exención fiscal de la nobleza húngara, privilegio ya anulado en otros países del Imperio. Puesto que la nobleza gozaba de este privilegio, Hungría no contribuía a los ingresos estatales conforme a su grandeza. En esta situación la nobleza se retiró en defensa de su exención fiscal.



Otra preocupación del entorno de la reina era la situación de los siervos. En la primera mitad del siglo XVIII la situación de los mismos mejoró por la abundancia de tierras incultas. El traslado, muchas veces la fuga de siervos, influía en las cargas de los agricultores que permanecían en sus parcelas antiguas, lo que hizo que los terratenientes moderaran las prestaciones para impedir la despoblación de sus dominios. El *urbario* (úrbér) fue el conjunto de las cargas y prestaciones correspondientes al terrateniente por el uso de las tierras mansonarias. No todas las parcelas formaban

parte de estas tierras, caso de los viñedos o las zonas obtenidas por roturación (deforestación o desagüe), que no estaban cargados por el *urbario*, sino que los campesinos pagaban un importe anual fijo y no eran obligados a prestación personal.

A partir de los años 50 la migración se frenó por la escasez de tierras incultas. Este fenómeno provocó el aumento de las prestaciones señoriales y el descontento desembocó en levantamientos locales de los siervos. El gobierno pudo doblegar estos levantamientos aislados, pero decidió tomar medidas para impedir una sublevación general y defender a los siervos ante las cargas señoriales exageradas, lo cual les permitiría poder pagar los tributos estatales.

En 1764 la reina convocó la Dieta húngara y exigió la elaboración de un proyecto de ley sobre las cargas y prestaciones unitarias de los siervos. Los estamentos seguían la política tradicional de quejas y desoían los apuros de la soberana. En 1765 fue disuelta sin trabajar en él, pero dos años más tarde María Teresa publicó la Patente Urbarial (Urbéri rendelet). Este texto determinaba la extensión del terrazgo campesino de 16 a 40 *hold*, dependiendo de la región y de la calidad de la tierra. En esta época el crecimiento demográfico amenazaba con multiplicar las explotaciones y reducir peligrosamente su superficie, por ello si un campesino tenía menos de 1/8 de manso era considerado jornalero (*zsellér*). La medida de las cargas y prestaciones dependía de la extensión del manso. Por el uso de uno el siervo prestaba al terrateniente la novena parte de la cosecha (*kilenced*), una talla o “regalo” determinado (*capón*, pollo, huevos, etc.) y un florín como censo por uso de la tierra. La prestación personal (*robot*) quedaba limitada a 52 días por año en caso de realizar el trabajo con bueyes, 104 días por año en caso de trabajo manual. Se ratificó el derecho de uso de los bosques y de las praderas comunes y se limitaron los derechos banales del terrateniente, por ejemplo a la venta de vino. Cada manso tenía también que pagar el diezmo a la Iglesia. Los siervos pagaban al Estado el subsidio, un florín para el mantenimiento del ejército, y la “doméstica” (*háziadó*), un tributo para el funcionamiento de la administración del comitado. La soberana quiso poner orden en las cargas señoriales. Su lema: *Tenemos que dar de comer a las ovejas si queremos esquilárselas*. Por la patente, en algunas regiones de Hungría los siervos alcanzaron una situación más favorable, pero en la zona central la prestación personal les gravó más.

“María Teresa, por la Gracia de Dios Emperatriz viuda Romana, Reina Apostólica de Hungría [...], Duquesa de Austria.

Sabido es cuánto se dirigen nuestros esfuerzos maternales y preocupaciones reales a que, por un lado conservemos libremente y sin daño a los terratenientes en sus justos derechos, por otro lado nos encargemos lo mejor posible de la conservación del pobre pueblo contribuyente, y de esta manera del bien inseparablemente ligado de todo el país; por consiguiente protegemos al pueblo contribuyente de cada opresión injusta e ilegítima de los terratenientes [...]

En los ejemplares de la regulación de las obligaciones señoriales se debe apuntar expresa y categóricamente la extensión de la parcela y también si la prestación laboral

se debe cumplir con dos o cuatro yugos, y si el noveno debe cumplirse en especie o en qué valor equivalente [...]

De acuerdo con esta Regulación Urbarial cada siervo con manso entero estará obligado a cumplir un día a la semana de prestación personal con cuatro yugos a su señor, y donde hasta ahora cumplieron con dos yugos, la prestación personal en el futuro también se hará con dos yugos.” (Regulación Urbarial)

María Teresa prestó mucha atención a la reforma del sistema educativo para poder introducir el control estatal también en este terreno y para elevar el nivel cultural de la población. Además, la reforma educativa estaba estrechamente relacionada con la reforma administrativa y la construcción de una administración centralizada. Con el fin de transformar el cuerpo de oficiales y garantizar la homogeneidad del ejército y la competencia de los mandos, María Teresa estableció en Wiener Neustadt una escuela militar según el modelo prusiano. Inspirada por ese mismo espíritu fundó en Viena el célebre “Theresianum”, donde se enseñaba economía, matemáticas, mecánica y arquitectura. De igual modo, la creación de una guardia húngara obligó a los jóvenes nobles a abandonar su país para vivir en una metrópoli, en las cercanías de la Corte, y así es como la aristocracia húngara pudo entrar en contacto con el espíritu de la Ilustración.

En 1777 la reina publicó la *Ratio Educationis*, el decreto sobre la regulación del sistema educativo. El Estado controlaba la educación, pero lo hacía con los servicios de la Iglesia. Se estableció la enseñanza básica y obligatoria para los niños de seis a doce años. El decreto prescribía las asignaturas obligatorias, entre ellas conocimientos prácticos, y el Estado se comprometía a la formación de maestros adecuados.

EL REINADO DE JOSÉ II

En 1765 murió el emperador Francisco I de Lorena, marido de María Teresa, y heredó el trono imperial su hijo José II. Así se inició el periodo de corregencia que duró hasta 1780. José era el emperador pero su madre no le dejaba mucho terreno en la política. Él tenía ideas muy fijas sobre como gobernar un imperio, y convencido de su misión esperaba con impaciencia su acceso al poder. Deseaba llevar a cabo una verdadera revolución comenzando por arriba, poniendo en práctica de este modo el ideal del déspota ilustrado, cuyo papel consistía en garantizar el bien de su pueblo sin pedirle su opinión.

“Antes de exigir más de este país, hay que procurar hacerlo feliz. Para este objetivo hay que reformar su estructura interior [...]

Me parecería mejor llegar a un acuerdo con los países para que me concedan poder absoluto durante 10 años, y en ese tiempo poder hacer todo por su bien, sin consultarles.” (José II, sobre Hungría y el ejercicio del poder)

Era muy autoritario, y al estar convencido de lo razonable de sus reformas pensaba que los demás sólo tenían que obedecer, sin juzgar o criticar. Se consideraba el primer servidor del Estado. La base de su programa era formar un imperio unido, moderno, bien gobernado. Con este principio básico se pueden justificar la mayoría de sus medidas. No quería tomar en consideración las particularidades de su Imperio, muy heterogéneo, y rechazaba las tradiciones si estas impedían el cumplimiento del programa.

María Teresa, después de cuarenta años de gobierno, murió en 1780. Con su muerte José II llegó a ser el único dueño del poder e inmediatamente empezó a realizar su plan. Heredó también el trono de Hungría pero no fue coronado como tal rey porque no quiso firmar la Carta Real. Según la tradición este documento era aceptado por los reyes antes de la coronación, y en él se aseguraban las libertades de los estamentos. Y puesto que él quería contar con una libertad completa a la hora de tomar sus decisiones, gobernó sin ser coronado. Fue apodado “el rey con sombrero”, aunque fue José II quien hizo llevar a Viena la corona de San Esteban.

También quiso remodelar las relaciones entre la Iglesia y el Estado, exigiendo una sumisión completa. Además en 1781 el soberano publicó el edicto de tolerancia, que concedió a los protestantes y a los ortodoxos la libertad de culto, y les devolvió todos sus derechos cívicos, por más que el catolicismo continuara siendo la religión dominante del Estado (los lugares de culto no católicos continuaron sin tener derecho al campanario).

“Para cada católico, calvinista o luterano, así como a los católicos de rito griego no asociados [...] hacemos la merced de permitir la práctica pública de su religión.”
(Decretos de José II)

Este edicto anuló la resolución carolina que cerraba los cargos públicos a los protestantes, y por eso muchos de ellos pasaron a las filas de los seguidores de la política de José II, llamados josefinistas. La Iglesia tuvo que ponerse al servicio del Estado y para realizarlo se organizó la comisión eclesiástica. Esta comisión tenía derecho a decidir sobre los asuntos de la Iglesia, excepto en las cuestiones del dogma.

En 1782 se suprimieron las órdenes religiosas que no realizaban una tarea útil desde el punto de vista de la sociedad (educación o cuidado de enfermos). Sus bienes se entregaron a un organismo del Estado cuyos ingresos servirían para sufragar otros gastos de la Iglesia.

José II combatió la influencia del Papa, de quien no se publicaría ningún decreto sin el permiso del soberano. Ejerció el *placetum* y el derecho de patronato. También prohibió a los obispos dirigirse directamente al Pontífice y los convirtió en funcionarios del gobierno. Para asegurar mejor el éxito, el soberano suprimió los seminarios diocesanos y los capítulos, y creó en su lugar unos establecimientos del Estado para la enseñanza de la teología, los seminarios generales, donde se persuadió a los futuros sacerdotes de que ellos serían los pilares del estado josefino.

José II reestructuró también las instituciones. La Cancillería de Transilvania quedó incorporada a la Cancillería Húngara. El Consejo de la Lugartenencia recibió plenos poderes en el ámbito financiero porque la Cámara húngara ya formaba parte de este consejo, trasladado de Pozsony a Buda. Pero a la vez, el rey suprimió la autonomía de los comitados, que fueron reemplazados por diez distritos en Hungría y tres en Transilvania. Los distritos fueron gobernados por comisarios reales en vez de los *comes* elegidos. Los comitados funcionaban como unidades administrativas y ya no gozaban de autonomía, no eran instrumentos en manos de la nobleza. Las causas de esta reorganización fueron la formación de una administración eficaz y centralizada y la opresión de la resistencia nobiliaria.

En 1784 José II impuso el alemán como lengua administrativa única en todos los estados que formaban su Imperio, lo que se justificaría por su concepto del gobierno, según el cual quería formar un imperio unido y bien gobernado.

“[...] Todas las administraciones gubernamentales de Hungría y de las partes pertenecientes deben resolver los asuntos que surjan entre ellos en alemán [...] Su Majestad quiere introducir el idioma alemán en las Dietas para el trato de los asuntos. Por eso después de tres años no se podrá delegar a nadie que no sepa alemán.” (Decretos de José II)

Este decreto sobre la lengua oficial provocó las protestas de los húngaros, quienes en los comitados redactaron peticiones en contra del mismo. Una consecuencia positiva indirecta fue el inicio de un movimiento cultural que intentó llevar a cabo la renovación y modernización de la lengua húngara para poder reemplazar el latín, idioma de la administración, jurisdicción y legislación; y en último término para poder rechazar el alemán.

En el mismo año José II ordenó hacer el censo de la población y los catastros. Este hecho condujo a nuevas protestas por parte de la nobleza húngara, que consideraba el catastro como una iniciativa hacia la abolición de su exención fiscal. A través del catastro el gobierno podía conocer la extensión de la propiedad de tierra de los nobles y cargarlas con tributación.

Por las medidas antes mencionadas los comitados se transformaron en centros de la resistencia nobiliaria, lo que aceleró por parte de la Corte la reorganización del sistema administrativo húngaro y la supresión de la autonomía de los comitados en 1785.

Todavía en 1784 tuvo que derrotar el levantamiento de los campesinos rumanos en Transilvania, pero en 1785 publicó el decreto sobre la servidumbre perpetua, que abolió la de tipo personal ofreciendo a los campesinos el derecho al traslado, a la elección libre de profesión, a la posesión de sus bienes y a casarse libremente.

“Primero: El estado de la servidumbre, en tanto en cuanto los siervos hasta ahora estaban subordinados a la obligación perpetua y estaban atados a la gleba, lo abolimos

para el futuro y queremos que en este sentido no vivan más con el uso del nombre de siervo.” (Decreto sobre la servidumbre perpetua de José II, 1785)

Y para terminar este proceso, en 1789 el monarca publicó la patente sobre la tributación, en la que estableció tributo sobre todas las propiedades de tierra y anuló la prestación personal de los campesinos (ellos sólo pagarían un porcentaje fijo de sus ingresos al terrateniente). Pero esta patente no entró en vigor porque José II, antes de morir, anuló sus decretos, excepto el edicto de tolerancia, el decreto sobre la servidumbre y otro sobre el pago de los sacerdotes.

Los dos últimos años de su reinado fueron un desastre. Los fracasos de la guerra turca fueron la señal de alarma. En 1789 los belgas expusieron sus reivindicaciones a José II, llegaron a un acuerdo entre los descontentos de diferentes tendencias y la insurrección se extendió a todo el país. A la muerte del emperador daba la impresión de que los Países Bajos estaban perdidos para los Habsburgo. Hungría estaba también al borde de la revuelta abierta, la reacción nobiliaria se desencadenaba y los nobles quemaban los catastros. Y como fondo de estos acontecimientos se desarrollaba la Revolución Francesa.

Se puede entender la desilusión de José II. Él mismo redactó su epitafio: “Aquí reposa un príncipe cuyas intenciones eran puras, pero que tuvo la desgracia de ver cómo fracasaban sus proyectos.”

EL REINADO DE LEOPOLDO II

José II murió el 20 de febrero de 1790. Al carecer de hijos el sucesor fue su hermano, Leopoldo, gran duque de Toscana. En su ducado había representado las ideas del despotismo ilustrado y tenía gran experiencia política, lo que fue muy útil porque al acceder al trono tuvo que hacer frente a graves dificultades.

El 21 de febrero de 1790 la corona de San Esteban llegó a Buda: los húngaros celebraron grandes fiestas y los comitados empezaron a organizar banderios (banderium) para vigilarla. Con la formación de estos banderios querían establecer las bases de un ejército nacional. Paralelamente nacía un movimiento nacional de la nobleza que buscaba aliados en contra de los Habsburgo.

Según los ideólogos del movimiento, si el monarca abusaba de su poder y violaba el contrato social, en este caso la nación se liberaba de sus obligaciones y recuperaba su derecho a la elección libre. Leopoldo II en seguida reaccionó y declaró respetar las leyes y las libertades de los estamentos húngaros. Simultáneamente solucionó los asuntos más urgentes. En julio de 1790 desbloqueó la situación internacional al firmar con Federico Guillermo II de Prusia un convenio: este último dejaría de apoyar a los rebeldes húngaros y a los separatistas belgas. También Austria renunció a los territorios turcos ocupados. Las tropas austríacas entraron en los Países Bajos y Leopoldo concertó igualmente un armisticio con los turcos, a la espera de firmar al año siguiente la paz de Sistowa, por la que se restablecía el statu quo.

Calmó el descontento de la nobleza de los países hereditarios y también fue capaz de calmar al clero. Las coronaciones de Frankfurt, Pozsony y Praga demostraron a la opinión pública que el emperador había contactado de nuevo con la tradición, respetando el particularismo de su Imperio.

Leopoldo II, al acceder al poder y después de veinticinco años de interrupción, convocó la Dieta húngara. Tras largos debates las corporaciones fueron “convencidas” del compromiso. Los instrumentos para lograrlo fueron el aislamiento internacional (paz con Prusia y con los turcos), la organización de la policía, unos procesos ejemplarizantes contra oficiales “rebeldes”, y la publicación de unos panfletos escritos en nombre del campesinado y en contra de la nobleza. Después de estos acontecimientos las corporaciones ya no estaban en condiciones de poder presionar. La Dieta eligió palatino a un hijo del soberano, al archiduque Leopoldo, iniciando así una nueva tradición: esta dignidad se otorgaría siempre en lo sucesivo a un archiduque, hasta la revolución de 1848.

En marzo de 1791 el rey sancionó las leyes: Hungría era un país libre e independiente dentro del Imperio de los Habsburgo, según los principios de la Pragmática Sanción; el rey no gobernaba con decretos sino que ejercía el poder legislativo colaborando con la Dieta convocada cada tres años; la votación del tributo y de la leva estaban entre las competencias de la misma; el latín era la lengua administrativa pero era necesario desarrollar el húngaro; y por medio de la formación de nueve comisiones se elaborarían proyectos de reformas en diferentes temas.

“Hungría, por lo que se refiere al modo completamente legal del libre gobierno, de las partes ligadas (entendiendo cada institución gubernamental) es independiente, es decir no está subordinada a ningún otro país o parte sino que posee su propio ser como Estado y su constitución, por consiguiente debe gobernarse por sus reyes de siempre, coronados legalmente según órdenes del artículo III de la ley de 1715, y además el artículo VIII y XI de la ley de 1741, en este sentido por Su Sagrada Majestad y sus herederos, los Reyes de Hungría, según sus propias leyes y costumbres, y no es país que deba ser dirigido y gobernado según el modo de otras provincias.” (Artículo X del año 1790/91 sobre la independencia de Hungría y las Partes)

Leopoldo II también calmó a los estamentos húngaros, pero no pudo completar su obra ya que en marzo de 1792 murió. Francisco I (II en el trono imperial) fue su sucesor, y de forma inmediata tuvo que afrontar un duro conflicto, ya que el 20 de abril de 1792 la Francia revolucionaria declaró la guerra al Imperio de los Habsburgo. Estas dos potencias, entre 1792 y 1815, cesaron de luchar sólo en cortos periodos de tregua.

LOS JACOBINOS HÚNGAROS

Por el estallido de la guerra el soberano convocó la Dieta para mayo de 1792, que votó la leva para formar un ejército en contra de Francia. La Revolución francesa había

entrado en una fase más radical, lo que provocó el freno del movimiento de los nobles ilustrados, que empezaron a acercarse a la Corte. Como primer paso, los de mentalidad común se reunieron en un club y círculo de lectores donde leían y comentaban los documentos revolucionarios. Con estos núcleos Ignác Martinovics trató de organizar un movimiento político. Lo cierto es que Martinovics es un personaje discutido de la historia húngara, ya que fue soplón de la policía secreta y organizador de una conspiración jacobina.

En la primavera de 1794 Martinovics creó dos organizaciones separadas. La primera fue la Sociedad de los Reformadores, cuyo programa, la *Libreta de los Reformadores*, contenía la formación de una república independiente dirigida por la nobleza de estado llano. Planeó la secularización de la tierra propiedad de la Iglesia y la nacionalización de la de la Corona para cubrir los gastos estatales en vez del pago de tributos. El siervo se liberaría pero no se convertiría en propietario de su tierra, sino que podría recibirla en arriendo por el terrateniente.

Según los planes de Martinovics, después del éxito del primer movimiento la segunda sociedad pasaría al primer plano. Era la Sociedad de la Libertad y de la Igualdad, y su programa era la *Libreta Instructora de los Hombres y de los Ciudadanos*. Este programa proponía abolir los residuos del feudalismo y traspasar el poder al pueblo.

Las dos sociedades se organizaron simultáneamente. El director de la Sociedad de los Reformadores fue el conde Jakab Sigray. Los directores de la Sociedad de la Libertad y de la Igualdad fueron József Hajnóczy, Ferenc Szentmarjay y János Laczkovits.

La conspiración apenas duró algunos meses, el número de los participantes era apenas de unos centenares. En julio de 1794 la policía vienesa detuvo a Martinovics y él descubrió a todos los elementos de la conspiración húngara, hablando de un movimiento fuerte y amplio. Por sus exageraciones la reacción de la Corte también lo fue. Los dirigentes detenidos fueron transportados a Viena, lo que provocó las protestas de los comitados porque no se podía incoar ningún proceso ante el rey, ya que los húngaros, al amparo de la originalidad de su derecho, no querían ser juzgados más que por compatriotas. Por fin un tribunal húngaro, el Tribunal Septenviral pronunció la sentencia y Martinovics y los directores fueron ejecutados el 20 de mayo de 1795, en el prado común de Buda (hoy en día llamado Vérmező en homenaje a los jacobinos húngaros ejecutados).

LA FORMACIÓN DEL ESTADO BURGUÉS EN HUNGRÍA (SIGLO XIX)

La Edad de las Reformas

LOS PROBLEMAS PRINCIPALES DE LA EDAD DE LAS REFORMAS

A comienzos del reinado de Francisco I la buena relación entre la dinastía de los Habsburgo y la nobleza húngara parecía ser inquebrantable. Esta última esperaba que el emperador defendiera a Hungría contra la propagación de la Revolución francesa, y además la coyuntura comercial durante las guerras napoleónicas les animó a la colaboración. Los grandes ejércitos permanentes significaron un mercado estable para la producción cerealística y vinícola, que constituía la base económica de las posesiones nobiliarias en Hungría. También ejerció una influencia favorable en la agricultura el bloqueo continental, ya que para sustituir el tabaco y la pimienta, importados tradicionalmente por comerciantes británicos, se desarrolló la producción del tabaco y del pimiento en el país. La gran demanda y la escasa oferta permitieron que los productores húngaros no tuvieran que preocuparse por la buena calidad, ya que el mercado absorbía prácticamente todo a un precio bastante elevado. Así, los altos ingresos proporcionaron a la nobleza un nivel de vida creciente en el último decenio del siglo XVIII y en el primero del XIX. No invirtieron en la modernización de la economía ya que, dadas las circunstancias, no les parecía necesario, sino que construyeron nuevas residencias en el campo y las amueblaron con más confort y nueva decoración. Fue entonces cuando se implantó el clasicismo y el estilo imperial en el campo húngaro, y el modo de vivir de la nobleza de estado llano comenzó a distinguirse significativamente del que podía permitirse el campesinado adinerado. Se suele decir que cuando los nobles de aquel entonces se saludaban, se deseaban lluvias tranquilas y largas guerras.

La defensa y el bienestar que significaba la pertenencia al Imperio explica el hecho extraño de que la nobleza húngara rechazara la independencia ofrecida por Napoleón en la proclamación de Schönbrunn, e incluso organizara contra él la última insurrección nobiliaria, aunque fueron derrotados en la batalla de Győr en 1809.

Sin embargo, estas mismas guerras causaron el endeudamiento del Estado de los Habsburgo. Como los proveedores del ejército no podían pagar la gran cantidad de mercancías adquiridas con dinero de metales preciosos, equilibraron sus cuentas con letras de cambio. Éstas circulaban como moneda en el país a finales de la primera década del siglo XIX con tanta abundancia que amenazaron con una inflación destructora y además, por la deuda acumulada, con una bancarrota del Estado. En tal situación la Corte intentó salvarse por medio de la devaluación. En la Dieta de 1811-

1812 comunicaron la devaluación de las letras de cambio a un 20% de su valor nominal, medida que repitieron en 1816 reduciendo el valor a un 40%. Así, el Estado logró librarse de la bancarrota, pero causó la quiebra de la nobleza húngara, que en pocos años perdió prácticamente toda la riqueza acumulada durante los conflictos.

Paralelamente se presentó un nuevo problema. El fin de las guerras napoleónicas acabó con la buena coyuntura: disminuyeron los precios y se estrechó el mercado, que además ya demandaba productos de calidad cada vez más elevada. La producción de los nobles en Hungría no pudo hacer frente a estos cambios, ya que los elaboraban de manera totalmente feudal. Los siervos trabajaban las reservas con corvea, y por tanto sin procurar una labor concienzuda. Por falta de capital los nobles no podían sustituirlos por jornaleros (obreros asalariados agrarios), ni por máquinas. Tampoco era posible aumentar la producción extensivamente con extender la reserva en detrimento de los mansos, ya que necesitaban el trabajo gratuito de los campesinos, sólo exigible de los siervos asentados en aquéllos. Además, por falta de una ganadería intensiva era inviable superar el nivel de la rotación trienal, y un tercio de la tierra cultivable regularmente quedaba en barbecho.

No se consiguió tampoco sustituir el mercado extranjero por uno interno, ya que a comienzos del siglo XIX en Hungría no se daban las condiciones para iniciar la industrialización. La explicación es de nuevo multicausal: la doble frontera aduanera impedía el desarrollo de las manufacturas, ya que era más barato comprar los artículos industriales de los países hereditarios, puesto que en Austria y Bohemia ya había comenzado la revolución industrial y la cantidad y calidad de dichos artículos aumentaba. También faltaba la infraestructura necesaria para el comercio. La red de carreteras era escasa y de pésima condición, prácticamente no existían carreteras construidas o pavimentadas. Y en los caminos, durante primavera y otoño se hundían en el barro y lodo, y durante los veranos el polvo dificultaba la circulación.

La sociedad feudal, fuerte y vigorosa, impedía igualmente la modernización. La aristocracia (unas doscientas familias) vivía en Viena vinculada a la Corte. Poseía la mitad del territorio del país, y con sus enormes ingresos no consideraba necesario hacer transformaciones, e incluso temía el cambio de la estructura social. Su afán era conservar el papel político que aseguraban los altos puestos ocupados junto al emperador.

La nobleza de estado llano constituía el 5-7% de la sociedad y se dividía en tres capas. A la primera pertenecían nobles acomodados que poseían muchos miles de *hold* (25-30.000 familias) y anteriormente habían producido casi todo el abastecimiento necesario para el ejército, siendo los que más perdieron con la devaluación. Ellos sí hubieran querido modernizar su economía, pero fueron incapaces de hacerlo por falta de capital. Aprovechando la guerra, sus hijos habían viajado al extranjero y pudieron comparar la situación de Hungría con lo que allí veían. Muchos cursaron estudios de derecho con el objetivo de ocupar cargos en la administración de los comitados y compensar las pérdidas económicas. Así adquirieron conocimientos teóricos suficientes para darse cuenta del atraso de su patria y discutir sobre las posibles soluciones.

Sin embargo, la mayoría de la nobleza de estado llano (quinientas mil personas) era pobre. Algunos tenían unos pocos mansos y un casón de campo que se llamaba curia (de ahí su nombre: nobles curiales). Durante la cosecha ellos mismos tenían que trabajar con los siervos. Otros sólo poseían para distinguirse de aquéllos una carta de franquicia y un escudo (en latín armas, de ahí su nombre: nobles armalistas). La base de su subsistencia era una finca, igual a un manso, que cultivaban ellos mismos.

La tercera capa cultivaba un manso obtenido de otro señor, por el cual debía pagar rentas feudales. No obstante, como eran nobles, no tenían que pagar impuestos al Estado. Se vestían como los campesinos, no tenían ni botas, y por eso se llamaban *nobles de sandalias* (bocskoros nemesek). Y como todo el orgullo de estas tres capas eran sus privilegios, se aferraron a ellos a toda costa y se opusieron a cualquier cambio durante la época.

El campesinado constituía el 90% de la sociedad. A finales del siglo XVIII volvió a unificarse su situación jurídica en el nivel del colono (campesino libre en su persona que no podía poseer tierra como propiedad privada, cultivaba manso por el que debía renta señorial o arrendaba parcela al señor feudal, pagaba tributo al Estado y diezmo a la Iglesia). Paralelamente surgió un nuevo problema para ellos: la diferenciación económica. Según el derecho húngaro los mansos se habían ido dividiendo entre los hijos del campesino; así, debido al creciente número de la población las parcelas se hicieron cada vez menores. Las rentas feudales disminuyeron en la proporción del manso hasta 1/8 del mismo. Por debajo de ésta el campesino era considerado jornalero y su dependencia del señor feudal era formal. Hacia 1820 el número de los jornaleros superó al de los campesinos con manso. Aunque la inmensa mayoría de aquéllos vivía en plena miseria, algunos pudieron enriquecerse, ya que arrendaron parcelas en las cuales plantaron uvas y frutales y en situación favorable pudieron convertirse en empresarios. Sin embargo, esto fue más bien excepcional. Por regla general, debido a su extendida miseria el campesinado no constituía un mercado interno relevante, ya que procuraba autoabastecerse de todo lo necesario. Por otro lado, debido a los vínculos señoriales no podía abandonar la tierra y convertirse en obrero asalariado, aunque tampoco por entonces había muchas empresas capitalistas que necesitaran mano de obra asalariada.

La burguesía era escasa (un 2% de la población). Una parte eran vecinos de las ciudades privilegiadas y estaban vinculados al feudalismo. Otra parte eran empresarios, en su mayoría comerciantes al por mayor, de origen extranjero, que compraban productos agrarios y materias primas en Hungría y los vendían después a través de la empresa familiar residente en Austria, Moravia y Bohemia en el extranjero. Ellos se consideraban extranjeros, no hablaban húngaro, frecuentemente eran de religión judía u ortodoxa (griega), y estaban más vinculados al centro de la empresa familiar que a Hungría. Su capital se acumulaba en el exterior y muy raras veces lo invirtieron en el país. Sin embargo, muchos establecidos en Hungría de segunda o tercera generación, se húngarizaron durante la década de los 30 y 40 y desempeñaron un papel importante en la industrialización.

También pertenecían a la clase media los intelectuales de origen no nobiliario (los llamados “honorarios”). Pero la mayoría de los puestos estatales fueron ocupados por intelectuales (juristas) procedentes de la nobleza de estado llano (incluso la Dieta de 1790-91 prohibió que los cargos superiores de los comitados fueran desempeñados por no nobles) y el número de los “honorarios” no superaba los 50.000. Así, ellos no pudieron liderar la lucha por la transición burguesa.

EL PROGRAMA DE SZÉCHENYI

Hasta mediados de la década de los veinte la firmeza de la Santa Alianza dificultó la articulación de las ideas de reformas. Respaldándose en ella, Francisco I se consideró lo suficientemente fuerte como para hacer frente a cualquier cambio. Según se dice su lema fue “no cambiar nada”. Gobernó con métodos absolutistas, estableció impuestos por decreto, en metálico y sin la aprobación de la Dieta. En esta situación la nobleza estamental de Hungría no encontraba ninguna salida. El Himno de Kölcsey (1823) refleja este pesimismo nacional.

Sin embargo, los movimientos liberales de los años veinte socavaron poco a poco el sistema de la Santa Alianza. Al debilitarse la colaboración conservadora, la Corte vio oportuno convocar la Dieta y ofrecer concesiones a los estamentos descontentos. Éste es el trasfondo de su reunión en 1825-27. La nobleza húngara estuvo de acuerdo en la necesidad de convalidar la constitución estamental (los derechos de los estamentos y la autonomía de Hungría), pero estuvo dividida en cuanto a las reformas. Así, no lograron impulsar ninguna nueva ley que abriera el camino hacia el desarrollo. Lo único que consiguieron fue que el monarca aceptase reorganizar de nuevo las comisiones de reformas, establecidas en la Dieta de 1790-91 con el objetivo de plantear propuestas a Leopoldo II y promover así la modernización del comercio, de la administración pública y de la jurisdicción. Precisamente Francisco I había suspendido su actividad a comienzos de su reinado. Estas comisiones se reunieron regularmente y discutieron la necesidad y el carácter de las reformas. Sus propuestas tuvieron repercusión en los comitados y el mayor logro fue que paulatinamente estas ideas comenzaron a cuajar y arraigarse en la sociedad nobiliaria.

Otra y más visible consecuencia de esta Dieta fue la fundación de la Academia de Ciencias de Hungría. El 3 de noviembre de 1827, en un momento desesperado de las discusiones, un diputado de la Cámara Baja, Pál Felsőbüki Nagy hizo reproches a la aristocracia por no ocuparse de la suerte de la patria, vivir en el extranjero y olvidar incluso la lengua materna. Oyó sus palabras un joven aristócrata que casualmente visitaba la sesión de la Cámara y se sintió aludido. Pidió la palabra y en un discurso pronunciado en húngaro –a pesar de que la lengua oficial de la Dieta era el latín– ofreció sus ingresos de un año, unos 60.000 forintos, para organizar una “Sociedad Sabia” que tuviera la tarea de “promover el asunto de la lengua húngara”. Allí mismo muchos diputados entusiasmados siguieron su ejemplo, y posteriormente se unieron a su movimiento “nobles y habitantes” en todo el país. Gracias a esta iniciativa la Ley

XI de 1827 declaró la fundación de la Academia de Ciencias (los lingüistas y literatos consideran este acto como el comienzo de la Edad de las Reformas). El joven aristócrata era el conde István Széchenyi, que comenzó así su carrera política.

“El mayor húngaro”, como lo llamó Lajos Kossuth, nació en 1791 en una familia aristócrata que, a pesar de su vinculación a la dinastía de los Habsburgo, hizo mucho por el desarrollo y cultura húngaros. Su padre, Ferenc Széchényi, regaló su valiosa biblioteca al Museo Nacional, poniendo así las bases de la Biblioteca Nacional que hasta nuestros días lleva su nombre. Su madre, Julianna Festetich, era hermana de György Festetich, fundador del Georgicon de Keszthely, la primera academia agraria de Hungría. En su juventud István Széchenyi vivió habitualmente en Viena y sólo durante los veranos visitaba las posesiones familiares en Nagycenk. Hablaba el alemán como lengua propia, y sólo perfeccionó sus conocimientos de húngaro en la edad adulta (por eso no le gustaba nunca pronunciar discursos en esta lengua ante un público amplio). Comenzó muy joven la carrera militar y luchó en las guerras napoleónicas, participando en la batalla de Leipzig. Durante el Congreso de Viena vivió la vida alegre y despreocupada de los jóvenes aristócratas y acumuló una deuda considerable. Para salir de esta situación apurada, como era costumbre en la época, emprendió viajes al extranjero. Visitó Italia y el Próximo Oriente, meta tradicional de los jóvenes románticos, pero el país que le fascinó más fue la Inglaterra de la Revolución Industrial. Allí se dio cuenta del atraso y de la condición miserable de su patria natal. Al regresar decidió imitar el ejemplo inglés y modernizar la economía de sus posesiones, pero le faltaba el capital necesario. Acudió a solicitar un préstamo a un banco austríaco –en Hungría no había ningún banco en esta época–, que le negó la suma solicitada, unos diez mil forintos, porque según las leyes húngaras era imposible hipotecar tierras nobiliarias como garantía de devolución del dinero. En concreto, según la Ley de Aviticitas (ősiség) el noble no podía vender o legar libremente su tierra, sólo el linaje podía heredarla. Si la familia se extinguía la tierra regresaba a la Corona que la había donado (“derecho del Fisco”). Además, según el monopolio feudal de la tierra, los no nobles no tenían derecho de propiedad (dominio eminente), sólo derecho de uso (dominio útil) de la tierra cultivable. Y por estas razones el banco no podría apoderarse de la tierra nobiliaria si el titular no devolviera la deuda.

Después de este humillante fracaso, Széchenyi comenzó a meditar sobre los cambios necesarios para que pudiera comenzar un desarrollo moderno en Hungría, y expuso sus ideas en cuatro obras importantes. En la primera, titulada *De los caballos* (Lovakrul, 1828), explicó la utilidad de organizar carreras hípcas en el país. Según su razonamiento, así se podrían encontrar las mejores razas para la crianza y además los nobles (los criadores) podrían encontrarse regularmente y por medio de sus discusiones –no sólo acerca de caballos– formarse una opinión pública de alcance nacional. No obstante, la cumbre de su obra teórica la constituyen los tres últimos libros, el *Crédito* (Hitel, 1830), la *Luz* (Világ, 1831) y la *Estación* (Stádium, 1833), en los cuales esbozó, explicó y sistematizó sus ideas de reformas, elaborando así el primer programa organizado de reformas. Por eso los historiadores señalan como inicio de la

Edad de las Reformas la fecha de publicación del Crédito. Los doce puntos de la Estación representan excelentemente su razonamiento.

“Puse en la base de mi sistema el Crédito, porque su falta –como lo demuestra el ejemplo del país– destruye incluso nuestros linajes más fuertes; mientras que su existencia podría promover con toda seguridad hasta a los más inertes –como lo demuestra, a su vez, el ejemplo extranjero–; así su concesión, ya que con él ganaría cada uno, ejercería influencia mágica en el bien y provecho común.

Por lo tanto

1º: el Crédito.

Sin embargo, no se puede conceder crédito con éxito real, si no queremos castigar cruelmente a ninguna clase con excluirla de él, hasta que no

2º: se suprima la Ley de Aviticitas.

La supresión de ésta forzosamente conlleva

3º: la abolición del Derecho de Fisco.

Ya que no es suficiente si el acreedor sólo puede expropiar el inmueble, sino que tiene que poseerlo con toda seguridad, al contrario no concederá crédito por bajo interés; aunque el acreedor podría ser más bien no noble que noble húngaro, forzosamente todos tienen que tener

4º: Jus proprietatis (derecho de propiedad).

Además si un no noble también puede poseer inmueble, tiene que tener completa seguridad sobre su persona y su propiedad, esto es

5º: Igualdad ante la Ley.

Y –ya que la Ley no puede ser exitosa si siempre la explica sólo un bando...–

6º: defensor del pueblo.

Estas últimas dos leyes conllevan que

7º: los nobles también paguen la doméstica (impuesto cobrado para los gastos del comitado) y el subsidio (impuesto para cubrir los gastos de los diputados de las Dietas) en proporción a sus posesiones.

A consecuencia de estas leyes resucitará la Patria y ya que la circulación será más intensa, será forzoso que

8º: la regulación de los ríos, construcción de carreteras y su mantenimiento, además de las aduanas internas –pagadas por todos, sin distinción– sean asuntos de la Dieta, porque en tales cosas son necesarias la armonía y la estrecha concordancia.

Pero a pesar de todo la diligencia no puede desarrollarse y por eso hay que suprimir como obstáculo peligroso

9º: los monopolios, los gremios, las limitaciones (regulación de los precios) y otras instituciones semejantes para siempre.

Pero, para que el país no pierda las características nacionales y la inteligencia extranjera no las oprima más fácil y frecuentemente, como en la actualidad,

10º: desde el 1 de enero de 1835 serán válidos en nuestro país leyes, sentencias, órdenes, solicitudes, contratos, acuerdos y cuentas escritos exclusivamente en húngaro.

Sin embargo, todo esto aún no es suficiente para la marcha normal de los asuntos de la patria húngara, ya que en las órdenes supremas es necesaria la máxima uniformidad, por lo tanto,

11º: nos gobierne únicamente el Consejo de Lugartenencia.

Y la garantía principal de todo esto sea

12º: la publicidad.”

En este programa coherente que partiendo de la exigencia del crédito quería trastocar toda la economía, sociedad y el Estado hay omisiones importantes. No menciona, por ejemplo, la necesidad de abolir la servidumbre. En un lugar del *Crédito*, Széchenyi alude a la relevancia de resolver este problema, pero no ofrece ninguna solución concreta. Tal vez no quiso alejar a los nobles de las reformas.

Tampoco quería independizarse del Imperio de los Habsburgo. Según Széchenyi, el mercado del Imperio era sumamente necesario para la agricultura húngara. Además sin los países hereditarios Hungría sería un estado pobre e insignificante. Se podía tener influencia en la política europea solamente a través de la colaboración con la Corte de Viena.

Széchenyi esperó de la aristocracia la realización de su programa. Quiso modernizar la economía salvaguardando el dominio de su capa social (en esto también le sirvió de ejemplo Inglaterra). Pensaba que sólo así sería posible evitar la revolución, que consideraba el mayor peligro que amenazaba a todo el orden natural.

Él mismo intentó servir de ejemplo al iniciar los cambios con sus obras prácticas. Fundó, por ejemplo, el Casino para asegurar el intercambio de ideas entre los aristócratas, se preocupó por el desarrollo de las comunicaciones (regulación de los ríos, organización de la navegación de vapor en el Danubio y en el Balaton, construcción de un astillero y puerto de invierno, instalación del primer puente permanente en el Danubio –el Puente de Cadenas–), fomentó la mecanización (primer molino de vapor) y la modernización en la agricultura (cría de gusano de seda, cambio de razas). Con eso contribuyó al desarrollo económico, que comenzó lenta pero decididamente desde mediados de la década de los 30.

Sus ideas conmocionaron a la opinión pública y en todos los foros se discutieron sus iniciativas. Tuvo partidarios y detractores también entre la aristocracia y la nobleza, lo que desempeñó un papel importante en la propagación del movimiento de reformas.

LA LUCHA POR LOS CAMBIOS EN LOS AÑOS 1830. LAS DIETAS DE LAS REFORMAS

En 1830-31 tanto en Europa como en Hungría tuvieron lugar acontecimientos que empujaron a la nobleza hacia los cambios. En 1830 triunfó la Revolución de Julio en París y los belgas consiguieron independizarse de Holanda. La Santa Alianza tuvo que aceptar esos cambios, que probaban el debilitamiento de la opresión conservadora frente a las ideas del liberalismo.

Otra enseñanza obtuvieron de la sublevación en el Reino de Polonia (la Polonia rusa) entre noviembre de 1830 y septiembre de 1831. Allí los nobles acudieron a las armas para conquistar la independencia contra el Imperio ruso, sin embargo quisieron conservar el feudalismo y la dependencia señorial de los siervos. El zar, con ofrecer la abolición de la servidumbre a la gleba, logró que los siervos polacos se rebelaran y lucharan en contra de sus señores, y así la lucha de independencia polaca fracasó. Lo ocurrido en Polonia reveló una posibilidad semejante ante los nobles húngaros, máxime cuando en el verano de 1831 también tuvo lugar en Hungría una rebelión campesina en los comitados nororientales del país (Zemplén, Sáros), llamada rebelión del cólera. La causa inmediata del descontento fue la epidemia de cólera que causó la muerte de miles de habitantes en la región. En la época se desconocían los métodos para curar esta enfermedad y simplemente se intentó frenar su propagación. Cercaron la región infectada con un cordón sanitario que impidió que los campesinos de estos comitados montañosos y pobres trabajaran en la cosecha de la Llanura, con lo que normalmente solían ganarse la vida, y distribuyeron desinfectante entre la nobleza para que, echándolo en los pozos, aseptizara el agua. Como los nobles ignoraban la cantidad adecuada, algunas veces incluso envenenaron a la población en vez de protegerla. Entre los campesinos cundió la sospecha de que los señores odiaban tanto al pueblo que directamente querían exterminarlo, por eso se dirigieron contra sus residencias. Finalmente el ejército logró sofocar la sublevación utilizando las armas.

Los acontecimientos atemorizaron a una parte de la nobleza. Otra parte, los defensores de las reformas, comenzaron a buscar una solución a la hostilidad social. Pensaron encontrarla en la concordancia de intereses: ensanchamiento paulatino de los privilegios señoriales sobre el pueblo, interesándolo en el apoyo al movimiento de reformas. Un representante excelente de esta idea, el famoso poeta Ferenc Kölcsey, como diputado del comitado de Szatmár en la Dieta de 1832-36, mencionó dos cosas cuya concesión atraería al campesinado a su bando: libertad y propiedad. El primer paso en este camino tenía que ser la abolición voluntaria de la servidumbre, que haría posible librarse de las obligaciones señoriales mediante un contrato privado entre el señor y su siervo. Éste tendría que pagar una suma para librarse a sí, su familia y tierras de la dependencia.

A pesar de que en la Dieta mencionada un círculo considerable exigió la promulgación de una ley en este sentido, tanto en la Cámara Alta (el barón Miklós Wesselényi), como en la Cámara Baja (Ferenc Kölcsey y Ferenc Deák), apoyados además por el grupo de jóvenes juristas (los llamados “jóvenes de la Dieta” [országyűlési ifjak]) que participaron en las sesiones cursando una práctica y formaron así una opinión pública política, la Corte y el líder del conservadurismo imperial, el canciller Clemente Metternich, se opusieron a cualquier cambio.

Pese a todo, en noviembre de 1833 ambas Cámaras de la Dieta aprobaron la propuesta de ley y la enviaron como representación humilde a Viena. El rey no respondió hasta agosto de 1834. Durante este tiempo aprovecharon la hostilidad hacia las reformas de la nobleza sin tierra, que tenía la mayoría en las asambleas de

comitado, y lograron que éstas modificaran las instrucciones de los diputados (quienes en las votaciones tenían que representar la opinión de la mayoría de la nobleza del comitado y no tenían derecho a votar en sentido contrario a pesar de su convicción personal). Por este motivo muchos, entre ellos uno de los iniciadores de la ley, Ferenc Kölcsey, hubieran tenido que rechazar la propuesta, y como no quisieron hacerlo, abandonaron la Dieta. En su discurso de despedida Kölcsey formuló las palabras que se convirtieron en emblema de toda la época: “Nuestros lemas han sido: patria y progreso”, o sea independencia y modernización. Así, cuando el rey devolvió la propuesta de ley pidiendo nueva votación, la Dieta la descartó, y de ese modo fracasó la reforma más importante.

No obstante, se obtuvieron algunos resultados parciales. Se aprobó la ley sobre la construcción del Puente de Cadenas, donde todos, nobles y no nobles, tendrían que pagar peaje por igual; otra sobre la primera línea de ferrocarril, que se inauguraría en 1846; y también se logró que los nobles que cultivaran manso tuvieran que pagar tributo al Estado.

Aunque Viena consiguió que los cambios fueran parciales, la fuerza de los partidarios de las reformas sorprendió a la Corte. El príncipe Metternich, líder de la Camarilla (consejo del regente) que gobernaba en vez del nuevo rey, Fernando V, intelectualmente débil (Francisco I había muerto en 1835), decidió librarse de los líderes considerados más peligrosos con pleitos que les acusaban de alta traición. Los encausados más ilustres fueron el barón Miklós Wesselényi, amigo de Széchenyi y portavoz de las reformas en la Cámara Alta; László Lovassy, líder de los jóvenes de la Dieta; y Lajos Kossuth, que comenzó su carrera política en esta Dieta. Este último nació en 1802, en una familia nobiliaria empobrecida. Cursó estudios de derecho, ejerció como abogado y participó en la política en su comitado natal, Zemplén. Sustituyó a un aristócrata ausente en la Dieta de 1832-36. Su obligación era informar por carta sobre los acontecimientos de la misma al que lo había delegado. Las misivas tuvieron tanto éxito que los jóvenes de la Dieta las copiaron y propagaron en toda Hungría. Estas *Informaciones sobre la Dieta* (Országgyűlési Tudósítások) sentaron las bases del periodismo político en el país. En ellas Kossuth comentó las disputas desde un punto de vista reformista, con lo que no es de extrañar que, según la interpretación de la Corte, con ellas se amotinara la opinión pública. Éste fue el pretexto de la acusación.

La indignación por estos hechos fue enorme. La Camarilla logró la condena de los acusados a pesar de su creciente popularidad (Wesselényi alcanzó fama también al salvar heroicamente a las víctimas de la inundación de 1838 en Pest) y de que fueron defendidos por los mejores abogados de la oposición (el de Kossuth fue Ferenc Deák). Lo único que lograron fue que los condenaran no por alta traición, cuyo castigo habría sido la muerte, sino sólo por conjura y agitación. Las sentencias, de todos modos, fueron muy severas. Condenaron a Wesselényi a tres años de cárcel, a Kossuth a cuatro, y a Lovassy a diez, que tuvo que cumplir en la cárcel de una fortaleza.

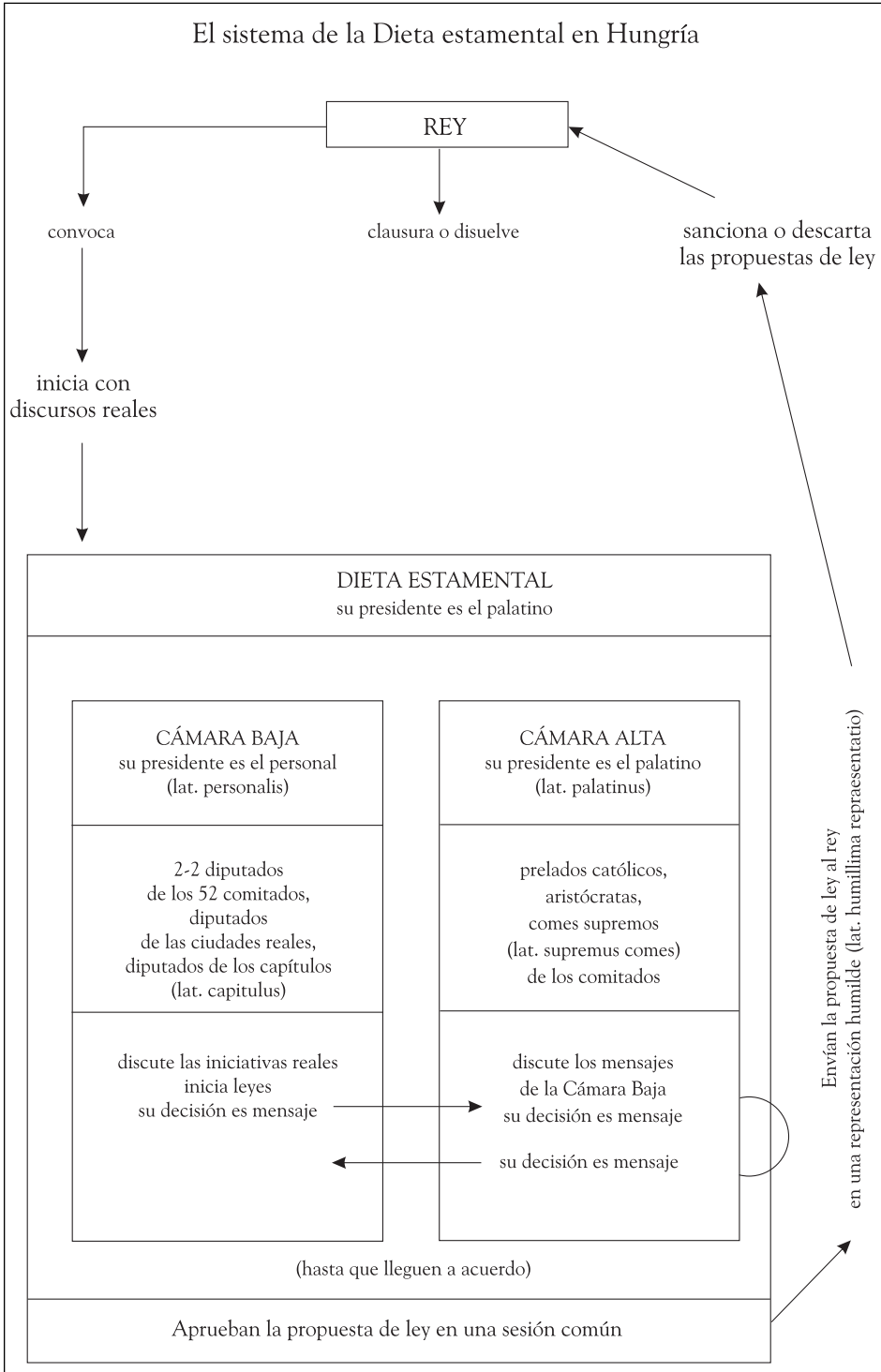
La opinión pública exigió su puesta en libertad. Los opositores de la Dieta de 1839-40, por ejemplo, boicotearon las sesiones hasta que Viena no se retirara. Al ver

la envergadura del asunto, la Corte cambió de táctica y explicó lo sucedido como el desmán de algunos altos burócratas. Hicieron dimitir a Fidél Pálffy, canciller húngaro, y organizaron un bando político conservador, colaboracionista, que apoyó ciertas reformas moderadas, al mando de un aristócrata húngaro, el conde Aurél Dessewffy, y del palatino José de Habsburgo, tío del rey. Ellos se llamaron progresistas moderados (fontolva haladó). Como fruto de la nueva política el rey sancionó la abolición voluntaria de la servidumbre, presentada de nuevo por la Dieta que, sin embargo, conllevó mejoras en la situación de sólo el 1% del campesinado. Legitimaron la libertad de empresa (cualquier persona, noble o no noble, obtuvo el derecho de emprender una), ampliaron el uso de la lengua húngara en la administración (publicaron las leyes en dos idiomas: en latín y en húngaro) y decidieron construir un Teatro Húngaro permanente en Pest. Asimismo pusieron en libertad a los opositores condenados: Wesselényi salió de la cárcel ciego y Lovassy mentalmente desequilibrado. El único que no se quebrantó fue Kossuth. En la prisión estudió inglés y leyó las obras de Adam Smith, con lo que incluso se fortaleció ideológicamente y se convirtió indiscutiblemente en el máximo líder de la oposición.

EL PROGRAMA DE KOSSUTH

La Corte quiso controlar la actividad de Kossuth, por eso le confiaron la redacción de un periódico político recién fundado por un delator, Lajos Landerer. Así Kossuth fue redactor del *Pesti Hírlap* (Gaceta de Pest) entre 1841-44. Esperaban que la censura impidiera la publicación de artículos revolucionarios, pero él logró burlarla. Elaboró un nuevo lenguaje de prensa que no declaraba, sino que preguntaba o sugería, con lo cual la censura no tenía motivo para impedir la publicación. Con este método pudo propagar su programa, que se basaba en la concordancia de intereses pero superaba en radicalismo a la solución de los opositores en las Dietas de las reformas. Reivindicó la abolición obligatoria de la servidumbre con recompensa estatal, la libre propiedad burguesa también para los ex-siervos, la contribución equitativa y la representación popular en la Dieta. En cuanto a la relación de Hungría con el Imperio de los Habsburgo también superó a Széchenyi, ya que exigió un Estado nacional independiente, con gobierno responsable ante el parlamento, dentro del marco del Imperio. En la realización de su programa contó con el respaldo de la nobleza de estado llano, por falta de burguesía.

Asimismo propagó la necesidad de la industrialización, de acuerdo con su famoso dicho: "Sin industria la nación es un coloso manco". Por eso desempeñó un papel importante en la organización de la Asociación Industrial (Iparegyesület), de la Sociedad Comercial de Hungría (Magyar Kereskedelmi Társaság) y de la primera exposición industrial (1842). Hasta 1842 su programa económico fue puramente liberal. Fue entonces cuando se produjo en él un cambio significativo. La causa fue que la Corte declaró su deseo de unirse al Zollverein (unión aduanera de los estados alemanes). Kossuth se dio cuenta del peligro de que la concurrencia de los estados



industrialmente más desarrollados sofocara la débil modernización húngara. Por eso, para defender el mercado nacional en formación, comenzó a propagar el proteccionismo (basado en la obra de Friedrich List). Ya que la doble frontera aduanera impedía cualquier política aduanera proteccionista, Kossuth promovió la formación de la Asociación Protectora (Védegyelet), cuyos miembros juraron comprar durante seis años solamente artículos húngaros, aunque fueran más caros o de calidad inferior que los extranjeros.

El *Pesti Hírlap* difundió con tanto éxito las ideas de Kossuth que su popularidad creció considerablemente. El número de los abonados se elevó de sesenta a cinco mil, tuvieron incluso que reeditar los primeros números del periódico, y el nombre de su redactor se hizo famoso en todo el país. La fama y el radicalismo de Kossuth despertaron el temor de Széchenyi, que criticó el programa de su rival en un panfleto titulado *Pueblo de Oriente* (Kelet népe, 1841). En él reprochaba a Kossuth dos cosas: en primer lugar situar en el centro de su programa la relación entre Pest y Viena, con lo cual amenazaba los intereses húngaros. Y en segundo lugar despertar el peligro de la revolución al movilizar una opinión pública demasiado amplia a los ojos de un aristócrata. Según la formulación posterior de Kossuth, Széchenyi fue un aristócrata magnánimo que quiso hacer todo para el pueblo, pero sin el pueblo, mientras que él fue un verdadero demócrata que quiso hacer todo junto con el pueblo. El resultado inmediato de esta diferencia de opinión fue una polémica de prensa entre los dos máximos personajes de la época. A la larga Széchenyi se acercó a los progresistas moderados y la Corte hizo despedir a Kossuth de la redacción del *Pesti Hírlap* (1844). A pesar de su retirada del periodismo siguió siendo el líder reconocido de la oposición cuando se preparaba la Dieta de 1843-44. Al tener un programa coherente y propuestas de ley elaboradas, los progresistas esperaban un giro en la cuestión de las reformas que, al final, no lograron impulsar porque la Corte, al ver la preparación de la oposición, acudió a su táctica anterior: dilató el tiempo y disolvió las sesiones antes de tiempo. A pesar de todo se consiguieron dos importantes resultados parciales: en la Ley II de 1844 se reconoció el húngaro como única lengua oficial de Hungría; además se aprobó el derecho de propiedad y de acceso a los cargos estatales para los no nobles.

LA CUESTIÓN DE LOS COMITADOS

Después de la Dieta, la Corte quiso fortalecer su influencia en el mismo centro del reformismo, en los comitados. Para asegurar su dominio nombró a nuevos *comes* supremos, fuertes y reaccionarios, y donde eso no fue posible introdujo el cargo de los administradores (corregidores), cuya tarea fue hacer valer la voluntad de Viena en los asuntos locales y, posteriormente, en las elecciones de los diputados.

Paralelamente, apoyaron la reorganización de la administración local algunos jóvenes intelectuales, mayoritariamente juristas, que vieron con claridad el carácter anticuado y feudal de los comitados. Ellos propagaron la necesidad de un gobierno central fuerte en vez de la preponderancia de los intereses locales en los centros

provinciales, y un nuevo sistema administrativo que se basara en el autogobierno de las comunidades locales. Por querer fortalecer el poder central, ellos se llamaron centralistas. Sus mejores representantes fueron József Eötvös, László Szalay y Ágoston Trefort. Sus iniciativas no fueron bien acogidas ni en los comitados, donde la nobleza temía la pérdida de su influencia, ni por Kossuth, que consideró posible organizar a todos los adversarios de la Corte aprovechando precisamente las posibilidades de los comitados. A pesar de todo, el movimiento de estos jóvenes funcionarios estatales fue importante porque, al conocer la teoría administrativa moderna de Europa y la práctica real de Hungría, elaboraron una serie de propuestas de ley que no tuvieron posibilidad de discutirse en la Edad de las Reformas, pero que, después del Compromiso, facilitaron la formación del marco de un nuevo estado burgués.

LA FORMACIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS Y LA ÚLTIMA DIETA ESTAMENTAL (1847-48)

Para la última Dieta estamental ambos bandos se prepararon con gran cuidado. La oposición –de nuevo basándose en el ejemplo de la sublevación de los siervos polacos en Galitzia, en 1846– sabía que las reformas no debían aplazarse más. También la Corte sabía que tenía que cambiar, la cuestión era decidir el carácter y el ritmo de la transición. Para ejercer la mayor presión posible, los dos grupos políticos fortalecieron la colaboración de sus partidarios y formaron sus partidos respectivos.

Primero se organizó el Partido Conservador (Konzervatív Párt) en 1846. Sus líderes fueron dos aristócratas húngaros, el barón Samu Jósika y el conde György Apponyi. En su programa se mencionaban algunos terrenos por reformar (el comercio, el transporte, el sistema señorial), pero ni se esbozaron los detalles.

El Partido Opositor (Ellenzéki Párt) publicó su programa, la *Declaración Opositora* (Ellenzéki Nyilatkozat), en 1847. Ya que fue Kossuth el que redactó el texto –a pesar de que lo publicaron bajo el nombre del conde Lajos Batthyány y Ferenc Deák– no es de extrañar que las reivindicaciones reflejaran las ideas ya conocidas. Se exigía la contribución equitativa, la representación popular, la igualdad ante la ley, la abolición obligatoria de la servidumbre con recompensa estatal y la abolición de la Ley de Aviticitas.

Sin embargo, paralelamente cristalizó en Pest un tercer grupo, el de los demócratas revolucionarios que se reunían en el café Pilvax, por lo que se llamaron “jóvenes de Pilvax”, posteriormente “jóvenes de Marzo”. Pertenecieron a él Sándor Petőfi, Pál Vasvári, Mór Jókai, József Irinyi, Dániel Irányi, etc. Ellos eran republicanos radicales que querían borrar todos los rasgos feudales del régimen sin ninguna compensación, si fuera necesario con la revolución. Por eso estuvo muy cerca de ellos Mihály Táncsics, un maestro de origen campesino que exigía la abolición obligatoria de la servidumbre sin recompensa, ya que según él la tierra pertenecía al que la trabajaba.

Tras estas preparaciones se reunió la última Dieta estamental en otoño de 1847. A causa de la división de la oposición y de la resistencia de la Corte ni se planteó el

problema de la abolición obligatoria de la servidumbre. A pesar de que se suprimió la Ley de Aviticitas y se promulgó la ley sobre el pago de la *doméstica* también por los nobles, pareció que la Dieta se disolvía sin importantes resultados, en un momento en el que llegaban las primeras noticias sobre las revoluciones europeas de la primavera de 1848, lo que cambió totalmente el rumbo de los acontecimientos.

LOS LOGROS DEL DESARROLLO ECONÓMICO

Debido a la política desarrollista de los reformistas, y a la coyuntura europea que se vivió entre 1830 y 1847, la economía húngara experimentó un crecimiento importante. El terreno donde se produjo el cambio más visible fue el de las infraestructuras. Para el transporte se formó en 1829 la Primera Sociedad de Navegación de Vapor del Danubio (Első Dunagőzhajózási Társaság), comenzó la regulación de las aguas, se aseguró la navegación en el Danubio a través de las Puertas de Hierro y se organizó la circulación fluvial regular entre Pest y Viena. En 1846 se inauguró la primera vía férrea entre Pest y Vác, y en 1847 la segunda entre Pest y Szolnok. Sin embargo, caracteriza muy elocuentemente el atraso de Hungría el hecho de que en 1848, en el Imperio austríaco había 1.700 km de ferrocarril, mientras que en Hungría su longitud apenas alcanzaba los 240 km.

En el comercio también comenzó la modernización, ya que junto al exterior apareció el intercambio interior de forma regular. Sus escenarios siguieron siendo las ferias (la de Pest era la tercera en Europa), pero también se instalaron emporios y almacenes, donde la compra y venta fue permanente. En total –según Elek Fényes, autor de la *Descripción de Hungría* (Magyarország leírása) publicada en 1847– unas dos mil personas se dedicaban al comercio. Entre ellos los más grandes –unos ciento ochenta y nueve comerciantes al por mayor– eran de origen extranjero, pero ya había comenzado su proceso de asimilación. Lo demuestra que, por un lado comenzaron a invertir en la modernización del país; y por otro se húngarizaron en nombre, lengua y costumbres. Uno de los mayores comerciantes de productos agrícolas (tabaco), Móric Ullmann, por ejemplo, era un judío de habla alemana que se asentó en la capital húngara a comienzos del siglo. Posteriormente fue él quien fundó el segundo banco en el país, el Banco Comercial Húngaro (Magyar Kereskedelmi Bank) y obtuvo la concesión para construir la línea ferroviaria entre Pest y Szolnok, mientras que su hijo ya se llamó Bernát Szitányi y fue vicenotario en el comitado de Hont. Otra familia, los Deutsch, dedicada al comercio de remolacha azucarera, fue la primera en fundar una fábrica de azúcar en Hatvan, centro de su actividad.

Paralelamente se inauguraron las primeras fábricas de tejido y destilerías de alcohol, en cuya fundación participaron también algunos nobles y aristócratas que quisieron aumentar sus ingresos con la elaboración de las materias primas procedentes de sus haciendas. Semejante fue la situación en la industria molinera. Los primeros molinos de vapor se fundaron con la colaboración de comerciantes enriquecidos y aristócratas. Este fue el caso del Molino de Cilindro de Pest (Pesti Hengermalom),

cuyos primeros accionistas fueron seis comerciantes al por mayor, dos empresarios industriales y cinco aristócratas, entre ellos István Széchenyi y Lajos Batthyány.

Para satisfacer la demanda de maquinaria se abrieron las primeras empresas de industria pesada. La fábrica metalúrgica de Rimamurány y las de maquinaria de István Vidats, de István Farkas y de Ábrahám Ganz tuvieron este objetivo. En total, al final de la Edad de las Reformas, en Hungría funcionaban unas quinientas fábricas, según los datos de Elek Fényes.

En la banca el desarrollo fue menos rápido. A pesar de todo se crearon dos bancos lo suficientemente fuertes para sobrevivir a los trastornos de la revolución y de la guerra de independencia: la Primera Caja de Ahorros Nacional de Pest (Pesti Hazai Első Takarékpénztár), fundada por András Fáy en 1840 y el Banco Comercial Húngaro ya mencionado, instaurado por Móric Ullmann en 1842.

En la agricultura el desarrollo fue menos espectacular. No obstante, en esta época creció la extensión de la tierra cultivada. Junto al crecimiento de la producción cerealística aumentó la del forraje, remolacha azucarera, patata, tabaco y colza. Comenzaron a utilizar mejores instrumentos (arado y rejas de hierro) y fue entonces cuando en la cosecha el dille comenzó a sustituir a la hoz. La verdadera modernización, sin embargo, sólo sería posible con la abolición de la servidumbre.

El desarrollo universal se manifestó también en la urbanización. Se embelleció en primer lugar el centro económico y cultural del país, Pest, donde la inundación de 1838 hizo posible la reorganización total de la estructura urbana. Debido a la actividad de József Hild y Mihály Pollack el estilo característico de las reconstrucciones fue el clasicismo. En el urbanismo y en el control de las obras desempeñó un papel importante la Comisión para el Embellecimiento de la Ciudad (Városszépítő Bizottmány), presidida por el palatino José. Mientras que el estilo característico de las grandes construcciones fue el clasicismo (Museo Nacional, Teatro Nacional), el característico en la literatura y música fue el romanticismo nacional. La actividad de Mihály Vörösmarty, József Katona, Sándor Petőfi en la literatura y la de Ferenc Erkel en la música se vinculan al despertar nacional.

LA FORMACIÓN DE LA NACIÓN HÚNGARA Y LA CUESTIÓN DE LAS NACIONALIDADES

La formación de la identidad de la nación húngara –como la de otras nacionalidades que vivían en Hungría– tuvo lugar a comienzos del siglo XIX, por medio del concepto cultural de nación. Por eso se despertó el interés por el desarrollo de la lengua nacional, por las tradiciones históricas y populares. Esto fue el trasfondo del romanticismo nacional en la literatura y en la música que se acaba de mencionar, y también la causa de la lucha política por la lengua nacional húngara y por el teatro nacional en las Dietas de la época. Sin embargo, la formación paralela de la conciencia nacional en muchas nacionalidades de Hungría (croatas, serbios, eslovacos, rumanos) causó graves problemas ya en la Edad de las Reformas y sombreó

las perspectivas posteriores, ya que frente a los austríacos alemanes los húngaros se definieron como nación cultural, mientras que frente a las nacionalidades se impusieron por medio del concepto político de nación. Según esto fueron los húngaros los primeros en formar un Estado en la cuenca de los Cárpatos, y las nacionalidades se asentaron posteriormente en un Estado ya establecido. Por lo tanto en Hungría, según ellos, existía sólo una nación política. Los políticos húngaros de la época consideraron necesario extender los derechos políticos (las libertades burguesas) a las nacionalidades, también quisieron concederles vastos derechos en el uso de su lengua materna y en la práctica de sus costumbres, pero –aludiendo a la teoría mencionada– les negaron todo tipo de autonomía política.

La respuesta de las nacionalidades fue, por un lado, la búsqueda de tradiciones históricas que demostraran que habían vivido en el territorio de la Hungría posterior antes de la conquista de la patria por los húngaros (ilirismo, teoría dacio-rumana, estado moravo de Svatopluk). Por otro lado, frente a los húngaros buscaron el apoyo de Viena. También agudizó muchas veces la situación el antagonismo social. Las sociedades de las nacionalidades mencionadas carecían de señores feudales propios, ya que ellos se habían asimilado en las épocas anteriores. Por eso la hostilidad “regular” entre los campesinos dependientes y los señores feudales se matizó de conflicto nacional. Asimismo dificultó el compromiso el llamado augurio de Herder. Según el poeta alemán, uno de los padres del nacionalismo cultural, la nación húngara forzosamente tenía que ser absorbida por el “gran mar eslavo” que la rodeaba. Así entre los húngaros surgió el temor al paneslavismo, lo que fomentó diferentes teorías para la asimilación de las nacionalidades: según Wesselényi, por ejemplo, habría que ligar la abolición de la servidumbre de los campesinos no húngaros al conocimiento de la lengua húngara.

El asunto de las otras nacionalidades no fue tan grave en esta época. El despertar nacional de los rutenos comenzó sólo a fines del siglo XIX, mientras que entre los alemanes, procedentes de diferentes estados alemanes, hablantes de diferentes dialectos, no se formó una identidad unificada. Ellos más bien se vincularon a su nueva patria y buscaron su bienestar junto con ella. De ahí que los alemanes de Hungría –los *suabos*– lucharan en la guerra de independencia en el ejército húngaro contra los Habsburgo. Los judíos en Hungría no se consideraron nacionalidad, sino religión; además, en la época, su asimilación fue bastante rápida y esto en su caso más bien causó controversia.

La revolución y guerra de independencia

LA REVOLUCIÓN DEL 15 DE MARZO DE 1848

Como acabamos de mencionar, a comienzos de marzo de 1848 la última Dieta estamental de Hungría estaba a punto de disolverse, cuando llegó la noticia sobre la revolución de París del 24 de febrero. Al enterarse del triunfo de la burguesía parisiense, Kossuth en un discurso amenazó a los estamentos vacilantes con

la revolución (“¿Qué diría el país si la Dieta se disolviera sin resultado alguno?”) y asimismo presentó una propuesta de representación en la cual exigió la abolición de la servidumbre, contribución equitativa, gobierno responsable y constitución para todos los pueblos del Imperio austríaco (3 de marzo de 1848). La Cámara Baja aprobó la iniciativa de Kossuth el mismo día y la enviaron a la Cámara Alta. La Corte sopesaba y quería dilatar el tiempo, por eso el palatino István, presidente de la Cámara Alta fue citado a Viena, ya que en su ausencia dicha Cámara no podía reunirse. En esta situación de empate Kossuth se dirigió a los jóvenes revolucionarios de Pest pidiendo que ejercieran presión en la Cámara. Los jóvenes de Pest consintieron y comenzaron a organizar una manifestación para el 19 de marzo, día de la feria primaveral de Pest, pero radicalizaron un tanto las reivindicaciones de Kossuth. Así nacieron *Los Doce Puntos* (*A tizenkét pont*), programa de la revolución de marzo de 1848.

“¿Qué desea la nación húngara?

Que haya paz, libertad y concordia.

1 Deseamos la libertad de prensa y borrar la censura.

2 Ministerio (gobierno) responsable en Buda-Pest.

3 Asamblea Nacional anual en Pest.

4 Igualdad ante la ley en lo civil y en cuanto a la religión.

5 Guardia civil nacional.

6 Contribución equitativa.

7 Abolición del sistema señorial.

8 Tribunal de jurados, por medio de la igualdad en la representación.

9 Banco Nacional.

10 Que el ejército jure la constitución, los soldados húngaros no se lleven al extranjero, los extranjeros se retiren del país.

11 Que los prisioneros políticos sean puestos en libertad.

12 Unión (de Transilvania con Hungría).

Igualdad, libertad, fraternidad.”

La revolución de Viena del 13 de marzo aceleró los acontecimientos. Los jóvenes intelectuales no quisieron esperar más y el 15 de marzo decidieron también hacer estallar la revolución en Pest. Primero se reunieron en el café Pest, donde Irinyi leyó *Los Doce Puntos* recién redactados por él, Petöfi declamó su poema revolucionario, el *Canto nacional* (*Nemzeti dal*) y se dirigieron a la universidad para obtener el respaldo de los estudiantes. Desde allí continuaron la marcha unos cientos de manifestantes que querían conseguir la libertad de prensa, por eso se dirigieron a la imprenta de Landerer y Heckenast donde confiscaron las máquinas en nombre del pueblo e hicieron imprimir sin la aprobación del censor *Los Doce Puntos* y el *Canto nacional*. Por la tarde –a pesar de la lluvia fría– se unieron en el jardín del Museo Nacional algunos miles de hombres, y para legitimar la revolución marcharon al Ayuntamiento e hicieron constar su programa. Por la noche lograron que el Consejo

de Lugartenencia pusiera en libertad a Mihály Táncsics, apresado por editar su obra titulada *La palabra del pueblo es palabra de Dios* (*A nép szava Isten szava*) sin el permiso de la censura. Terminó el día en el Teatro Nacional con la representación del drama nacional, *El ban Bánk* (*Bánk bán*) de József Katona entre gran entusiasmo del público.

El mismo día la Cámara Alta de la Dieta de Pozsony también aprobó la representación de Kossuth y partió una diputación a Viena para obtener la sanción real. La Camarilla no se atrevió a oponerse y por medio de la autorización oral de Fernando V, el palatino nombró a Lajos Batthyány primer ministro de Hungría (17 de marzo). El mismo día también se creó este cargo para Austria. Al regresar a Pozsony el primer ministro recién nombrado comenzó las negociaciones sobre la formación del primer gobierno responsable del país. Sus miembros fueron Lajos Batthyány (primer ministro), Ferenc Deák (ministro de justicia), Bertalan Szemere (ministro del interior), József Eötvös (ministro de religión y educación), Gábor Klauzál (ministro de agricultura e industria), Lajos Kossuth (ministro de finanzas), István Széchenyi (ministro de obras públicas), Lázár Mészáros (ministro de guerra) y Pál Esterházy (ministro húngaro delegado en la Corte Real). Mientras tanto la Dieta elaboraba las leyes que tras la sanción real del 11 de abril tuvieron la finalidad de asegurar la transformación de Hungría en un estado burgués.

LAS LEYES DE ABRIL

Art. III Del gobierno independiente y responsable en Hungría.

Secc. 3 Su Majestad, y en su ausencia el palatino y el lugarteniente del Rey, ejercen el poder ejecutivo —de acuerdo con las leyes— a través del gobierno independiente y responsable de Hungría, y cualesquiera de sus decretos, órdenes, provisiones, resoluciones y nombramientos son válidos sólo si los refrenda uno de los ministros residentes en Buda–Pest.

Secc. 4 Cada miembro del gobierno es responsable por todos los asuntos oficiales (procesos, decisiones, provisiones).

Secc. 5 La residencia del gobierno está en Buda–Pest.

Secc. 6 En todos los terrenos que hasta ahora han pertenecido o deberían pertenecer a la jurisdicción de la Cancillería real de Hungría residente en la Corte, a la del Consejo real de Lugartenencia y a la del Fisco real, comprendiendo aquí la minería, además de todas las cuestiones de la defensa, Su Majestad ejercerá el poder ejecutivo de ahora en adelante exclusivamente a través del gobierno húngaro.

Secc. 13 Uno de los ministros permanecerá siempre en la Corte y en todos los asuntos que conciernen a la Patria, junto con los países hereditarios, interviniendo representará al país con plena responsabilidad.

Secc. 18 Cada ministro es responsable por todos los decretos que firmare.

Art. IV De las sesiones anuales del parlamento.

Secc. 1 Ya que el parlamento en el futuro tendrá sus sesiones cada año en Pest, convocará a la sesión anual a los Estamentos del país Su Majestad anualmente y si las circunstancias lo hacen posible para los meses de invierno.

Secc. 5 Su Majestad tiene el derecho de prorrogar y clausurar la sesión anual, además tiene el derecho de disolver el parlamento antes de que termine su mandato de tres años y entonces convocar nuevas elecciones; sin embargo, en tal caso se prescribe la convocatoria del nuevo parlamento de la siguiente manera: el nuevo parlamento debe reunirse dentro de tres meses después de la disolución del anterior.

Secc. 6 No se puede clausurar la sesión anual, ni se puede disolver el parlamento antes de decidir sobre las cuentas del último año y sobre el presupuesto presentado por el gobierno.

Secc. 10 Las sesiones de ambas cámaras siguen siendo públicas.

Art. V De la elección de los diputados del parlamento por medio de representación popular.

Secc. 1 Ya que el parlamento presente no tiene la vocación de despojar de sus derechos políticos a los que los han tenido, los que han tenido voto en las elecciones de los diputados del parlamento en las provincias y distritos libres se quedarán con él.

Además de ellos:

Secc. 2 Son votantes todos los que residan en el país y en las partes unidas, nacieran en él o sean repatriados, tengan 20 años como mínimo y no estén bajo la tutela paterna, ni la de tutor, ni la de dueño, ni estén bajo castigo por traición, contrabando, robo, asesinato, ni por incendio, sin diferencia en las religiones toleradas, a excepción de las mujeres:

a) Los que dispongan de una casa o tierra de valor de 300 forintos de plata en ciudades libres o poblaciones con consejo ordenado, en otras poblaciones dispongan de $\frac{1}{4}$ de manso (en sentido tradicional) o posesiones equivalentes, como propiedad exclusiva o junto con su mujer e hijos menores de edad.

b) Los que sean residentes como artesanos, comerciantes, empresarios, si tienen como propiedad taller, emporio comercial o fábrica y si son artesanos y trabajan continuamente con un oficial como mínimo.

c) Los que —aunque no pertenezcan a las clases mencionadas— tengan un ingreso permanente y seguro de 100 forintos de plata procedente de su posesión o capital.

d) Sin consideración a sus ingresos, científicos, cirujanos, abogados, ingenieros, artistas de la academia, profesores, miembros de la Academia de Ciencias de Hungría, farmacéuticos, pastores, vicepastores, notarios de los pueblos, y maestros de las escuelas en el distrito electoral donde tengan su domicilio permanente.

e) Los que hasta aquí han sido vecinos, aunque no tengan las posibilidades susodichas.

Secc. 3 Son elegibles todos los que son votantes, si han cumplido 24 años de edad y son capaces de cumplir la prescripción de la ley en vigor según la cual la lengua de la legislación es el húngaro.

Art. VIII De la contribución equitativa.

En Hungría y en las partes unidas a ella los habitantes contribuyen a los gastos públicos –sin ninguna distinción– igual y proporcionalmente.

Art. IX De la supresión de las prestaciones, diezmos y pagos cobrados a base de urbario y contratos señoriales que lo sustituyan.

Las prestaciones, diezmos y pagos cumplidos hasta ahora a base de urbario y contratos señoriales que lo sustituyan se borran para siempre desde el día de la publicación de la ley.

Secc. 1 La legislación sitúa la recompensa de los señores bajo el escudo del honor nacional.

Secc. 2 Sobre la recompensa de los señores, para que el público les pague sin falta el capital equivalente a las prestaciones señoriales cumplidas hasta ahora, Su Majestad presentará a la próxima Asamblea Nacional una propuesta de ley a través de su ministerio húngaro.

Art. XVIII Ley de prensa.

Al suprimir la censura para siempre, al restablecer la libertad de prensa, como garantía de la misma provisionalmente se decreta:

Secc. 1 Cada uno puede comunicar y propagar libremente sus ideas por medio de la prensa.

Como se ve, estas leyes –con vigor de constitución– decretaron la independencia política de Hungría dentro del Imperio de los Habsburgo; al establecer el gobierno responsable y la Asamblea Nacional representativa formalizaron una monarquía constitucional, introdujeron el sufragio censitario con un censo de bienes y de escolaridad relativamente bajo en la época (por medio del mismo accedió a representación un 7-9% de la población total, más que en la Inglaterra coetánea); realizaron la contribución equitativa y la abolición obligatoria de la servidumbre con recompensa estatal; concedieron las libertades más importantes, con lo cual realmente pusieron las bases de un estado de tipo burgués. Sin embargo, no se regularon algunos problemas importantes que posteriormente causaron dificultades.

1. No se puntualizó la relación entre el Imperio y Hungría.

2. No se aclaró a quién pertenecía el mando del ejército en Hungría, si al rey o al gobierno. Se organizó sólo una guardia civil en el país que indiscutiblemente cumplía las órdenes del gobierno.

3. Aunque los siervos se liberaron personalmente y pudieron rescatar sus mansos, causó problemas el que el 60% de los campesinos ya fueran jornaleros que no tenían tierra, a pesar de que la alquilaran a los señores por medio de contratos a largo plazo y la hubieran poblado con frutales y viñedos.

4. Tampoco se reglamentaron los derechos y condiciones de las nacionalidades.

Al consolidarse un tanto la situación, la Corte intentó aprovechar estas faltas para ejercer presión en el gobierno húngaro y recuperar unos derechos que había concedido en primavera para salvaguardar su poder.

LA ACTIVIDAD DEL GOBIERNO DE LAJOS BATTHYÁNY

Con esa “revolución legal” el poder cayó en manos de la nobleza liberal que tuvo que hacer frente tanto a la radicalización, como a la recuperación del poder por parte del absolutismo. El primer problema para el gobierno liberal se planteó por el descontento de los campesinos, que en algunas regiones comenzaron a repartir las tierras señoriales, por lo que se enviaron tropas para pacificarlos. En ese momento se presentó el problema del ejército. Aunque algunos regimientos se mostraron fieles al poder legal, el gobierno aprovechó también la posibilidad de organizar una guardia civil para fortalecer sus posiciones. El establecimiento de la fuerza armada fue tanto más necesario porque surgieron tensiones con las nacionalidades. Los eslovacos, rumanos, serbios y croatas primero saludaron los logros de la revolución, pero muy pronto sus reclamaciones fueron más lejos: comenzaron a exigir autonomía territorial o independencia total. Este fue el caso de Croacia, donde en marzo eligieron ban a Josip Jellačić, coronel del ejército imperial, político decididamente antihúngaro que incluso publicó la ley de la Dieta húngara sobre la abolición de la servidumbre como decreto propio. En junio se rebelaron los guardafronteras serbios que querían asegurar la autonomía política de Voivodina (Vajdaság) habitada por serbios, húngaros y alemanes. Los campesinos rumanos también estuvieron al borde de la rebelión. La Corte alentó los tres movimientos. Ya que la defensa de la integridad requería ejército y fondos financieros para su aprovisionamiento, el gobierno decidió convocar la primera Asamblea Nacional representativa para obtener la autorización de reclutar soldados y emitir moneda propia del país. Su primera sesión se reunió el 5 de julio en Pest, y tras el discurso ferviente de Kossuth, el 11 de julio se aprobó el reclutamiento de doscientos mil soldados y cuarenta y dos millones de forintos para equiparlos. El parlamento quiso obtener la sanción real ofreciendo la ayuda de los soldados húngaros en Italia (donde el poder de los Habsburgo estaba amenazado por la guerra unificadora liderada por Piamonte-Cerdeña) a condición de que la Corte hiciera dimitir a Jellačić.

No obstante, tanto la situación del Imperio como la situación de Europa cambió mucho hacia finales de julio. La contrarrevolución comenzó a imponerse. En junio el príncipe Windisch-Graetz derrotó la revolución de Praga, en julio el gobierno revolucionario de Francia sofocó la sublevación de los obreros parisenses y en Italia, en la batalla decisiva triunfó el comandante austriaco, general Radetzky. Así la Camarilla consideró llegado el tiempo de recuperar sus posiciones también en Hungría. El 27 de agosto exigieron la entrega de las carteras de guerra y de finanzas al gobierno central, y el 31 de agosto reafirmaron el nombramiento de Jellačić como ban croata. Los húngaros protestaron, pero en Viena ni siquiera recibieron a los

representantes del gobierno, su primer ministro Batthyány y el ministro de justicia Deák, ni tampoco a la delegación del parlamento. Era el momento de prepararse para el conflicto militar. Comenzaron a reclutar y entrenar soldados, emitir moneda de papel (los llamados “billetes de Kossuth”) sin sanción real y a Voivodina enviaron delegados autorizados del gobierno para organizar la defensa. La ruptura con Viena se hizo definitiva cuando el ejército croata, bajo banderas imperiales y al mando de Jellačić, cruzó el Drava, río fronterizo entre Croacia y Hungría el 11 de septiembre. El mismo día el gobierno Batthyány –que no se atrevió a enfrentarse abiertamente al poder de los Habsburgo, considerado legítimo– dimitió. Széchenyi entró en depresión y buscó refugio en el manicomio de Döbling, en Austria. El primer ministro permaneció en su puesto como encargado hasta que no se nombrara otra persona en su lugar. Para ayudarlo se eligió de entre los diputados la Comisión de Defensa Nacional (Országos Honvédelmi Bizottmány) al mando de Kossuth. Desde la dimisión definitiva de Batthyány a comienzos de octubre hasta la formación del gobierno Szemere a principios de mayo de 1849 este órgano ejercería el máximo poder ejecutivo en el país. Paralelamente modificaron la ley de la abolición de la servidumbre y para atraer más campesinos a la defensa de la patria decretaron la libertad de las tierras señoriales arrendadas y plantadas con viñedo.

ATAQUE GENERAL CONTRA HUNGRÍA

Con el ataque de Jellačić la revolución se convirtió en guerra de independencia. Dificultó la defensa que en el Transdanubio, frente al ejército croata, estaban regimientos imperiales que no quisieron luchar contra las banderas de la dinastía si el ban croata tenía autorización del emperador. Ya que Jellačić ni afirmó ni negó su existencia (realmente no la tenía) se retiraron ante su avance y los croatas pudieron acercarse al centro del país sin resistencia alguna. La Corte vio oportuno nombrar al general Franz Lamberg comandante en jefe de Hungría (25 de septiembre). Su nombramiento causó nueva confusión, porque no se determinó su tarea. Algunos –entre ellos el primer ministro Batthyány– confiaban en que el general Lamberg llegara para liderar la lucha contra los croatas. Por eso Lajos Batthyány lo esperaba en el campamento húngaro para refrendar su nombramiento, pero Lamberg se dirigió a Pest, donde en la sesión de la Asamblea Nacional exigió que se le entregaran plenos poderes. El parlamento consideró su exigencia ilegítima y no obedeció, al contrario, el pueblo de la capital, indignado, lo linchó en el puente de pontones que unía Pest y Buda (28 de septiembre). El mismo día la consulta del alto mando celebrada en el campamento de Sukoró decidió que no dejarían al jefe croata continuar su avance, y si atacaba defenderían el camino hacia la capital. Así sucedió que el 29 de septiembre algunos regimientos imperiales fieles a la revolución y los soldados recién entrenados del nuevo ejército (los llamados honvéd, “defensores de la patria”) en su primera batalla detuvieron el ataque croata entre Pákozd y Sukoró, al mando del general János Móga. Jellačić quedó tan sorprendido que durante la noche abandonó en secreto sus

posiciones y se dirigió hacia Viena para buscar apoyos. Su retaguardia fue aniquilada en parte por los campesinos indignados por sus robos y asaltos, en parte por los guardias civiles de Artúr Görgei y Mór Perczel. El ejército húngaro persiguió a las tropas croatas hasta el Leita, río fronterizo con Austria, pero allí detuvieron la marcha para no violar la soberanía de Austria y demostrar así su legitimidad. Sin embargo, habría sido muy necesario que llegaran a Viena, donde el 6 de octubre estalló una nueva revolución, en parte precisamente para apoyar la revolución húngara (otra causa fue la protesta de los obreros de los talleres nacionales contra la bajada de los salarios). Los rebeldes ahorcaron al conde Latour, ministro de guerra, y expulsaron de la ciudad a la guarnición imperial. En esta situación el ataque victorioso del ejército húngaro habría ofrecido la posibilidad de unir las dos revoluciones, sin embargo, la paralización del alto mando húngaro permitió fortalecer el ejército imperial con las fuerzas de Windisch-Graetz, transportadas desde Praga en ferrocarril (esta maniobra fue una de las primeras utilizaciones militares de este transporte.) Con la llegada de Windisch-Graetz se consiguió la superioridad de las fuerzas imperiales (ochenta mil soldados veteranos contra veintisiete mil húngaros, mayoritariamente novatos). Para cuando se decidió el ataque la victoria ya era imposible. El mayor resultado de la batalla de Schwechat (30 de octubre) fue que el ejército húngaro pudo retirarse sin grandes pérdidas, ya que Windisch-Graetz no lo persiguió y quiso primero acabar con la revolución de Viena. La derrota y la retirada de los húngaros aisló a los rebeldes de la capital austríaca y el ejército regular logró sofocar la resistencia con facilidad. Sin embargo, la consolidación política se prolongó hasta diciembre y los húngaros ganaron tiempo para prepararse ante un ataque general. Durante estos meses organizaron toda una industria militar. En esta obra desempeñó un papel importante el nuevo comandante en jefe, Artúr Görgei, químico de profesión.

El preludio del ataque general fue el cambio en el trono imperial. El primer ministro austríaco, príncipe Felix Schwarzenberg, opinaba que en un periodo tan difícil en la historia del Imperio, Fernando V, intelectualmente débil, no era la persona apropiada para representar la fuerza de la dinastía. Por eso logró que el 2 de diciembre el emperador y los dos siguientes herederos del trono abdicaran en favor del joven Francisco José, que tenía sólo 18 años. Él ordenó el ataque centralizado contra Hungría. Las fuerzas generales al mando de Windisch-Graetz atacaron desde Austria. Para ayudarlo, los croatas irrumpieron de nuevo en el país. Desde el norte atacó el gobernador de Galitzia, Franz Schlik. A Transilvania, donde desde octubre se habían sublevado los rumanos, tropas austríacas y rusas acudieron en su ayuda. En el sur volvieron a rebelarse los serbios. Cuando el ejército principal de Hungría sufrió la derrota en la batalla de Mór (30 de diciembre), la consulta de la Comisión de Defensa Nacional y de los comandantes del ejército decidió el 31 de diciembre evacuar la capital. La Asamblea Nacional y la Comisión de Defensa Nacional se trasladaron a Debrecen, mientras que las fuerzas armadas se concentraron entre Tiszafüred y Szolnok para defender el nuevo centro político y elaborar el plan de defensa. Batthyány y Deák permanecieron en la capital y quisieron comenzar negociaciones

con Windisch-Graetz en base a las Leyes de Abril, pero el comandante en jefe austríaco sólo quiso aceptar la capitulación sin condiciones. Ya que Batthyány y Deák la rechazaron, los detuvo y encarceló.

LOS ACONTECIMIENTOS MILITARES DEL COMIENZO DE 1849 Y LA CAMPAÑA DE PRIMAVERA

Görgei tampoco se dirigió al Tisza por la ruta más breve. Primero giró al norte, tal vez para dividir las fuerzas de Windisch-Graetz. El 5 de enero publicó su famosa declaración de Vác que fue un mensaje tanto para la Corte como para Kossuth. En ella proclamó que su ejército actuaba de acuerdo con las Leyes de Abril: no quería más, pero tampoco aceptaba menos. Por otra parte, afirmó que no obedecería ninguna orden salvo las del ministro de guerra. Con esto se opuso al jefe de la Comisión de Defensa Nacional, Lajos Kossuth, radicalizado y cercano al republicanismo, pero consolidó la unidad de su oficialidad, políticamente cada vez más dividida.

Los austríacos quisieron cortar la ruta hacia el Tisza, pero en la batalla de Branyiszko (hoy Pod Braniskom, en Eslovaquia) librada el 5 de febrero de 1849 los soldados del Cuerpo de Ejército del Alto Danubio (Feldunai Hadtest) mandados por Richard Guyon lograron romper el bloqueo y a través de Eperjes y Kassa (hoy Prešov y Košice, en Eslovaquia), alcanzaron la zona de la concentración.

El 31 de enero György Klapka hizo parar a Franz Schlik en Tokaj, mientras que el comandante general polaco del ejército húngaro en Transilvania, Josef Bem, lideraba desde Navidad batallas exitosas, cuyo resultado fue que para el 21 de marzo habían expulsado a todos los soldados enemigos de la región. Estos triunfos constituyeron el trasfondo de los planes destinados a la liberación total del país.

Para elaborar el plan y dirigir su realización Kossuth, animado por los éxitos de Bem, nombró comandante en jefe a otro oficial polaco de la emigración parisiense, Henryk Dembinski. En su plan él ofreció la posibilidad de unirse a Windisch-Graetz y Schlik –por eso no lo persiguieron y aniquilaron tras su derrota en Tokaj–, pero quiso sorprenderlos en la región entre Gyöngyös y Eger. El ataque, sin embargo, no tuvo éxito. En el fracaso confluyeron el error táctico del comandante y también la mala suerte. Para evitar la fricción entre los oficiales de diferentes convicciones políticas, Dembinski hizo avanzar el ejército en pequeñas unidades sin comunicarles los detalles de la maniobra. Además los exploradores del ejército chocaron casualmente en la niebla con los del ejército de Windisch-Graetz, ya que utilizaron la misma carretera entre Pest y Miskolc. A causa de este choque fortuito se desencadenó la batalla de Kápolna, el 26-27 de febrero, a donde llegaron las unidades del ejército húngaro una tras otra, sin ningún plan, sin ocupar previamente posiciones favorables. Sólo el heroísmo de los soldados impidió la derrota total. Las bajas, de todos modos, fueron considerables. El ejército se retiró a Tiszafüred, donde los oficiales se negaron a obedecer a Dembinski y exigieron el nombramiento de Görgei. Finalmente Kossuth tuvo que ceder y aceptarlo como comandante en jefe.

Mientras tanto, Windisch-Graetz comunicó su triunfo a la Corte, que por la revolución de Viena aun residía en Olmütz (hoy Olomouc, en la República Checa), exagerando la derrota húngara (“He aniquilado las hordas rebeldes. Hungría está ante los pies de Su Majestad”). El emperador Francisco José consideró que era el momento oportuno de impulsar su idea de la centralización absolutista del Imperio con cierta modernización. Con la carta otorgada de Olmütz del 4 de marzo dividió los países en seis unidades gobernadas por él mismo, sin tomar en consideración la tradición histórica. Prometió también algunas reformas liberales, pero sin ninguna garantía constitucional. A fin de cuentas la carta otorgada habría concedido a Hungría mucho menos de lo que ya había conquistado. También se opusieron a esta reorganización los federalistas tradicionales del Imperio. Ya que su líder era el príncipe Windisch-Graetz, se creó un ambiente de desconfianza entre el emperador y su comandante en jefe. Los húngaros, a su vez, quisieron demostrar su objeción con victorias militares.

El nuevo plan que elaboró György Klapka pretendía cercar y destruir el ejército de Windisch-Graetz que se encontraba en la región de Gödöllő. Para sorprender al enemigo partieron el ejército húngaro en dos. La parte menor se acercó a Gödöllő por el camino Gyöngyös-Pest, fingiendo que era el grueso de las fuerzas. La parte mayor, mientras, intentaba rodear la ciudad desde el sur, en secreto. La realización del plan comenzó con éxito. La parte pequeña cosechó una victoria en Hatvan (2 de abril), con la cual fortaleció la apariencia de su importancia. Sin embargo la mayor, el 4 de abril, en la región de Tápióbicske, se encontró por casualidad con unidades del ejército de Windisch-Graetz, y aunque lograron derrotarlas se descubrió el plan. Triunfaron de nuevo el 6 de abril en Isaszeg, pero en vano, ya que los imperiales lograron escapar. A pesar de todo, en parte por las derrotas, en parte por la diferencia de opinión en cuanto a la suerte del Imperio, Francisco José relevó a Windisch-Graetz y nombró en su lugar al general Welden. Los húngaros, a su vez, intentaron repetir su plan. Las tropas de Aulich atacaron Pest, mientras que la mayoría del ejército se dirigió al norte. Venció el 10 de abril en Vác, el 19 en Nagysalló y alcanzó la fortaleza de Komárom que ya estaba en sus manos. Cerca de ella cruzaron el Danubio, sin embargo, la maniobra se alargó y por lo tanto el enemigo de nuevo se dio cuenta del peligro y se retiró del cerco hacia el oeste. En ese momento tuvieron que decidir entre perseguir al enemigo y aniquilarlo antes de que alcanzara la frontera o dejarle huir y liberar la capital. El alto mando optó por la segunda posibilidad. Tras tres semanas de sitio lograron tomar el castillo de Buda (21 de mayo), con lo que prácticamente todo el territorio del país estaba controlado por el gobierno húngaro (si bien tres de las cuatro fortalezas modernas, Lipótvár, Pétervárad y Temesvár quedaron en manos de los imperiales). Durante estas luchas, no obstante, tuvieron lugar acontecimientos políticos que trastocaron totalmente la situación del país.

LA PROCLAMACIÓN DE LA INDEPENDENCIA

Después de la primera fase de la campaña de primavera, Kossuth decidió proclamar la independencia de Hungría. Tuvo varios motivos para hacerlo, el primero el de responder a la carta otorgada de Olmütz, y también impedir posibles negociaciones entre la Corte y el círculo de Görgei (“el partido de la paz”), del cual sospechaba que quería ponerse de acuerdo con Viena y traicionar la revolución. En realidad no lo querían, pero no estaban de acuerdo con el creciente radicalismo y republicanismo de Perczel y Kossuth. Otra razón de la proclamación fue que, como Estado independiente, Hungría pensaba contar con el respaldo internacional en su lucha. A pesar de que la mayoría de la alta oficialidad y muchos políticos ilustres se opusieron, Kossuth logró que la sesión pública de la Asamblea Nacional en el Gran Templo de Debrecen aprobara la Declaración de Independencia (Függetlenségi Nyilatkozat) el 14 de abril aunque el texto definitivo fue redactado unos días más tarde.

“Hungría junto con Transilvania legalmente unida con ella (...) se declara Estado europeo libre, soberano e independiente...”

La Casa de Habsburgo-Lorena por la traición, deslealtad y toma de las armas contra la nación húngara, asimismo por el atentado, que no le causó horror, de intentar borrar la vida estatal independiente del país, utilizando también la fuerza armada de potencias ajenas para asesinar la nación (...) queda despojada de todos los títulos vinculados a la Corona húngara, exiliada del territorio del país y se le niegan todos los derechos cívicos.

Cuando la nación húngara –por medio de sus derechos naturales e inalienables– entra en la familia de los Estados europeos como Estado soberano e independiente, declara: su voluntad decidida es unirse a todas las demás naciones con vínculos de amistad.

El futuro sistema de gobierno del país lo decretará, con todos sus detalles, la Asamblea Nacional.”

No obstante, los deseos de Kossuth no se realizaron. La Asamblea Nacional no proclamó la república, Kossuth no fue nombrado presidente con derechos amplios de tipo norteamericano, que era su ideal, sólo obtuvo el título de presidente gobernador (kormányzó-elnök), con derechos reducidos y muy vagamente definidos, lo que dificultó la colaboración entre él y el gobierno presidido por Bertalan Szemere, que desde el 2 de mayo sustituyó a la Comisión de Defensa Nacional en el poder ejecutivo. Las competencias no aclaradas entre el presidente gobernador y el primer ministro causaron problemas en la organización de la defensa en la última fase de la guerra de independencia. Tampoco lograron aliarse con estados importantes, solamente Estados Unidos reconoció la soberanía de Hungría y la República de Venecia firmó una alianza con ella. Estos lazos resultaban insuficientes para contrarrestar la intervención inminente.

LA INTERVENCIÓN RUSA Y LA DERROTA DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

Al ver los éxitos húngaros en la primavera de 1849 y darse cuenta de que el ejército imperial no era suficiente para hacerles frente, Francisco José decidió solicitar la ayuda de Rusia, y el zar Nicolás I anunció la intervención el 9 de mayo. Explicó su decisión por el peligro que conllevaban las revoluciones para el sistema tradicional de Europa. Hungría esperó que la presencia rusa en Europa central –aunque tuviera carácter provisional– asustara a las grandes potencias, en primer lugar a Inglaterra, tan preocupada por el equilibrio continental, y que intervinieran para impedirla. Pero no sucedió así. Al contrario, Palmerston, primer ministro liberal que a la vez desempeñaba el cargo de ministro de asuntos exteriores, en una audiencia del embajador ruso que quería explorar la opinión de Gran Bretaña sobre una acción militar rusa contra Hungría –a pesar de la base ideológica común entre Palmerston y Kossuth– consintió el aplastamiento de la revolución húngara. Según la tradición dijo: “Tal vez [los húngaros] tengan razón, pero acaben con ellos rápidamente.” Él temía más el debilitamiento de Europa central, con la formación de estados-nación y la posible confrontación entre ellos, que la restauración del Imperio de los Habsburgo anticuado y envejecido.

Tras estos preparativos, el 13 de mayo unos doscientos mil soldados rusos cruzaron la frontera en tres direcciones. El grueso del ejército actuó desde el norte, desde Galitzia, al mando del comandante en jefe de toda la operación, el príncipe de Jereván, Iván Fiodorovich Paskevich. Paralelamente atacaron dos ejércitos menores, uno desde Transilvania y otro desde el oeste, subordinados al nuevo comandante imperial, Julius von Haynau. Él lideraba también ciento setenta mil soldados austríacos. Contra los trescientos setenta mil soldados enemigos los húngaros lograron movilizar sólo a unos ciento setenta mil, a pesar de que durante el verano intentaron alentar al pueblo con todos los métodos posibles: mejoraron de nuevo las condiciones de la abolición de la servidumbre, ofrecieron autonomía cultural a las nacionalidades y decretaron la emancipación de los judíos. Dada la inferioridad de fuerzas sólo parecía posible salvar la situación un buen plan de defensa. La consulta militar primero aceptó la idea de Görgei: concentrar el ejército húngaro cerca de Komárom y derrotar a Haynau en el Transdanubio antes de que pudiera unirse con Paskevich. Se esperaba que entonces los rusos, sin tener a quien ayudar, se inclinarían por la negociación. El comandante en jefe húngaro había iniciado el plan cuando, –se ignora por qué causas– Kossuth cambió de opinión. Relevó a Görgei y en su lugar nombró de nuevo a Henryk Dembinski, que indicó como zona de concentración la región del encuentro del Tisza y del Maros. Al retirar todas las tropas allí, se habría dejado en manos del enemigo prácticamente todo el territorio del país, por eso Görgei no obedeció y quiso al menos postergar el avance de Haynau. Logró vencerlo en la batalla de Komárom el 2 de julio, pero no pudo impedir su unión con los rusos cerca de Vác. Ya que los ejércitos ruso y austríaco unidos le cortaron el camino hacia la zona de la concentración, Görgei tuvo que rodearlo en una nueva campaña septentrional. Con su maniobra distrajo a grandes unidades rusas del ataque general y conquistó

fama también entre el enemigo. Con todo, alcanzó Arad sólo el 9 de agosto, donde le esperaba la noticia de la derrota húngara sufrida en la última batalla de la guerra de independencia, en Temesvár (hoy Timișoara, en Rumania), el mismo 9 de agosto.

El trasfondo de la batalla fue el siguiente. Nada más realizar la concentración de la mayoría del ejército en Szeged a fines de julio, Dembinski decidió abandonar la ciudad y dirigirse contra Temesvár, que estaba en manos de los austríacos. Hasta hoy se desconoce la causa de su decisión. Kossuth no estuvo de acuerdo con la maniobra, hizo dimitir a Dembinski y nombró en su lugar a Bem que, tras la pérdida de Transilvania en la batalla de Segesvár (hoy Sighișoara, en Rumanía), el 31 de julio, apenas había llegado al campamento. Así él tuvo que librar una batalla que no había planificado y preparado. Mientras tanto el ejército húngaro sufría graves problemas en el aprovisionamiento y en plena batalla, por ejemplo, se acabaron los proyectiles. En tales circunstancias la derrota fue inevitable. De todos modos, después de esta contienda, la única fuerza más o menos intacta era el ejército de Görgei. Dada además su fama entre los rusos, no es de extrañar que el 11 de agosto Kossuth le entregara todo el poder precisamente a él. El consejo de ministros celebrado un día antes le encargó que intentara comenzar negociaciones con los rusos para lograr que intermediaran entre el emperador y los húngaros, y si esto no tuviera éxito, deponer las armas. Görgei actuó así. En las negociaciones los rusos aceptaron sólo la rendición sin condiciones, pero Paskevich prometió que personalmente solicitaría amnistía para los oficiales y soldados húngaros al emperador. En esta situación Görgei no pudo hacer otra cosa que rendir las armas ante los rusos en Világos (hoy Siria, en Rumania), el 13 de agosto. Con este acto terminó la revolución y la guerra de independencia de Hungría en 1848-49.

La época del Dualismo

LA REPRESIÓN Y EL SISTEMA DEL NEOABSOLUTISMO

Derrotada la revolución y la guerra de independencia, antes que nada Francisco José quiso tomar venganza y atemorizar a los húngaros para que nunca se atrevieran a rebelarse contra el poder imperial. Julius von Haynau, famoso por su crueldad con el enemigo (su sobrenombre fue “hiena de Brescia” tras su actuación en el campo de batalla italiano), era una persona muy apropiada para esta tarea. Las primeras sentencias ejemplarizantes aparecieron el 6 de octubre. Fue entonces cuando condenaron a muerte y ejecutaron a trece generales prisioneros de guerra, en Arad. El mismo día ejecutaron al primer jefe de gobierno húngaro, Lajos Batthyány, en Pest. Los máximos líderes políticos –entre ellos Kossuth– lograron escapar porque se exiliaron a Turquía. También se salvaron los diplomáticos. A ellos –unas treinta y seis personas– los ejecutaron en efígie, entre los cuales figuraba Gyula Andrássy, futuro primer ministro del país. De entre los generales sólo György Klapka obtuvo amnistía, ya que defendió la fortaleza de Komárom hasta el 2 de octubre, cuando la entregó a condición de abandonarla libremente con todos los soldados. Sin embargo, los altos

oficiales tuvieron que exiliarse. Así se formó una emigración política importante. Los exiliados primero vivieron mayoritariamente en Turquía, después viajaron por el mundo y quisieron obtener el respaldo de las grandes potencias para una nueva lucha de liberación en Hungría. Kossuth, por ejemplo, propagó sus ideas en unas brillantes conferencias en Inglaterra y en los Estados Unidos, donde lo oyó hablar un joven abogado, Abraham Lincoln, que lo describió en su diario con palabras ardientes. Posteriormente los líderes emigrados se asentaron en Turín y quisieron unir el caso de la unificación de Italia con la reanudación de la lucha contra los Habsburgo en Hungría. Muchos soldados húngaros participaron en la guerra por la unificación con armas en la mano y otros muchos lucharon por el progreso en la guerra de Secesión de los Estados Unidos.

Mientras tanto en Hungría condenaron a muerte a unas quinientas personas, ejecutando a unas ciento cincuenta. Fueron encarcelados unos mil doscientos hombres, muchos de ellos en fortalezas, por muchos años. Miles de oficiales y soldados fueron alistados como soldados rasos en el ejército imperial, como castigo. En el país se vivía un ambiente de luto que reflejaron muchos artistas de la época (Mihály Vörösmarty en el poema titulado *Preludio* [Előszó], Viktor Madarász en la pintura llamada *Llanto por László Hunyadi* [Hunyadi László siratása], etc.).

La represión extremadamente severa causó tanta indignación internacional que amenazó el prestigio del Imperio. Esta fue una de las causas por las que Francisco José en 1850 relevó y jubiló a Haynau. Otra causa fue que para entonces acabó la disputa sobre la reorganización del régimen político del Imperio. De entre el federalismo –que quiso conservar el absolutismo, pero también quiso mantener las diferencias jurídicas entre los países pertenecientes a la Corona imperial– representado por Windisch-Graetz y la centralización –que quiso unificar las provincias y, a la vez, modernizar la administración– representada por Schwarzenberg, triunfó la última, en forma modificada, ya que junto con la unificación y modernización Francisco José se aferró también al absolutismo. Por ello, después de la muerte del príncipe Schwarzenberg, acaecida en 1852, el emperador no nombró nuevo primer ministro, sino que gobernó personalmente con la ayuda del ministro del interior, Alexander Bach. De ahí que la década entre 1850-60 en la historia húngara se llame “régimen de Bach”. Ésta fue la época del neoabsolutismo.

Según la justificación oficial, Hungría –por rebelarse contra su rey legítimo– perdió todos los derechos a la autonomía y se convirtió en parte del Imperio. Así la reorganización del país se realizó imitando el régimen austríaco. Introdujeron un nuevo sistema administrativo, separando de Hungría a Transilvania, Voivodina y Croacia. El resto lo dividieron en cinco provincias, suprimiendo así los comitados. Se aplicaron los sistemas legal, impositivo y educativo austríacos. La lengua oficial fue el alemán y los burócratas también fueron alemanes. Para hacerles más simpáticos a ojos de los húngaros, los vistieron con un uniforme parecido al de los húsares, soldados de la caballería ligera húngara. Por eso fueron llamados con desprecio “húsares de Bach”. Para centralizar la economía se suprimió la doble frontera aduanera, sin embargo no se

modificó la abolición de la servidumbre, ya que esta reforma era muy importante desde el punto de vista de la modernización. Fue declarada de nuevo en un decreto imperial (pátens), sin aludir a las Leyes de Abril, a pesar de que el texto siguió sus pautas. Si bien es cierto que estas reformas habrían podido iniciar una modernización del país, no sucedió así, porque los húngaros las consideraron —con razón— ajenas a las tradiciones propias y contra ellas se desarrollaron tres métodos de protesta.

Uno fue la actividad ya detallada de la emigración. Otro fue una serie de atentados y resistencia armada que no cesaron hasta el final de la década (atentado de János Libényi contra el emperador en 1853, en Viena; guerra de guerrillas de Gáspár Noszlopy; ataque de los salteadores populares [betyár], como Sándor Rózsa en la Llanura). El tercero, el más eficaz, fue la resistencia pasiva, anunciada por Ferenc Deák. Sus participantes no aceptaron cargos ni en la administración, ni en el ejército, aunque les fuera provechoso y necesario económicamente, ni cumplieron las leyes y decretos austríacos, no pagaron impuestos, etc. Como los anteriores funcionarios de los comitados también se unieron a la resistencia pasiva, la administración, al no contar con su experiencia, tuvo que afrontar muchos problemas y gastos suplementarios.

Así entre el régimen austríaco y los húngaros se alcanzó un equilibrio que comenzó a modificarse sólo al final de los años 50, en gran parte debido al comienzo de la lucha por la unificación de Italia. Influida por este proceso, la emigración húngara de Turín formó un gobierno refugiado, el Directorio Nacional Húngaro (Magyar Nemzeti Igazgatóság), que inició negociaciones con Napoleón III. Quisieron que Francia ayudara a una nueva sublevación nacional en Hungría que, a su vez, haría retirar fuerzas austríacas de los campos de batalla italianos. Aunque el plan fracasó, tuvo una importante influencia en Hungría. En los pueblos los jóvenes comenzaron a organizarse; el 15 de marzo de 1860 se produjo la mayor manifestación en la capital desde la revolución, y la asustada guarnición abrió fuego contra los manifestantes, causando heridos y un muerto. También Széchenyi, desde el manicomio de Döbling, reanudó la crítica del régimen, lo que provocó un registro de su domicilio a cargo de la policía política de Viena que le llevó al suicidio. El entierro de la víctima de la manifestación y los funerales simbólicos de Széchenyi en diferentes lugares del país se utilizaron para protestar contra las autoridades imperiales. La derrota en Italia y la incertidumbre política en Hungría hicieron que Francisco José comenzara a buscar un compromiso con la oposición. Con este objetivo hizo dimitir a Bach y editó el llamado Diploma de Octubre, que significó un paso atrás en el absolutismo. El documento ofreció cambios federalistas (restableció la lengua húngara como lengua oficial, reorganizó los comitados, prometió convocar la Dieta estamental, etc.), pero conservó el absolutismo básico. Completó sus reformas el Decreto de Febrero (Februári Pátens) del año siguiente, que planificó la instauración de una asamblea representativa imperial en Viena, manteniendo así también las pretensiones centralizadoras. No es sorprendente que la opinión pública política rechazara los dos documentos. Semejante fue el juicio de la Dieta efectivamente convocada en abril de

1861. Los diputados discutieron sólo el modo de rehusar las iniciativas imperiales. El bando de László Teleki, recientemente regresado de la emigración, opinó que era necesario rechazarlas con una resolución publicada en un manifiesto (partido de resolución, *határozati párt*) mientras que el bando de Ferenc Deák quiso hacerlo por medio de una representación humilde, ya que era el método legal de comunicación entre la Dieta y el rey (partido de la representación, *felirati párt*). La primera opinión no reconocía a Francisco José como rey de Hungría, mientras que la segunda mantenía la posibilidad del compromiso. En la votación prevaleció la actitud de Deák por o a pesar de que László Teleki se suicidó la noche antes de la votación. Fracasadas sus reformas, Francisco José reaccionó regresando al absolutismo centralista e impuso a los húngaros un nuevo ministro del interior, Anton Schmerling. No obstante, las dos partes sabían que su régimen era provisional –los coetáneos llamaron “provisorio de Schmerling” a la administración entre 1861 y 1865– y se dieron cuenta de la necesidad de allanar el camino entre ellos. Esta salida se aceleró a causa de la bancarrota general. La nobleza húngara estaba arruinada, no tenía capital para modernizar su hacienda y no podía producir mercancías aceptables en los mercados extranjeros. A causa de la resistencia pasiva tampoco podía completar sus ingresos con el servicio estatal. El Imperio, a su vez, también estaba endeudado (la mayoría de la deuda estatal se había acumulado precisamente durante la guerra de independencia húngara y las luchas contra la unificación de Italia). Además había quedado quebrantado su prestigio por las derrotas internacionales y para recuperarlo y consolidar su posición entre las grandes potencias se revalorizó el papel de Hungría. Esta situación dibuja el trasfondo del *Artículo de Pascua* (*Húsvéti cikk*) de Ferenc Deák, publicado el 16 de abril de 1865 en *Pesti Napló* (Diario de Pest), que abrió el camino al Compromiso austro-húngaro.

“...Tampoco nosotros cuestionamos la importancia de la consolidación del Imperio. La representación humilde de la Dieta de 1861 también afirmó que la nación húngara de ningún modo quería amenazarla. No obstante, a nuestro juicio, no hay que asegurar su consolidación con descartar todos los contratos solemnes, leyes y derechos y modificar la constitución húngara asegurada por ellos como lo hizo la constitución del 26 de febrero, sino –tomando en consideración antes que nada la seguridad del Imperio, como la consideró la Pragmática Sanción– pretender que se alcance totalmente la seguridad del Imperio, e igualmente que se conserven, lo más completamente posible, las leyes básicas de la constitución húngara y se conceda y se asegure totalmente la libertad constitucional de los países detrás del Leita (...)

Paralelamente a la constitución húngara cabe, bajo un monarca común, junto con la defensa común, la libertad constitucional total de los países detrás del Leita. Ellos no se oponen uno al otro, y creemos que puede existir uno junto al otro sin que quieran absorber uno al otro (...)”

EL COMPROMISO AUSTRO-HÚNGARO

En Viena entendieron el mensaje y paulatinamente se desarrollaron las negociaciones, primero informales, más tarde oficiales. Se despidió a Schmerling y para diciembre se convocó la Dieta. Aceleró el acercamiento de las posiciones la guerra austro-prusiana del verano de 1866. Los austríacos sufrieron una grave derrota y quedaron fuera de la unificación de Alemania. A pesar de que muchos lo esperaban, Ferenc Deák –que dirigió las negociaciones a través de su ayudante, Gyula Andrásy– no exigió más que antes, mientras que Austria no vio otra posibilidad para salvaguardar sus posiciones europeas que firmar el Compromiso lo antes posible con su retaguardia oriental.

El 17 de febrero de 1867 Gyula Andrásy fue nombrado primer ministro de Hungría y la Dieta el 29 de mayo aprobó los artículos de la Ley del Compromiso, a pesar de que *Magyar Újság (Periódico Húngaro)* el 26 de mayo publicó una carta abierta de Kossuth, escrita a Deák, llamada *Carta de Casandra* en la cual revelaba sus dudas en cuanto al Compromiso y pretendía impedir su promulgación.

“Amigo,

Permíteme llamarte así en memoria del pasado que –entre las amarguras del largo destierro y bajo el peso de las penas patriótica y familiar– siempre me ha quedado santo.

Nosotros fuimos no sólo compañeros, sino también amigos, en el sentido más noble de la palabra, durante un periodo bello de la virilidad, cuando aún avanzábamos en la misma dirección por el sendero de los deberes patrióticos (...)

Pienso no errar cuando afirmo que la grande, la enorme influencia que ejerces en las decisiones de la nación es consecuencia de aquella posición que elegiste en 1861. Y pienso no errar cuando afirmo que la llave del desmesurado poder moral que tienes en las manos se encuentra en que la intuición del pueblo incorrupto piensa encontrarte a Ti –líder en la recuperación pacífica de los derechos nacionales– en la misma base jurídica de 1861.

Sin embargo, ya hace mucho que no te encuentras allí. De la posición de la recuperación de derechos has llegado al terreno peligroso de desistirlas (...) ¿Qué queda aún por desistir de todos aquellos derechos que forman la esencia y garantía de la vida estatal constitucional? (...)

El ejército húngaro se declara parte suplementaria del ejército austríaco imperial y no sólo su organización y mando, sino su utilización también se retira de la responsabilidad ministerial húngara y se entrega a la disposición del gobierno imperial no responsable ante la Asamblea Nacional de Hungría. (...)

En este hecho yo veo la muerte de la nación; y ya que la veo, considero mi deber quebrantar el silencio; no para discutir, sino para que te requiera, en nombre de Dios, de la Patria y del futuro, ino lleses la Patria hacia sacrificios que la priven incluso de la esperanza!

Sé que el papel de las Casandras es un papel ingrato. Pero toma en consideración que Casandra tuvo razón.”

El 8 de junio Francisco José fue coronado rey de Hungría, con lo que terminó la larga hostilidad entre él y Hungría.

EL SISTEMA DEL DUALISMO

Con los artículos de la Ley del Compromiso nació un Estado peculiar, con dos centros de poder considerados iguales, uno en Viena, otro en Budapest, donde se instauraron instituciones paralelas tanto en la legislación, como en el gobierno. De ahí el nombre de toda la época: Dualismo. Los dos parlamentos fueron bicamerales y los gobiernos –aunque los primeros ministros eran nombrados por el monarca– fueron responsables ante los parlamentos. Las provincias en Austria y los comitados en Hungría se convirtieron en órganos del poder ejecutivo a nivel local. A pesar de que en los dos países reinó el mismo monarca, en Austria llamado emperador y en Hungría rey, este sistema fue más que una unión personal tradicional, ya que se crearon también instituciones comunes. Su existencia se fundamentó en la Pragmática Sanción, que siguió constituyendo la base de la unión entre los dos países y cuya esencia fue el reconocimiento de la necesidad de la defensa común. Por eso los principales asuntos comunes que tuvieron sus ministerios respectivos fueron el de guerra, el de asuntos exteriores y el de finanzas. Este último con el objetivo de asegurar la financiación de los dos anteriores. Los tres ministros de los asuntos comunes y los dos primeros ministros se reunían regularmente para discutir los problemas planteados. Esta institución se llamó Consejo de Ministros Común (közös minisztertanács). Si en él participaba también el monarca, su nombre era Consejo de la Corona (koronatanács). Sin embargo, este órgano no puede ser considerado gobierno común. Para controlar los ministerios comunes los dos cuerpos legislativos eligieron 60-60 diputados en su seno que formaron las llamadas delegaciones. Divididas en dos secciones nunca se reunieron en sesión común para evitar la posibilidad de que se convirtieran en legislación conjunta. El Estado nombrado Austria-Hungría tuvo también ejército común, el ejército “imperial y real” (kaiserlich und königlich, k. u. k.). El número de los novatos y la proporción de los austríacos y húngaros entre ellos eran determinados por las legislaciones respectivas cada diez años. La lengua del mando era el alemán, por eso en ella debían examinarse los oficiales del ejército común. Estos problemas causaron tensiones entre las dos partes durante toda la existencia del régimen. Sin embargo, dichas partes mantuvieron también ejércitos propios: Landwehr y Honvédség (Defensa de la patria). El máximo comandante de las fuerzas militares era el monarca, quien consideraba esto su mayor dignidad, a pesar de que se le concedieron vastos derechos también en otros asuntos. Él nombraba a los primeros ministros y conservó su influencia en la legislación ya que mantenía el derecho a sancionar las leyes. En todo caso en el Estado austro-húngaro, de forma conjunta, no existían leyes comunes y la jurisdicción era totalmente independiente.

Completó el compromiso político un compromiso económico. El territorio aduanero y el sistema monetario fueron comunes y Hungría contribuyó a la

amortización de la deuda pública de Austria y a los gastos comunes. En 1867 determinaron su proporción en un 30% (esta fue la llamada cuota), mientras que Austria, como Estado económicamente más desarrollado se quedó con el 70%, sin embargo, se fijó la renovación del compromiso económico cada diez años. Durante las negociaciones Austria siempre pretendió aumentar la cuota húngara, mientras que los húngaros se aferraron al reparto original.

Finalmente, no hay que olvidar que firmaron el Compromiso las dos clases dirigentes: la nobleza de Austria y la de Hungría, para fortalecer su poder tanto en lo internacional como mediante la modernización. Nacionalidades tan importantes como los checos y los croatas quedaron fuera y subordinadas a las naciones líderes. Por otra parte, los dos países unidos pensaron en modificar las condiciones del Compromiso con el paso de tiempo, pero siempre para aumentar las ventajas de su propio Estado. Sin embargo, al final se descubrió que cualquier reforma o modernización del sistema debilitaría las posiciones de las dos naciones regentes, en primer lugar las de Hungría. Por tanto, con el Compromiso nació un Estado rígido, incapaz de renovarse según las necesidades del desarrollo, hecho que finalmente llevó a su caída.

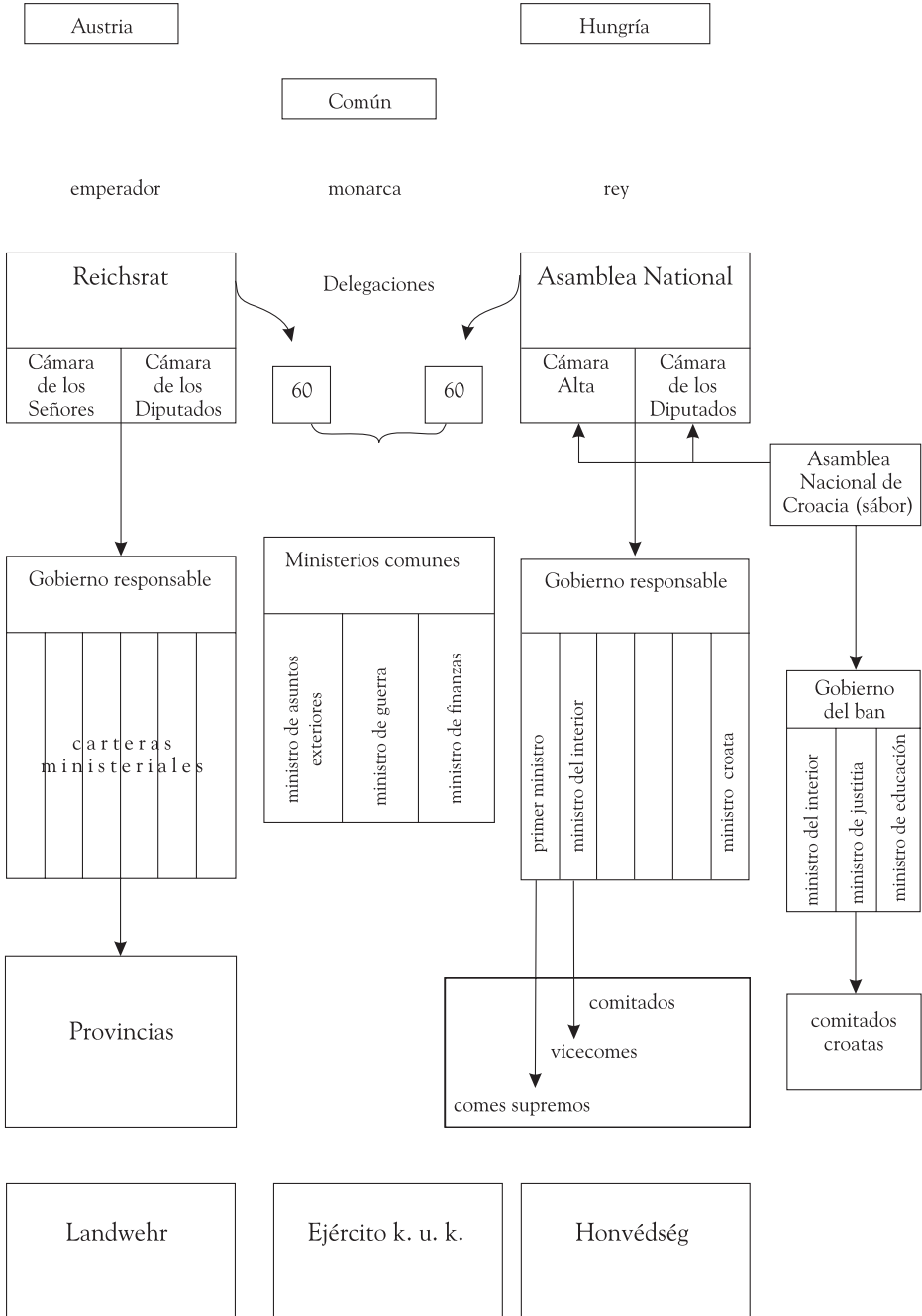
Relación de Austria y Hungría en la época del Compromiso		
	Austria	Hungría
Territorio	51%	49%
Población	60%	40%
Potencial industrial	85%	15%

LA FORMACIÓN DEL ESTADO BURGUÉS

Como acabamos de mencionar, el Compromiso aseguró el dominio de las dos naciones regentes en el Imperio austro-húngaro. A pesar de ello, el Estado húngaro consideró necesario regular su relación con las nacionalidades y fijar sus derechos. La base de la regulación fue la teoría de “un estado, una nación”, según la cual en Hungría existía sólo una nación política, la húngara, por lo tanto ni se habló de la autonomía política de las nacionalidades. No obstante, en la Ley LXIV de 1868, primera ley en Europa sobre las mismas, se les aseguraron vastos derechos en el uso de su propia lengua y cultura: por ejemplo podían usar aquella en la administración, jurisdicción y enseñanza. Esta solución era muy avanzada en la época, y también la emancipación de los judíos decretada en 1867. El problema, sin embargo, fue que estas leyes no siempre se aplicaron a nivel local.

El caso de Croacia era un tanto diferente. Gozaba de un trato peculiar, porque los croatas no inmigraron a Hungría, sino que se unieron a ella a comienzos del siglo XII en unión personal, es decir tenían tradiciones estatales. Por eso Hungría normalizó su

El sistema del Dualismo



relación con ella en el llamado Compromiso húngaro-croata (Ley XXX de 1868). Según esa ley Croacia obtenía el autogobierno en lo interior, con una asamblea (el sábor) y un gobierno (el del ban) que ejercía autoridad en los asuntos interiores, educación y jurisdicción. Para defender sus intereses, la asamblea croata delegó tres miembros a la Cámara Alta y cuarenta representantes a la Cámara de los Diputados del cuerpo legislativo húngaro, y además en el gobierno húngaro siempre tendría que haber un ministro croata.

De acuerdo con el espíritu liberal, nuevas leyes facilitaron el desarrollo del capitalismo. Con este objetivo en 1868 se regularon los asuntos que habían quedado pendientes después de la abolición de la servidumbre (la recompensa, la suerte de las tierras no señoriales plantadas con viñedo, el reparto de las tierras comunales, etc.). Se suprimieron los gremios y en 1884 se organizaron corporaciones industriales (ipartestület) para sustituirlos. En el mismo año se decretaron los derechos de los empresarios y sus obreros al surgir discordia entre ellos. Se limitó la jornada laboral a dieciséis horas y se negó el derecho de huelga a los obreros, pero se formaron consejos para concordar los intereses en los que tuvieron que participar también representantes de los obreros. Leyes aparte regularon la fundación y el funcionamiento de las empresas y de los bancos.

El tercer grupo de leyes atendía a la formación del Estado burgués. La Ley XXXVIII de 1868, prescribió la enseñanza pública, obligatoria y gratuita, entre seis y doce años de edad, en lengua materna, y también ordenó el control estatal de las escuelas. En 1870, en vez de las comunidades locales de tipo feudal se organizaron autogobiernos burgueses. La mitad de los representantes eran elegidos por los electores, la otra mitad estaba reservada a los mayores contribuyentes de la localidad (que se llamaron *virilistas*, de ahí el nombre de este régimen: *virilismo*). Los autogobiernos podían decidir en asuntos locales con autonomía. Sin embargo, en 1886 se introdujo el control del gobierno en cuanto a las decisiones locales.

En 1874 (con la Ley XXXIII) se modificó la ley electoral que hasta entonces seguía las pautas de las Leyes de Abril, y en vez del censo según bienes y escolaridad, se introdujo el censo según impuestos pagados, manteniendo el de escolaridad. Esto significó que el porcentaje de los electores se redujo de unos 7-9% a 6,2%, cuando en Europa se había planteado la cuestión de aumentar el sufragio. A la vez se introdujo la votación abierta.

En 1878 se elaboró el nuevo código penal (el Código Csemegi) que hizo posible la administración de justicia por medio de leyes del nivel de la época. Se completó la formación del Estado burgués con las reformas de 1894-95, que conllevaron la separación del Estado y la Iglesia. Se introdujo el registro civil, se legitimó el divorcio, el control estatal de las escuelas eclesiásticas, se declaró la igualdad de los judíos, etc.

Estos cambios legislativos hicieron posible un desarrollo económico rápido que también conllevó una transformación de la sociedad.

EL DESARROLLO ECONÓMICO

Con la legislación del primer decenio del Dualismo se constituyó una de las precondiciones imprescindibles del desarrollo capitalista: el ambiente político favorable. La abolición de la servidumbre proveyó a la industria de mano de obra barata, ya que el 54% de los campesinos se liberaron sin tierra y tuvieron que ganarse la vida como obreros asalariados. Sin embargo, la mayoría de los obreros cualificados durante toda la época fue de origen extranjero, a pesar del desarrollo que experimentó la formación profesional. La constitución del territorio aduanero austro-húngaro común aseguró vastos mercados a la economía húngara, no obstante limitó las posibilidades de ciertos sectores. La industria textil, por ejemplo, no pudo desarrollarse por la competencia de la de Austria y Bohemia. Por otra parte, la demanda de los anteriores países hereditarios absorbió toda la producción agraria de Hungría y a la vez estimuló la instauración de la industria alimentaria y del transporte, en primer lugar la construcción de la red ferroviaria. El desarrollo precisamente de estos sectores determinó las características de la aportación del capital. El mayor inversor fue el Estado, que atrajo también las inversiones de los bancos extranjeros y de los pequeños inversores –cuyo capital lo unieron las cajas de ahorro– con concesiones y garantías. Los grandes terratenientes contribuyeron con mucho gusto a la formación de la industria alimentaria, ya que los productos elaborados aseguraban mayores ingresos también para ellos.

En concordancia con lo susodicho, los sectores que experimentaron el mayor desarrollo durante el Dualismo fueron la industria alimentaria, la siderurgia, la maquinaria y la banca. El auge de la primera estuvo en correlación con la modernización de la agricultura, donde el sistema cuatrienal sustituyó poco a poco al sistema trienal. Aumentaron la tierra cultivable las grandes regulaciones de los ríos y también la desecación de los pantanos. Comenzó la utilización de fertilizantes y de maquinaria (arados, trilladores de vapor), creció el rendimiento por hectárea, se modificó la estructura de las plantas cultivables y de los animales criados. Junto al trigo, que conservó su primacía, se plantaron cada vez en mayor cantidad el maíz, la remolacha de azúcar y la patata. De entre los animales creció la importancia del cerdo en comparación con la de la oveja. En vez del buey gris, tradicionalmente criado en Hungría por su carne y por su fuerza de tracción, dieron preferencia a la raza semental, por su leche.

Este desarrollo de la agricultura estimuló el de la molinería (Hungría se convirtió en el mayor centro molinero de toda la región), el de la industria azucarera y la destilación de alcohol, y asimismo se estimuló la producción de maquinaria agrícola. Sin embargo, el motor de la industrialización fue el ferrocarril. En Hungría, fue el Estado el que se encargó de su construcción (su organizador fue el ministro de comunicación, Gábor Baross, el famoso “ministro de hierro”), y así la red ferroviaria nació planificada. Su centro fue la capital, de donde partieron líneas, en forma radial, en todas las direcciones. Las unió una línea circular más o menos a la altura de la frontera actual. El ancho de la vía también fue concordado. Como ya hemos mencionado, las inversiones y garantías estatales ejercieron un estímulo favorable,

por lo tanto, el crecimiento en este terreno fue visible. La longitud de las líneas ferroviarias en 1867 fue 2.285 km y en 1900 alcanzó los 17.101 km. Las necesidades del ferrocarril conllevaron el desarrollo de la siderurgia, que se instaló en las zonas mineras (sus mayores centros fueron el Combinado Metalúrgico de Rimamurány-Salgótarján y el de Diósgyőr) y el desarrollo de la construcción de máquinas de transporte (locomotoras, vagones, buques). Esta industria se concentró en Budapest y sus mayores fábricas fueron la MÁVAG (Fábrica Estatal de Hungría para Construcción de Vagones y Maquinaria) –propiedad del MÁV (Ferrocarril Estatal de Hungría)–, la Fábrica de Buques, Vagones y de Instalaciones Eléctricas de Ábrahám Ganz o el Astillero de Óbuda. La Fábrica Maquinaria de Lang, la cuarta mayor del país, produjo principalmente máquinas para la agricultura. En estas fábricas trabajaron excelentes ingenieros húngaros que con sus innovaciones contribuyeron a la fama internacional de la industria maquinaria húngara. Tales fueron, por ejemplo, András Mechwart que perfeccionó el molino de cilindro, Donát Bánky y János Csonka que contribuyeron a la motorización al inventar el carburador, Ottó Titusz Bláthy, Miksa Déri y Károly Zipernowszky, inventores del transformador y Kálmán Kandó que elaboró la técnica de la electrificación del ferrocarril. En otro terreno, en la telecomunicación también nació una importante contribución húngara, la central telefónica de Tivadar Puskás. Estas últimas innovaciones revelan la dirección del desarrollo en las últimas décadas del siglo XIX: la electrónica y la telecomunicación.

Estas características explican una peculiaridad de la industria en Hungría, el predominio de las grandes empresas. La concentración temprana del capital en forma de cárteles y el enorme papel de los bancos en las inversiones son signos de este fenómeno. A consecuencia, en nuestro país apenas se formaron fábricas medianas. En cambio, abundaban los pequeños talleres que satisfacían en primer lugar la demanda de servicios (panaderías, zapaterías, sastrerías, etc.).

El ritmo del desarrollo también es significativo. En los años posteriores al Compromiso, entre 1867 y 1873 todo el mundo quiso fundar empresas. Fue la época entusiasta de las inversiones. En esta época con bastante frecuencia las firmas carecían de suficiente capital, por eso la crisis mundial de 1873 en Hungría tuvo repercusiones importantes. Quebraron muchas sociedades recién fundadas, sólo las más fuertes evitaron la bancarrota, lo que explica el comienzo de la concentración del capital. Las fábricas estables y poderosas experimentaron un desarrollo equilibrado hasta el tránsito del siglo XIX al XX, cuando una nueva crisis causó ciertas dificultades. El Estado volvió por eso a intervenir en el proceso económico, planificando el desarrollo de las industrias que faltaban en el país (por ejemplo, la industria textil). El nuevo auge fue debido, sin embargo, a la preparación para la guerra, desde 1910.

La capitalización del Estado conllevó el desarrollo y la modernización de la capital. En 1873 se unificaron Pest, Buda y Óbuda con el nombre Budapest. Debido a esto y al éxodo hacia el mayor centro industrial en búsqueda de trabajo, el número de habitantes alcanzó el millón en 1915, con lo que Budapest fue la sexta ciudad en Europa. Con ocasión del Milenio de la conquista de la patria festejado en 1896, se

construyeron una serie de edificios representativos, obras de Miklós Ybl, Imre Steindl, Alajos Hauszmann, Frigyes Schulek e Ignác Alpár en estilo historicista, que ilustran el conservadurismo del gusto oficial. Sin embargo, junto a ellas aparecieron las primeras muestras del modernismo, obras de Ödön Lechner. Modernizaron la iluminación, utilizando primero el gas, pero muy pronto apareció la electricidad. Utilizaron esta última también en el transporte urbano, construyendo las primeras líneas de tranvía y en 1896 el primer metro del continente.

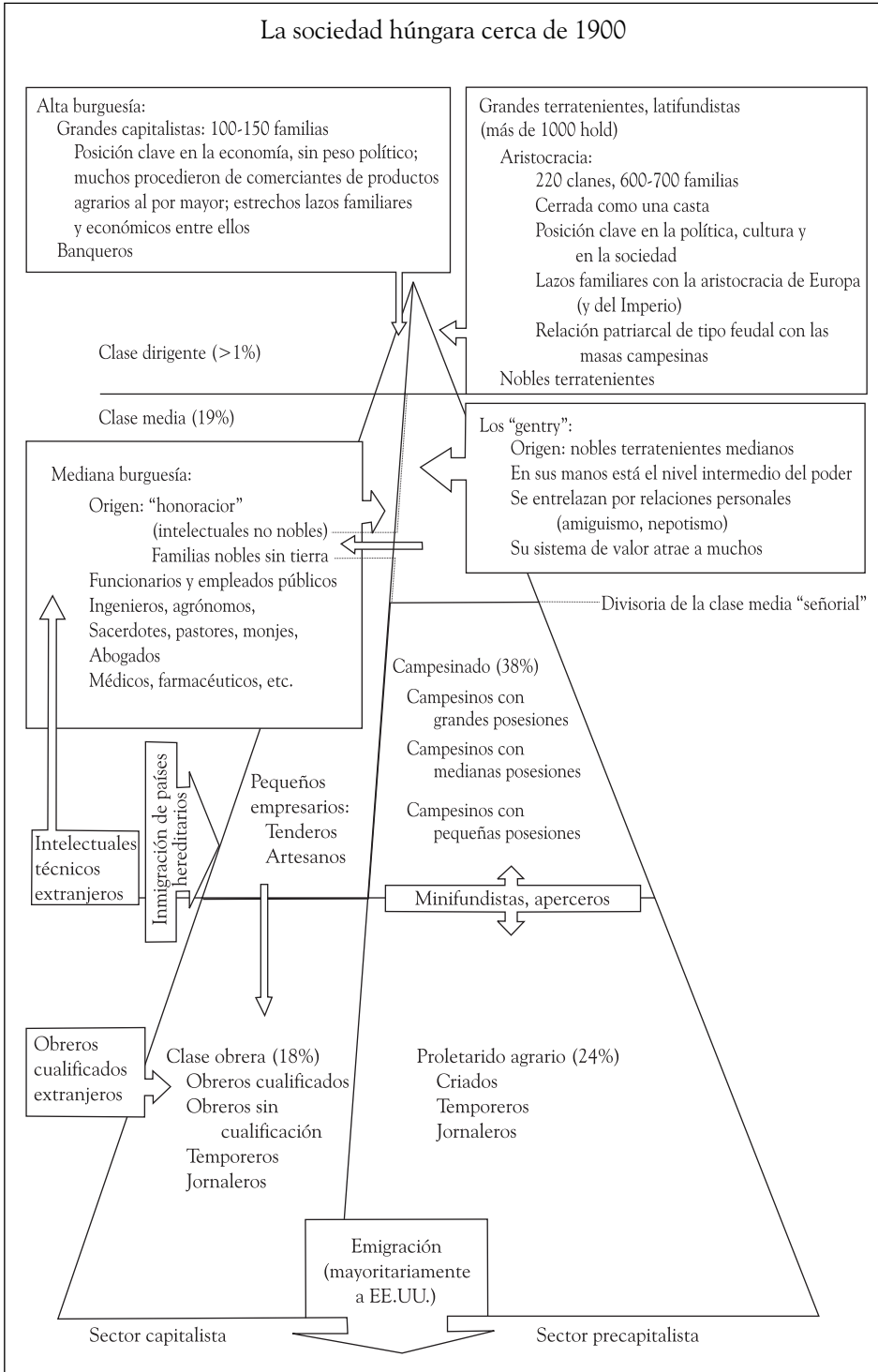
En suma, se puede calificar la industrialización como favorable y rápida: su ritmo superó el de Austria y fue igual al de Alemania, y elevó el nivel de vida de la población considerablemente. Por eso, después del cataclismo de la Primera Guerra Mundial, se recordarían esos últimos años del siglo XIX y primeros del siglo XX, como “los felices años de paz”. Sin embargo, hay que llamar la atención sobre algunos datos desfavorables. A pesar del desarrollo rápido de la industria, la inmensa mayoría de la renta nacional procedía de la agricultura. El nivel de vida en Austria era tres veces más alto que en Hungría. La dependencia económica de Austria no disminuyó. Las tres cuartas partes de la exportación húngara eran destinadas al mercado del Imperio y las cuatro quintas partes de la importación procedían de allí. Además la falta de medianas empresas es indicativa de la carencia de capas medias que aseguraran la característica movilidad social propia de las sociedades en vías de desarrollo.

LA SOCIEDAD DE LA ÉPOCA DEL DUALISMO

Sobre el cuadro adjunto es necesario hacer unas observaciones. Junto con la estratificación horizontal dividió a la sociedad también una línea vertical que separó a los relacionados con la tierra (llamados en la época “agrarios” en la clase dirigente), y a los que se dedicaron al sector industrial y mercantil (llamados por eso “mercantiles” en la clase superior).

La relación de los “agrarios” –aristócratas y nobles terratenientes que gracias al Compromiso lograron salvaguardar su influencia y prestigio en la sociedad– con los “mercantiles” fue ambigua. Precisamente con su preponderancia política y con su riqueza atrajeron a los grandes empresarios que, a su vez, quisieron imitar su modo de vida. Por ejemplo, frecuentemente adquirían palacios y posesiones en el campo, donde vivían como aristócratas y si tenían la posibilidad compraban títulos nobiliarios. Sin embargo, los nobles los despreciaban y consideraban *esnobs*. Otro motivo de rechazo fue la diferencia religiosa, ya que la mayoría de los recientemente enriquecidos era judía. Esta antipatía, no obstante, no impidió a los aristócratas aceptar puestos de presidente en los consejos administrativos de las empresas, naturalmente con poco quehacer y con rica remuneración. Prácticamente sólo tenían que representar a la empresa, y su prestigio social de por sí hacía fidedigna a la compañía y atraía inversores.

El modo de vivir aristocrático fue el modelo para una capa social peculiar de la sociedad de la época: los *gentry*, nobles terratenientes o sus descendientes que habían perdido sus posesiones. Consideraban que la única ocupación digna de ellos era el



servicio estatal en la administración o en el ejército. Frecuentemente les unían lazos familiares con los aristócratas y terratenientes y, a pesar de que no tenían posibilidades económicas, quisieron imitar su modo de vida. Despreciaban a sus colegas no nobles, aunque ocuparan puestos semejantes y tuvieran la misma calificación y se acercaron a los ricos burgueses sólo con el objetivo de casarse con sus hijas y con su dote “dorar el antiguo escudo de la familia”. Los intelectuales no nobles también se ajustaron a las costumbres y valores de los *gentry* y cerraron sus filas ante la mediana burguesía, los empleados privados, ingenieros y agrónomos. Por este ajuste hacia arriba ellos se llamaron “capa media señorial” (úri középosztály). Este espíritu de casta también caracterizó la sociedad en otros niveles. La pequeña burguesía urbana no sentía ninguna comunidad con los campesinos acomodados, aunque estos últimos en muchos casos vivieran mejor, más bien se burlaba de ellos. También se consideraban por encima de los obreros. Los pequeños artesanos y tenderos presumían de trabajar en lo suyo y no depender de nadie, a pesar de que esta independencia, la mayor parte de las veces, no era más que apariencia. Y todas las capas sociales menospreciaban a los jornaleros, que al acabar las grandes regulaciones de los ríos y a causa del estancamiento del desarrollo industrial al final del siglo, no encontraron otro remedio que exiliarse y buscar nueva patria, mayoritariamente en los Estados Unidos.

Por lo tanto, después del Compromiso, en Hungría se formó una mezcla peculiar de la sociedad feudal y capitalista, bastante anticuada, donde prevalecieron los valores nobiliarios, donde las tres cuartas partes de la sociedad sobrevivían en la miseria por la subsistencia del sistema de grandes posesiones, sin posibilidad de mejorar su situación, y donde no pudo formarse una clase media capaz de asegurar la movilidad social.

El atraso del sistema social de Hungría queda muy claro si se compara con el de la Inglaterra coetánea. Allí el 12% de la población pertenecía a las clases dirigentes y, aunque las clases obreras aun constituían el 45%, se formó una clase media que agrupaba el 43% del total. El dibujo de esta sociedad comenzó a adquirir la forma de un cubo, mientras que el de Hungría parecía más bien un embudo invertido, donde menos del 1% de la población pertenecía a las clases dirigentes, el 19% estaba

La posesión de tierra en Hungría cerca de 1900		
Tamaño de la tierra poseída (en <i>hold</i>)	Porcentaje de las haciendas (%)	Porcentaje comparado con el territorio total del país (%)
menos de 5	53,5	5,8
5–20	35,9	23,5
20–100	9,5	23,0
100–1000	0,8	15,4
más de 1000	0,2	32,3

formado por las capas medias no siempre modernas y el resto pertenecía a las capas necesitadas. En estas condiciones, el temor a una explosión social fue una de las causas de que los gobiernos de los terratenientes durante toda la época se opusieran tan decididamente a la reivindicación del sufragio universal.

LA CUESTIÓN DE LAS NACIONALIDADES

Entre los quince millones de habitantes que tenía el país alrededor de 1900, la proporción de los húngaros creció y en 1910 superaba el 54%, sin contar Croacia (el porcentaje de los alemanes era del 10,4%, el de los eslovacos del 10,9%, el de los rumanos del 16,1%, el de los rutenos del 2,5%, el de los serbios del 1,1%, el de los croatas del 3,0% y el de otras nacionalidades del 1,7%). Sin embargo, este crecimiento del porcentaje de los húngaros no fue sólo fruto del mayor crecimiento natural de la población húngara, sino más bien de una asimilación no siempre voluntaria, ya que la política más tolerante de 1868 –por el temor que surgió en los grupos políticos húngaros a causa de la formación de estados nacionales a lo largo de la frontera meridional (Rumania en 1859, Serbia en 1878) que fortalecieron las tendencias de autonomía entre las nacionalidades– fue sustituida por la húngarización forzosa. El Estado no financió las instituciones culturales de las nacionalidades, más bien pretendió controlarlas y aludiendo a la propaganda paneslava prohibió escuelas y asociaciones culturales eslovacas (*Matica Slovenska*) y serbias (*Omladina*). También fue disuelto el Partido Nacional Rumano (1892). En muchas regiones aparecieron quejas por la reducción del uso de las lenguas maternas en diferentes foros. Por último, en 1907 se aprobó una nueva ley sobre las escuelas primarias (la Ley Apponyi) que estableció la enseñanza obligatoria de la lengua húngara en las escuelas de las nacionalidades. Frente a toda esta legislación húngara, hubo sólo un político que llamó la atención de que el problema de las nacionalidades sólo se podía resolver con tolerancia, Lajos Mocsáry. Sin embargo, en el ambiente del nacionalismo se le hizo caso omiso, incluso entre las nacionalidades muchos vieron mejor declararse húngaros durante los censos de la población. Como consecuencia creció el porcentaje de la población húngara, aumentó el territorio poblado mayoritariamente por húngaros y en las regiones hasta entonces habitadas exclusivamente por nacionalidades apareció una población mixta. No obstante, la creciente hostilidad entre los húngaros y las nacionalidades predecía dificultades en el futuro y fue la segunda causa de que los gobiernos rechazaran tan violentamente el sufragio universal.

A nivel de la Monarquía austro-húngara también causó problemas la cuestión de los eslavos. Cuando a finales del siglo XIX se planteó la necesidad de la modernización del sistema estatal del Dualismo, en Viena consideraron solución posible la reorganización trialista con la atracción de los checos o de los croatas y también el federalismo. Estas pretensiones de reforma, sin embargo, siempre fracasaron y no en último lugar por la oposición de Hungría, que temía perder su estatus especial como consecuencia de cualquier modificación.

EL NACIMIENTO DEL ANTISEMITISMO MODERNO

Durante todo el siglo XIX creció el porcentaje de los judíos en Hungría. A comienzos del siglo apenas constituían el 1% de la población total, mientras que al final alcanzaban el 5%. Como los judíos en su mayoría se asentaban en las ciudades, entre la población urbana su proporción era aún mayor. Y también lo era entre empresarios e intelectuales (abogados, médicos, periodistas). Contra ellos surgieron resentimientos, no sólo de tipo religioso, sino también de índole socio-cultural. A pesar de que durante los censos ellos se declararon mayoritariamente húngaros (en 1880 el 56%, en 1910 el 77%) y a pesar de que la legislación promulgó su emancipación (1867), en el seno de la sociedad iba acumulándose una hostilidad creciente hacia ellos que culminó en 1882, en el proceso judicial de Tiszaeszlár. En él acusaron a la comunidad judía de la localidad de asesinar ritualmente a una criada cristiana y presentar su sangre como sacrificio a Yahve. La acusación carecía de toda base y finalmente se probó la inocencia de los judíos, pero el “asunto Dreyfuss” de Hungría dividió en dos a la sociedad e hizo posible la formación del Partido Antisemita (1883), y del antisemitismo moderno en el país.

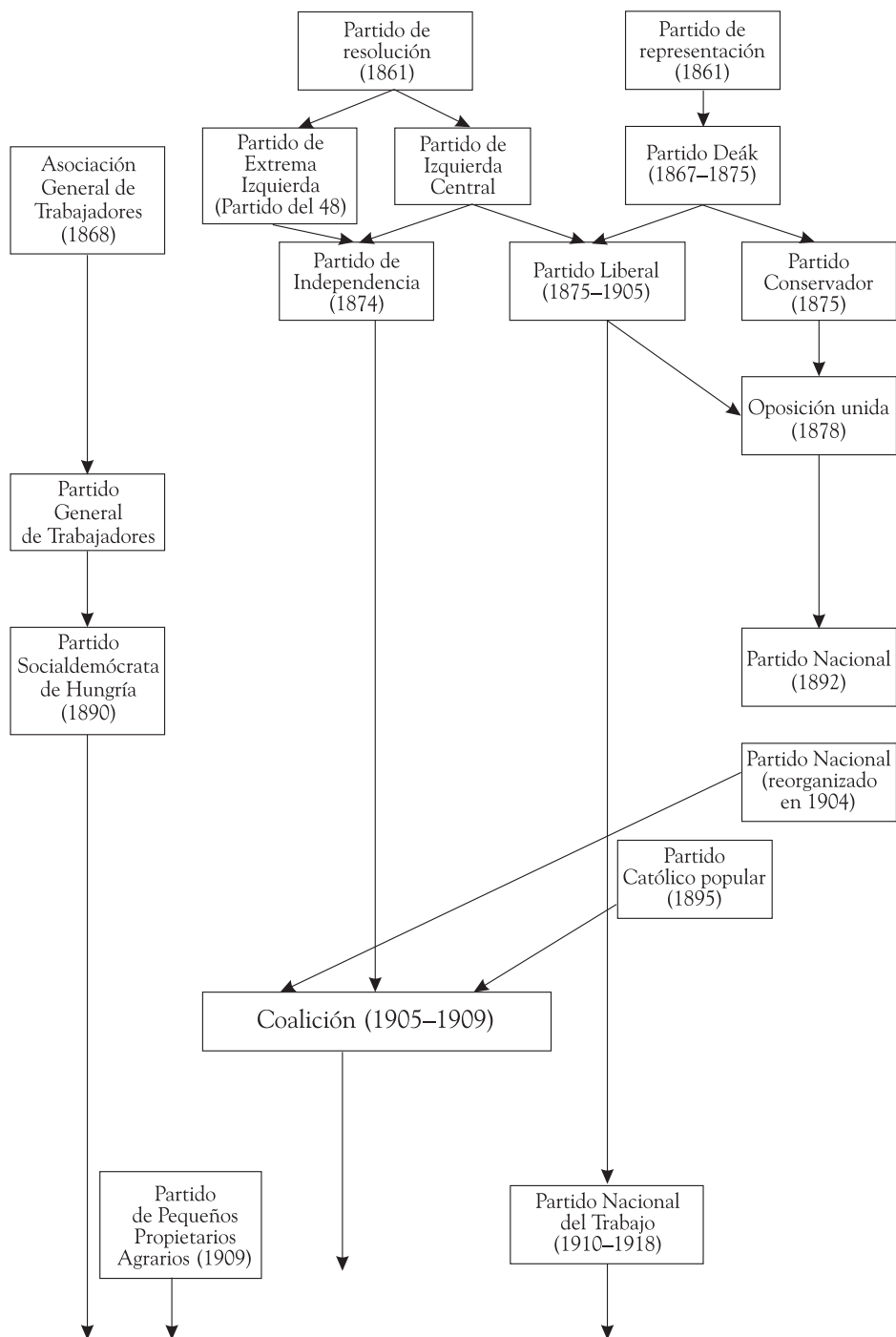
LA POLÍTICA INTERIOR

Lo característico de los partidos húngaros de la época fue que entre ellos la divisoria no se trazó entre el liberalismo y conservadurismo, sino entre “los del 67” y “los del 48”, los defensores y atacantes del Compromiso. Otra peculiaridad es que la inmensa mayoría de los partidos –y todos los partidos en el poder– fueron más bien alianzas electorales (partidos llamados “honorarios”), o sea activaron su presencia entre los votantes sólo antes de las elecciones y durante el ciclo se limitaron a debates en el parlamento.

El Compromiso fue la obra del partido Deák, que gobernó el país entre 1867 y 1875. Contra él se formaron dos partidos, el de Izquierda Central (Balközép), cuyo líder fue Kálmán Tisza y que quiso negociar de nuevo el Compromiso para aumentar la independencia de Hungría y transformar la colaboración en una unión personal tradicional, y el de Extrema Izquierda (Szélsőbal) que rechazaba cualquier compromiso con Austria. Este último grupo consideró su líder a Lajos Kossuth, exiliado en Turín. Ya que la única garantía del mantenimiento del Compromiso era el poder del partido Deák, el monarca también se aferró a él. Por eso no pudo formarse en Hungría el turno parlamentario.

Sin embargo, la situación se trastocó después de que Ferenc Deák se retirase de la política, József Eötvös muriera y Gyula Andrássy fuera nombrado ministro de asuntos exteriores común (1871). Entonces el partido Deák se quedó sin un líder sólido. Al ver la firmeza del régimen establecido y la imposibilidad de acceder al poder desde la oposición, Kálmán Tisza modificó su política y junto con sus partidarios se acercó al partido Deák. Así se formó el Partido Liberal (Szabadelvű Párt), que tuvo el poder desde 1875 hasta 1905. El resto del Partido de Izquierda Central se fusionó con el de

Los partidos de la época del Dualismo



Extrema Izquierda y formaron el Partido de Independencia (Függetlenségi Párt), mientras que el ala derecha del partido Deák formó el Partido Conservador (Konzervatív Párt).

Durante quince de los treinta años de gobierno liberal, el primer ministro fue Tisza. Su modo de hacer política fue pragmático y autoritario. Su lema fue “quieta non movere” (no tocar lo tranquilo), ni siquiera planificó reformas o cambios si no eran estrictamente necesarios. A los diputados de su partido exigió obediencia sin condiciones. Por eso le dieron el sobrenombre de “general” y sus partidarios se llamaron “mamelucos”. Por someterse a la voluntad del líder recibían algunas recompensas, por ejemplo la línea ferroviaria atravesaba sus posesiones, aunque para ello hubiera que modificar el trazado considerablemente. A pesar de las “panamas” (abusos y chantajes) frecuentes de los ministros y diputados del Partido Liberal, sus posiciones eran firmes porque gozaban de la confianza del monarca y porque un desarrollo económico nunca visto animó a todo el país a colaborar en el mantenimiento de la estabilidad.

La oposición lo atacó con reivindicaciones nacionalistas y modernizadoras (por ejemplo, quisieron aumentar la independencia y ampliar el sufragio), pero sin tener la esperanza de acceder al poder. A pesar de todo, fue la cuestión nacional la que causó la caída de Tisza. En 1888 el gobierno quiso modificar la ley de defensa (véderő-törvény). En vez de votar de nuevo cada diez años el número de los novatos húngaros en el ejército común y, a la vez, el número de los soldados de Honvédség, quisieron fijarlos para siempre. Así, el parlamento perdería toda su influencia en los asuntos militares, ya de por sí limitada, y también se anularía la posibilidad de aumentar el peso del Honvédség en proporción al crecimiento de la población (ya que la población húngara crecía a un ritmo mayor que la austríaca). La oposición protestó no sólo en el parlamento, sino también con manifestaciones. La propuesta de ley dividió al partido gobernante y algunos de sus diputados votaron con la oposición. Por eso Tisza –aprovechando la sacudida política que causó el suicidio del archiduque Rodolfo, heredero del trono– modificó la propuesta original. El nuevo plan mantuvo los números anteriores –más novatos húngaros para el ejército común y menos para Honvédség– pero los fijó sólo por diez años. Aunque la ley se votó en esta forma, la pérdida de prestigio que sufrió Tisza fue suficiente para quebrantar su poder. El monarca durante el debate temió incluso que la oposición tomara el poder, por lo que la caída de Tisza era cuestión de tiempo. Para dimitir, sin embargo, el primer ministro eligió un asunto honesto, nacional. Según la ley sobre la ciudadanía húngara de 1879, cada húngaro que residiera más de diez años en el extranjero, tenía que presentarse a un consulado húngaro y prestar juramento al rey so pena de perder su ciudadanía. Transcurridos diez años, en 1889, Lajos Kossuth, el “ermitaño de Turín”, afirmó que nunca se declararía súbdito de Francisco José, con lo cual debía perder su ciudadanía. En esta situación Tisza planteó que dicha ley no tuviera validez en el caso de Kossuth. Ya que su propuesta fue rechazada, entre otros, por su partido, que no quiso agudizar la situación con el monarca, Tisza presentó su dimisión, que el rey aceptó.

Sin embargo, el Partido Liberal se mantuvo en el poder. A su vez, Kossuth causó problemas una vez más en la política húngara, durante el gobierno de Sándor Wekerle, el último gran representante de la generación liberal de los políticos. Wekerle fue el primer jefe de gobierno húngaro procedente de una familia burguesa y antes de ser nombrado para gobernar había sido ministro de finanzas. Él introdujo el patrón-oro y por tanto la vinculación más firme de Hungría al mercado mundial. Otras peculiaridades de Wekerle son que ocupó el cargo de primer ministro tres veces y fue el último primer ministro de Hungría durante la existencia de la Monarquía austro-húngara. En 1894, en Turín, murió Kossuth. El país exigió luto nacional y entierro estatal al líder legendario, al “padre Kossuth”, como lo apostrofaban cada vez con mayor frecuencia, pero el monarca se los negó. En esta situación tensa Wekerle demostró su habilidad política. Logró que –con el respaldo secreto del gobierno– fuera la capital la que organizara el entierro solemne de su ciudadano de honor. Sin embargo, la secularización del Estado, atacada tanto por los conservadores como por algunos liberales, a pesar de que el rey la sancionó, causó la primera caída de Wekerle.

Las fiestas del Milenio de la conquista de la patria en 1896 fueron la demostración del orgullo nacional, de los resultados logrados en la economía y en la cultura y, a la vez, la última demostración de la estabilidad del gobierno liberal, ya que el estancamiento del desarrollo económico en el tránsito del siglo, la creciente actividad de las nacionalidades y la maduración de la crisis de la sociedad obrera y agraria socavaron las posiciones del Partido Liberal. Los primeros de estos problemas ya los detallamos. Sobre los últimos es necesario saber que en 1890, por influencia del obrerismo austro-alemán y con la ayuda de la segunda Asociación Internacional de Trabajadores, se formó el Partido Socialdemócrata de Hungría, que inició la lucha por el sufragio universal y secreto. Ésta fue una de las reivindicaciones de los socialistas agrarios, que además exigieron el reparto de la tierra. Su arma más importante fue la huelga de los segadores. Precisamente por eso, a pesar de que sus partidos importantes se formaron más tarde (por ejemplo, el Partido Nacional de Independencia y del 48 de los Propietarios [48-as és Függetlenségi Országos Gazdapárt] –brevemente Partido de Pequeños Propietarios Agrarios [Kisgazdapárt]– fue fundado por István Nagyatádi Szabó en 1909), su fuerza pareció muy peligrosa para un gobierno de terratenientes, que respondió con armas contra los huelguistas y manifestantes e iniciaron juicios contra sus líderes.

Los partidos de oposición aprovecharon las dificultades del gobierno liberal y reforzaron la protesta parlamentaria, llamada “obstrucción”. A causa de la superioridad abrumadora del partido gobernante, la oposición no vio otra posibilidad que generar escándalos en la cámara haciendo ruido, y bloqueando las votaciones impedir la toma de decisiones. Después de que el gobierno de István Tisza, hijo de Kálmán Tisza, en 1904 lograra modificar la regulación de las sesiones del parlamento para hacer imposible el uso de la obstrucción, los partidos de la oposición, el de Independencia, el Nacional y el Católico Popular se unieron en una coalición nacional y triunfaron en las elecciones en 1905. Ya que la coalición exigió ejército y banco

nacional independientes, y además ganaron votos con la promesa del sufragio universal, en un primer momento el rey no les concedió el derecho de formar gobierno, sino que nombró primer ministro al barón Géza Fejérváry, comandante de su guardia de corps húngara. Sin embargo, cuando se aclaró que a cambio del poder los opositores renunciarían a sus reivindicaciones más extremas y aceptarían a Sándor Wekerle como primer ministro, el rey aprobó su acceso al poder. Realmente, la oposición no aprovechó el gobierno para realizar reformas importantes, más bien agravó la situación con su intolerancia nacional (aprobación de la mencionada Ley Apponyi en 1907) y con los casos de abusos y chantajes aún mayores que los del Partido Liberal. Así, en 1910 tuvieron que entregar el poder al Partido Liberal, reorganizado bajo el nombre de Partido Nacional del Trabajo y liderado por István Tisza. Su nombramiento como presidente del parlamento el 22 de mayo de 1912 provocó la mayor manifestación de la época. Las luchas callejeras que siguieron el 23 de mayo, llamado “jueves sangriento”, causaron seis muertos y casi doscientos heridos y aceleraron la formación de una oposición democrática organizada por los intelectuales más ilustres de la época (Oszkár Jászi, Ervin Szabó). En el verano de 1913 István Tisza fue nombrado por segunda vez primer ministro, lo que hizo madurar la colaboración entre el Partido de Independencia, liderado por Gyula Justh y Mihály Károlyi, el Partido Radical Burgués (Polgári Radikális Párt), fundado por Oszkár Jászi en 1914 y el Partido Socialdemócrata, cuyo líder era Zsigmond Kunfi. En estos últimos años de paz, debido a la tensión internacional, la mayor pretensión del gobierno de Tisza era fortalecer sus posiciones en caso de una guerra inminente (aumento del presupuesto militar, regulación de los derechos del gobierno en un conflicto militar, etc.).

LA POLÍTICA EXTERIOR

Se puede hablar de política exterior húngara sólo bajo condiciones. A pesar de que durante el Dualismo hubo tres ministros de asuntos exteriores húngaros (Gyula Andrassy, el viejo, 1871-1879; István Burián 1915-1916 y 1918; Gyula Andrassy, el joven, 1918) y en el ministerio correspondiente también trabajaron muchos empleados húngaros, la política exterior fue asunto común e incluso el asunto común más importante. Así sus pautas generales también fueron comunes y los intereses propiamente húngaros sólo los matizaron.

Con la formación de Austria-Hungría el viejo Imperio de los Habsburgo logró conservar su estatus de gran potencia en Europa. Sin embargo, desde los años 70, después de la unificación de Italia y de Alemania, sus posibilidades se redujeron considerablemente. El Estado estaba rodeado de grandes potencias (Alemania, Italia, Rusia) y le quedaba sólo un territorio para la expansión: los Balcanes. Así no es de extrañar que los pilares de su política exterior fueran precisamente la relación con las grandes potencias y la cuestión de los Balcanes (“la cuestión oriental”). Como en este último territorio sus intereses chocaban con los de Rusia (y en menor grado también con los de Italia), quedó Alemania como aliado natural más importante de Austria-

Hungría. Alemania quería evitar la formación de una alianza franco-rusa (“la guerra en dos frentes”), y por eso convenció a Austria-Hungría de que el mejor método de controlar la expansión de Rusia en los Balcanes era alcanzar una colaboración. Así nació la Liga de los tres emperadores en 1873 que, sin embargo, se deshizo por las conquistas rusas realizadas en la guerra ruso-turca de 1877-1878 y por el congreso de Berlín, en el cual las grandes potencias europeas, en cooperación con Alemania y Austria-Hungría, despojaron a Rusia de todos los frutos de su victoria y hasta sancionaron la expansión de Austria-Hungría en los Balcanes con la autorización de la ocupación de Bosnia y Herzegovina en 1878. Fue este uno de los momentos en que aparecieron muy claramente los intereses propiamente húngaros en la política exterior del Estado dualista, ya que había que decidir a qué parte (a Austria o a Hungría) pertenecería Bosnia-Herzegovina. Hungría no quería fortalecer a Austria con la cesión del territorio, pero tampoco quería aumentar el número de eslavos en su propio Estado por el temor al paneslavismo. La decisión fue salomónica. El territorio anexionado no formó parte de ningún Estado, sino que fue administrado por el ministro de finanzas como un territorio común.

Cuando los rusos, indignados por las decisiones del congreso de Berlín, abandonaron la Liga de los tres emperadores, Bismarck y Andrásy firmaron la Dúplice Alianza (1879) y posteriormente, en 1882, se formó la Triple Alianza de Alemania, Austria-Hungría e Italia. La participación de Italia en el sistema de alianzas dificultó la situación, ya que Italia quería anexionar por una parte territorios pertenecientes a Austria-Hungría (Trento y Trieste), y por otra quería extenderse en los Balcanes del oeste (Albania), donde sus intereses de nuevo chocaban con los de su aliado.

A pesar de todo, al final de la década de los años 80, en la política balcánica de Austria-Hungría dominaban las tendencias antirusas. Este hecho provocó la simpatía hacia los turcos en las guerras ruso-turcas y el apoyo a los búlgaros cuando éstos, en 1885-87, quisieron liberarse de la tutela exagerada de Rusia y la unión de sus dos territorios (Bulgaria y Rumelia oriental) en un principado independiente, bajo la corona de un príncipe alemán, Fernando de Koburgo.

De nuevo se retocó la situación después de la caída de Bismarck y la declaración de Weltpolitik de Guillermo II (1890). En la era bismarckiana Alemania declaradamente no tenía intereses en los Balcanes. No obstante, con las pretensiones expansionistas de alcance mundial manifestadas por el nuevo emperador, aumentó el valor de los Balcanes, antesala de Asia, a ojos de los alemanes. La consecuencia de este cambio fue la adquisición de la concesión de la construcción del ferrocarril Berlín-Bizancio-Bagdad (en 1898-99) y que Alemania sustituyera a Austria-Hungría en el comercio exterior serbio cuando ésta rechazó la compra de los cerdos serbios, y así quería ejercer presión económica para que Serbia modificara su fuerte orientación rusa nacida después del golpe de estado de Pedro I Karadjordjević, realizado en 1903 (esta fue la llamada “guerra del cerdo”, en 1906).

En 1908 triunfó en Turquía el movimiento de los jóvenes turcos que querían recuperar el estatus de gran potencia del Imperio turco con la modernización del

Estado. Era de temer que al fortalecerse, Turquía quisiera recuperar Bosnia y Herzegovina, que legalmente seguían perteneciéndole, a pesar de la ocupación austro-húngara. En esta situación, para defender su autoridad, Austria-Hungría decidió la anexión del territorio ocupado. Este paso amenazó con la guerra, ya que ni Turquía ni Serbia quisieron aceptar la expansión austro-húngara en los Balcanes. En aquel entonces salvó la paz el hecho de que Alemania declarase su respaldo a Austria-Hungría, y que Rusia, que aún no se había recuperado de las consecuencias destructoras de la guerra ruso-japonesa (1904-1905), aconsejase a sus aliados paciencia. No obstante, éste fue el comienzo de una fuerte propaganda paneslavista y el apoyo abierto prestado por Serbia a los movimientos proserbios de Bosnia (uno de ellos fue la famosa “Mano Negra”, cuyos miembros realizaron el atentado de Sarajevo y así contribuyeron al estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914). Esta hostilidad y el fortalecimiento de Serbia en las dos guerras balcánicas (1912-1913 y 1913 respectivamente) hicieron que en 1914 Austria-Hungría considerase insuficiente la mera amenaza de utilizar la fuerza (“diplomacia militante”) y decidiera iniciar una campaña para castigar a su vecino meridional. La acción, sin embargo, salió del marco de la guerra local porque la polarización de las fuerzas y la creación de los dos sistemas de alianzas para entonces ya eran un hecho.

La formación de la Triple Entente en 1907 determinó definitivamente las posibilidades de Austria-Hungría. A pesar de no tener ningún conflicto ni con Inglaterra ni con Francia, el hecho de necesitar el respaldo de Alemania contra Rusia redujo sus posibilidades y la condenó a participar en una contienda multinacional como aliado de rango secundario de Alemania.

EL SIGLO XX

Hungría en la Primera Guerra Mundial

LA PARTICIPACIÓN HÚNGARA EN LA GUERRA

En este ambiente de tensión, el 28 de junio de 1914 fue asesinado en Sarajevo (Bosnia) el archiduque Francisco Fernando, sobrino del emperador Francisco José I y heredero del trono austro-húngaro. El autor del magnicidio fue un activista serbo-bosnio, Gavrilo Princip, miembro de una organización nacionalista serbia (“La Mano Negra”). Este atentado desencadenó una fatal serie de acontecimientos que desembocó en la guerra.

A pesar de que el primer ministro húngaro István Tisza se opuso en un primer momento al conflicto armado por considerar el momento inadecuado, el 23 de julio, tras asegurarse el apoyo alemán, Austria-Hungría lanzó un ultimátum a Serbia y el 28 del mismo mes declaró la guerra. Las potencias cumplieron fielmente sus alianzas y a comienzos de agosto casi todos los estados europeos se habían declarado la guerra mutuamente. Los ejércitos húngaros lucharon en diferentes frentes, en Serbia y Galitzia y, después de la integración de Italia en la Entente, también allí. Muy pronto se demostró la incapacidad del ejército húngaro, ya que sólo con ayuda alemana logró algunos éxitos.

La guerra de trincheras exigió a los pueblos graves sacrificios de vidas humanas. La Monarquía experimentó en los tres primeros años la pérdida de tres millones de hombres, de los que una tercera parte correspondió al ejército húngaro. La guerra total exigió en la retaguardia una movilización total de los recursos económicos disponibles y la organización de la economía de guerra. Los gobiernos habían de hacer frente a la escasez de materias primas, debían reclutar mano de obra y regular el consumo mediante rígidos controles (cartillas de racionamiento). El Estado debía intervenir activamente en la dirección de la economía fijando precios, orientando la producción y organizando los mercados. En Hungría entraron en vigor leyes excepcionales y se estableció el control militar sobre la producción. Desde mediados de 1916 se inició una inflación muy considerable y se notaron síntomas de agotamiento. Hungría cumplía sus deberes según la cuota (36,4% de los gastos de la Monarquía), lo que agotaba la capacidad industrial del país, aunque estaba en mejor situación en cuanto al abastecimiento de alimentos que Austria.

En 1916 murió Francisco José I y le sucedió en el trono Carlos IV. Él era consciente de la crisis inevitable de la Monarquía austro-húngara, situación que tenía una sola solución: la paz inmediata. Durante 1917 mantuvo a espaldas de Alemania contactos

con el gobierno francés para tratar de alcanzar una paz por separado con los aliados, pero sus intentos fracasaron. Carlos IV buscaba una reconciliación entre las nacionalidades dentro del marco de un imperio federal, y también quería realizar algunas reformas internas, por lo que hizo renunciar al primer ministro István Tisza. Las luchas políticas se centraron en torno a la cuestión de la extensión del derecho del voto. Se formó el Bloque Electoral (Választójogi Blokk) de varios partidos de la oposición encabezado por el conde Mihály Károlyi, en cuyo programa figuraban las exigencias del sufragio secreto y universal, además de la paz sin anexiones ni indemnizaciones.

Con la Revolución Rusa de 1917 terminó la guerra en el frente oriental, sin embargo la entrada en el conflicto de los Estados Unidos al lado de la Entente decidió la suerte del mismo. En 1918 el ejército de la Monarquía austro-húngara sufrió una derrota aniquiladora en el frente italiano: cerca del río Piave trescientos mil soldados murieron o fueron hechos prisioneros. En los Balcanes también se sentía la superioridad de la Entente: el ejército al mando del general francés Franchet d'Esperey avanzó hacia la frontera y en octubre entró en Bosnia.

Al mismo tiempo se manifestaron con intensidad los movimientos que exigían el derecho a la autodeterminación de las nacionalidades. Los gobiernos de la Entente renunciaron a la conservación de la Monarquía austro-húngara, que ya no era capaz de cumplir con su papel histórico: mantener y asegurar el equilibrio político en la región.

Como último intento para salvar al Estado, el 17 de octubre de 1918 Carlos IV publicó su manifiesto sobre la transformación federal del Imperio, pero ya era tarde. Durante el mes de octubre la Monarquía austro-húngara se desintegró y se proclamaron estados independientes: Galitzia se incorporó a Polonia; se independizaron Eslovenia y Croacia para incorporarse al Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos (desde 1929 Yugoslavia); y también se proclamó la República de Checoslovaquia. El día 3 de noviembre la Monarquía austro-húngara, que ya prácticamente no existía, firmó el armisticio en Padua.

Las revoluciones de 1918 y 1919

LA VICTORIA DE LA REVOLUCIÓN DE LOS CRISANTEMOS

Los sufrimientos en la guerra, las pérdidas humanas y materiales, al igual que la grave situación económica, la escasez y la inflación, generaron un clima conflictivo en el que creció la actividad de los partidos de la oposición. Los tres más importantes: el de Károlyi (Partido de la Independencia y de 48), el Partido Nacional Radical (Polgári Radikális Párt) y el Partido Socialdemócrata de Hungría se agruparon a partir del 24 de octubre de 1918 en el Consejo Nacional (Nemzeti Tanács) presidido por el conde Mihály Károlyi.

Las exigencias más importantes de su programa fueron la paz por separado, la independencia de Hungría y la creación de un estado democrático burgués mediante reformas sociales.

En octubre también se constituyó el Consejo Revolucionario de los Soldados, (Katonatanács) dominado por los socialistas, con progresiva influencia en las guarniciones de la capital. El día 28 de octubre una gran manifestación se dirigió al Palacio de Buda para exigir el nombramiento de Károlyi y el reconocimiento del gobierno del Consejo Nacional. Entre los manifestantes y el ejército se desarrolló la batalla del Puente de Cadenas (Lánchídi csata) con varias víctimas. Al día siguiente empezó una huelga general y los obreros se apoderaron de armas, ocupando los puntos estratégicos más importantes de la capital. En la noche del 30 al 31 de octubre triunfó la revolución llamada de los crisantemos sin derramar sangre. El conde Károlyi fue nombrado primer ministro y se formó un gobierno de coalición de los miembros del Consejo Nacional. Esta revolución democrático-burguesa llevó al poder a la burguesía liberal y democrática con el apoyo de los socialdemócratas y su objetivo básico era la eliminación total de los restos del régimen feudal y la creación de un estado burgués moderno. Después de que el día 13 de noviembre de 1918 Carlos IV suspendiera la práctica de sus derechos reales, fue posible proclamar la República Popular Húngara tres días más tarde. Significó la ruptura radical con el régimen anterior y vino acompañada de la aprobación de leyes populares, en el sentido de que tuvieron apoyo masivo por parte de amplias masas de la población.

"El Consejo Nacional de Hungría, según la voluntad del pueblo, dicta el siguiente decreto popular:

- I. *Hungría es una república popular independiente de cualquier otro país.*
 - II. *La Constitución de la república popular será aprobada urgentemente por la Asamblea constituyente, convocada según la nueva ley electoral.*
 - III. *Hasta la decisión de la Asamblea constituyente el poder supremo del Estado reside en el gobierno popular presidido por Mihály Károlyi, que cuenta con el apoyo del Comité Ejecutivo del Consejo Nacional de Hungría.*
 - IV. *El gobierno popular debe aprobar con urgencia leyes populares sobre:*
 - 1) *el sufragio universal, igual, secreto y extendido a las mujeres para las elecciones de la Asamblea, de las elecciones municipales y de los distritos;*
 - 2) *la libertad de prensa;*
 - 3) *los tribunales de jurados del pueblo;*
 - 4) *la libertad de reunión;*
 - 5) *el reparto de la tierra a los trabajadores agrarios.*
- Budapest, a 16 de noviembre de 1918"*

INTENTO DE CREACIÓN DE LA REPÚBLICA BURGUESA

El 1 de noviembre el gobierno prestó juramento ante el Consejo Nacional. El acto simbolizó la completa ruptura con Austria y devolvió a Hungría su independencia después de unos cuatrocientos años. El programa de gobierno planteó exigencias democráticas: la independencia del país conservando la integridad territorial y respetando

el derecho de las nacionalidades a la autodeterminación. También figuraban el sufragio secreto y universal, extendido a las mujeres, la libertad de opinión, de prensa, de reunión y el reparto de la tierra.

El gobierno de Károlyi tuvo que enfrentarse a varios problemas. El más urgente era poner fin a la guerra y fijar las nuevas fronteras del país. Károlyi era optimista y tenía profunda confianza en la Entente y en los principios wilsonianos.

“... yo fundamento nuestra política en los principios wilsonianos. Tenemos un solo principio: Wilson, Wilson y por tercera vez Wilson... La misión de los Estados Unidos es transformar toda Europa, eliminar el concepto de la revancha y crear una paz donde ningún pueblo pueda sentirse disgustado. Estados Unidos creará la Sociedad de naciones.”(Károlyi)

El armisticio firmado en Padua no incluía disposiciones sobre las futuras fronteras. Según el jefe de la misión militar inglesa en Viena, Károlyi

“esperaba de la unión con los socialistas que la Entente no se vengaría de la Hungría vencida de modo drástico, si Hungría estaba gobernada por un liberal pacifista. Se equivocó. La Entente ya antes de firmar los tratados de paz había establecido las zonas de ocupación de Hungría y, las había fijado en favor de los estados sucesores, cosa bien evidente, dadas las circunstancias existentes...” (Cuninghame)

Una delegación del gobierno encabezada por Károlyi viajó a Belgrado, donde se entrevistó con el general de la Entente Franchet d'Esperey. El general, desde la posición de los triunfadores, expresó su desprecio hacia el gobierno húngaro y le comunicó las nuevas exigencias territoriales. Según el Convenio de Belgrado, firmado el 13 de noviembre, Hungría tenía que evacuar el sur del país hasta los ríos Maros y Dráva, desarmar el ejército y permitir que los ejércitos de la Entente pudieran pasar por su territorio en caso de necesidad. En el momento de la firma del convenio tropas checas y rumanas ya habían empezado a ocupar tierras húngaras con la autorización de sus aliados. Los rumanos entraron en diciembre en el sur de Transilvania y los checos reclamaban para sí toda Alta Hungría. El nuevo Estado no tenía fuerzas armadas, debido al pacifismo de los dirigentes, que se esforzaron por desarmar a los soldados que habían regresado de los frentes. Por falta de recursos Hungría no pudo organizar la resistencia y no logró defender sus territorios.

El otro problema igualmente grave fue la crisis económica posterior a la guerra. Debido al bloqueo de la Entente, había escasez de materias primas, carbón y alimentos. Los militares desarmados contribuyeron al aumento del paro, creció la inflación y gran parte de la población vivía en la miseria.

El tercer problema fue la lentitud en la ejecución de las reformas programadas por el gobierno. Así, la ley sobre la reforma agraria se publicó en febrero de 1919, pero el reparto de la tierra empezó solo en la hacienda de Károlyi, en Kápolna.

En este ambiente de descontento social y con una situación crítica del país aparecieron y reforzaron su actividad grupos extremistas tanto de derecha como de izquierda. La extrema derecha, llamada contrarrevolucionaria, se concentró en grupos como la Asociación Húngara de la Defensa del País (Magyar Országos Véderő Egylet) y la Asociación de los Húngaros en Despertar (Ébredő Magyarok Egyesülete). La extrema izquierda también empezó a estructurarse: los obreros industriales organizaron sus núcleos llamados soviets o consejos. Los prisioneros de guerra regresados de Rusia, donde habían conocido la doctrina comunista, y algunos intelectuales socialistas fundaron el 24 de noviembre el Partido Comunista de Hungría (Kommunisták Magyarországi Pártja) con Béla Kun a la cabeza. En el programa de los comunistas figuraba la transformación de la revolución en una dictadura del proletariado, la expropiación de las grandes propiedades y su socialización sin indemnización, el control obrero de la producción y la ruptura con la Entente. Los comunistas utilizaron la propaganda y la prensa para destacar la impotencia del programa liberal burgués, elevando el descontento de las masas contra el gobierno. El Partido Comunista de Hungría empezó a crecer vertiginosamente, y hacia enero de 1919 ya controlaba una gran cantidad de los soviets, produciéndose insurrecciones y manifestaciones que contribuyeron a la crisis del gobierno.

Debido a los problemas, el gobierno de Károlyi renunció en enero de 1919 y se formó uno nuevo con socialdemócratas, mientras él era nombrado presidente de la República. El gobierno tomó medidas contra los extremistas y los dirigentes comunistas fueron encarcelados. En febrero seguía aumentando la tensión, las masas se radicalizaron y tuvieron lugar cada vez más actos violentos de ocupación de la tierra, a la vez que crecía la influencia de los comunistas también en el ejército.

LA TOMA DEL PODER POR LOS COMUNISTAS

En esta situación extremadamente tensa, el 20 de marzo el coronel Vix, jefe de la misión de la Entente en Budapest, entregó una nota comunicando al gobierno las nuevas exigencias territoriales de la Entente. Según la nota las tropas húngaras debían desmilitarizar una franja de cien kilómetros de ancho de su territorio limítrofe con Transilvania, zona que incluía ciudades importantes como Debrecen y Szeged. Las tropas rumanas avanzarían hasta lo que es hoy la frontera entre Hungría y Rumanía y la zona desmilitarizada sería controlada por el ejército francés, a pesar de lo cual esta frontera, según Vix, aún era provisoria. Károlyi y los miembros del gobierno interpretaron la línea de demarcación como frontera política, lo que significaría la pérdida de grandes territorios de la Gran Llanura Húngara y de ciudades históricas húngaras. El gobierno no tenía más posibilidad que presentar su renuncia en favor de los socialdemócratas.

Los jefes del Partido Socialdemócrata eran conscientes de que sin los comunistas era imposible formar un nuevo gobierno, por lo que empezaron a negociar en la cárcel central de Budapest con los dirigentes comunistas y pactaron la unificación de los

dos partidos en el Partido Socialista de Hungría (Magyarországi Szocialista Párt). La unificación de los dos partidos obreros tuvo lugar el 21 de marzo y al mismo tiempo publicaron una declaración en nombre de Károlyi sobre su renuncia sin que él estuviese enterado. De tal modo, la noche del 21 de marzo de 1919 el poder fue a parar a manos de los bolcheviques, que formaron un nuevo gobierno, el llamado Consejo Gubernamental Revolucionario (Forradalmi Kormányzótanács) y empezaron la instauración de la dictadura del proletariado.

LA REPÚBLICA DE LOS CONSEJOS (A MAGYARORSZÁGI TANÁCSKÖZTÁRSASÁG)

El nuevo poder fue la dictadura de un solo partido, basada en el sistema de los consejos, y a imitación de los soviets rusos. Según la Constitución provisional del 2 de abril se organizaron consejos en todos los municipios, ciudades y distritos, que fueron apoyados por los directorios y, junto a ellos actuaron los tribunales revolucionarios; es decir, los consejos reunían todos los poderes: el legislativo, el ejecutivo y el judicial. El poder supremo residía en la Asamblea Nacional de los Consejos (Tanácsok Országos Gyűlése), que se reunió una sola vez. El gobierno, que se llamó Consejo Gubernamental Revolucionario y ejerció su función por medio de decretos, fue encabezado por el socialdemócrata Sándor Garbai. Entre los miembros del gobierno, llamados comisarios del pueblo (népbiztosok), destacó Béla Kun, encargado de las relaciones exteriores y verdadero jefe de la República de los Consejos. Para el ejercicio de la dictadura se organizaron varias instituciones: los tribunales revolucionarios y la Guardia Roja; y el terror rojo empezó a actuar contra los contrarrevolucionarios.

En el campo económico el gobierno decretó la nacionalización de toda empresa industrial, de transporte y de minería que empleara a más de veinte obreros. También de los bancos y edificios de viviendas.

No se efectuó el reparto de la tierra: las propiedades rurales con una extensión superior a cien *hold* fueron nacionalizadas y transformadas en cooperativas de producción.

También se aprobaron una serie de medidas sociales, como por ejemplo la subida de los salarios, la reducción de los alquileres, el seguro obligatorio, la jornada laboral de ocho horas, la organización de vacaciones para los hijos de los obreros, o el servicio médico gratuito. Con la nacionalización de las escuelas querían implantar la instrucción pública gratuita uniformizada. Estos planes no pudieron realizarse debido a la crítica situación económica del país y a la intervención militar.

La proclamación de la República de los Consejos de Hungría sorprendió a las potencias vencedoras de la Entente. El alto mando francés exigía la intervención inmediata contra Hungría, pero la Conferencia de Paz optó por las negociaciones. Mientras el general Smuts llegaba al país al frente de una delegación militar, el general Franchet d'Esperey comenzó la organización de un ataque conjunto franco-rumano-serbio contra Hungría. La dictadura de los Consejos estaba acosada por cuatro ejércitos: los checos desde el norte, los serbios desde el sur, los rumanos desde

el este y los franceses ayudando a todos ellos. El gobierno de los Consejos surgió como reacción a la caída del gobierno burgués y, a la vez, como una defensa de las fronteras magiares. Los comunistas evaluaron positivamente la cercanía de las tropas rusas detrás de los Cárpatos, a doscientos kilómetros de la frontera húngara, ya que tenían confianza en la victoria de la revolución de los proletarios del mundo.

Rumanía y Checoslovaquia decidieron ocupar Hungría desde mediados de abril con la autorización de la Conferencia de Paz. Cuando se desencadenó la intervención armada, la República de los Consejos no disponía de la fuerza militar adecuada, debido a que la organización del Ejército Rojo aún se hallaba en su etapa preparatoria. En poco tiempo cayeron Nagyvárad, Arad, Debrecen y Gyula, y los franceses entraron en Hódmezővásárhely y Makó. Los checoslovacos avanzaron a través de la Ucrania Subcarpática. El gobierno decretó la movilización general y en poco tiempo el nuevo ejército se convirtió en una fuerza contundente que pudo pasar a la ofensiva.

Cuando el jefe del estado mayor húngaro, Aurel Stromfeld, ordenó el contraataque hacia el norte, se consiguieron varias victorias que permitieron reconquistar Losonc, Nyitra, Kassa, Eperjes y llegar hasta la frontera con Polonia. Estas victorias militares del Ejército Rojo contribuyeron a la proclamación de la República de los Consejos de Eslovaquia.

La Entente, preocupada por estas victorias militares, contestó con la presión diplomática. En junio, el primer ministro francés Clemenceau, en una nota enviada al gobierno húngaro, propuso discusiones de paz a Béla Kun e invitó a los delegados de la República a la Conferencia, a condición de que el ejército se retirara de Eslovaquia. También prometió que las fuerzas rumanas evacuarían los territorios que ocupaban. Béla Kun aceptó la propuesta, detuvo el avance del ejército y luego ordenó su retirada. Sin embargo, la Entente no quiso reconocer al gobierno húngaro, ni los rumanos salieron del territorio.

La República de los Consejos de Hungría tuvo que afrontar graves problemas económicos. Como consecuencia de la guerra, y de la ocupación extranjera de una gran parte del territorio nacional, había escasez de materias primas y disminuía la producción. Se sufrieron dificultades en el abastecimiento por la reducción de la producción y porque el aprovisionamiento del ejército tenía prioridad. Los comunistas también perdieron la confianza de los campesinos debido a su incorrecta política agraria, a la falta del reparto de la tierra. Todas estas dificultades fueron aprovechadas por las fuerzas contrarrevolucionarias, mientras los motines y huelgas contrarios eran duramente aplastados por los cuerpos del terror rojo.

En Viena se organizó el Comité Antibolchevique (Antibolsevista Comité), y en Szeged, ocupado por los franceses, se formó un gobierno contrarrevolucionario encabezado por el conde Gyula Károlyi. El ministro de guerra de este gobierno fue el almirante Miklós Horthy. El 24 de junio los grupos de Viena y de Szeged patrocinaron un alzamiento contrarrevolucionario en Budapest. En el ataque participaron los aspirantes oficiales de la Academia Ludovica y barcos de la flotilla que abrieron fuego desde el Danubio.

La retirada húngara, después de la propuesta de Clemenceau, desmoralizó al ejército. En cuanto a Rusia, ocupada en luchar contra sus enemigos, no podía prestar ayuda. Al tener la certeza de que la Entente había burlado la buena fe de la nueva República, el Consejo Revolucionario realizó un intento para obligar a los rumanos al repliegue recurriendo a las armas. A fines de julio el Ejército Rojo húngaro empezó una operación en el río Tisza, sin éxito, lo que permitió a los rumanos ocupar Szolnok y avanzar en dirección a Budapest. El gobierno de los Consejos presentó su renuncia el 1 de agosto y el 4 de agosto el ejército rumano entró en la capital.

Hungría entre las dos guerras mundiales

LA TRANSICIÓN

Después de la renuncia del gobierno de los Consejos, el poder pasó a manos de uno integrado por los socialdemócratas sindicales. El primer ministro, Gyula Peidl, aspiraba a restablecer el régimen democrático, anulando los decretos revolucionarios. El nuevo gobierno, que no podía apoyarse en ningún aparato burocrático y que tampoco estaba respaldado por fuerza militar, sólo logró mantenerse en el poder seis días. Mientras tanto el ejército rumano requisaba máquinas, instrumentos, vagones y alimentos. El 6 de agosto de 1919 István Friedrich, con un grupo reducido de militares y contando con el apoyo rumano, derribó al gobierno de Peidl mediante un golpe de estado, haciéndose primer ministro mientras el archiduque José de Habsburgo era nombrado regente. El gobierno de Friedrich carecía de todo fundamento, ya que no era reconocido por la Entente y tampoco disponía de respaldo militar.

Miklós Horthy, como ministro de guerra del gobierno contrarrevolucionario de Szeged, concentró en sus manos el mando supremo del Ejército Nacional (Nemzeti Hadsereg) y se independizó del gobierno, trasladando su sede de Szeged a Siófok. Los destacamentos del ejército (különítményesek), encabezados por grupos de oficiales (Prónay, Héjjas), practicaron el terror blanco y la venganza sobre los comunistas, dirigentes sindicalistas, obreros y la población civil.

El régimen contrarrevolucionario durante tres meses fue incapaz de crear un gobierno aceptable por la Conferencia de la Paz, mientras en Hungría reinaba la anarquía. Para poder terminar el trabajo de esta Conferencia hacía falta establecer un gobierno estable húngaro, que estuviera en condiciones de firmar el tratado de paz. La Entente envió a un diplomático inglés, George Clerc a negociar con las fuerzas políticas sobre la creación de un gobierno de coalición. Finalmente Clerc logró que Horthy renunciara a la dictadura militar, reconociera el gobierno y se sometiera a la Asamblea elegida.

El gobierno de “concentración nacional” del socialcristiano Károly Huszár se formó en noviembre de 1919 con los dos partidos más importantes: el Partido de la Unión Nacional Cristiana (Keresztény Nemzeti Egyesülés Pártja) y el Partido de los Pequeños Propietarios (Kisgazdapárt), representante de los intereses de los campe-

sinos acomodados. En el gabinete participaban además políticos liberales y socialdemócratas. Siguiendo las órdenes de la Entente el ejército rumano abandonó Budapest, pero antes del 20 de marzo sólo se retiró hasta la línea del Tisza. El 16 de noviembre Horthy entró en la capital al frente de su ejército y montando un caballo blanco.

En enero de 1920 se efectuaron elecciones para la Asamblea Nacional. Por primera vez en la historia de Hungría, y por última vez hasta 1939, las elecciones tuvieron lugar por medio del sufragio universal, igual, extendido también a las mujeres y mediante votación secreta. Los candidatos del Partido Socialdemócrata se retiraron de las elecciones debido al ambiente de terror practicado por los destacamentos de oficiales. El Partido de los Pequeños Propietarios ganó las elecciones, seguido del Partido de la Unión Nacional Cristiana, representante de la pequeña burguesía, los funcionarios estatales e intelectuales conservadores. A pesar de haber sido el Partido de los Pequeños Propietarios el más votado, no pudo formar el gobierno por la resistencia de los grandes terratenientes. La nueva Asamblea Nacional tuvo que decidir sobre la forma de estado y sobre la persona del presidente. El Partido de la Unión Nacional Cristiana defendía la posición legitimista y la continuidad de la Casa de Austria en el trono, mientras que la mayoría del Partido de los Pequeños Propietarios era partidaria del derecho de la nación a elegir a su rey. Además la Entente advirtió reiteradamente que no aceptaría a ningún miembro de la dinastía de los Habsburgo. En esta situación el 1 de marzo de 1920 la Asamblea nombró regente a Miklós Horthy de manera provisional y votó la forma de estado monárquica para Hungría, pero sin rey electo. Horthy, como regente, asumía el mando supremo del ejército, podía disolver la Asamblea y devolver las propuestas de ley al parlamento, pero sus competencias fueron limitadas y quedó subordinado a la Asamblea, ya que no podía ejercer la totalidad de las competencias de un rey.

EL TRATADO DE PAZ DE TRIANÓN

Como signo del reconocimiento del gobierno húngaro por parte de la Entente, la delegación húngara encabezada por el conde Albert Apponyi fue invitada a París, a la conferencia de paz. El conde Pál Teleki, geógrafo de profesión, elaboró un mapa étnico, “el mapa rojo”, en el que indicaba con este color los territorios poblados mayoritariamente por húngaros, para así argumentar el deseo de conservarlos. Sin embargo, las potencias vencedoras ya habían elaborado su proyecto sobre las nuevas fronteras de Hungría. En estas condiciones, a los representantes del gobierno húngaro de Sándor Simonyi-Semadam, no les quedó otra alternativa que firmar el *dictat*.

Las disposiciones del tratado de paz, firmado el 4 de junio de 1920 en el palacio llamado Gran Trianón en Versalles, fueron sumamente severas. Hungría perdió dos tercios de su territorio, pasando de 282.000 km² a 93.000 km². De los territorios segregados se beneficiaron los siguientes estados: Rumanía se anexionó Transilvania, el este de Hungría llamado Las Partes (Partium), el este del Banato y el sur de la Gran

Llanura Húngara. Checoslovaquia recibió la Alta Hungría, la región de Csallóköz y la Carpatia Ucraniana. El Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos se hizo con la región llamada Szerémség, Bácska, Muraköz, la Voivodina y el este del Banato. Al oeste, la zona llamada Burgenland (Felsőőrvidék) se incorporó a Austria.

La población de Hungría se redujo de 18,2 millones de habitantes a 7,6 millones. El tratado de paz no tuvo en cuenta el principio de las nacionalidades, y más de tres millones de húngaros pasaron a ser ciudadanos de los estados sucesores, formando bloques étnicos cerrados al otro lado de la frontera. En Rumanía 1,6 millones de húngaros, en Checoslovaquia un millón, y más de medio millón de húngaros en Yugoslavia se transformaron en minorías étnicas.

El tratado de paz maximalizó el número de efectivos del ejército en treinta y cinco mil y limitó las posibilidades de defensa, reduciendo la cantidad de armas disponibles. Hungría se vió obligada a pagar una indemnización por reparaciones de guerra y también se vieron limitadas las posibilidades de construcción de carreteras y de líneas férreas.

También se prohibió la restauración de la Casa de Austria y la posibilidad de renunciar Hungría a su independencia.

Las consecuencias del tratado fueron enormemente serias. Con la desintegración de la Monarquía austro-húngara dejó de existir el mercado unido y los estados sucesores tendieron a la autarquía. Hungría perdió la mayoría de sus fuentes de materias primas: las minas de sal, de metales preciosos y de mineral de hierro. Todo esto significó que la capacidad metalúrgica se quedó sin materias básicas. La producción agrícola se redujo a la tercera parte, ya que Hungría perdió el 61% de sus tierras de cultivo. La producción industrial disminuyó a la quinta parte de la cifra anterior a la guerra. La red de comunicaciones sufrió daños irreparables: más del 60% de las líneas férreas y de las carreteras, e importantes nudos de comunicación fueron arrebatados al país. Los daños causados por el tratado de paz de Trianón sólo fueron comparables con los del siglo XVI, cuando el país quedó dividido en tres partes. El impacto psicológico influyó en el pensamiento y en la actitud de generaciones. El “trauma” fue agravado por los trescientos cincuenta mil refugiados húngaros, y dejó sus huellas en las vidas de familias y personas particulares. El día 4 de junio se convirtió en día de duelo nacional. En las ciudades y aldeas se levantaron monumentos a los caídos en la Primera Guerra Mundial y se extendió el lema: *“Hungría mutilada no es país, la Hungría indemne es paraíso”*. Todas las capas políticas y sociales, independientemente de su situación económica o religiosa, rechazaron el nuevo trazado de las fronteras. En torno a la exigencia de su revisión surgió un consenso nacional.

EL PRIMER GOBIERNO DE PÁL TELEKI

El tratado de paz condicionó las posibilidades de Hungría de consolidación política y económica. La transición hacia el régimen liberal-conservador de István Bethlen empezó con el gobierno de Pál Teleki. El conde Teleki, de una familia de prestigio

histórico de Transilvania, geógrafo, y autor del famoso “mapa rojo” fue nombrado primer ministro en julio de 1920. En el trabajo de su gobierno destacaron tres actos importantes: la ley de “*numerus clausus*”, que legalizó el antisemitismo moderado; la reforma agraria de Nagyatádi-Szabó; y por fin la ley sobre la defensa del régimen político.

Después de Trianón, Hungría se autoproclamó un país nacional y cristiano, iniciándose una tendencia discriminatoria hacia los judíos. El antisemitismo se basaba en opiniones que los culpaban de las revoluciones y del tratado. También algunos pensaron que en el país sobran los intelectuales, cuyo número creció aún más con la llegada de los refugiados, y justamente entre los judíos por tradición había muchos intelectuales y profesionales libres. Los problemas de subsistencia fortalecieron el antisemitismo entre las capas de la clase media no judía, o sea, cristiana. La ley XXV/1920 llamada “*numerus clausus*” o “*número cerrado*” sobre la “regulación de la matrícula” en las facultades universitarias, pretendió regular el ingreso en las instituciones de enseñanza superior con el objetivo de evitar la formación de demasiados intelectuales. Además la ley establecía:

“1 § A las Universidades, a la Universidad Politécnica, a la Facultad Universitaria de Económicas y a las Academias de Derecho desde principios del año lectivo 1920/21 pueden inscribirse solamente personas que sean indiscutiblemente fiables desde el punto de vista de la fidelidad a la nación y a la moral y solamente en número que pueda asegurar su formación esmerada.

3 § [...] Al dar el permiso, junto con la fidelidad a la nación y a la moral se debe tener en cuenta por un lado las capacidades mentales y por otro que la proporción de los jóvenes pertenecientes a ciertas razas y nacionalidades entre los estudiantes alcance posiblemente el número de la proporción nacional de la raza o nacionalidad, o al menos llegue a las 9/10 partes.” (Ley XXV del año 1920)

La proporción de los judíos entre los grupos intelectuales quedó así:

<i>Jueces, empleados de justicia</i>	2%
<i>Abogados</i>	49%
<i>Empleados públicos</i>	1,7%
<i>Profesores</i>	3-6%
<i>Médicos</i>	0,33
<i>Periodistas, redactores</i>	0,33
<i>Artistas</i>	0,25
<i>Empleados privados de los sectores industrial y comercial</i>	0,33
<i>Empleados comerciales</i>	50%

Hay que advertir que la proporción de los judíos dentro de la población de Hungría no llegaba al 5%.

La necesidad de una reforma agraria era considerada una de las cuestiones más importantes de la época, sin embargo el régimen cristiano-nacional realizó una reforma ambigua. El ministro de Agricultura, István Nagyatádi Szabó, del Partido de los Pequeños Propietarios, no logró realizar cambios sustanciales. Con la ley XXXV/1920 se alcanzaron dos objetivos: por una parte se conservó el sistema de las propiedades agrarias existentes, ya que las grandes quedaron intactas; por otra parte y hasta cierto punto se ganó la simpatía de los campesinos. Para realizar la reforma utilizaron el 8,5% de las tierras cultivables y expropiaron con indemnización la octava parte de los latifundios: cuatrocientos once mil personas recibieron miniparcelas de un tamaño medio de 1,7 *hold*, que no eran suficientes ni para asegurar la subsistencia. La mayoría de los beneficiados, unas trescientas mil personas, eran proletarios agrarios, minifundistas o pequeños propietarios.

Doscientas sesenta mil personas recibieron solar, sin embargo los que poseían parcelas o solar en el campo ya no se marchaban en busca de trabajo, de modo que el excedente de población agrícola aseguraba mano de obra barata para los latifundistas. Entre los beneficiados de la reforma agraria figuraban los miembros de la Orden de los Paladines (Vitézi Rend) fundada por Horthy para los que destacaron en la guerra mundial o en los acontecimientos posteriores en defensa del Estado húngaro. El tamaño medio de las tierras de los oficiales fue de cincuenta *hold*, el de los soldados rasos de doce.

Propiedades de la población agraria en 1910 y 1920:							
Año	Población agraria con propiedad	0-5 <i>hold</i>	5-10 <i>hold</i>	10-20 <i>hold</i>	20-25 <i>hold</i>	50-100 <i>hold</i>	Más de 100 <i>hold</i>
1910	539.065	208.944	140.635	107.383	60.899	11.964	9.240
1920	556.083	225.691	155.588	100.063	55.744	10.894	8.003

A pesar de que desde 1918 estaban en vigor leyes excepcionales y se practicaba la internación (medida que consistía en reducir la libertad de movimiento, obligando a algunas personas a residir bajo control policial), el gobierno de Teleki promulgó una nueva ley dirigida contra las agrupaciones, partidos y personas que pudieran hacer peligrar al régimen. La ley III/1921 “sobre la defensa más efectiva del orden estatal y social” aplicó sanciones muy severas (incluida la pena de muerte) contra todo intento de agitación o actividad que planteara derribar violentamente al régimen. La ley se aplicó tanto contra la extrema izquierda –el Partido Comunista de Hungría fue ilegalizado– como contra la derecha (la Asociación de los Húngaros en Despertar) y los destacamentos de los oficiales.

Justamente en el momento de iniciar la labor de consolidación del país apareció un nuevo conflicto internacional que puso fin al gobierno de Pál Teleki. A fines de

marzo de 1921 llegó a Szombathely Carlos IV de Habsburgo para negociar la posibilidad de recuperar el trono de Hungría, aunque el golpe fue rechazado por Horthy. Los países vecinos protestaron, la Entente afirmó de nuevo que no permitiría la restauración de los Habsburgo. Aun más, en abril se aliaron Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia, formando la “Pequeña Entente” con el fin de impedir todo intento de revisión de las fronteras por parte de Hungría. Carlos IV tuvo que retroceder, pero Pál Teleki se vio comprometido en el golpe fracasado y presentó su renuncia.

EL GOBIERNO DE ISTVÁN BETHLEN

El 14 de abril de 1921 fue nombrado jefe de gobierno el conde István Bethlen, miembro de una familia de prestigio histórico de Transilvania y de religión protestante. Era un conservador con inclinación hacia el liberalismo político y partidario del parlamentarismo. Mantenía lazos estrechos con la alta burguesía industrial y financiera y con los altos cargos del aparato burocrático de tradiciones conservadoras-liberales. Su talento de hombre de estado y su habilidad le hicieron posible alcanzar el objetivo de la consolidación del régimen, siendo uno de los políticos más destacados de Hungría en el siglo XX.

Permaneció al frente del gobierno durante más de diez años, hasta fines de agosto de 1931. Este período se puede dividir en las siguientes fases:

1. Entre 1921 y 1923 se pusieron las bases de la estabilidad de la política interior.
2. Entre 1923 y 1924 tuvo lugar el saneamiento económico y el inicio de un desarrollo económico de ritmo moderado.
3. Entre 1926 y 1928 Hungría hizo esfuerzos para romper el aislamiento internacional.
4. El periodo entre 1929 y 1931 fueron los años en que empezaron a sentirse los efectos de la crisis económica mundial y cuando empezó la crisis del régimen de la consolidación.

LA CONSOLIDACIÓN INTERIOR

La consolidación política fue la precondition para la aceptación de Hungría entre la comunidad de países. Los pasos hacia la misma fueron los siguientes:

- a) estabilización territorial y de la posición de Horthy como regente a través del destronamiento de los Habsburgo;
- b) integración de los obreros y de su movimiento político en el régimen a través del pacto llamado Bethlen-Peyer;
- c) eliminación del partido agrario y su neutralización política a través de la fusión;
- d) introducción del nuevo sistema de sufragio antidemocrático;
- e) surgimiento de un nuevo partido gobernante con mayoría sólida en la legislatura; y
- f) regreso al sistema bicameral con la creación de la Cámara Alta del Parlamento.

El 2 de octubre de 1921 tuvo lugar el segundo golpe de estado de Carlos IV. Destacamentos de oficiales acompañaron el tren en el cual el monarca se dirigió a Budapest, mientras nombraba a los miembros de un nuevo gobierno. Los países de la Entente y de la Pequeña Entente amenazaron con la intervención militar. Horthy y Bethlen optaron por la resistencia y en la batalla de Budaörs, el 23 de octubre, las fuerzas armadas del gobierno—entre ellas tropas irregulares de estudiantes universitarios, lideradas por Gyula Gömbös—pararon al rey. En noviembre de 1921 la Asamblea Nacional votó la ley sobre el destronamiento de la Casa de Habsburgo. Carlos IV y su esposa fueron desterrados a la isla de Madeira, donde él murió en 1922. La oportuna solución del problema supuso para Bethlen un aumento de prestigio, tanto en el ámbito interior como en el exterior, ganando las simpatías de Europa occidental y asegurándose el apoyo incondicional por parte de Horthy.

Después del fracasado golpe Bethlen pudo dedicarse por fin a la tarea de estabilizar la política interior. En Hungría, a principios de los años 20, las fuerzas políticas se agruparon según su actitud hacia la democracia. Los partidarios de la misma querían ampliarla y su ideal eran los logros de 1918. Los radicales de derechas no sólo deseaban limitar los derechos del parlamento y poner obstáculos ante el movimiento obrero, sino que querían acabar con todo intento democrático. Por fin, las fuerzas conservadoras deseaban regresar al sistema político de antes de la guerra. El conde Bethlen era un representante de los conservadores y tuvo que luchar en dos frentes: contra la derecha extremista, para “domesticarlos” y encuadrarlos en el sistema; y al mismo tiempo dividir las fuerzas del campo democrático. Los pasos más importantes en su política fueron normalizar el *modus vivendi* con los socialdemócratas, hacer del Partido de los Pequeños Propietarios un partido gubernamental, limitar el derecho de voto secreto introducido en 1918 y desplazar del gobierno al grupo más significativo de la extrema derecha racista, a los “defensores de la raza” (fajvédők) de Gyula Gömbös.

El primer paso de su programa fue la firma en 1921 del llamado Pacto entre Bethlen y Károly Peyer, jefe socialdemócrata. Por el mismo los socialdemócratas se comprometieron a apoyar la consolidación política y a no hacer propaganda republicana. El Partido Socialdemócrata de Hungría renunció a la labor organizativa política entre los campesinos, ferroviarios y empleados públicos, renunció a la organización de huelgas y abandonó su papel de partido de oposición radical. La dirección del partido, con Peyer al frente, rompió con la socialdemocracia húngara en el exilio, que se oponía a Horthy y, por el contrario se comprometió a poner sus contactos internacionales al servicio del régimen. A cambio, István Bethlen garantizaría la legalidad del partido socialdemócrata asegurando el respeto de ciertas libertades políticas y la posibilidad de algunos escaños.

El segundo paso fue la creación de un fuerte partido gobernante con mayoría en el parlamento. En febrero de 1922 tuvo lugar la fusión de los dos partidos, el de los Pequeños Propietarios encabezado por István Nagyatádi Szabó y el del Partido de la Unidad Nacional Cristiana de Bethlen. Bethlen recurrió a una maniobra muy

original para vencer la resistencia de los Pequeños Propietarios: ingresó en él junto con sus adeptos, y todavía más: el grupo racista y ultraderechista de Gyula Gömbös también se unió al partido, con lo que el Partido de los Pequeños Propietarios dejó de existir como tal. Aunque el presidente del nuevo partido, llamado Partido Unido (Egységes Párt), siguió siendo Nagyatádi Szabó, su verdadero jefe era Bethlen y como vicepresidente se eligió a Gömbös.

Este partido todavía no podía asegurarse la mayoría de los partidarios de Bethlen contra los demócratas y radicales ultraderechistas. El factor decisivo fue la composición de la Asamblea Nacional, por eso el 2 de marzo de 1922 fue promulgado el decreto sobre la nueva ley electoral, que reformó el derecho de voto, reduciendo extraordinariamente el número de los que tenían derecho al mismo: podían votar los varones mayores de veinticuatro años que habían terminado las cuatro clases de la enseñanza básica y las mujeres mayores de treinta años, con el sexto grado terminado de la escuela básica o las que tenían sueldo propio, o tenían por lo menos tres hijos, o las casadas con licenciados universitarios. A consecuencia de la ley electoral en Hungría sólo tenía derecho de voto el 30% de la población total del país, mientras que en Alemania era el 61%, en Austria el 59% o en Checoslovaquia el 50%. La novedad más relevante de la reforma fue que las elecciones mediante votación secreta se limitaron a Budapest y las ciudades más importantes. En otras partes se debía votar públicamente, lo cual significaba la vuelta al sistema electoral anterior a 1918. En ningún otro país europeo se practicaba la votación abierta. Desde las elecciones de 1922 el Partido Unido obtuvo la mayoría absoluta.

Desde 1921 se fue deteriorando la relación entre Bethlen y la ultraderecha, representada por Gyula Gömbös. Entre las causas destacó el disgusto que aquéllos sentían por el pacto con los socialdemócratas. Finalmente en 1922 los ultraderechistas atacaron abiertamente al gobierno, haciendo referencia al ejemplo de la subida al poder de Mussolini en Italia. Sin embargo, Bethlen defendía las instituciones tradicionales constitucionales de Hungría y de nuevo pudo contar con el apoyo de Horthy. De esa manera en 1923 Gömbös y sus partidarios racistas de ultraderecha –Endre Bajcsy-Zsilinszky y Tibor Eckhardt entre otros– acabaron por separarse del partido, fundando el suyo propio. En su programa figuraba la exigencia de un fuerte gobierno central y la defensa de la nación húngara con matices antisemitas.

El paso último en la consolidación de la política interior se produjo en 1926, cuando se restauró el sistema parlamentario bicameral. El objetivo fue garantizar la estabilidad del conservadurismo en el parlamento. Ello se conseguía con la composición de la Cámara Alta: sus miembros podían acceder a su cargo hereditariamente, o según su dignidad, o por nombramiento por el regente. Eso garantizaba la mayoría absoluta de los grandes propietarios y los altos funcionarios estatales.

La base social del régimen de Bethlen estaba formada por los latifundistas, la gran burguesía y los altos funcionarios estatales y militares, unidos por el odio a la democracia. Según sus instituciones y su funcionamiento podemos clasificar este régimen como un sistema autoritario con rasgos parlamentarios. Se basaba en la separación de

poderes, era pluripartidista y existían libertades democráticas, como por ejemplo el derecho a expresar la opinión. Por otra parte medidas de seguridad especiales garantizaban que el gobierno no pudiera ser derribado. Por estos motivos no se puede hablar de un sistema político como por ejemplo el de Gran Bretaña, ya que no era posible la alternancia de dos partidos fuertes en el gobierno. Tampoco la separación de los poderes ejecutivo y legislativo era completa, es decir la calificación del régimen puede ser convivencia del parlamentarismo burgués con elementos autoritarios.

LA CONSOLIDACIÓN ECONÓMICA

Después de la guerra comenzó una crisis económica derivada de los daños causados por la misma y por las revoluciones. Pero el problema más grave fue la desintegración de la unidad económica de la Monarquía austro-húngara. Los estados sucesores tendían a la autarquía con lo que se cerraron los mercados tradicionales de la agricultura húngara. La producción agraria no alcanzó el 50-60% de la anterior a la guerra. Las pérdidas territoriales significaban que Hungría quedaba casi sin materias primas, pero con una gran capacidad fabril. La producción industrial descendió al 35-40% de la anterior a la guerra. El desarrollo de la agricultura se estancó, y su grave situación se debía no solamente a la pérdida de sus antiguos mercados seguros, sino también a que en los mercados de Europa occidental apenas podía competir con el trigo barato norteamericano y argentino. Y todo ello cuando el mercado interior se había contraído debido a la disminución del poder adquisitivo de la población.

La crisis vino acompañada por una inflación enorme. El poder adquisitivo de la moneda nacional, la corona, se redujo a su diezmilésima parte. Hungría se convirtió en un país orientado al comercio exterior que sólo podía esperar el saneamiento de su economía por medio de los préstamos extranjeros, lo que el gobierno de Bethlen solicitó a la Sociedad de Naciones. Debido a la actuación de Francia y Checoslovaquia, que trataron de obstaculizar el proceso, el préstamo sólo empezó a llegar en 1924. Se trataba de doscientos cincuenta millones de coronas de oro, la mitad procedente de bancos privados ingleses. Una de las condiciones del crédito fue que Hungría se sometiera al control económico y financiero de la Sociedad de Naciones y asumiera una parte de la deuda externa de la Monarquía austro-húngara. El crédito trajo consigo importantes éxitos: desde 1924 se eliminó el déficit, en parte debido a las medidas de ahorro tomadas por el gobierno: la subida de las tasas aduaneras, la subida de los impuestos, despido de cierto número de empleados estatales, etc. En el mismo año se fundó el Banco Nacional de Hungría, encargado de la emisión de moneda. Desde 1927 la corona fue sustituida por una nueva divisa estable, el "*pengő*". Gracias al saneamiento de la economía surgió una coyuntura favorable, sobre todo en la industria. Hasta 1929 el volumen de la producción creció un 70% y sobrepasó en un 12% el nivel registrado en 1913. La dirección económica aplicó una política aduanera proteccionista en defensa de la industria nacional, sobre todo de la ligera. La industria textil, que alcanzó en 1929 el triple del volumen de producción anterior a la guerra, la

química y la electrónica experimentaron el mayor desarrollo, mientras que decayó la importancia de la industria alimentaria.

<i>La estructura de la industria fabril</i>		
Ramas	1913	1929
Industria pesada	42,9	37,9
Industria ligera	14,7	26,4
Industria alimenticia	42,4	35,7

Los efectos de la consolidación económica aseguraron las posibilidades para una política social y cultural más amplia. En 1927 se amplió el seguro obligatorio por enfermedades y accidentes y aumentaron las concesiones sociales. En 1928 se introdujo el seguro obligatorio de vejez, invalidez, viudedad y orfandad. El defecto del sistema del seguro social fue que se extendía mayoritariamente a los obreros industriales y en grado mucho menor a los obreros agrarios. El gobierno tampoco se preocupaba de solucionar la previsión social de los parados, a quienes los sindicatos y la Iglesia procuraban prestar ayuda.

Entre los éxitos más grandes destaca la construcción de viviendas, que aumentó un 25%. También se registró un cierto desarrollo en la salud pública. Creció el nivel de vida, aunque amplias masas vivían en la miseria, por lo que los sociólogos llamaron a Hungría “el país de los tres millones de mendigos”.

En política cultural el resultado más importante fue el desarrollo de la red de instrucción pública. Se construyeron tres mil quinientas nuevas aulas. El analfabetismo descendió a un 10%. El dirigente de la política cultural fue el Ministro de Cultura, Religión y Educación, conde Kunó Klebelsberg, partidario de la idea de la supremacía cultural de los húngaros, diciendo que “...la Patria húngara se engrandecerá no por la espada, sino por la cultura...” Klebelsberg defendió la idea según la cual el protagonismo de la nación húngara en la cuenca de los Cárpatos se debía argumentar con el desarrollo del nivel cultural.

“Respetable Parlamento: quisiera hacer de conocimiento público que en la Hungría desarmada a consecuencia de Trianón, la cartera de Cultura realmente es a la vez cartera de Defensa. Cartera de Defensa en el sentido de que ahora tenemos que defender nuestra patria, en primer lugar con las armas del espíritu de la cultura, y con estos medios tenemos que demostrar otra vez de nuevo, ante las naciones del mundo, que el húngaro es capaz de vivir y de ser fuerte en el segundo milenio de su vida adversa, y que maltratarlo es una gran injusticia histórica.” (Kunó Klebelsberg, 1921)

Klebelsberg trasladó la universidad de Pozsony a Pécs, la de Kolozsvár a Szeged, amplió el sistema de becas y organizó la red de institutos culturales húngaros en diferentes ciudades de Europa: por ejemplo el Collegium Hungaricum en Viena.

LA POLÍTICA EXTERIOR

La situación internacional de Hungría a principios de los años 20 se caracterizó por un aislamiento casi completo, y la política exterior por el revisionismo, es decir el deseo de recuperar los territorios arrebatados. Con el fin de impedir estas aspiraciones, Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia formaron la “Pequeña Entente”. Los intentos de recuperar el trono por parte de Carlos IV contribuyeron aún más al aislamiento internacional del país. El primer éxito diplomático se relacionó con la suerte de la región occidental, adjudicada por el tratado de Trianón a Austria. En 1921 destacamentos húngaros irregulares entraron en la región y proclamaron el Banato de Leita. El problema se resolvió mediante un referéndum, en el cual la población de la región votó pertenecer a Hungría. La ciudad de Sopron ganó el título de “ciudad fidelísima”.

Revisar el tratado de paz y recuperar los territorios arrebatados tampoco eran aceptables para Francia ni Gran Bretaña, ni mucho menos el irredentismo. Si bien la política británica –con miras a neutralizar la influencia de la Pequeña Entente, de orientación pro-francesa- brindó cierto apoyo a Hungría, facilitando incluso su ingreso en la Sociedad de Naciones (1922), rechazó igualmente tales aspiraciones. Estas circunstancias motivaron el acercamiento a la Italia de Mussolini, descontenta de su “victoria mutilada”. Italia quería extender su influencia en el sudeste de Europa y Mussolini apoyó la solicitud húngara del crédito en la Sociedad de Naciones y se mostró dispuesta a comprar cereales húngaros. En 1927 se firmó en Roma el “tratado de la amistad” entre los dos países, que rompió el aislamiento de Hungría en la política internacional. Bethlen era consciente de que su aliado por naturaleza en la revisión no era Italia, sino Alemania, pero el gobierno democrático de Weimar y su política de cumplimientos todavía no hacían posible la colaboración.

También se estrecharon relaciones con otros países. El mariscal Pilsudski, dictador de Polonia, reconoció la injusticia de los tratados y la necesidad de la revisión, aunque no la consideraba oportuna por el momento. Esto fue la base del tratado de la amistad eterna polaco-húngaro firmado en 1928.

LA IDEOLOGÍA DEL RÉGIMEN CONTRARREVOLUCIONARIO

Entre las dos guerras la opinión pública estuvo impregnada de las ideas irredentistas, reivindicadoras de los territorios arrebatados. En la ideología del régimen cristiano-nacional se mezclaban la contrarrevolución, el antiliberalismo, el nacionalismo y el antisemitismo. La ideología contrarrevolucionaria, denominada también “pensamiento de Szeged” unía a diferentes grupos, desde los conservadores hasta la extrema derecha. Los racistas del Partido de la Defensa de la Raza (Fajvédő Párt) tenían ideas semejantes a los fascistas italianos. La nueva generación de los políticos reivindicaba el protagonismo de la “clase media tradicional” cristiana y también el protagonismo para sí en la dirección política y en la vida económica.

El régimen se autodefinía como nacional y cristiano, conceptos entre los cuales

cristiano se entendía como antisemita, mientras que nacional equivalía a la idea del Estado de San Esteban, con la supremacía de la nación húngara en la cuenca de los Cárpatos. La ideología oficial quería contrastar con el “internacionalismo judío” y el ateísmo de 1919. El régimen se caracterizó por el liberalismo conservador limitado, que insistía en las tradiciones cristianas y nacionales, mientras aseguraba el respeto de ciertas libertades.

LA SOCIEDAD HÚNGARA EN EL PERIODO DE ENTREGUERRAS

La población de Hungría entre las dos guerras experimentó un aumento del 17%, llegando a 9.320.000 habitantes.

El poder político y económico se encontraba en manos de la aristocracia y de la gran burguesía. La aristocracia conservaba su poder económico y tradicionalmente desempeñaba un papel importante en la política. La constituían unas quinientas familias. Sus latifundios de miles de *hold* ocupaban la tercera parte de todas las tierras del país.

El gran capital industrial, comercial y financiero se concentraba en manos de unas cincuenta familias. Sus miembros se distanciaban en cierto modo de la política, pero ejercían gran influencia en ella a través de sus instituciones estatales y civiles (por ejemplo la Unión Estatal de los Industriales Fabriles: Gyáripárosok Országos Szövetsége). Los representantes del capital financiero se concentraban exclusivamente en la capital. Más de la mitad de la gran burguesía era de origen judío.

Las clases medias constituían un grupo heterogéneo. La clase media señorial o tradicional estaba formada por los propietarios medios y la burocracia de origen *gentry*. El otro elemento de estas clases era la burguesía media. En general ocupaban los puestos bien pagados de la administración, asegurando para sí cierta independencia económica.

La pequeña burguesía estaba formada por los pequeños comerciantes, artesanos, funcionarios de las empresas industriales y comerciales y los ayudantes de la administración, transportes y Correos (*altisztek*). Llevaban uniforme, tenían un salario bajo, pero seguro, y tenían derecho a jubilarse.

A las clases trabajadoras pertenecían los campesinos y los obreros. Más de la mitad de la población húngara (58,3%) vivía de la agricultura. Entre los campesinos ocupaban un lugar distinguido los acomodados, que a veces vivían mejor que los miembros de la clase media señorial. Con una propiedad de diez a cien *hold*, reunía unas ciento ochenta mil familias. En Hungría un campesino, por muy rico que fuera, nunca podía elevarse al rango de un señor, dadas las características de la sociedad húngara: la inmovilidad y la división social semejantes a una sociedad de castas.

El tamaño de una hacienda que asegurara la subsistencia de una familia era de quince *hold*. La parcela por debajo de cinco *hold* no lo garantizaba. Dentro del campesinado más de dos tercios pertenecía a los minifundistas, o eran proletarios agrarios. Entre los obreros asalariados del campo figuraban los sirvientes, peones y

jornaleros. El otro grupo entre ellos era el de los trabajadores temporales, contratados en los latifundios durante las temporadas de la cosecha.

<i>La composición de los propietarios agrarios según el tamaño de la hacienda:</i>			
	1910	1920	1930
Población agraria total con propiedad	539.065	556.083	698.649
0-5 <i>hold</i>	208.944	225.691	333.745
5-10 <i>hold</i>	140.635	155.588	178.342
10-20 <i>hold</i>	107.383	100.163	111.123
20-50 <i>hold</i>	60.899	55.744	57.308
51-100 <i>hold</i>	11.964	10.894	10.750
+100 <i>hold</i>	9.240	8.003	7.381

La clase obrera urbana constituía el 29% de la población húngara. En el periodo de entreguerras creció el número de los obreros industriales, sobre todo en la industria ligera (textil y electrónica). El número total en 1920 era de cuatrocientos mil y en 1941 alrededor de setecientos setenta y cinco mil. El trabajo en las fábricas de industria textil no requería conocimientos profesionales, de tal manera que aumentó la proporción de los obreros no cualificados y se extendió el trabajo femenino (1920: 15%; 1938: 32%). La situación de los obreros mejoró en cierto grado en el periodo, sin embargo el desempleo se calculaba en alrededor del 10%

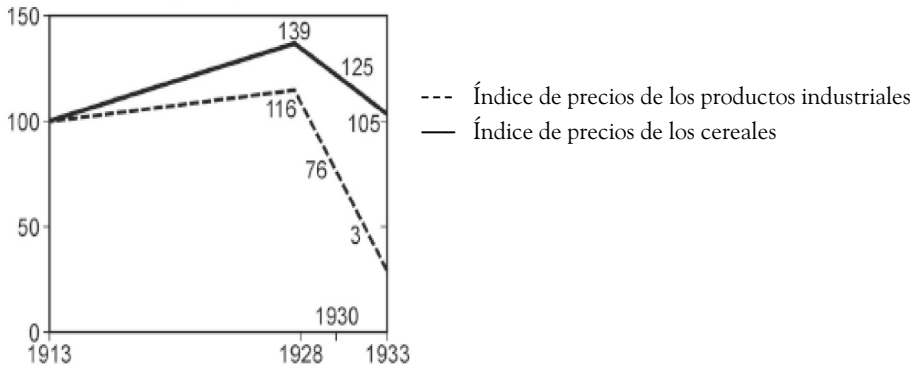
A primera vista la sociedad húngara era una sociedad en vías de la industrialización capitalista. Sin embargo, se caracterizaba por enormes diferencias entre las distintas capas. El ingreso bruto per cápita en 1930-31 para el 0,6% de la población se calculaba en alrededor de diecisiete mil *pengő*, mientras que el 81% vivía con tan sólo doscientos ochenta y nueve *pengő*. El promedio de los ingresos de un 18% de la población alcanzaba los mil *pengő*. Otra característica fue que se trataba de una sociedad de grupos cerrados, sin posibilidad de avanzar hacia arriba. Podemos hablar de una sociedad muy parecida a la de castas. El famoso historiador de la época, Gyula Szekfű calificó la sociedad húngara de “arcaica y barroca”.

LAS REPERCUSIONES DE LA CRISIS MUNDIAL EN HUNGRÍA

La crisis económica mundial estremeció profundamente la vida económica de Hungría, que dependía del comercio exterior. Los síntomas de la crisis se agudizaron a partir de 1931. Afectó a todos los sectores: a la industria, a la agricultura y al sector bancario-financiero. La incapacidad de pagar y el crac financiero del Estado causaron el hundimiento de la consolidación llevada a cabo por Bethlen. Siendo Hungría un país principalmente agrario, el sector que sufrió mayores daños fue la agricultura. El

descenso de los precios de los productos agrícolas en el mercado mundial afectó a las posibilidades de la exportación, y los acreedores extranjeros suspendieron los créditos. Los precios de los productos agrícolas descendían más rápidamente que los de los productos industriales.

*Reestructuración de los precios en detrimento
de la agricultura entre 1913-1933*



El mercado limitado interior dificultó aún más la comercialización de los productos agrícolas. Los productores agrarios se endeudaban cada vez más y los jornaleros no encontraban trabajo. Los miembros de las clases medias también fueron afectados por los despidos, y la disminución del valor adquisitivo de los salarios produjo un ambiente de inseguridad. En la industria la crisis se manifestó en las diferentes ramas de modo distinto. La producción de hierro crudo llegó a ser el 18% de la de los años anteriores a la crisis. En los sectores textil, de cueros, papeleros y químico los problemas se percibieron menos. Disminuyó la producción de la industria alimentaria, si bien las fábricas de conservas aumentaron su producción para la exportación.

La bajada del nivel de vida radicalizó a los obreros industriales y a los campesinos. Se organizaron manifestaciones y huelgas con frecuencia. Entre ellas destacó la manifestación de los obreros de la capital el 1 de septiembre de 1930, organizada por los socialdemócratas, en la que participaron más de cien mil personas. Para la mejor defensa de los intereses agrarios surgieron nuevos partidos, el más importante entre ellos fue el Partido Independiente de los Pequeños Propietarios (Független Kisgazda Párt), fundado en 1930. Este nuevo partido renovó el programa original del partido de Nagyatádi. Entre sus dirigentes en los años 30 destacaron Gaszton Gaál, Tibor Eckhardt, Zoltán Tildy, Endre Bajcsy-Zsilinszky y Ferenc Nagy.

También surgieron conflictos entre los diferentes grupos del Partido Unido. Se deterioró la relación entre Horthy y Bethlen, quien hizo concesiones a favor de los intereses agrarios en forma de subvenciones del precio de los cereales mediante billetes financiados por el Estado (*boletta*). Pero ni esto, ni la congelación de las operaciones bancarias durante tres días, ni la regulación estatal del régimen de divisas

podieron salvar a Bethlen. En las elecciones de 1931 el Partido Unido perdió catorce escaños en el Parlamento, y el 19 de agosto del mismo año el primer ministro presentó su dimisión, conservando su importancia dentro del Partido Unido.

El nuevo gobierno, encabezado –según la sugerencia de Bethlen– por el conde Gyula Károlyi, no logró superar la crisis, sólo introdujo medidas de ahorro. Se agudizaron los problemas entre los diferentes grupos políticos y el gobierno aplicó medidas excepcionales contra los comunistas y socialdemócratas. La causa inmediata de la introducción de las leyes excepcionales, -entre ellas la de los tribunales extraordinarios, la suspensión de la libertad de reunión y la autorización del uso de armas a la policía- fue el atentado de Biatorbágy, el 13 de septiembre de 1931, del cual acusaron a los comunistas. En 1932 el tribunal excepcional aplicó el juicio sumarísimo con sentencia inapelable y condenó a muerte y ejecutó a los dos jefes comunistas, a Imre Sallai y a Sándor Fürst. Ni la creciente represión pudo solucionar la grave situación del país. Se agudizaron los conflictos dentro del gobierno. István Bethlen, que conservaba su prestigio en el partido gobernante, llamó a Károlyi a renunciar a su cargo en una carta, y éste dimitió en septiembre de 1932.

EL VIRAJE HACIA LA DERECHA: EL GOBIERNO DE GYULA GÖMBÖS

En 1932 el regente Horthy y los círculos dirigentes de la política pensaban que el país necesitaba a un hombre fuerte para sacarlo de la crisis. Horthy nombró primer ministro a Gyula Gömbös, antiguo capitán de estado mayor e hijo de un maestro luterano provinciano. Su nombramiento significó el avance de la clase media en la dirección política. Gömbös empezó su carrera política en 1918, cuando fue nombrado presidente de la Asociación Húngara de la Defensa del País. En la lucha contra la revolución bolchevique se convirtió en hombre de confianza de Bethlen y se ganó la simpatía de Horthy, por ser él quien organizó las fuerzas que se enfrentaron a Carlos IV en la batalla de Budaörs. Se afilió al Partido de los Pequeños Propietarios, donde encabezó el grupo de los “defensores de la raza”. En el Partido Unido asumió el puesto de vicepresidente, pero a causa de sus opiniones extremistas, lo abandonó. En 1924 fundó su propio partido, el Partido Nacional Independiente (Nemzeti Függetlenségi Párt) conocido como el de la “Defensa de la Raza”, constituyendo la oposición de Bethlen desde la derecha. En 1928, deseoso de tener un papel más importante en la política, regresó al Partido Unido. Siendo ministro de Guerra empezó a sustituir a los altos oficiales de mayor edad por otros más jóvenes, dentro de un programa de desarrollo del ejército. Cuando en 1932 Horthy lo nombró primer ministro, con él empezó el desplazamiento hacia la derecha de la dirección política. Introdujo un nuevo programa y nuevos métodos en la política. En muchos aspectos la era de Gömbös pareció suponer un cambio de régimen, o por lo menos hizo esfuerzos para realizarlo. Al principio, para ganar más apoyo, tuvo que renunciar a su pasado racista, ya que consideraba imposible llevar a cabo un programa gubernamental basado en el antisemitismo.

En la ideología de Gömbös la defensa de la raza iba acompañada de una especie de anticapitalismo social. Creía que el apoyo fundamental de la Hungría cristiana-nacional estaba en el campesinado honesto, incorruptible, y dentro de las capas dirigentes de la clase media señorial. Hizo suyas las ideas del “pensamiento de Szeged” y consideró que sólo un fuerte ejército nacional podía garantizar el éxito del renacer húngaro. Su política se caracterizó por la apertura hacia la derecha, por la modernización y por el uso de métodos autocráticos. Por primera vez en la historia húngara el gobierno publicó su programa por escrito, en noventa y cinco puntos. En el primer punto del “Plan Nacional de Trabajo” (Nemzeti Munkaterv) definió su objetivo:

“Nuestro objetivo es el fortalecimiento de la nación húngara, asegurar para todos los miembros de la nación el más completo bienestar económico y moral. Como este objetivo es alcanzable únicamente dentro de los marcos de un Estado nacional basado en cimientos firmes, dirigido por una voluntad fuerte, centralizada y constitucional que tenga objetivos bien definidos, nuestro deber es la constitución del Estado nacional autóctono” (öncélú állam).

Esto significaba que en política exterior todo debía quedar sometido a los intereses de los húngaros, y que en política interior había que someter incondicionalmente todos los intereses particulares (de individuos, de grupos y de clases) a los intereses de la nación. Para entenderlo bien: exigencia de revisión en política exterior, y corporativismo en política interior. Los objetivos del Plan de Trabajo fueron la transformación, racionalización y modernización bajo el control y dirección total ejercidos por el Estado. Quería modernizar el país según el modelo de Mussolini. El Plan Nacional de Trabajo prometió demasiado: la reforma del capitalismo, protección de la industria, mercados extranjeros, créditos baratos, política aduanera proteccionista, subida de salarios, tierra para los campesinos mediante un programa de colonato, puestos de trabajo para las capas medias, empleo para los obreros. Gömbös hizo esfuerzos para crear un sistema corporativo, que uniera los intereses de los obreros y de los patronos, parecido a las corporaciones italianas. Su apoyo social lo constituían miembros descontentos de la clase media señorial, de los funcionarios de la administración, de los intelectuales y los oficiales del ejército. El ideal de Gömbös era el estado autoritario, la limitación del sistema parlamentario y el fortalecimiento del poder ejecutivo en detrimento del poder legislativo elegido. Sus reformas restringieron los derechos liberales para poder desalojar del poder a la oposición democrático-liberal y socialdemócrata. Desde 1933 empezó la organización de un nuevo tipo de partido, moderno y de masas. Fue llamado Partido de la Unidad Nacional (Nemzeti Egység Pártja). A sus militantes les unía la disciplina, la ideología común y la autoridad absoluta del jefe del partido, Gömbös. En las elecciones de 1935 este partido obtuvo una mayoría del 69%, mediante un fraude electoral nunca visto antes en Hungría. Bethlen abandonó el partido y se pasó a la oposición, defendiendo el sistema constitucional-conservador.

El objetivo de la política exterior del Plan Nacional de Trabajo fue la revisión pacífica y la obtención de mercados para la economía húngara. En un principio, como Alemania se sumergía en sus problemas internos, se prefirió estrechar lazos con Mussolini, quien aspiraba a tener un papel dominante en el sureste de Europa. La diplomacia de Gömbös llegó a firmar convenios comerciales con Austria, Italia e incluso con los países de la Pequeña Entente. Por la necesidad de ampliar mercados, en 1934 se renovaron las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, y en el mismo año se firmaron los Protocolos de Roma (római jegyzőkönyv) entre Hungría, Austria e Italia. En el nombramiento como canciller de Hitler los círculos dirigentes de la política húngara vieron la posibilidad de obtener un aliado en la realización de la revisión. Gömbös fue el primer jefe de gobierno que visitó a Hitler después de su nombramiento. El convenio firmado con Alemania abrió el amplio mercado alemán a los productos agrícolas de Hungría, aunque Hitler no valoraba más sus relaciones con Hungría que las que tenía con otros países de la región. Como las relaciones entre Alemania e Italia no estuvieron exentas de conflictos con respecto a Austria, la diplomacia de Gömbös oscilaba entre las dos, esperando sacar provecho de la situación. La política exterior húngara insistía en la falsa idea de que era el intermediario en el acercamiento entre Hitler y Mussolini. El eje Berlin-Roma se hizo realidad sólo en 1936, ya muerto el primer ministro húngaro.

Desde 1935 Gömbös recurrió con frecuencia a métodos dictatoriales, lo que le distanció de los grupos liberales, defensores de las libertades constitucionales. Le criticaban también por la orientación unilateral hacia Alemania, advertían que la guerra sería inevitable y terminaría con la derrota de Alemania. Hungría, comprometida a su lado, tendría que pagar las consecuencias.

Lo cierto es que este régimen, que guardaba cierta distancia de los regímenes pluripartidistas constitucionales, también consideraba ajeno a la realidad húngara el nacionalsocialismo. Gömbös simpatizaba con el fascismo italiano, sin querer adoptar sus métodos. A comienzos del año 1936 su política fracasó: los cambios en el estilo gubernamental no deterioraban la supremacía de las capas dirigentes tradicionales (la aristocracia y la gran burguesía) y la modernización no había cambiado esencialmente el régimen tradicional de la Hungría señorial. La enfermedad y muerte próxima de Gömbös evitaron que Horthy le sustituyera por otra persona en la jefatura del gobierno en el año mencionado.

EL GOBIERNO DE KÁLMÁN DARÁNYI

Durante este período casi todos los jefes de gobierno tuvieron encomendado el mismo programa al recibir su nombramiento: asegurar el equilibrio de la política interior, frenar a los extremistas políticos tanto de la izquierda como de la derecha, y evitar los compromisos unilaterales con las potencias del Eje en la política exterior. Al mismo tiempo no olvidar nunca el imperativo de la revisión territorial. Todos intentaron alcanzar estos objetivos, pero ninguno de ellos logró realizarlos.

Los dirigentes de la política, sobre todo el regente Horthy, István Bethlen y sus asesores, consideraban a Alemania e Italia como sus aliados por naturaleza en lo relativo a la revisión, pero preferían seguir adelante con cuidado, con menos agresividad que la mostrada por Alemania. Durante el gobierno de Kálmán Darányi (1936-1938) se sintieron los efectos de la coyuntura, lo que por desgracia dio lugar también al fortalecimiento de los grupos de extrema derecha, entre ellos el grupo que evolucionaría hacia la formación del Partido de la Cruz Flechada (Nyilaskeresztes Párt) encabezado por Ferenc Szálasi. La base social de este grupo la constituían la pequeña burguesía y los proletarios descontentos, personas de reputación dudosa, con ideología parecida a la nacionalsocialista. En secreto, el partido fue financiado por los alemanes, pero el gobierno vio limitado su margen de maniobra por el hecho de que la vinculación de la economía húngara a Alemania se hacía cada vez más estrecha. A finales de los años 30 el 47% de las exportaciones húngaras se destinaban a Alemania, y el 42% de las importaciones llegaban de allí.

La Anschluss (la anexión de Austria por Alemania) llevada a cabo en marzo de 1938, y la política de apaciguamiento de las potencias liberales, causaron un viraje en la política del gobierno de Darányi. Las tendencias ultraderechistas y la orientación alemana de la política exterior se fortalecieron mutuamente.

Darányi extendió las atribuciones del regente. El día 5 de marzo de 1938, el primer ministro, en un discurso pronunciado en la ciudad de Győr, anunció el inicio de una amplia campaña de rearme, que recibiría mil millones de pengő de oro en cinco años. De la suma planteó beneficiar directamente con seiscientos millones de pengő al ejército, los restantes cuatrocientos millones a las infraestructuras. El “programa de Győr” tuvo efectos positivos no sólo en el desarrollo de la tecnología militar, sino en la totalidad de la economía húngara.

La situación causada por la “Anschluss” impulsó a Darányi a buscar la reconciliación con la ultraderecha: presentó al parlamento el primer proyecto de ley sobre los judíos y empezó negociaciones secretas con la extrema derecha, aunque cuando Horthy se enteró de esto último, lo destituyó.

EL GOBIERNO DE BÉLA IMRÉDY

El nuevo primer ministro desde mayo de 1938 fue Béla Imrédy, ex-ministro de finanzas de Gömbös, ex-presidente del Banco Nacional, y reconocido internacionalmente como experto en finanzas. Fue elegido por Horthy porque tenía buenas relaciones con los círculos bancarios británicos. Entre sus primeras medidas prohibió a los empleados públicos el ingreso en organizaciones contrarias al orden constitucional, decreto que se dirigía contra el Partido Socialdemócrata y también contra la extrema derecha. Más tarde, el líder de estos últimos, Ferenc Szálasi, fue encarcelado, medida que no logró acabar con la organización de la ultraderecha. Imrédy heredó de Darányi la aprobación de la primera ley sobre los judíos. Según la ley XV/1938 “para asegurar el equilibrio de la economía y de la sociedad”, se consideraban judíos a las personas de

religión judía y a los conversos después de 1919. La ley hizo una distinción de tipo religioso, rompiendo con el principio de la igualdad jurídica. La ley maximalizó la proporción de los judíos en profesiones liberales (prensa, abogados, ingenieros, médicos) y entre los empleados comerciales y de finanzas en un 20%.

Fragmentos de la ley XV/1938:

“4 § Se pueden admitir judíos como miembros de la cámara de prensa, y también de las cámaras del arte teatral y cinematográfico, solamente en proporción no mayor que el 20% de todos los miembros de las cámaras. El 20% no incluye:

a) a los inválidos de guerra, ni a los hijos de los mártires, ni a las viudas de guerra;

b) a los conversos a otra religión antes del día 1 de agosto de 1919.

7 § Las cámaras de abogados, de ingenieros, de médicos sólo pueden admitir como miembros suyos a las personas referidas en el punto 4. § hasta un número cuya proporción no sea mayor del 20% de todos sus miembros.

8 § Las empresas que trabajan con más de 10 empleados, dependientes o trabajadores intelectuales, pueden emplear a personas referidas en el punto 4. § de tal modo que su número no sobrepase el 20% de todos los empleados intelectuales de la empresa.”

La visita de Imrédy junto con Horthy a Alemania en agosto de 1938 tuvo serias consecuencias. En las negociaciones se trató del posible ataque contra Checoslovaquia. A cambio del apoyo militar por parte de Hungría, Hitler prometió la devolución de toda Eslovaquia. Los jefes húngaros por el momento no se atrevieron a dar una respuesta positiva. Sin embargo, la política de apaciguamiento por parte de los británicos y su resultado, la Conferencia de Munich, convencieron a Imrédy de la posibilidad de la revisión de las fronteras. La primera decisión de Viena el 2 de noviembre de 1938 fue el primer éxito de la política revisionista: fueron devueltos 11.900 km² del territorio de la Alta Hungría al sur de Eslovaquia, poblados mayoritariamente por húngaros, incluyendo las ciudades de Kassa, Ungvár y Munkács. Fue una revisión de fronteras justificada por el principio de las nacionalidades. El problema consistió en que la decisión fue tomada por las potencias fascistas que se preparaban para una guerra que iban a perder. Impresionado por los éxitos y la fuerza de Alemania, Imrédy proclamó el inicio de la “Revolución Milagrosa” (Csodás forradalom), que tendió a la implantación de métodos de gobierno basados en decretos, sin el parlamento. Anunció el proyecto de reforma agraria y de mejora de la situación de los obreros. Nacieron leyes sociales sobre las subvenciones a las familias y se amplió el número de los empleados estatales, beneficiados por el sistema de seguros. Imrédy quiso realizar su programa de modo diferente a Gömbös, no mediante reformas, sino mediante una “revolución”, la que él llamaba “Revolución Milagrosa”. Toda esa ideología le acercaba mucho al nacionalsocialismo. Quiso hacer aprobar la ley de autorización y elaboró el proyecto de la segunda ley sobre los judíos. Autorizó la actividad de la Asociación de los Alemanes Populares en Hungría (Volksbund), organización nazi de la nacionalidad alemana. Imrédy organizó el “Movimiento de la

Vida Húngara” (Magyar Élet Mozgalom), con ideas muy cercanas al nazismo. Declaró la voluntad de Hungría de unirse al Pacto Anticomintern, la alianza de las potencias fascistas: Alemania, Italia y Japón. Como consecuencia de ello, la Unión Soviética cortó las relaciones diplomáticas con Hungría. Horthy se mostró descontento con la actividad del primer ministro por su acusada política proalemana, y encontró una excusa para despedirlo: se descubrió que uno de los bisabuelos de Imrédy era judío y tuvo que presentar su renuncia el 15 de febrero de 1939.

EL SEGUNDO GOBIERNO DE PÁL TELEKI

Las exigencias de los círculos dirigentes de la política húngara hacia el nuevo jefe del gobierno fueron el regreso a los métodos gubernamentales tradicionales, distanciarse de las potencias del Eje y como objetivo más importante: lograr nuevas revisiones territoriales sin entrar en la guerra.

Teleki empezó su trabajo igual que sus predecesores: prohibió la actividad del Partido de la Cruz Flechada y Hungarista (Nyilaskeresztes Párt-Hungarista Mozgalom), que ya se había convertido en un partido de masas, y a su vez reorganizó el partido gobernante bajo el nombre de Partido de la Vida Húngara (Magyar Élet Pártja), pero no pudo impedir la entrada de cuarenta y nueve diputados de la derecha radical (o sea de la Cruz Flechada) en el parlamento. Tampoco logró extender el campo de operaciones de la política húngara, no pudo aliviar el peso de los compromisos que unían a Hungría con una Alemania cada vez más agresiva.

Fragmento de la nota del ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña:

“Estoy convencido de que hay muchos húngaros desgraciados deseando que Gran Bretaña los salve de ser absorbidos por Alemania, y que confían en que Gran Bretaña será capaz de intervenir. Pero todas nuestras experiencias anteriores y todas las pruebas actuales demuestran que Hungría no puede independizarse de Alemania. No debemos gastar nuestro dinero ni nuestra energía para tratar de salvar un país como Hungría, donde todo está ya decidido.”

En marzo de 1939 las tropas alemanas terminaron con la independencia de Checoslovaquia, y en Eslovaquia se formó un estado fascista encabezado por J. Tiso. Con la autorización de Hitler, en el mismo día del 15 de marzo el ejército húngaro se apoderó de la región de la Ucrania Subcarpática, aumentando el territorio de Hungría con 12.000 km² y 496.000 habitantes. La mayoría de la población de la región no era húngara, la proporción era sólo del 12,7%. Como el aumento del territorio de nuevo fue posible sólo gracias a la ayuda alemana, Hungría tuvo que agradecerlo con nuevas concesiones: en febrero de 1939 el país se alió al Pacto Anticomintern y más tarde abandonó la Sociedad de Naciones. En mayo se aprobó la segunda ley sobre los judíos, que hizo una discriminación basada en la “raza”, a semejanza de las leyes de Nuremberg. No se dirigía solamente contra los intelectuales

judíos, sino también contra la influencia judía en la vida económica. Las restricciones de la ley dejaron sin empleo a unas sesenta mil personas. No afectó a la gran burguesía judía, pero causó daños irreparables a las pequeñas existencias.

Fragmentos de la ley IV/1939:

“Sobre la limitación de la expansión de los judíos en la vida pública y económica

1 § Se considera judío al que pertenece a la religión judía, o uno de sus padres, o por lo menos dos de sus abuelos pertenecen a la misma religión, también sus hijos nacidos después de la entrada en vigor de dicha ley.

4 § Las personas referidas en el punto 1. § no pueden ser elegidos diputados de la Cámara Alta.

5 § Las personas referidas en el punto 1. § no pueden ser funcionarios estatales, ni municipales, ni de algún cuerpo público. Los profesores y maestros judíos, los notarios judíos deben jubilarse antes del día 1 de enero de 1943.

9 § Las cámaras de abogados, ingenieros, médicos, de prensa, al igual que las del arte teatral y cinematográfico pueden admitir a los judíos como miembros suyos hasta el 6% de la totalidad de sus miembros.

17 § Las empresas industriales, comerciales, de minería, de metalurgia, de finanzas, de transportes pueden emplear a los judíos en calidad de funcionario, dependiente o trabajador intelectual solamente hasta el 12% de la totalidad de sus empleados.”

LAS FUERZAS ANTIFASCISTAS Y DEMOCRÁTICAS

En los años 30 aparecieron nuevas corrientes en la vida intelectual húngara. La crítica al régimen social y político apareció en el movimiento de los escritores del pueblo. Los escritores conocieron la vida de los campesinos, a los que consideraban la base de la sociedad húngara. El problema más grave, –según ellos– era la miseria de amplias masas del campesinado, y veían la solución en una reforma agraria radical. Defendían la necesidad de una “tercera vía” en la política entre el capitalismo liberal y el comunismo, ambos fracasados. “*La política sin el conocimiento de la realidad es mero charlatanismo, nuestro deber es descubrirla. ¿De qué manera? Vámonos hacia el pueblo*” escribió uno de los escritores del pueblo, Imre Kovács. Entre los escritores del pueblo destacaban László Németh, József Erdélyi, Gyula Illyés, Géza Féja, Áron Tamási, Péter Veres. Dedicados a investigaciones sociográficas, escritores, estudiantes e intelectuales demócratas crearon su organización política en 1937, el Frente de Marzo, que exigía cambios democráticos, la eliminación del sistema de latifundios y la lucha contra el fascismo. Después de la desintegración del Frente de Marzo, los escritores de izquierda, -entre ellos József Darvas, Ferenc Erdei y Péter Veres- fundaron el Partido Campesino Nacional (Nemzeti Parasztpárt) en 1939. Dentro del Partido de los Pequeños Propietarios ya se iba formando la fuerza que más tarde

se uniría a la lucha antifascista. Entre los partidos demócratas y radicales de la burguesía destacaba el grupo de la “defensa intelectual de la patria” (szellemi honvédelem).

Hungría en la Segunda Guerra Mundial

EL PERIODO DE LA NEUTRALIDAD ARMADA

El objetivo oficial de la política del gobierno de Teleki fue la neutralidad armada: prepararse, armarse, pero quedar fuera del conflicto bélico. En julio de 1939, antes del inicio de la guerra, Teleki comunicó al gobierno de Hitler que el país no deseaba participar en el ataque contra Polonia: *“Hungria, por razones morales, no tiene la posibilidad de iniciar acciones militares contra Polonia”* -escribió Teleki. También se negó a permitir que los alemanes utilizaran la línea de ferrocarril de Kassa hacia Polonia, incluso acogió a los refugiados polacos.

Como respuesta, Alemania interrumpió el transporte de materias de guerra a Hungría, lo que causó disturbios en la preparación de la concentración de tropas en la frontera húngaro-rumana. Las victorias alemanas en el frente occidental en el verano de 1940 impulsaron las tendencias que demandaban la entrada en la guerra para apoderarse de más territorios. Entre los que ejercían gran presión en el gobierno húngaro destacaron los cruz-flechados y una parte de la oficialidad del ejército, encabezada por el propio jefe del estado mayor, Henrik Werth.

“No hay duda de la victoria definitiva... Hungría tiene que estar al lado de Alemania en esta lucha. Llegó el momento de acabar con la neutralidad y entrar en la guerra al lado de Alemania. De este modo podemos hacer realidad la reintegración de los territorios anexionados” escribió Werth a Horthy en abril de 1940.

Cuando tras la capitulación de Francia, la Unión Soviética reclamó Besarabia para sí a Rumanía en un ultimátum y anexionó el territorio, Hungría encontró llegado el momento de reivindicar para sí Transilvania. Alemania quería evitar la confrontación armada entre Hungría y Rumanía, por eso el arbitraje alemán e italiano del 30 de agosto de 1940 en la segunda decisión de Viena dividió Transilvania: Hungría recibió la parte septentrional y la Tierra de los Székely. Se recuperó un territorio de 43.000 km² con 2,4 millones de habitantes, entre ellos un millón de rumanos, y quedaron en Rumanía unos cuatrocientos mil húngaros. A cambio del aumento territorial Hungría tuvo que hacer importantes concesiones tanto económicas, como políticas. La Asociación de los Alemanes Populares legalizada se convirtió en el único representante de la nacionalidad alemana en Hungría, Szálasi pudo salir de la cárcel y se unieron las diferentes agrupaciones nacionalsocialistas. En noviembre de 1940 Hungría se unió al Pacto Tripartito alemán-italiano-japonés

(Háromhatalmi Szerződés), unos días antes de que lo hicieran Rumanía y Eslovaquia. Teleki se esforzó en llevar a cabo la reintegración del modo más pacífico posible. A fines de 1940 para Hungría quedaba una sola “ventana abierta” para mantener sus nexos con las potencias occidentales y tener un escape del área alemana: Yugoslavia. Teleki intentó estrechar las relaciones entre los dos países vecinos y, al cabo de las negociaciones, en diciembre de 1940 se firmó el “tratado de eterna amistad” entre ambos países. Cuando en marzo de 1941 un levantamiento derrocó al gobierno yugoslavo que había firmado la unión al Pacto Tripartito, Hitler se decidió al ataque contra Yugoslavia y exigió que Hungría también participara en dicha acción militar. A cambio el canciller alemán ofreció aprobar la restauración de las fronteras históricas de Hungría. Los intentos de Teleki para ganar la aprobación de las potencias occidentales fracasaron. El telegrama del embajador húngaro en Londres decía que:

“Si Hungría participara en el ataque bajo cualquier pretexto, tendría que contar con la declaración de la guerra por parte de Gran Bretaña y sus aliados.”

Todo eso significó el fracaso del concepto de neutralidad armada. El 3 de abril de 1941 Teleki, consciente de la tragedia que le esperaba al país, se suicidó.

Fragmento de la carta de despedida de Teleki, escrita a Horthy:

“Nos hemos convertido en pérfidos –por cobardía– en cuanto al tratado de la eterna amistad... Hemos pasado al lado de los canallas... Seremos la nación más detestable. No te he detenido. Soy culpable.”

El sucesor de Teleki al frente del gobierno fue László Bárdossy. El día 6 de abril las tropas alemanas atacaron Yugoslavia a través del territorio húngaro. El ejército húngaro se lanzó al ataque el 11 de abril, después de la proclamación de la Croacia independiente, lo cual supuso el fin de Yugoslavia. Con esta acción, terminada ya por el nuevo primer ministro, se reintegraron a Hungría las regiones de Bácska, de Muraköz y el triángulo de Baranya, con unos 11.400 km² y más de un millón de habitantes (la proporción de los húngaros era del 36,6%).

LA PARTICIPACIÓN HÚNGARA EN LA GUERRA

A pesar de las acciones militares en la región del sur, Hungría todavía no pertenecía a los países beligerantes y Hitler, en sus planes de guerra contra la Unión Soviética, no contaba con ella. Cuando el 22 de junio de 1941 Alemania atacó a la U.R.S.S., Henrik Werth insistía en la participación húngara, ya que Rumanía también envió sus tropas y la Eslovaquia de Tiso comunicó a su vez que tomaría parte en las acciones militares. El 14 de junio Werth envió una carta al ministro de Asuntos Exteriores argumentando la necesidad de la participación en la próxima guerra:

“*Hungría debe participar en la guerra:*

- 1) *porque eso es lo que exige la seguridad de la integridad territorial del país, y además la de nuestro régimen estatal, social y económico;*
- 2) *porque, por el bien de nuestro futuro, debilitar y apartar la vecindad rusa de nuestras fronteras es nuestro interés nacional primordial;*
- 3) *porque así nos obliga nuestra concepción del mundo, ideología de base cristiano-nacional, y nuestra toma de posición ideológica antibolchevique tanto en el pasado como en el presente;*
- 4) *porque en el terreno político nos comprometimos definitivamente con los poderes del Eje;*
- 5) *porque de eso depende el aumento de nuestro país en el futuro.”*

(Informe escrito de Henrik Werth, Comandante del estado mayor del Ejército Húngaro)

A Hungría le empujaba hacia la guerra el miedo a sus rivales y el miedo a la pérdida de los territorios recuperados. Hitler aplicó eficazmente el principio de “*divide et impera*” en su política con los aliados del Eje.

De hecho, Hungría entró en la guerra después del bombardeo de la ciudad de Kassa el 26 de junio de 1941. La acción de los aviones de origen desconocido sirvió de pretexto para atacar a la Unión Soviética. Horthy, Bárdossy y el estado mayor optaron por declarar la guerra. El estado de guerra se extendió a Gran Bretaña y Estados Unidos sólo meses después, en diciembre. Según la opinión oficial, Hungría participaría en una guerra relativamente corta y, a costa de víctimas insignificantes, podría competir con los países vecinos –Rumanía, Croacia y Eslovaquia– y al finalizar la guerra conservar los territorios recuperados, o aun más, podría aumentarlos.

El 28 de junio el cuerpo de reacción rápida del ejército, la “*División de los Cárpatos*” con unos cuarenta y cinco mil soldados se adentró en Ucrania y, junto con el Ejército Sur alemán avanzó hasta el río Donetz. El ejército húngaro, mal pertrechado, desde el inicio del ataque sufrió grandes pérdidas. Por iniciativa del estado mayor, Ferenc Szombathelyi, nuevo jefe militar, retiró en noviembre este cuerpo del frente. Después de su fracaso en Moscú, los alemanes exigían una mayor participación, por lo que empezó la organización del Segundo Ejército Húngaro, de doscientos mil efectivos, más cincuenta mil personas condenadas a trabajo forzado, entre ellas judíos y elementos de izquierda.

La economía de Hungría tuvo que servir los intereses de Alemania, que demandaba cada vez más productos agropecuarios, provocando escasez de alimentos de vez en cuando. Hubo ciertas restricciones, pero la población de Budapest no pasaba hambre por el momento. En política interior se fortalecieron las tendencias derechistas: fue aprobada la tercera ley sobre los judíos, que los privó aún más de sus derechos cívicos. La ley XV/1941 “sobre las disposiciones necesarias para la defensa de la raza en los matrimonios” en su apartado IV prohibió el matrimonio entre judíos y no judíos. Según el punto cuatro comete un crimen el ciudadano húngaro que

contrae matrimonio con un judío, y puede ser condenado hasta cinco años de cárcel y la suspensión de sus derechos cívicos. El punto quince dice que comete violación de la ley y se castiga con un encarcelamiento de hasta tres años el judío que realiza acto sexual fuera del matrimonio con una mujer no judía.

Se extendió la jurisdicción de los tribunales de guerra sobre la población civil, los elementos de izquierda fueron internados, se introdujo el trabajo forzado, al que obligaron a los judíos y, desde 1942 también a los detenidos por razones políticas.

Un paso hacia el fin de Bárdossy fue la declaración de guerra a los Estados Unidos el 12 de diciembre, a petición alemana. En enero de 1942 los alemanes exigieron el envío de más fuerzas al frente oriental. Bárdossy tuvo que permitir el envío del Segundo Ejército Húngaro con más de doscientos mil efectivos. Ni el gobierno de Teleki, ni el de Bárdossy pudieron evitar que Hungría se comprometiera cada vez más al lado de Alemania, ni lograron eludir la entrada en la guerra. Bárdossy iba perdiendo la confianza de Horthy, entre otras cosas porque el primer ministro no apoyaba a Horthy en la elección como viceregente de István Horthy, su hijo. El regente expresó su desaprobación a la política de Bárdossy y lo sustituyó por Miklós Kállay en marzo de 1942.

Horthy esperaba otro rumbo en la política de Hungría, bajo la dirección de su hijo como viceregente y del nuevo primer ministro. István Horthy realizó su servicio militar como piloto de avión de caza y sufrió un accidente mortal en el frente oriental. Miklós Kállay tenía muy poca gente de confianza, sobre todo en la dirección del ejército. El jefe del estado mayor, Ferenc Szombathelyi, no logró llevar a cabo el cambio de los oficiales bien relacionados con los alemanes, porque lo imposibilitaba el control alemán sobre el ejército. También los mismos oficiales tenían que disimular su actitud, al igual que los círculos dirigentes de la política. Kállay reconoció que:

“...yo no puedo pronunciar ni una palabra recta, sincera... Tengo que encerrarlo todo en mí, tengo que engañar a mis enemigos, para que no se den cuenta de lo que les estoy ocultando, para poder avanzar hacia mi meta.”

Por esas razones la política oficial húngara se mostraba dispuesta a cumplir con todas las exigencias de Alemania y seguía enviando todo lo que necesitaba. Las tropas húngaras seguían participando en la ocupación de la Unión Soviética.

Con el nombramiento de Kállay empezó a desenvolverse una política de revisión de los compromisos, de búsqueda de nuevas posibilidades. La catástrofe del ejército húngaro en el río Don contribuyó a sacar conclusiones. La tragedia del Segundo Ejército se debía a varias razones. El ejército estaba mal aprovisionado tanto de equipos como de armas, de municiones y ropa. Nunca recibió las armas modernas prometidas por los alemanes. Tenían que defender una línea de doscientos kilómetros de longitud y había una sola línea de defensa sin profundidad. Según la orden de Hitler —“No existe atrás, sólo existe adelante”— se prohibió la retirada. La ofensiva soviética en enero de 1943 derrotó al ejército húngaro causando setenta y cinco —

ochenta mil víctimas, cuatrocientos mil hombres fueron hechos prisioneros y otros cuarenta mil heridos. El general Gusztáv Jány después de la derrota en Voronezh expresó su descontento:

“El Segundo Ejército perdió su honor. Es una deshonra la fuga cobarde, insensata... Merecemos que nos detesten nuestros aliados alemanes y nuestra patria. Para que lo tenga en cuenta todo el mundo: desde ahora no le permito a nadie irse ni por enfermedad, ni por herida, ni por frío. Debe mantenerse el orden y la disciplina férrea, aunque sea mediante el castigo más cruel en el acto.”

Desde la tragedia en el río Don y la derrota de los alemanes en Stalingrado, Horthy y las personas de su confianza fueron conscientes de que la guerra al lado de Alemania causaría la catástrofe para Hungría. E igualmente que un solo intento de salida de la guerra conllevaría la ocupación del país por el ejército alemán y la sustitución del gobierno por uno títere. Kállay trataba de salir del conflicto oscilando, practicando la política de las dos caras, sabiendo que había llegado el tiempo de retirarse, preparar el armisticio y firmar la paz por separado. Empezaron las negociaciones secretas con los aliados británicos. Después del desembarco de los aliados en Italia y la caída de Mussolini, en septiembre de 1943 firmaron el acuerdo previo sobre el armisticio. Según el mismo la capitulación incondicional de Hungría sería secreta hasta la llegada de los aliados a las fronteras del país. El país debería disminuir su colaboración militar y económica con Alemania, sacaría sus tropas del territorio de la Unión Soviética y facilitaría el paso a los aviones de los aliados sobre el territorio. El problema fue que Kállay basaba su plan en el posible avance de los aliados en los Balcanes, y no quiso negociar con los soviéticos.

Los alemanes se enteraron de las negociaciones del gobierno húngaro con los aliados. Paralelamente al avance de los soviéticos, creció la importancia estratégica de Hungría, por lo que Hitler se decidió a iniciar la ocupación militar por medio de la llamada “operación Margarita”.

Horthy tuvo que viajar a entrevistarse con Hitler y aceptar las condiciones que él le dictó. El 19 de marzo las tropas alemanas empezaron la ocupación, sin resistencia alguna por parte del ejército húngaro. De acuerdo con el deseo de Hitler, Horthy nombró primer ministro a Döme Sztójay, hasta entonces embajador en Berlín. El gobierno de Sztójay cumplió al pie de la letra todo lo que exigía el encargado plenipotenciario del Reich en Hungría, Edmund Veesenmayer. El país era independiente en apariencia, en efecto quedó dirigido por los alemanes. La Gestapo (policía secreta) y el Servicio de Seguridad empezaron a perseguir y detener a políticos húngaros, entre ellos diputados del parlamento. Sólo Endre Bajcsy-Zsilinszky resistió con una pistola en la mano, en vano. Los alemanes disolvieron los partidos democráticos, el de los socialdemócratas, el de los Pequeños Proprietarios y los sindicatos, y prohibieron la publicación de sus periódicos. Explotaron sin escrúpulos los recursos económicos de Hungría y expropiaron sin indemnización los bienes de las

familias judías más ricas. El gobierno títere de Sztójay envió al frente oriental el Primer Ejército Húngaro, pero la consecuencia más trágica de la ocupación fue el holocausto húngaro, la aniquilación de la mayoría de los judíos húngaros, cuya comunidad en Budapest era la más grande de Europa. La Gestapo y el destacamento de Adolfo Eichmann –especializado en la “solución final” de la cuestión de los judíos– desde mayo empezaron a reunir a los judíos de las provincias en ghettos. La deportación tuvo lugar con la colaboración de las autoridades húngaras, y durante tres meses afectó a unas cuatrocientas setenta mil personas. El destino de las deportaciones fueron los campamentos de exterminio en Polonia (sobre todo Auschwitz), aunque Horthy intervino en julio y detuvo la salida de la población judía de la capital.

LA RESISTENCIA HÚNGARA

En comparación con otros países, hasta 1944 Hungría parecía una isla de paz. Teniendo en cuenta que, al aproximarse el fin de la guerra, el país sólo podía esperar la invasión soviética, no se desarrolló una resistencia masiva contra el fascismo.

En la primera manifestación antifascista, el 6 de octubre de 1941, participó tan sólo un centenar de personas. La censura y la propaganda bélica obstaculizaron la organización de la resistencia. La exigencia de independencia política sirvió de base común a los movimientos políticos –desde los más conservadores hasta los comunistas, pasando por los liberales– para formar el frente popular de la lucha antifascista. La revista “La voz del Pueblo” (*Népszava*), en su número de Navidad del año 1941 publicó artículos de representantes de todas las corrientes opositoras al fascismo. En 1942 se constituyó el órgano dirigente del movimiento del frente popular, el “Comité de la Conmemoración Histórica de Hungría” (*Történelmi Emlékbizottság*), oficialmente encargado de preparar la celebración del aniversario de la lucha por la independencia de 1848-1849. El Comité organizó la más grande manifestación contra la guerra el 15 de marzo de 1942. La colaboración más estrecha entre los partidos prohibidos de la oposición se produjo sólo después de la invasión alemana. En mayo de 1944 se creó el Frente Húngaro (*Magyar Front*), alianza antifascista entre el Partido Campesino Nacional, el Partido Comunista de Hungría, el Partido Socialdemócrata y otros partidos opositores, con el fin de coordinar la lucha de resistencia. La de tipo armado se desarrolló desde el otoño de 1944. Los dirigentes del Comité Liberador de la Sublevación Nacional Húngara (*Magyar Nemzeti Felkelés Felszabadító Bizottsága*) fueron capturados poco después y asesinados por los cruz-flechados (*Endre Bajcsy-Zsilinszky*, *János Kiss*, *Jenő Nagy*, *Vilmos Tartsay*).

EL INTENTO DE SALIR DE LA GUERRA.

EL TERROR DE LOS CRUZ-FLECHADOS. EL FIN DE LA GUERRA.

Los acontecimientos bélicos del verano de 1944 (desembarco de los aliados en Normandía, salida de la alianza del Eje de Rumanía y su paso al lado de los aliados

antifascistas, avanze del Ejército Rojo hasta los Cárpatos) de nuevo activaron a Horthy. Como las posiciones alemanas se quebrantaron en el sudeste, el 29 de agosto Horthy sustituyó a Sztójay por el teniente Géza Lakatos, con el objetivo de finalizar la guerra lo antes posible. Por desgracia, los alemanes estuvieron más enterados de los preparativos que muchos miembros del gobierno o del estado mayor húngaro. La delegación húngara encabezada por el teniente Gábor Faragho en Moscú firmó el acuerdo previo de armisticio y se comprometió a retirarse hasta las fronteras de 1938.

El 15 de octubre la radio transmitió el discurso de Horthy sobre el armisticio.

“Hoy, para toda persona sensata es obvio que Alemania ha perdido la guerra. Cada gobierno que es responsable por el destino de su país, tiene que sacar las enseñanzas de este hecho, como lo expresó el gran político alemán Bismarck: Ninguna nación está obligada a sacrificarse a sí misma en el altar de su aliado.” (Discurso del regente Miklós Horthy el 15 de octubre de 1944)

El intento de abandono de la guerra no fue bien preparado ni política, ni militarmente. Además los alemanes capturaron al hijo menor de Horthy. El regente presionado por ellos, presentó la dimisión el 16 de octubre, nombrando primer ministro al “caudillo de la nación”, el jefe de los cruz-flechados, Ferenc Szálasi. Éste asumió también el cargo de regente, concentrando los poderes del jefe del gobierno y del jefe del estado: fue un dictador pleno. En el momento del golpe de estado los soviéticos ya controlaban el norte de Transilvania y parte de la región al este del Tisza. Con el poder de los cruz-flechados se intensificó el terror. Se decretó la movilización total de todo ciudadano comprendido entre los diecisiete y los setenta. Continuó el transporte de todos los bienes materiales a Alemania (trenes, vagones, máquinas, alimentos, las reservas de oro del país, etc.). Durante el periodo del terror cruz-flechado los soviéticos seguían su avance en dirección a Budapest. En diciembre atravesaron el Danubio y para Navidad iniciaron el sitio de Budapest. Este acontecimiento causó enormes daños materiales y humanos. La población civil de la capital vivía en refugios subterráneos. Los cruz-flechados empezaron la deportación de los judíos de la capital. En Pest organizaron el gheto, y como ya no era posible el transporte de los judíos a los campamentos de exterminio, empezaron las ejecuciones en masa en las calles y a orillas del Danubio. El número de víctimas judías fue de 550-560.000. La ofensiva soviética convirtió toda Hungría en campo de operaciones. El sitio de Budapest fue uno de los más crueles en la historia de la guerra, terminando el 13 de febrero de 1945. Durante el invierno se liberó de los alemanes la parte central del país. Finalmente, después de rechazar un contraataque alemán, los soviéticos ocuparon todo el territorio húngaro en el mes de abril de 1945.

Los daños causados por la guerra fueron enormes. Se perdió el 40% de la hacienda pública y de nuevo los territorios recuperados durante la guerra, en la que murieron novecientas mil personas, el 6,2% de la población total. Otras novecientas mil personas fueron hechas prisioneros de guerra. Los soviéticos se llevaron a su país unas

ciento veinte mil personas, a las que obligaron a trabajos forzados. Los daños sufridos por la agricultura hicieron peligrar el abastecimiento de la población. Quedó destruida la totalidad de los puentes y la mitad de las viviendas (en Budapest iel 74%!). El país presentaba un panorama desolador y, como aliado de Alemania perdió su soberanía.

Hungría después de la Segunda Guerra Mundial

La historia de Hungría después de 1945 y durante cuarenta y siete años estuvo definida –de forma e intensidad variable– por la presencia militar soviética. Dentro del periodo se diferencian los subperiodos siguientes:

- Desde 1945 hasta 1946: la reconstrucción del país, años de la coalición.
- Entre 1947-1949: los años de la soviétización, la liquidación de la democracia pluripartidista, organización de la dictadura.
- Entre 1949-1956: la era Rákosi.
- La revolución de 1956.
- Desde 1956 hasta 1989: la era Kádár.
- Desde 1989: la transición y el cambio del sistema.

LOS AÑOS DEL GOBIERNO DE COALICIÓN (1945–1946)

El futuro de Hungría, como el de los otros países de la región dependía de las estipulaciones de la Conferencia de Yalta y de la división de las esferas de interés entre las grandes potencias vencedoras. Hasta la firma del tratado de paz de París existía la esperanza de que, por medio del derecho a la autodeterminación, pudiera decidir sobre su suerte futura. A pesar de la ocupación soviética, entre 1945 y 1947 se efectuó el experimento de una democracia pluripartidista.

Inmediatamente después de pasar el frente se organizaron comités nacionales con el objetivo de desescombrar y organizar el abastecimiento y la producción. Las potencias aliadas crearon en los países vencidos la Comisión de Control Aliado (Szövetséges Ellenőrző Bizottság), que asumía la supremacía política. Sin el permiso de la misma no podía funcionar ninguna organización, partido o asociación. La dirección de la Comisión de Control Aliado en Hungría correspondió a la Unión Soviética y su jefe fue el mariscal Voroshilov. Permitió la existencia de cinco grandes partidos de dimensión nacional: el Partido Comunista Húngaro (Magyar Kommunista Párt), el Partido Socialdemócrata de Hungría, el Partido Campesino Nacional, el Partido Independiente de los Pequeños Propietarios (Független Kisgazda Párt) y el Partido Demócrata Burgués (Polgári Demokrata Párt). Los sindicatos se reorganizaron bajo la influencia de los partidos obreros. Los cinco partidos democráticos y los sindicatos se confederaron el 2 de diciembre de 1944 en Szeged, formando el Frente Húngaro

de la Independencia Nacional (Magyar Nemzeti Függetlenségi Front). Su programa hizo suyo el de los comunistas, hecho que marca su creciente influencia en Hungría, y no superaba los límites de la democracia burguesa, por el momento. Los órganos provisionales del poder fueron creados a base del programa de la alianza de los partidos.

La Asamblea Nacional Provisional (Ideiglenes Nemzetgyűlés), órgano del poder legislativo, se reunió el día 21 de diciembre de 1945 en Debrecen. Sus representantes no fueron elegidos, sino delegados por los órganos locales de los territorios liberados por el Ejército Rojo. La mayoría de los diputados pertenecía a la izquierda, lo que no reflejaba la opinión política de la población húngara.

<i>Composición de la Asamblea Nacional Provisional el 24 de junio de 1945:</i>		
Partido Comunista	267	33,53%
Partido Independiente de los Pequeños Propietarios	123	24,70%
Partido Socialdemócrata	126	25,30%
Partido Campesino	42	8,43%
Partido Demócrata	21	4,22%
Fuera de partido	19	3,82%
Total:	598	100%

El deber más urgente de la Asamblea fue legitimar el gobierno provisional y su programa, que ya había sido aprobado por Moscú. A los comunistas, apoyados por los nuevos invasores, les convenía más el gobierno con decretos que una asamblea legislativa efectiva. Después de que la Asamblea “votase” el Gobierno Nacional Provisional (Ideiglenes Kormány), sólo la volvieron a convocar una vez más.

El Gobierno Nacional Provisional fue de coalición. El poder verdadero dentro del mismo estaba en manos de los comunistas, que conservaron para sí los ministerios más importantes, y también porque el gobierno tenía que pedir la autorización de la Comisión de Control Aliado en todas sus gestiones. Los delegados del gobierno firmaron el armisticio el 20 de enero de 1945 en Moscú. Hungría se comprometió a declarar la guerra a Alemania y pagar indemnización por reparaciones de guerra a la Unión Soviética, Yugoslavia y Checoslovaquia. El armisticio anuló las decisiones de Viena de 1938 y 1940 y decretó la retirada de las fuerzas armadas húngaras a las fronteras de 1938.

La política interior vino definida por el hecho de que la dirección soviética de la Comisión de Control Aliado prestaba ayuda ideológica al Partido Comunista. Los comunistas no tuvieron escrúpulos en aprovechar la protección brindada por las tropas soviéticas invasoras para llegar a ser la fuerza hegemónica en el país.

La tarea principal del Gobierno Provisional fue la reorganización de la producción, del aparato burocrático y de las fuerzas armadas del poder. Transformaron la milicia y la policía pasó a estar subordinada al ministerio del Interior. Además de

mantener el orden y la seguridad, la policía cumplió también tareas políticas: organizó los tribunales populares. La policía política, bajo la dirección comunista de Gábor Péter inició las represalias y persecuciones. Los comités nacionales se encargaron de la depuración del cuerpo burocrático según criterios políticos. Por medio de las “listas-B” fueron despedidos unos sesenta mil funcionarios. El gobierno disolvió veinticinco partidos y organizaciones, entre ellos al partido gobernante anterior, la Asociación de la Defensa del País, el Partido de la Cruz Flechada. Se abrogaron las leyes sobre los judíos y empezaron los procesos ante los tribunales populares. Procesaron a sesenta mil personas, condenaron a muerte a cuatrocientos setenta y siete y ejecutaron a ciento ochenta y nueve de ellos (entre los ejecutados se encontraron László Bárdossy, Döme Sztójay, Ferenc Szálasi, Béla Imrédy).

El decreto de mayor envergadura del Gobierno Provisional fue el relativo a la reforma agraria. Confiscaron las tierras de los criminales de guerra y expropiaron las propiedades agrarias mayores de mil *hold*. Los propietarios de origen nobiliario podían conservar cien *hold* de su propiedad, si era más pequeña de mil *hold*, los campesinos acomodados doscientos *hold* de tierra.

La reforma agraria en números:		
Capa social	Número de beneficiados	Terreno concedido (<i>hold</i>)
Criados	109.875	922.255
Proletarios agrarios	261.088	1.288.463
Minifundistas	213.930	829.444
Campesinos con pequeñas posesiones	32.865	143.131
Otros	24.584	75.412

Se repartieron 5,6 millones de *hold*. La reforma agraria acabó con el sistema de los latifundios, disminuyó el número de los campesinos sin tierra e hizo dominante la pequeña propiedad familiar.

Para el verano de 1945 surgió la necesidad de acabar con el régimen provisional mediante las elecciones a la Asamblea Nacional. Según la nueva ley electoral, más democrática que las anteriores, podían tener derecho a voto todos los ciudadanos mayores de veinte años, menos los criminales de guerra y los fascistas conocidos. Los ciudadanos podían votar según las listas de los partidos. Entre los partidos, el Comunista tenía el mayor apoyo por parte de la Comisión de Control Aliado. Sus dirigentes –Mátyás Rákosi, Ernő Gerő, László Rajk y János Kádár– centraron su programa en la lucha por la democracia y sus consignas podían movilizar a las masas. Los socialdemócratas no podían competir con la popularidad de los comunistas, no tenían mucha influencia en el campo. Sus dirigentes fueron Árpád Szakasits, Anna Kéthly, György Marosán. El Partido Campesino Nacional se apoyaba en los

nuevos propietarios de tierra. Le dio prestigio encontrarse entre sus dirigentes los escritores del pueblo (Péter Veres, József Darvas, Gyula Illyés). A los cristiano-demócratas no se les permitió participar. Las elecciones al ayuntamiento de Budapest en el otoño de 1945 pronosticaron que la victoria de los comunistas no era evidente. Por fin las elecciones efectuadas el 4 de noviembre de 1945 expresaron la voluntad de la nación y el Partido Independiente de los Pequeños Propietarios alcanzó la mayoría absoluta.

Las elecciones a la Asamblea Nacional (4 de noviembre de 1945)			
Partido	Número de votos	Proporción de votos	Número de escaños
Partido Campesino	325.284	6,87%	23
Partido Radical	5.757	0,12%	0
Partido Demócrata	76.424	1,52%	2
Partido Comunista	802.122	16,95%	70
Partido Independiente de los P.P.	2.697.508	57,03%	245
Partido Socialdemócrata	823.314	17,41%	69

La Comisión de Control Aliado sólo permitió la formación de un gobierno de coalición, en el que el partido que había ganado las elecciones recibió la mitad de los ministerios. El Partido Comunista recibió el Ministerio de Asuntos Interiores, de importancia estratégica, la dirección de la Policía y de la administración estatal. El nuevo gobierno se constituyó el 15 de noviembre de 1945, bajo la dirección del político del Partido Independiente de los Pequeños Propietarios, Zoltán Tildy. El cargo de vicepresidente del gobierno recayó en Mátyás Rákosi y la dirección de la vida económica también pasó a manos de los comunistas.

Después de las elecciones Hungría tenía una Asamblea legítima, depositaria de la soberanía. El 1 de febrero de 1946 se proclamó la República, que según su ley I/1946 garantizaba el ejercicio de las libertades democráticas.

“La República garantiza para sus ciudadanos los derechos naturales e inalienables, para el pueblo húngaro la vida ordenada y la colaboración pacífica con los demás pueblos.

Los derechos naturales e inalienables son: el derecho a la vida sin represión, miedo y privaciones, la libertad de opinión, el libre ejercicio de la religión, la libertad de reunión, el derecho a la propiedad, al trabajo y la subsistencia digna, a la educación y la participación en la dirección del Estado y de los ayuntamientos. De estos derechos a nadie se puede privar sin un juicio legal. El Estado húngaro garantiza estos derechos a todos sus ciudadanos sin ningún tipo de distinción...” (Primera Ley de 1946)

Zoltán Tildy fue elegido presidente de la república para cuatro años, y Ferenc Nagy de los pequeños propietarios fue nombrado primer ministro. El gobierno de Nagy representaba la última posibilidad para ampliar la democracia, pero las circunstancias dictaban otro rumbo para Hungría. Según la voluntad soviética, los comunistas poseían las posiciones políticas estratégicas, la reconstrucción y la consolidación económica del país se efectuaba según el programa comunista. En el invierno de 1945/46 el país atravesó una situación crítica: amenazaba la hambruna y prosperaba la especulación. En 1946 tuvo lugar la inflación más grande de la historia del mundo. El programa comunista propuso conseguir la estabilización basándose en los recursos internos del país, sobre todo la reserva de mercancías, que estaba asegurada por el impuesto pagado en especie por las empresas. La consolidación financiera se logró gracias a que la Unión Soviética modificó el pago de las indemnizaciones y a que Estados Unidos devolvió la reserva de oro del Banco Nacional. La nueva moneda estable, el *forint* se introdujo el 1 de agosto de 1946 y garantizó una calidad de vida moderada para la población. La estabilización económica y financiera fue un gran éxito para los comunistas.

Otro objetivo de los comunistas fue desplazar del poder a las fuerzas democráticas y nacionales. Entre los métodos para alcanzarlo figuraba la formación del Bloque de Izquierda (Baloldali Blokk) en marzo de 1946. El Bloque, con la participación de los socialdemócratas y del Partido Campesino Nacional, organizó manifestaciones y demostraciones de masas para exigir de los pequeños propietarios la depuración del cuerpo burocrático de los “elementos de la reacción”, y la expulsión de su partido del ala derechista. El lema “*Fuera los enemigos del pueblo de la coalición*” sirvió para la atomización del Partido Independiente de los Pequeños Propietarios (el método en la literatura política se llama la “táctica del salchichón”). El primer paso fue la exclusión del partido de Dezső Sulyok y veinte diputados más, defensores de la democracia burguesa. El lema: “*No devolveremos jamás las tierras*” respaldado por los nuevos propietarios, impidió la corrección de las injusticias de la reforma agraria. La ley VII/1946 sobre la defensa penal del orden estatal democrático y de la República fue un arma eficaz en manos del poder: László Rajk, ministro de Asuntos Interiores decretó la prohibición de las organizaciones cristianas y otras tantas consideradas contrarias a la izquierda. Más tarde los ataques de los comunistas se dirigieron contra el núcleo del Partido de los Pequeños Propietarios. Para acabar con él utilizaron el método de un proceso político prefabricado con acusación preconcebida, muy utilizado en los años posteriores. Los agentes de la Seguridad soviética arrestaron y deportaron al primer secretario del partido, Béla Kovács, acusándole de participar en la conjura de la “Comunidad Húngara” (Magyar Közösség). El primer ministro, Ferenc Nagy, que durante los acontecimientos se encontraba en Suiza, no pudo regresar a Hungría, y presentó su dimisión en mayo de 1947. De este modo se eliminó el Partido Independiente de los Pequeños Propietarios y la dirección de Hungría fue a parar a manos de los comunistas.

EL TRATADO DE PAZ DE PARÍS

Al finalizar la guerra era evidente que Hungría no tenía posibilidades de rectificar las fronteras. El tratado de paz de París, firmado el 10 de febrero de 1947 restableció las fronteras anteriores a 1937, incluso concedió 43 km² más a Checoslovaquia en la región de Pozsony. También prohibió cualquier actividad de organizaciones o partidos fascistas, limitó el número de los efectivos del ejército y la cantidad de armas. Hungría fue obligada a pagar indemnización por reparaciones de guerra (doscientos millones de dólares a la Unión Soviética, setenta millones a Yugoslavia, treinta millones a Checoslovaquia). Con el tratado se restableció la soberanía estatal del país, se puso fin al control ejercido por la Comisión de Control Aliado y a la ocupación militar. Sin embargo, la Unión Soviética conservó para sí el derecho de estacionar fuerzas armadas suyas en el territorio, por la necesidad de asegurar las comunicaciones con la zona de ocupación soviética en Austria. En el tratado faltaban garantías de los derechos de las minorías húngaras. Después de la guerra empezó una migración masiva. Entre 1945 y 1948 tuvo lugar la expulsión de los alemanes de Hungría. En Rumanía y Yugoslavia hubo acciones de “venganza” brutales contra las minorías húngaras. En Checoslovaquia el programa del gobierno (programa de Kassa) insistió en la completa liquidación de la misma y la privaron de sus derechos ciudadanos y de sus bienes mediante la expulsión de unos seiscientos mil. Entre Checoslovaquia y Hungría en 1946 se firmó el convenio sobre intercambio de la población. En virtud del convenio unos setenta y tres mil eslovacos se repatriaron en Checoslovaquia a cambio de sesenta y ocho mil húngaros de la Alta Hungría.

LA SOVIETIZACIÓN DEL PAÍS

Después de la atomización del Partido Independiente de los Pequeños Propietarios, la crisis de la coalición terminó con el nombramiento como primer ministro de Lajos Dinnyés.

La Asamblea Nacional aprobó tres importantes leyes: la ley sobre el plan trienal, la ratificación del tratado de paz de París y la nueva ley electoral.

El plan trienal tenía por objetivo alcanzar y superar el volumen de la producción anterior a la guerra, elevar el nivel de vida. Empezó la transformación del sistema de la propiedad: se nacionalizaron los bancos y desde 1948 fueron nacionalizadas las empresas industriales con más de cien empleados, lo que supuso el 84% de todas las empresas. Dejó de funcionar la Bolsa.

La reforma de la ley electoral limitó el derecho de voto. Excluyeron no solamente a los fascistas, sino a los funcionarios despedidos por razones políticas, a los húngaros inmigrantes de Checoslovaquia y a los de nacionalidad alemana. Los órganos locales del poder, dominados por los comunistas, recurrieron a una práctica ilegal: la táctica consistía en compartimentar las fuerzas de la oposición. En las elecciones celebradas en agosto de 1947 participaron diez partidos y los de la coalición lanzaron un programa común. Los políticos expulsados de la coalición fundaron nuevos partidos,

por ejemplo Károly Peyer el Partido Radical Húngaro (Magyar Radikális Párt), Zoltán Pfeiffer el Partido de la Independencia (Magyar Függetlenségi Párt), etc. Las elecciones de 1947 son famosas por el fraude de los comunistas mediante las “cédulas azules”. La oposición dividida recibió casi la mitad de los votos, obteniendo el Partido Popular Demócrata (Demokrata Néppárt) el segundo lugar después de los comunistas. Después de las elecciones anularon los votos del Partido de la Independencia, acusándolo de fraude.

Resultados de las elecciones del 31 de agosto de 1947				
Partido Comunista	1.113.050	22,3%	100	24,3%
Partido Popular Demócrata	820.453	16,4%	60	14,6%
Partido Independiente de los PP	769.763	15,4%	68	16,5%
Partido Socialdemócrata	744.641	14,9%	67	16,3%
Partido de la Independencia	670.547	13,4%	49	11,9%
Partido Nacional Campesino	415.465	8,3%	36	8,7%

El nuevo gobierno fue de coalición en apariencia. El Partido Comunista de Hungría aceleró la liquidación de la democracia pluripartidista. El surgimiento de la democracia popular (la dictadura de un solo partido) fue posible debido al cambio de las relaciones internacionales. La colaboración de los aliados antifascistas fue sustituida por la guerra fría, sin poner en duda el reparto de las esferas de intereses y el sistema de Yalta. El cambio del régimen, acelerado durante 1947-1948, se efectuó bajo la sombra de las confrontaciones en la política interior y exterior. En septiembre de 1947 se constituyó el Cominform (Buro Informativo de los Partidos Comunistas y Obreros). En su primera reunión se declaró la existencia de un mundo bipolar, liderado por dos superpotencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética. Esta última no permitió a los países de su esfera de interés participar en el Plan Marshall, lo que enlazó todavía más la economía de estos países a la de la Unión Soviética.

LA ERA RÁKOSI (1949–1956)

En los meses del desenvolvimiento de la guerra fría -bajo el lema de la preparación para una nueva guerra-, pasó al primer plano la necesidad de constituir un régimen político monolítico: la liquidación de los partidos políticos y la transformación hacia la dictadura totalitaria del partido comunista. Rákosi planteó la fusión de los dos partidos obreros, lo que equivalía a la liquidación del Partido Socialdemócrata. Para acabar con él, recurrió al mismo método utilizado con los Pequeños Propietarios: el ala izquierda (entre ellos los agentes comunistas) logró la expulsión del partido de los defensores de las ideas verdaderas de la socialdemocracia (por ejemplo Anna Kéthly). El 12 de junio de 1948 los dos congresos de los respectivos partidos reafirmaron

la fusión de ambos en un nuevo partido: el Partido de los Trabajadores Húngaros (Magyar Dolgozók Pártja). El presidente del mismo, sin verdaderas funciones, fue el socialdemócrata Árpád Szakasits, el primer secretario, Mátyás Rákosi, y sus vicesecretarios fueron Mihály Farkas, János Kádár y György Marosán. El programa del partido coincidió con el de los comunistas. Sus objetivos fueron: el inicio de la construcción del socialismo, la economía planificada, la alianza con la Unión Soviética y con los países de la democracia popular. El último momento en la creación de la dictadura fue el juicio preconcebido basado en acusaciones falsas del cabeza de la Iglesia católica húngara, el primado József Mindszenty, condenado a pena perpetua.

En la dictadura todo el poder sin separación se concentró en manos del partido único, el Partido de los Trabajadores Húngaros, que asumía funciones del Estado, y al mismo tiempo todos los órganos estatales y todas las organizaciones civiles funcionaban bajo la dirección del partido. Éste se organizó según el centralismo democrático, o sea el Congreso de los diputados locales era el órgano supremo. La verdadera dirección sin embargo fue asumida por el Buró Político de la Dirección Central, que trabajaba entre las sesiones del Congreso.

El verdadero jefe del partido y del país fue Mátyás Rákosi. En torno a él se formó un culto a la personalidad, a semejanza del que se hacía con Stalin, basado en la ciega inclinación ante su autoridad, la ponderación excesiva de sus méritos y el engrandecimiento sin crítica de su persona. En 1950 se fundó el Comité de la Defensa (Honvédelmi Bizottság), con la participación del “triumvirato” formado por Rákosi, Gerő y Farkas. El Comité de la Defensa decidió sin ningún control en todas las cuestiones en armonía con las instrucciones soviéticas.

En la dictadura la Asamblea desempeñaba un papel formal. En las elecciones existió una sola lista de candidatos, la del Frente Popular de Independencia Húngara (Magyar Függetlenségi Népfront), que desde 1949 abarcaba a todos los partidos aliados (el de los Pequeños Propietarios y el Partido Campesino Nacional) fuera del Partido de los Trabajadores Húngaros, a los sindicatos y organizaciones civiles democráticas. El objetivo de Rákosi con la formación del Frente Popular fue hacer más fácil la transición hacia el monolitismo. Las elecciones del año 1949 se parecieron –según un periodista occidental– a “una carrera de caballos con un solo participante”. Con el 96% de participación los candidatos de la lista única obtuvieron el 96,27% de los votos. Los sindicatos también fueron “nacionalizados”, no podían cumplir su meta de defender los intereses de los trabajadores, sino que cumplían tareas indicadas por el partido (organización de las campañas de emulación socialista, propaganda para la suscripción de los “empréstitos de paz”, etc.).

El poder ejecutivo de la dictadura residía en el Consejo de Ministros (Minisztertanács) y el aparato burocrático, que desde 1950 funcionaba como sistema de consejos. Se eliminó el cargo de presidente de la República y en su lugar se formó el Consejo Presidencial (Elnöki Tanács), que estuvo autorizado a emitir decretos con fuerza de ley, aprobados luego por el Parlamento.

El partido dominante canalizó todas las organizaciones civiles y profesionales. La

organización de los niños corría a cargo de la Unión de los Pioneros Húngaros (Úttörőszövetség), la de la juventud a la Unión de la Juventud Trabajadora (Dolgozó Ifjúság Szövetsége), la de las mujeres a la Unión Democrática de las Mujeres Húngaras (Magyar Nők Demokratikus Szövetsége).

Se reorganizó también el poder judicial: en lugar de las Tablas y la Curia organizaron los tribunales populares.

Los cambios quedaron fijados en la Constitución de la República Popular Húngara de 1949, que fue una copia de la constitución soviética. El 20 de agosto de 1949 el Parlamento elevó a fuerza de ley la Constitución que declaraba:

“La República Popular de Hungría es el Estado de los obreros y de los trabajadores agrarios, donde el pueblo trabajador posee todo el poder”, donde la mayor parte de los medios de producción es de propiedad social.

La Constitución transformó la forma republicana en una república popular, determinó los derechos y deberes de los ciudadanos y legisló sobre la esfera de influencia de los organismos del poder y de la administración del Estado. Los símbolos estatales también siguieron el ejemplo soviético: el escudo con la estrella-hoz-martillo-espiga no tenía nada que ver con la tradición húngara.

Para poder realizar sus objetivos el régimen monolítico de la dictadura tuvo que recurrir al terror. El papel más importante en el mantenimiento del mismo estuvo a cargo de la policía política. En 1948, en el lugar del Departamento de Defensa del Estado (Államvédelmi Osztály) se organizó la Autoridad de Defensa del Estado (Államvédelmi Hatóság) dentro del ministerio del Interior. Al frente de la misma se encontraba el teniente general de la policía, Gábor Péter. El trabajo de esta Autoridad fue dirigido personalmente por Rákosi, aconsejado por asesores soviéticos. Se encargaba de la guerra contra los enemigos, las fuerzas interiores de la reacción, además de las tareas de la seguridad, defensa de las fronteras y del servicio secreto de inteligencia. El número de sus militantes superó los cincuenta mil, no contando unos cuarenta mil agentes-denunciadores. El régimen dictatorial se basaba en el miedo y en atemorizar a los ciudadanos. Para mantener el clima de miedo, el régimen necesitaba encontrar enemigos constantemente. Bajo la ideología de la agudización de la lucha de clases (tanto en la política exterior, como en la interior) tuvo que producir resultados. Después de eliminar a sus enemigos políticos, buscaron y encontraron enemigos entre la gente considerada de poca confianza. Miles de ciudadanos fueron calificados de “fascistas”, ajenos a la clase obrera, entre ellos funcionarios, obreros e intelectuales.

A ellos les siguieron los campesinos acomodados, los “kulaks”. Más tarde la búsqueda del enemigo llegó hasta las filas del partido y sus dirigentes. Los procesos elaborados de antemano se dirigieron al público y sirvieron para el aumento del culto a Rákosi. El “mejor alumno húngaro de Stalin”, “el jefe sabio” fue el primero en el descubrimiento de los enemigos, el más alerta. El “miedo al timbre” afectaba desde el hombre de la calle hasta los altos dirigentes del partido. El terror atravesó la vida de decenas de miles de personas, y sus víctimas fueron millares, confinados de Budapest al campo; los “kulaks”, privados de sus bienes; los condenados e internados por

razones políticas; los condenados a trabajos forzados en Reck y otros campamentos. Entre los años 1951 y 1953 procesaron a unas 650.000 personas, de las cuales condenaron a 387.000.

En 1949 detuvieron y procesaron a László Rajk (antiguo ministro del Interior) y a otras personas con la acusación de ser agentes secretos y espías de Yugoslavia. La mayoría de los acusados fue ejecutada. En 1950 procesaron a los ex-dirigentes socialdemócratas (Szakasits, Marosán), a algunos de los jefes de la Autoridad (p.ej.: Ervin Szücs), luego a los dirigentes del Partido de los Trabajadores Húngaros (János Kádár, Gyula Kállai) y de la Iglesia católica. El culto a Rákosi culminó con la celebración de su cumpleaños en 1952. Desde agosto fue el primer ministro, secretario general del partido, presidente del Buró de Defensa y dirigente supremo de la policía política.

En cuanto a la política económica, la dirección de la misma ya desde 1945 estaba en manos de los comunistas. Mediante la nacionalización llegó a ser dominante la propiedad estatal. Siguiendo el ejemplo soviético quedó regulado el ritmo del desarrollo mediante los planes quinquenales. El primero, desde 1950, tuvo por objetivo la industrialización del país, y por ello se dio preferencia a las inversiones en la industria pesada con vistas a la agudización permanente de la lucha internacional de clases. Forzaron el incremento acelerado de la producción de la industria pesada al precio de enormes esfuerzos y sacrificios, elevando constantemente los objetivos del incremento deseado. Las inversiones se dirigían a la industria de guerra y a las básicas de producción de materias primas.

Entre las grandes inversiones de la industria pesada destacaron la planta siderúrgica de Dunaújváros, la central energética de Inota y el combinado químico de Szolnok.

El plan quinquenal también planteó la reorganización de la agricultura. La producción agropecuaria descendía, debido a que la agricultura quedó relegada a un segundo plano y tenía que servir los intereses de la industria. Se planteó la socialización del 80% de las tierras, y empezó la organización de las cooperativas (koljoses) con métodos agresivos, utilizando la presión económica. Los campesinos tenían que entregar obligatoriamente todos los excedentes a cambio de precios muy bajos. En 1952 quedaron sin cereales ochocientas mil familias, no tenían grano ni para sembrar.

El nivel de los salarios era muy bajo y los precios subían. Algunos productos escaseaban y descendía el nivel de vida. Se deterioró la balanza de comercio exterior porque las grandes inversiones exigían enormes importaciones. No mejoró la situación con la integración de Hungría en el Consejo de Ayuda Mutua Económica, organización económica de los países con democracia popular. La liquidación de la industria manufacturera y del comercio privados deterioró el nivel del sector servicios.

El plan quinquenal aumentó la renta nacional en un 40%, pero originó graves contradicciones: la producción sin rentabilidad, grandes inversiones sin terminar, tecnología anticuada.

Las inversiones entre 1949 y 1954, en %	
Sector	1950–1954, total
1. Industria básica	31,1
2. Producción de máquinas	9,5
3. Industria pesada (1.-2.)	40,7
4. Industria ligera	1,8
5. Industria alimenticia	1,6
6. Industria (3.-5.)	44,1
7. Industria de construcciones	2,7
8. Agricultura	13,8
9. Transportes	12,8
10. Comercio	2,5
11. Tareas comunales administrativas	14,8
12. Otros	9,3
Total (6.-12.)	100.0

En cuanto al modo de vida y la sociedad, el objetivo de la dictadura comunista fue la eliminación de las diferencias injustas entre distintas capas sociales. La nivelación no se efectuó mediante la subida del nivel de vida de los pobres, sino al revés. El régimen aseguraba el trabajo (pleno empleo), pero con salarios muy bajos. A cambio la política social ofreció la salud pública gratuita, el seguro social y la educación gratuita. La élite comunista, los cuadros del partido se aseguraban un nivel de vida más alto.

La reforma del sistema educativo aseguró el éxito de la transformación ideológica, al mismo tiempo que permitió el desarrollo cultural de amplias masas. La modernización llegó a las aldeas, se amplió la red eléctrica, se extendió el radio, el cine, etc. Se transformaron las fiestas: el 20 de agosto se convirtió en la fiesta del nuevo pan y de la Constitución. La fiesta más importante fue el 4 de abril, día de la liberación de Hungría, transformada en fiesta nacional, desplazando al 15 de marzo. Se hizo día festivo estatal el 7 de noviembre, día de la victoria de la revolución bolchevique en Rusia. Un terreno especial donde abrirse camino para las personas fue el deporte. Los deportistas húngaros obtuvieron grandes éxitos en aquella época. La política utilizaba los éxitos de la selección de fútbol y de otros deportistas para fines propagandísticos.

LA REVOLUCIÓN DE 1956

El 5 de mayo de 1953 murió Stalin y empezó la lucha sucesoria en Moscú. Los dirigentes de la Unión Soviética eran conscientes de que el camino de Stalin no se

podía seguir, pero también se empeñaron en la necesidad de conservar el “imperio”. La lucha tuvo muchas repercusiones en la vida de los países “vasallos”, entre ellos, Hungría. La nueva situación también quebrantó el poder hasta el momento considerado intangible de Rákosi. Se hizo claro para todos que era relativo, dependía de la voluntad de los soviéticos.

En los países del Este, sobre todo en la República Popular de Alemania aparecieron signos del descontento de las masas. También en Hungría, en los años 1952-53 el régimen de Rákosi mostró síntomas de crisis. La escasez, el deterioro de la calidad de vida amenazaba con una explosión. Los jefes húngaros viajaron a Moscú a entrevistarse con los dirigentes soviéticos. Rákosi, Gerő, Imre Nagy y István Dobi fueron obligados a hacer autocrítica sobre las medidas tomadas. Al regresar, en la conferencia de la Dirección Central del partido, celebrada el 27 de julio de 1953, denunciaron los errores cometidos, los problemas de la política económica y de la administración. Se criticó el culto a la personalidad y dejaron entrever la posibilidad de pasar a una dirección colectiva.

Fragmentos de la resolución de la Dirección Central del partido, de 28 de julio de 1953:

“La dirección del partido dirigía sus esfuerzos a la industrialización exagerada, sobre todo al desarrollo extremadamente rápido de la industria pesada, sin contar con la situación real del país, ni con las necesidades de la clase obrera, del pueblo trabajador.

La dirección del partido descuidó la producción agraria, y seguía con pasos demasiado rápidos la socialización de la agricultura.

Hay que cambiar radicalmente la política económica del partido, hay que disminuir el ritmo de la industrialización, sobre todo de la industria pesada, hay que revisar los planes de desarrollo de la economía y en relación a él, los de las inversiones.

El objetivo fundamental de la nueva política económica tiene que ser el aumento esencial y permanente del nivel de vida de la clase obrera, la mejora de la situación social y cultural de los trabajadores.

Hay que eliminar los errores de la dirección personal, liquidando el culto a la personalidad.”

La crítica no cuestionó la esencia del régimen, sin embargo atenuó las contradicciones. Decidieron sobre la amnistía, la eliminación de los campamentos de internamiento y cuestiones del cambio de dirigentes. Fue nombrado jefe del gobierno Imre Nagy, al que la población podía recordar como el ministro del reparto de la tierra. Él dio a conocer su programa en el parlamento, y entre otras cosas figuraba la corrección de los errores cometidos y la eliminación de las violaciones de la ley. En julio proclamaron la amnistía, cerraron los campamentos de internamiento y empezó la rehabilitación de algunos condenados en procesos preconcebidos. Todo esto fue el primer intento de reforma en el mundo de las democracias populares. Se mejoró la situación de los campesinos: el ingreso en las cooperativas se hizo voluntario y dejaron

de practicar la discriminación contra los “kulaks”. Los propósitos de la reforma fueron buenos, pero se quedaron dentro del marco del sistema comunista. El problema era que Imre Nagy no tenía apoyo dentro de la dirección del partido. Rákosi preparaba su regreso al poder anterior y no tuvo que esperar mucho, ya que los cambios en la política internacional facilitaron su regreso. En 1955 -según la orden de Moscú- calificaron de derechista la política de Imre Nagy, lo hicieron denunciar y hacia finales del año lo excluyeron del partido. Los sucesos tenían que ver con los cambios en la relación de las superpotencias. La causa del aumento de la tensión entre ellas fue la entrada de la República Federal de Alemania en la OTAN. La respuesta soviética fue la creación de la alianza militar de su bloque, el Pacto de Varsovia. La firma del tratado de estado sobre Austria no trajo ningún cambio para Hungría: las tropas soviéticas podían seguir estacionándose en el país en calidad de aliados. El mensaje de los acontecimientos fue que Moscú no permitiría ningún intento de reforma.

El objetivo de Rákosi y Gerő era la restauración de su poder anterior a 1953, lo que no lograron alcanzar completamente, porque la política mundial tomó otro rumbo: un viraje hacia la coexistencia pacífica. Ya no era posible regresar al régimen anterior. En el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, en 1956, Krushchov puso al descubierto -aunque sólo parcialmente- los errores y el terror del estalinismo. Aquello fue el inicio del fin para Rákosi. Él tuvo que reconocer su culpabilidad en el proceso ilegal de Rajk y en julio de 1956 fue privado de su cargo y tuvo que viajar a Moscú (de donde nunca regresó). Ernő Gerő se convirtió en el nuevo primer secretario del partido. Los cambios no podían garantizar la reforma, siendo Gerő tan odiado por la gente como Rákosi. El propio sistema no permitía ser reformado.

La revolución de 1956 fue el punto culminante de los movimientos contra el régimen estalinista. Fue la prueba de que los regímenes socialistas existentes no podían ser reformados. Teniendo en cuenta la situación de la política internacional, la revolución ya desde su inicio estaba condenada al fracaso. Al principio Moscú buscaba evitar una solución militar. Sin embargo, el 31 de octubre Krushchov optó por el uso de las armas. La crisis de Suez contribuyó de modo determinante al fin trágico. A cambio de la neutralidad de la Unión Soviética, el ministro de Asuntos Exteriores de Estados Unidos declaró que los países del bloque soviético no recibirían ninguna ayuda de su país.

Sobre el desarrollo de los acontecimientos hay que mencionar que hacía tiempo que se iba formando en torno a Imre Nagy una oposición reformista de los intelectuales comunistas (Géza Losonczy, Ferenc Donáth), de escritores, poetas (p.ej. Tibor Déry) y de periodistas (p.ej. M.Vásárhelyi). El Círculo Petőfi (Petőfi Kör) y el Periódico Literario (Irodalmi újság) de la Asociación de los Escritores (Magyar Írók Szövetsége) se convirtieron en el foro de la crítica de la variante húngara del estalinismo. La dirección del partido, presionada por su oposición y por el ambiente público tuvo que rehabilitar a todas las víctimas comunistas de la era Rákosi. El nuevo entierro de Rajk y sus compañeros el día 6 de octubre, día de los mártires de Arad, se convirtió en una manifestación de centenares de miles de personas contra el régimen.

La juventud universitaria desempeñó un papel muy importante en los antecedentes inmediatos de la revolución. El 16 de octubre constituyeron la Alianza de Asociaciones Universitarias y de Escuelas Superiores Húngaras (Magyar Egyetemi és Főiskolai Egyesületek Szövetsége), la organización independiente de la juventud. La Universidad Politécnica de Budapest aprobó un manifiesto más radical que el programa preparado por la oposición reformista del partido. Los dieciséis puntos de la juventud, publicados el 22 de octubre, recogían las siguientes exigencias:

“1 La retirada inmediata de todas las tropas soviéticas de Hungría.

2 La reunión de la Dirección Central del Partido Húngaro de Trabajadores, la formación de una nueva Dirección Central elegida entretanto desde abajo por los dirigentes locales del partido.

3 Que el gobierno se transforme con la dirección del camarada Imre Nagy, y que priven de sus cargos a todos los dirigentes culpables de la era de Stalin y de Rákosi.

4 Un proceso abierto en el caso de Farkas y sus compañeros. Que devuelvan al país y condenen a Mátyás Rákosi, quien es el responsable en primera instancia por los delitos del pasado reciente y por arruinar el país.

5 Elecciones generales, igualitarias en el país, con la participación de varios partidos, con la elección de nuevos diputados para la asamblea nacional. El derecho de los trabajadores a la huelga.

6 La revisión y el arreglo de la amistad húngaro-soviética y húngaro-yugoslava en el terreno político, económico e ideológico a base de la igualdad económica y política y basada en el principio de la no intervención en los asuntos interiores del otro.

7 Reestructuración de la vida económica húngara con la incorporación de profesionales.

8 Que publiquen los convenios del comercio exterior, los datos reales de las indemnizaciones. Informaciones sinceras y abiertas sobre los recursos de uranio, de su explotación, de la concesión rusa. Exigimos que Hungría pueda vender el uranio al precio del mercado mundial, a cambio de divisa de valor.

9 La revisión de las normas de producción de todos los obreros industriales y la introducción de la autonomía obrera en las fábricas. El arreglo de los salarios y fijar el mínimo vital de los obreros.

10 Revisión del sistema de entrega de productos, apoyo al campesinado que trabaja individualmente.

11 Revisión de todos los procesos políticos y económicos, amnistía completa para los presos políticos, rehabilitación de los inocentemente condenados y perjudicados. El regreso de inmediato de todos los prisioneros de guerra y de los civiles, deportados a la Unión Soviética.

12 La plena libertad de opinión, de palabra y de prensa (la Radio también) dentro de la misma, periódico propio para las organizaciones de la Alianza de Asociaciones Universitarias y de Escuelas Superiores Húngaras, la publicación y la destrucción de los documentos de los cuadros del partido.

13 *La destrucción más rápida posible de la estatua de Stalin, el símbolo de la tiranía y represión política, y construir en su lugar un monumento digno a los héroes y mártires de la lucha por la independencia de 1848-1849.*

14 *Restablecer el escudo de Kossuth en vez del escudo ajeno al pueblo, declarar el 15 de marzo y 6 de octubre fiesta nacional y día festivo.*

15 *La juventud de la Facultad de Ingeniería demuestra unánimemente su solidaridad con la juventud y los obreros polacos de Varsovia en relación con el movimiento por la independencia polaca.*

16 *La convocatoria del parlamento juvenil para el día 27 de este mes.”*

El inicio de la revolución fue la manifestación de solidaridad con los polacos, organizada por los estudiantes, el 23 de octubre. Gerő no se atrevió a prohibirla. Durante el trayecto de las manifestaciones, desde la estatua de Petőfi y la estatua de Bem hasta el Parlamento, creció el número de los manifestantes: se les unieron obreros, “chavales”, soldados, alcanzando los doscientos mil. De las banderas nacionales quitaron el escudo de Rákosi y la bandera perforada se convirtió en el símbolo de la revolución. Durante la noche la manifestación se transformó en un levantamiento armado y se extendió por toda la capital. Se derrumbó la estatua de Stalin, sitiaron y tomaron el edificio de la Radio. La dirección del partido, buscando la posibilidad de solucionar el “problema”, cooptó a Imre Nagy y al día siguiente lo nombraron jefe del gobierno. Imre Nagy en aquel momento calificó los acontecimientos como contrarrevolución. La dirección del partido pidió ayuda militar a los soviéticos y sus tropas empezaron a entrar en Budapest, lo que fue respondido con resistencia armada. Las fuerzas de la lucha por la independencia se concentraron sobre todo en el pasaje de Corvin, la calle Tompa y Tűzoltó. En Buda los focos del combate fueron la plaza Moscú y la plaza Széna. El jefe del cuartel Kilián, Pál Maléter se unió a los insurrectos y se hizo dirigente de la resistencia armada. En Budapest operaban noventa y un grupos armados con unos dieciséis mil quinientos miembros. Entre los insurrectos se encontraban soldados profesionales, obreros, intelectuales y los “chavales” de Pest, es decir que los revolucionarios constituían un grupo muy heterógeno. La adhesión de la policía y de los encargados de los almacenes de armas suministraron las mismas. A los revolucionarios les apoyó también la huelga general. La revolución se extendió por todo el país y se organizaron de forma espontánea los comités revolucionarios. En las empresas se formaron consejos obreros. Las instituciones revolucionarias surgidas por todo el país mostraban diversas formas y programas políticos, pero les unía el sentimiento nacional y democrático.

La dirección del partido quiso demostrar su fuerza: la tragedia sangrienta del 25 de octubre causó el viraje en los acontecimientos. En la plaza del Parlamento los provocadores de la Autoridad de la Defensa del Estado y los tanques soviéticos abrieron fuego a la multitud, causando más de cien víctimas. En el campo también sucedieron acciones semejantes de violencia, por ejemplo en Miskolc y Moson-

magyaróvár. La ira de la gente se dirigió contra los militantes de la Autoridad, de entre ellos lincharon a veintitrés personas.

El día 25 de octubre los soviéticos Mikoyan y Suslov permitieron la sustitución de Gerő por János Kádár al frente del partido. Por iniciativa de Imre Nagy y Ferenc Donáth la Dirección Central calificó los acontecimientos como revolución democrática y nacional. Se decidió llegar a un entendimiento con los sublevados. El discurso de Imre Nagy del 28 de octubre significó la ruptura con la política anterior a la revolución.

“El gobierno condena las opiniones que califican el reciente movimiento de masas como contrarrevolución. Este movimiento tiene por objetivo garantizar nuestra independencia nacional y la soberanía, desenvolver la democracia en nuestra vida social, económica y política, siendo esto la única base posible del socialismo en nuestro país. Durante estos acontecimientos nació el gobierno de la unidad nacional, de la independencia y del socialismo... El gobierno quiso inmediatamente hacer realidad las exigencias justificadas del pueblo. El gobierno decretó el armisticio. El gobierno acordó con el gobierno soviético la retirada inmediata de las fuerzas armadas de Budapest. También empezamos la organización de una policía estatal y suspendimos la Autoridad de la Defensa del Estado. El gobierno propone al parlamento el uso del escudo de Kossuth, y que el 15 de marzo se declare fiesta nacional.”

Las tropas soviéticas fueron retiradas de la capital. Se organizó la Guardia Nacional bajo la dirección de Béla Király y Sándor Kopácsy, se liberaron los presos políticos. De hecho se liberaron todos sin distinción, los criminales y delincuentes peligrosos también. Las medidas tomadas por el gobierno no convencieron del todo a los insurgentes, que no depusieron las armas. También continuó la huelga general. El día 30 de octubre los insurrectos sitiaron el edificio del Buró Central de Budapest del partido en la plaza Köztársaság. Los defensores del edificio, soldados y agentes de la Autoridad respondieron con fuego. El juicio del pueblo le costó la vida a veintitrés defensores. El mismo día 30 de octubre Imre Nagy -con la autorización soviética- declaró la organización de un gobierno de coalición y el restablecimiento del sistema pluripartidista. En el gobierno figuraban los partidos de la coalición democrática surgidos en 1945: el Partido Comunista representado por Imre Nagy y János Kádár; el Partido Independiente de los Pequeños Propietarios representado por Zoltán Tildy y Béla Kovács; el Partido Campesino Nacional representado por Ferenc Erdei y un ministro del partido socialdemócrata. Imre Nagy gozaba cada vez más de la simpatía del pueblo.

El 31 de octubre comunicaron la disolución del Partido de los Trabajadores Húngaros y la formación del Partido Obrero Socialista Húngaro (Magyar Szocialista Munkáspárt) bajo la dirección de János Kádár, quien condenó decididamente los crímenes del régimen pasado. Sin embargo, cuando transmitieron su discurso por la radio, Kádár ya estaba en Moscú.

Los programas de los partidos de la coalición coincidían en la exigencia de la neutralidad, la democracia pluripartidista, la defensa de los derechos y la garantía del bienestar social. Se reorganizaron también con rapidez los partidos de la oposición anterior, sobre todo los partidos cristianos. A su actividad contribuyó la salida de la cárcel del cardenal Mindszenty, cuyo nombre se convirtió en el símbolo de la resistencia y martirio.

Cuando el gobierno soviético declaró su voluntad de empezar las negociaciones sobre la retirada de sus tropas del territorio húngaro, parecía que la revolución había triunfado. Incluso el 1 de noviembre Imre Nagy declaró la neutralidad de Hungría y el abandono del Pacto de Varsovia.

“La lucha revolucionaria librada por los héroes antiguos y de nuestros días, por fin terminó con la victoria de la causa de la libertad e independencia. Esta lucha heroica hizo posible hacer realidad el interés fundamental de la nación: la neutralidad. Lanzamos un llamamiento a nuestros vecinos, a los países cercanos y lejanos, para que respeten la voluntad inalterable de nuestro pueblo.”

El 3 de noviembre se formó el gobierno de coalición, los comités revolucionarios y los consejos obreros se pronunciaron por el fin de la huelga y reanudar el trabajo el día 5 de noviembre.

Las diferentes tendencias revolucionarias que luchaban contra el enemigo común y por la democracia se unieron en la lucha por la independencia. Una de las características de la revolución fue que, junto con el antiestalinismo, tenía un matiz socialista. Los partidos no querían anular los logros sociales y democráticos, ni la reforma agraria, ni el sistema de la seguridad social, tampoco la propiedad socialista. Los consejos obreros fueron partidarios de un socialismo basado no en la propiedad estatal, sino en la propiedad social directa, la autodeterminación y el control obrero.

Los soviéticos impidieron consolidar la revolución. Desde el 31 de octubre revisaron su opinión sobre la revolución húngara y se prepararon para la intervención militar en Hungría. La opinión de Krushchov fue apoyada por los dirigentes comunistas de otros países, por ejemplo Mao y Tito, a los que preocupaba mucho la situación húngara. El gobierno de Estados Unidos tenía mayor interés en el arreglo de la crisis de Suez, que en ayudar a Hungría, que pertenecía a la esfera de interés soviética.

Los soviéticos encontraron a la persona adecuada para alcanzar su objetivo de disimular la agresión. János Kádár estaba dispuesto a formar un gobierno de oposición y solicitar la ayuda militar de las tropas soviéticas con el fin de acabar con la “contrarrevolución”. Los soviéticos arrestaron a los miembros de la delegación húngara –entre ellos a Pál Maléter– que deliberaba en el aeropuerto militar de Tököl sobre la retirada de las tropas soviéticas.

El 4 de noviembre empezó la intervención militar. Desde Szolnok comunicaron la formación del Gobierno Revolucionario Obrero-Campesino (Forradalmi Munkás-

Paraszt Kormány) bajo la dirección de János Kádár. En su último discurso por radio Imre Nagy comunicó:

“Hoy en la madrugada las tropas soviéticas iniciaron la agresión contra nuestra capital con el objetivo evidente de derrocar al gobierno democrático y legítimo de Hungría. Nuestras unidades militares están combatiendo. El gobierno permanece en su lugar. Esto es lo que quiero hacer a conocer al pueblo de Hungría y a la opinión pública del mundo.”

Más tarde Imre Nagy tuvo que refugiarse en la embajada de Yugoslavia y József Mindszenty en la de EE.UU. István Bibó, ministro de Estado fue el único que se quedó en el edificio del Parlamento, pero él también fue arrestado al comenzar las represalias. En algunos puntos de Budapest continuó la resistencia, a la cual los soviéticos respondieron con fuego de artillería. Después del día 11 de noviembre la resistencia prácticamente se extinguió.

Como se esperaba del nuevo poder una consolidación rápida, la reconciliación fue sustituida por el terror y la dictadura. Desde diciembre los acontecimientos del otoño fueron calificados de contrarrevolución. Entraron en vigor leyes marciales, en varios casos la milicia abrió fuego contra los manifestantes sin armas (por ejemplo el 8 de diciembre en Salgótarján). A consecuencia de los arrestos se llenaron las cárceles y los campamentos de internamiento. Hasta 1961 se aplicaron sentencias de muerte. Ejecutaron a unas trescientas personas, fueron encarcelados unos veinticinco, veintiséis mil, internados unos trece mil. Desde noviembre empezó una oleada emigratoria de unas doscientas mil personas en dirección al oeste. Los gobiernos de Estados Unidos, Canadá y Australia, aunque habían abandonado la causa húngara en la ONU, abrieron sus fronteras ante los emigrantes húngaros.

LA ERA KÁDÁR (1956-1989)

Dentro de la era Kádár se distinguen dos periodos: el de la represión y consolidación, y el comienzo de la crisis del régimen. El periodo marcado con el nombre de János Kádár –colocado a la cabeza del partido comunista reorganizado, como títere de los soviéticos– comenzó con una ola de represión nunca vista antes. El Gobierno Revolucionario Obrero-Campesino empezó su actuación negando la vuelta a los métodos de la política de Rákosi. Sin embargo, la resistencia nacional no terminaba, y al no producirse la dimisión de Imre Nagy, no se podía legalizar el poder del nuevo gobierno. Por esta razón Imre Nagy fue tratado como enemigo. Los soviéticos lo arrestaron a él y a sus compañeros y los deportaron a Rumanía. Mientras, el gobierno de Kádár eliminó los consejos obreros. El nuevo poder al principio sólo podía apoyarse en los invasores y la nueva milicia formada por los exmiembros de la Autoridad (los del abrigo típicamente soviético en húngaro “pufajkások”) y en los militantes del partido.

“El Partido Obrero Socialista Húngaro –a pesar de que tiene algunas novedades en su programa– no es un partido nuevo, sino que es el partido marxista-leninista reorganizado de la clase obrera, es su vanguardia, que reúne a los miembros más consagrados y firmes de los antiguos militantes del Partido de los Trabajadores de Hungría.” (Fragmento de la Decisión del Partido Socialista de los Obreros Húngaros, 1957)

Los soviéticos y Kádár también estaban interesados en restablecer el orden, por eso calificaron los acontecimientos de octubre de contrarrevolución. Tomaron medidas dictatoriales contra los que habían participado en ellos. La cima simbólica del terror fue el fin del proceso de Imre Nagy y sus compañeros. Imre Nagy, Pál Maléter y Miklós Gimes fueron condenados a muerte y ejecutados el 16 de junio de 1958. En la sentencia y en la ejecución es evidente la responsabilidad personal de János Kádár, aunque todos los jefes del bloque comunista estaban de acuerdo con la solución.

Paralelamente a la represión se restauró el régimen político. En manos de Kádár se concentró al principio la dirección del partido y del Estado. Se restauró el monolitismo y el monopolio del poder. Se prohibía cualquier iniciativa civil, cualquier organización autónoma, y los sindicatos quedaron de nuevo sometidos al partido. El órgano más importante del terror fue el Departamento Supremo de Investigaciones Políticas (a Belügyminisztérium Politikai Nyomozó Főosztálya), dentro del ministerio del Interior. Organizaron el “ejército” del partido, la Guardia Obrera (Munkásőrség). El parlamento tenía poca importancia, y en las elecciones se podía votar una sola lista, la del Frente Patriótico Popular (Hazafias Népfront). La Unión de los Jóvenes Comunistas (Kommunista Ifjúsági Szövetség) fue la única organización juvenil.

En política económica tampoco hubo cambios: la economía planificada tenía sustancialmente los mismos objetivos que antes. La prueba de ello fue la colectivización del sector agrario entre 1958 y 1961. La mayoría de las cooperativas dejó de existir en 1957 y en la producción agraria el sector privado era determinante. El proceso de organización de las cooperativas se reanudó desde 1958, se aceleró y se hizo masivo. Los métodos de organización sí fueron diferentes a los anteriores a la revolución. Se abolieron las entregas obligatorias de productos, no anunciaron la lucha contra los “kulaks”, no encarcelaron a los que se resistían y utilizaron menos medidas compulsivas. Disminuyó la resistencia por parte de los campesinos, para quienes fue evidente que no se podía evitar la colectivización. Sabían que en los países vecinos y otros del bloque socialista ya había terminado y que no existía otra posibilidad para ellos. Hacia el año 1961 prácticamente la inmensa mayoría de las tierras cultivables pasó a ser propiedad colectiva de las cooperativas.

El régimen, durante su consolidación, funcionó de manera diferente a la de la era Rákosi. El “paternalismo” de Kádár mejoró el nivel de vida de la población (con la ayuda de otros países del bloque, sobre todo de la Unión Soviética y China). A principios de los años 60, terminada la consolidación del régimen, nació un compromiso tácito entre la mayoría de la sociedad húngara y los que ejercían el poder. Este último no quería someter y controlar la esfera íntima de las personas. El lema de

Kádár: “*El que no está contra nosotros, está con nosotros*” significaba que el poder no molestaba a las personas que se retiraban de la política a la vida privada y al trabajo.

El régimen se autodefinió como el estado de los obreros y los campesinos, pero también concedió algunas facilidades a los intelectuales y profesionales. Las ciencias y la cultura podían desarrollarse más libremente que antes. El dirigente omnipotente de la cultura fue György Aczél. La censura fue sustituida por un nuevo sistema: el de las “3T” (abreviatura de las palabras húngaras: apoyar, tolerar, prohibir).

El régimen de Kádár en los primeros tiempos estaba aislado internacionalmente, lo que reforzó aún más su dependencia de la Unión Soviética. La política de coexistencia pacífica preparó el terreno para salir del aislamiento. El primer paso fue la apertura hacia los países del tercer mundo. El paso siguiente fue la normalización de las relaciones con los países neutrales de Europa y con los países de la EFTA.

El alivio del aislamiento iba paralelo con el alivio de la dictadura. En 1960 se promulgó el decreto sobre la amnistía parcial y fueron suavizadas las trabas para los viajes al extranjero. Como resultado de estas medidas, Estados Unidos planteó quitar del orden del día de la ONU (ENSZ) la “cuestión húngara”; desde 1962 Hungría se reintegró al trabajo de la ONU, de la que fue miembro desde 1955 y, por fin, en 1963 se decretó la amnistía general. A partir de los años 60 se hicieron frecuentes los encuentros diplomáticos con los países occidentales (1963: Gran Bretaña y Francia, 1966: Estados Unidos). Éstos apreciaban la mejora del nivel de vida y que el régimen de Kádár no recurriera a las medidas de una dictadura brutal. Hungría consiguió para sí el dudoso reconocimiento de ser “la barraca más alegre” entre los países del bloque soviético.

La restauración o consolidación terminó en el año 1962. En el VIII Congreso del POSH se declaró que, con la reorganización socialista de la agricultura, Hungría había sentado las bases del socialismo y podía pasar a la fase de “construcción del socialismo desarrollado”. La legitimación del régimen fue posible gracias a la subida gradual del nivel de vida de las capas más amplias de la sociedad. La “dictadura blanda” no permitió el surgimiento del culto a la persona de Kádár, quien gozaba cada vez de mayor popularidad. El dictador se convirtió en un político pragmático y su apreciación por parte de la prensa y de la opinión pública no fue alterada ni con los cambios en la dirección política de la Unión Soviética.

En los años 60 empezaron cambios en el modo de vida de la población húngara. Nació un modelo especial agrícola, basado en la combinación de cooperativas y pequeñas propiedades privadas. Precisamente estas últimas rendían más de ciertos productos (p. ej. aves de corral, huevos, verduras). A consecuencia del aumento de la producción agraria desapareció la escasez. Gracias a la dotación estatal los productos alimenticios tenían un precio bajo, lo que ayudó a transformar las costumbres alimenticias de la gente.

También aumentó el tiempo libre de los trabajadores, con el sábado festivo y con la disminución de las horas de trabajo a cuarenta y dos y más tarde a cuarenta horas semanales. Muchos aprovecharon los fines de semana para trabajar más y obtener

un salario suplementario. El uso de electrodomésticos, detergentes sintéticos, la aspiradora, el refrigerador y la televisión fueron signos de una vida más moderna. El programa de construcción de viviendas tenía por objetivo alcanzar un millón de pisos durante quince años. Se erradicó totalmente el desempleo y crecieron los salarios. Las leyes y medidas sociales proporcionaron el seguro de enfermedad extendido a toda la población. El sistema de pensiones, el subsidio de maternidad, las vacaciones pagadas y una serie de medidas de protección e higiene laborales contribuyeron a la seguridad de los trabajadores. El aumento del nivel de vida tuvo su precio político: siguió siendo un tabú el monopolio del poder del POSH y la relación con la Unión Soviética, o sea, la soberanía limitada del país. Las facilidades —especialmente a la luz de la comparación con la suerte de los países vecinos— aseguraban una vida mejor para la población húngara. Los extranjeros denominaron el régimen “*el comunismo gulash*” o “*el socialismo de refrigerador*”.

En la segunda mitad de los años 60 se seguía la misma política económica de antes: la economía planificada, con la diferencia de que disminuyeron las inversiones a favor de las mejoras del nivel de vida. Entre los objetivos de la industria destacaron el programa de la energía y el desarrollo de la producción de la industria básica con el fin de poder sustituir las importaciones. Aumentó la proporción del uso del petróleo y del gas. Con la conexión de las redes eléctricas de la Unión Soviética, Checoslovaquia, Rumanía y Hungría surgió el sistema unificado de la electricidad. Continuó el programa de producción de hierro y acero. Como elemento nuevo se programó el desarrollo acelerado de la industria química, de la cual se esperaban materias primas, abonos artificiales y artículos de consumo. Dentro de los marcos de la especialización del CAME, Hungría llegó a ocupar el sexto puesto mundial en la fabricación de autobuses. Debido a la presión soviética las metas de los planes fueron elevadas, ya que los soviéticos pretendían alcanzar e incluso superar en un plazo de veinte años el nivel de los países desarrollados occidentales.

“El pueblo húngaro en nuestros días está construyendo la sociedad comunista. Éste es el camino hacia la sociedad comunista. Si hacemos realidad consecuentemente la política leninista de nuestro partido con fuerza inquebrantable en el futuro, podemos estar seguros de que la sociedad comunista se realizará al mismo tiempo en Hungría y en la Unión Soviética.”

Siguiendo el modelo soviético, en Hungría también concentraron gran parte de las empresas medianas y pequeñas en “kombinats”. Muy pronto comenzaron a vislumbrarse las limitaciones del sistema: el desarrollo extensivo agotó sus posibilidades. Sin embargo, la estabilidad del régimen dependía de la financiación constante de la subida del nivel de vida. Hungría se endeudaba. Los políticos reformistas del partido (Jenő Fock, Rezső Nyers, Lajos Fehér) insistían en que era necesario modernizar el mecanismo de la dirección de la economía.

“En nuestra economía nacional los recursos del desarrollo extensivo están agotándose, es imprescindible pasar al desarrollo intensivo. El modo de incrementar la renta nacional durante mucho tiempo fue el aumento del trabajo activo (operario), hoy en día es y en el futuro lo será el desarrollo tecnológico.”

El día 1 de enero de 1968 se introdujo la reforma llamada “nuevo mecanismo económico” (új gazdasági mechanizmus). La idea central de la reforma fue aprovechar en beneficio de la construcción del socialismo ciertos elementos de los mecanismos del mercado. Buscaban el equilibrio entre la planificación y la competencia entre las empresas económicas.

Querían dar posibilidades a las empresas y a sus dirigentes para desplegar libremente sus facultades e iniciativas creadoras. En lugar de las medidas rígidas de los planes anteriores, la dirección estatal (o del partido) se realizaría mediante regulaciones económicas. Las reformas no se extendieron sin embargo a las instituciones políticas.

Dentro de la economía no se cuestionó el papel decisivo del partido en la dirección, y la prioridad de la propiedad estatal. No tuvo lugar la reforma del sistema de los salarios, seguían siendo importantísimos los subsidios, tanto en los ingresos como en el consumo.

La reforma tuvo un papel positivo en las relaciones de Hungría con el mundo occidental. El hecho más importante fue la normalización de los contactos con la República Federal Alemana en 1973. Mejoró la consideración de Hungría en Estados Unidos: en 1978 devolvieron la Corona Santa y Hungría recibió la preferencia máxima en las relaciones comerciales exteriores.

La reforma se introducía gradualmente y para tranquilizar al aparato del partido, se introdujeron unos “frenos” en el mecanismo. Las reformas dieron lugar parcialmente al desarrollo de las energías creadoras. El crecimiento de la economía (5% anual) provenía del aprovechamiento de las posibilidades del desarrollo intensivo. Algunos de los productos industriales fueron capaces de competir en el mercado mundial, y en los años 70 creció considerablemente el nivel de vida. La oposición a las reformas se encontraba entre los cuadros obreros del partido, que criticaban la pérdida de importancia de la clase obrera y los cambios en el sistema de rentas. En el fondo tenían miedo a la posibilidad de perder su poder.

A pesar de los resultados positivos, el futuro de la reforma dependía de la consideración del bloque socialista. En los países vecinos se acabaron los experimentos reformistas. El intento de la “primavera de Praga” de crear el “socialismo con rostro humano” chocó contra la doctrina de Brezhnev. Ante los acontecimientos de Checoslovaquia, Kádár adoptó una actitud ambigua: en un primer momento simpatizó con Dubchek y trató de intermediar entre él y Brezhnev, pero sin éxito. El 21 de agosto de 1968 tropas húngaras participaron en la invasión de Checoslovaquia, realizada por los ejércitos del Pacto de Varsovia. Para salvar su régimen, Kádár frenó y luego detuvo las reformas, paralizó el nuevo mecanismo. Los políticos reformistas

fueron desplazados del poder y empezó la crítica de las diferencias en el sistema de los ingresos, del afán de adquirir bienes, del individualismo y de la actitud burguesa. La reforma se detuvo en el momento más desafortunado: la crisis del petróleo de 1973, que causó grandes transformaciones en la economía mundial. Terminó una coyuntura económica y se reestructuró el sistema de precios en perjuicio de Hungría. En lugar de adaptarse a las condiciones del mercado mundial, el país se ajustó cada vez más a los planes soviéticos, hasta el punto que el Partido Obrero Socialista Húngaro anunció el programa de construcción del socialismo desarrollado (1975). A consecuencia de la dramática subida del precio del petróleo, el comercio exterior de Hungría dejó de estar equilibrado. Para poder mantener la apariencia de crecimiento económico y del nivel de vida, el país tuvo que orientarse hacia el mercado mundial y financiar su política con préstamos extranjeros. Con su sistema económico anticuado Hungría no fue capaz de superar las dificultades y se endeudó.

Deuda exterior de Hungría, 1975–1994		
Año	Deudas extranjeras en millones de dólares (Bruto)	Deudas extranjeras en millones de dólares (Neto)
1975	4.199	2.000
1977	6.253	3.580
1978	9.468	6.141
1984	10.983	6.549
1985	13.955	8.046
1987	19.584	13.683
1992	23.042	13.277
1993	24.560	14.927
1994	28.500	18.900

A finales de los años 70 la dirección del partido tuvo que renunciar a importantes elementos de su política económica. En primer lugar no se podía seguir con el aumento constante del nivel de vida. Los salarios perdían valor, apareció la inflación y subieron los precios, hasta entonces bajos y estables. Se limitaron las inversiones. La Unión Soviética, a causa de sus problemas internos no era capaz de ayudar a los países del CAME, que ya en sus operaciones utilizaba los precios del mercado mundial. El capital extranjero abandonaba el país. Las reformas abrieron paso a las relaciones de mercado y a la reaparición del sector privado. Se desarrolló el sector secundario (actividades artesanales, servicios privados, producción privada en la agricultura) y la economía sumergida. Empeoró la situación de los que vivían de un salario fijo y de los jubilados. A partir de 1987 aparecieron empresas mixtas (empresas de propiedad estatal y privada, incluso en manos de extranjeros).

La crisis financiera y el endeudamiento del país hicieron necesario el ingreso de Hungría en el Banco Mundial (Világbank) y en el Fondo Monetario Internacional (Nemzetközi Valutaalap). La divisa húngara se hizo convertible. Solamente el sistema político parecía seguir intacto.

El fin del régimen Kádár empezó con la subida al poder de Gorbachov en la Unión Soviética. Cuando la oposición interna del partido llegó a la conclusión de que la modernización del régimen era posible solamente con la destitución de Kádár, contaron con el consentimiento de Gorbachov. En mayo de 1988 Károly Grósz fue nombrado primer secretario del Partido Obrero Socialista Húngaro y el viejo líder pasó a ser presidente del partido sin atribuciones.

El hundimiento del socialismo en los años 80 ya era un hecho. Sólo podía sobrevivir gracias a la asistencia soviética y los préstamos extranjeros. Su fin se debió a la actividad de la oposición política en formación y sobre todo a la decisión de Gorbachov de renunciar a la esfera de interés soviético, que ya era incapaz de mantener.

El cambio se realizó mediante una “revolución tranquila”, negociada.

LA HUNGRÍA DE LA TRANSICIÓN Y DEL CAMBIO DEL SISTEMA (1987–2000)

La transición húngara a la democracia pluralista y el cambio de sistema en el país se inició a finales de la década de los años ochenta, como consecuencia de la cohabitación de diferentes valores y paradigmas durante la segunda mitad del decenio, lo que había creado una sociedad relajada, mixta, liberalizada desde el punto de vista del poder político. El sistema autoritario y burocrático se convirtió en una *dictablanda*. La organización de fuerzas opositoras, la aparición de los partidos políticos de oposición, el aceleramiento de las reformas jurídicas y políticas desarrolladas desde 1987, los partidos políticos y las organizaciones reaparecidas de nuevo dentro del marco de la Mesa Redonda Nacional, las negociaciones sobre el traspaso del poder iniciadas en junio de 1989 entre el Gobierno y el Partido Socialista Obrero Húngaro, llevaron velozmente a la segunda etapa de la transición política, a la descomposición pactada de la *dictablanda*. El periodo de paso de la dictadura a la democracia, denominado también *democradura*, concluyó con las elecciones generales multipartidistas de marzo-abril de 1990 y con las elecciones locales de septiembre-octubre del mismo año. La principal característica de la transición húngara fue su rapidez, menos de dos años. Además estuvo acompañada por la presentación masiva de partidos políticos y también de diferentes movimientos sociales. Los años entre 1987 y 1990 son los de la agonía del régimen Kádár y los que crearon las condiciones para comenzar la transformación del sistema institucional político y de la economía, lo que los “comunistas reformadores” que destituyeron a Kádár se imaginaban como un proceso dirigido desde arriba. Pero poco después se organizaron en partidos los grupos de oposición que venían funcionando hacía años, y cuya actividad cobró mayor publicidad e incentivo con las manifestaciones de una sociedad reanimada, llevadas a cabo en 1988-1989. Entre estos grupos destacaban:

– La “oposición democrática”– que publicaba prensa ilegal (“szamizdat”) y que fue la agrupación de los intelectuales en defensa de los derechos humanos y del desarrollo de la sociedad civil-, formó la Alianza de Demócratas Libres (Szabad Demokraták Szövetsége, SZDSZ), que se definía como liberal, lo mismo que la organización independiente de los estudiantes universitarios, la Alianza de Jóvenes Demócratas (Fiatal Demokraták Szövetsége, Fidesz).

– El Foro Democrático Húngaro (Magyar Demokrata Fórum, MDF), organizado como partido en Lakitelek en 1987, se presentó con un programa que basaba la crítica al régimen comunista en las tradiciones nacionales, en la defensa de unidades tales como la familia y la aldea; y en la defensa de las minorías húngaras.

– Las dos agrupaciones coordinaron sus posiciones en una conferencia conjunta organizada en Monor, en 1985.

– A fines de 1988 y comienzos de 1989 renacieron también los partidos determinantes del periodo democrático posterior a la Segunda Guerra mundial: el Partido Independiente de los Pequeños Propietarios (FKgP), el Partido Popular Democristiano (Kereszténydemokrata Néppárt, KDNP) y el Partido Socialdemócrata.

Dentro del Partido Obrero Socialista Húngaro cobró fuerza el ala reformista, que tuvo que hacer frente a las inevitables elecciones pluripartidistas. En 1989 Imre Pozsgay, desde la dirección del partido, definió los acontecimientos de 1956 no como una contrarrevolución, sino como un levantamiento popular. Miklós Németh, primer ministro desde 1988 propuso al parlamento la ley sobre la asociación, que incluía el derecho a la formación de partidos políticos.

El marco del cambio pacífico del sistema se acordó en las “negociaciones tripartitas” entre la Mesa Redonda Nacional de la Oposición (Ellenzéki Kerekasztal) formada en marzo de 1989 por las entidades anteriormente mencionadas, las organizaciones de masas y los dirigentes del Estado-partido.

1 Verdadera representación popular y sistema multipartidista. Aseguren la libertad y la limpieza de las elecciones.

2 Un Estado de derechos en vez de un Estado policial. Que se hagan valer los derechos humanos, que haya independencia judicial.

3 Libertad de expresión, de prensa, de conciencia y educativa. Liquiden el monopolio estatal de la comunicación. Disuelvan la Oficina Estatal de Asuntos Religiosos.

4 Derecho a la huelga. Que no limiten la libertad de defensa de intereses, de exigencia y de solidaridad.

5 Una contribución equitativa, justa, control social de los gastos públicos. Anulen los privilegios individuales y colectivos, aseguren para todos las condiciones básicas de una vida digna para el hombre.

6 Economía razonable, mercado libre, igualdad de derechos de las formas de propiedad. Detengan las grandes inversiones costosas y que destruyen el medioambiente, suspendan el apoyo a las empresas deficitarias.

7 *Supresión de la burocracia y del aparato autoritario. Disuelvan la Guardia Obrera y la Guardia Juvenil.*

8 *Libertad y autodeterminación para los pueblos de Europa del Este y Central. Que quede abolida la división militar, económica y de derechos humanos de Europa.*

9 *Una Hungría neutral, independiente. Retiren las tropas soviéticas del territorio de nuestra Patria. Anulen el 7 de noviembre de entre las fiestas húngaras.*

10 *Política de minorías y de refugiados responsable. El gobierno que se interponga en los foros internacionales en defensa de las minorías húngaras. Que acabe la actitud policiaca y la discriminación injusta en el caso de los refugiados de Rumanía.*

11 *Afirmación nacional. Acaben con la falsificación de la Historia. Devuelvan al Estado su escudo.*

12 *Justicia para el 56, honor a los mártires de la Revolución. Declaren fiesta nacional el 23 de octubre.” (Los 12 puntos comunes de la oposición, 15 de marzo de 1989)*

Tuvo un significado simbólico que poco después del inicio de las negociaciones, el 16 de junio se llevaran a cabo nuevos funerales de Imre Nagy y sus compañeros, y que el 6 de julio muriera János Kádár. El convenio que estableció las bases del estado de derecho constitucional se firmó y promulgó en forma de ley en octubre de 1989. Poco después, el 23 de octubre de ese año se proclamó la República de Hungría, modificando el antiguo nombre oficial del país, lo que expresó de manera simbólica la esencia del cambio del sistema: recuperación de la soberanía del país, sustitución de la gestión económica centralizada y planificada, y del régimen del “estado-partido” por la economía de mercado y la democracia pluripartidista. Los reformadores del Partido Obrero Socialista Húngaro actuaron como catalizadores de este proceso, pero tan sólo en su última fase se decidieron a extraer las consecuencias y desmembrar formalmente el estado-partido, para luego formar con otros elementos izquierdistas un nuevo partido de programa socialdemócrata, bajo el nombre de Partido Socialista Húngaro (Magyar Szocialista Párt, MSZP).

A fines de 1989 y comienzos de 1990, cuando el país vivía la fiebre de las primeras elecciones libres en varias décadas, no sólo había un frente político entre los socialistas y la oposición, que hasta entonces actuaba más o menos de forma unificada, sino que se perfilaba visiblemente la línea de demarcación derecha-izquierda y la división democristiana/nacional-liberal-socialista. Como resultado de las elecciones de 1990, el MDF llegó a ser el partido más fuerte en el Parlamento. Formando coalición con los otros dos partidos de centroderecha, el FKgP y el KDNP, el gobierno de József Antall, presidente del MDF, contaba con una mayoría de casi el 60%. Formaban la oposición la SZDSZ, la FIDESZ y el MSZP. Antall firmó un acuerdo con la SZDSZ sobre la introducción del voto de confianza constructivo y la disminución del número de leyes que necesitaban mayoría cualificada, a cambio del nombramiento como presidente de la República de Árpád Göncz, antes condenado a muerte por su actividad en 1956, y en quien el parlamento depositó su confianza por cinco años más en 1995.

Los partidos pequeños que podían considerarse extremistas no lograron entrar en la asamblea nacional, tampoco en las elecciones de 1994.

En 1994, más del 50% de los votantes votó por el MSZP, que cobró fuerza al final del ciclo parlamentario anterior. En el gobierno de coalición encabezado por Gyula Horn, presidente del partido, participaba también la SZDSZ, que nuevamente quedó en segundo lugar en las elecciones.

Tras los comicios de 1998 se formó un gobierno de coalición entre la Alianza de Demócratas Jóvenes (FIDESZ-MPP) y el FKgP. El nuevo gobierno fue dirigido por Viktor Orbán. En el gobierno la FIDESZ-MPP, antes definida como liberal, siguió un programa de creación de una Hungría de régimen burgués, de valores cristiano-demócratas y conservadores-nacionales.

Además de las dificultades del cambio de sistema, los gobiernos han tenido que enfrentarse al hecho de que la mayoría de la sociedad ha deseado una transición sin conmociones. La acelerada privatización no pudo suplir de un día para otro los empleos desaparecidos con el desmoronamiento de la economía socialista, y las medidas encaminadas a establecer el equilibrio financiero comenzaron a reducir la inflación de manera lenta. Los importantes resultados alcanzados en la edificación del sistema institucional propio de un estado de derecho democrático, no indemnizan a todos los afectados por la apertura de las desigualdades sociales, la intensificación de las diferencias regionales o por el estancamiento del nivel de vida.

Sin embargo, a pesar de la fluctuación del clima general, la estabilidad de la vida política interna de Hungría hace del país un socio de confianza, tanto para los inversores como para la política internacional. El flujo de capital extranjero ha tenido un papel protagonista en los éxitos de la privatización; la visita y la receptividad de figuras determinantes de la política mundial facilita la apertura de la política exterior húngara. En muchos terrenos han mejorado las relaciones con los países vecinos, y los convenios de base y la actuación de Hungría en las organizaciones de cooperación regional (CEFTA, ICE) promueven el desarrollo ulterior de los contactos. Da testimonio del progreso de los esfuerzos integracionistas europeos de Hungría el hecho de que en 1999 fuera admitida como miembro de pleno derecho de la OTAN (NATO), sea miembro del Consejo de Europa, de la OCDE, y su calidad de ser el primer miembro asociado a la Unión Europea y desde 2004 miembro de la misma.

Uno de los elementos más importantes de la transición política húngara y del cambio de sistema lo representa *el proceso constituyente*. Su esencia radica en la creación y regulación de las instituciones y relaciones básicas del Estado democrático de Derecho, a través de la modificación y la reforma de la Constitución y la aprobación de las leyes constitucionales relacionadas con ella. En Hungría el proceso constituyente “semejante a la transición política” se realizó muy rápidamente, en un año y medio, a través de la aprobación de las leyes constitucionales y la constante modificación de la Ley Fundamental. Durante el proceso constituyente se perfiló el destino de varias instituciones jurídicas establecidas anteriormente (el Consejo Presidencial de la República Popular, que como una corporación desempeñaba el

papel de Jefe colectivo del Estado), haciéndose evidente que la creación de un Estado de Derecho exigía la introducción de nuevas instituciones y organizaciones jurídicas (Defensor del Pueblo=Ombudsman, Tribunal Constitucional=Alkotmánybíróság, la institución del Presidente de la República, el voto de confianza, el reconocimiento de las actividades de los partidos políticos, la definición de las competencias del jefe del Gobierno, el aumento del peso del Parlamento bajo el signo de la división de los poderes, etc.). Los protagonistas de la vida política estaban de acuerdo en que los viejos postulados ideológicos debían ser omitidos en la nueva Constitución. Así, la nueva y modificada Ley Fundamental, aprobada el 20 de agosto de 1990, ya no contenía artículos sobre el rol dirigente del Partido Comunista, sobre el marxismo-leninismo como ideología oficial, sobre el socialismo como meta social a alcanzar, o sobre el sistema de Consejos como la única forma posible de organización del Estado. También se omitieron aquellos párrafos que declaraban la superioridad de la economía planificada socialista y de la propiedad estatal y cooperativa. En el proceso constituyente también se tomaron decisiones sobre otras cuestiones. Restituyeron, por ejemplo, el escudo histórico de Hungría, y el 23 de octubre, día del levantamiento popular y de la Revolución de 1956, y fecha de la proclamación de la República Húngara en 1989, fue declarado fiesta nacional.

En el periodo entre enero de 1989 y el 20 de agosto de 1990, y también posteriormente, nacieron numerosas leyes de carácter fundamental (Leyes Fundamentales). Una parte de las leyes aseguraba el marco jurídico de la transición política en relación con los derechos fundamentales políticos: Ley sobre el Derecho de Asociación; Ley sobre el Derecho de Reunión; Ley de Huelga; Ley sobre Partidos Políticos y Ley sobre la Modificación de la Aparición de los Partidos Políticos.

La ley sobre el Tribunal Constitucional aseguraba el control legal sobre el proceso de transición y en nuestros días vigila el funcionamiento democrático y constitucional del sistema político, del Estado y de la sociedad húngara.

La Ley sobre el Tribunal de Cuentas Estatal dispone sobre la situación jurídica y las funciones del auditor principal de las actividades económicas y financieras del parlamento y de otros organismos constitucionales.

La Ley sobre las Elecciones Generales reguló el modo pacífico del cambio de sistema. Instituyendo el quorum mínimo impedía la fragmentación excesiva de los votos y también su indeseable concentración: las leyes sobre la Elección de los Diputados y la Situación Jurídica de los Diputados, modificadas varias veces, completaban la legislación sobre las Elecciones Generales, y finalmente la Ley sobre el Proceso Electoral complementaba el primer círculo de las leyes electorales. Por último las leyes sobre Elecciones Municipales y Alcaldes y sobre Autonomías Locales, completan la regulación de la superestructura del cambio del sistema.

La posterior evolución del país ha tenido luces y sombras, éxitos y decepciones. El pueblo húngaro aspira en general a una forma y calidad de vida semejantes a sus socios europeos occidentales, pero sin perder los rasgos que le proporcionan su especificidad. El futuro desvelará hasta qué punto ha sido posible lograrlo.

BIBLIOGRÁFIA

- Ágoston Gábor: A hódolt Magyarország (Budapest, 1992)
- Almási Tibor: A 13. század története (Budapest, 2000)
- Az 1848–49. évi forradalom és szabadságharc története (Szerk. Hermann Róbert)
(Budapest, 1996)
- Bérenger, Jean: El Imperio de los Habsburgo (Barcelona, 1993)
- Bertényi Iván: A 14. század története (Budapest, 2000)
- Diószegi István: Az Osztrák–Magyar Monarchia külpolitikája, 1867–1918 (Budapest, 2001)
- Doba–Eszterág–Kojanitz: Történelem I–IV Forrásgyűjtemény képességfejlesztő feladatokkal
(Budapest, 2001)
- Draskóczy István: A 15. század története (Budapest, 2000)
- Engel Pál: Beilleszkedés Európába, a kezdetektől 1440-ig (Budapest, 1990.)
- Gergely András-Szász Zoltán: Kiegyezés után (Budapest, 1978)
- Gergely Jenő: Gömbös Gyula. Politikai pályakép (Vince Kiadó, 2001)
- Halász Zoltán: Historia de Hungria. (Budapest, 1973)
- Herber Attila–Martos Ida–Moss László–Tisza László: Történelem 3., 4. kötet.
(Budapest, 2000)
- Kosáry Domokos: Újjáépítés és polgárosodás 1711–1867 (Budapest, 1990)
- Kövér György: Iparosodás agrárországban (Budapest, 1982)
- Kristó Gyula: A 11. század története (Budapest, 2000)
- Magyarország gazdaságtörténete a honfoglalástól a 20. század közepéig
(Budapest, 1997)
- Magyarország történeti kronológiája (Budapest, 1982)
- Makk Ferenc: A 12. század története (Budapest, 2000)
- Pálffy Géza: A 16. század története (Budapest, 2000)
- Pannon enciklopédia. A magyarság története (Budapest, 1994)
- Poór János: A kompromisszumok kora (Budapest, 1992)
- Romsics Ignác: Bethlen István. Politikai életrajz (Budapest, 1991)
- Romsics Ignác: Helyünk, sorsunk a Duna-medencében (Budapest, 1996)
- Romsics Ignác: Magyarország története a XX. században (Osiris, 2005)
- Somogyi Éva: Abszolutizmus és kiegyezés 1849–1867 (Budapest, 1981)
- Szakály Ferenc: Virágkor és hanyatlás, 1440–1711 (Budapest, 1990)
- Tóth István György: Három ország egy haza (Budapest, 1992)
- Walter Mária: Historia II (Budapest, 1990)

Készült a
Kinizsi Nyomdában, Debrecenben
Felelős vezető: BÖRDŐS JÁNOS

